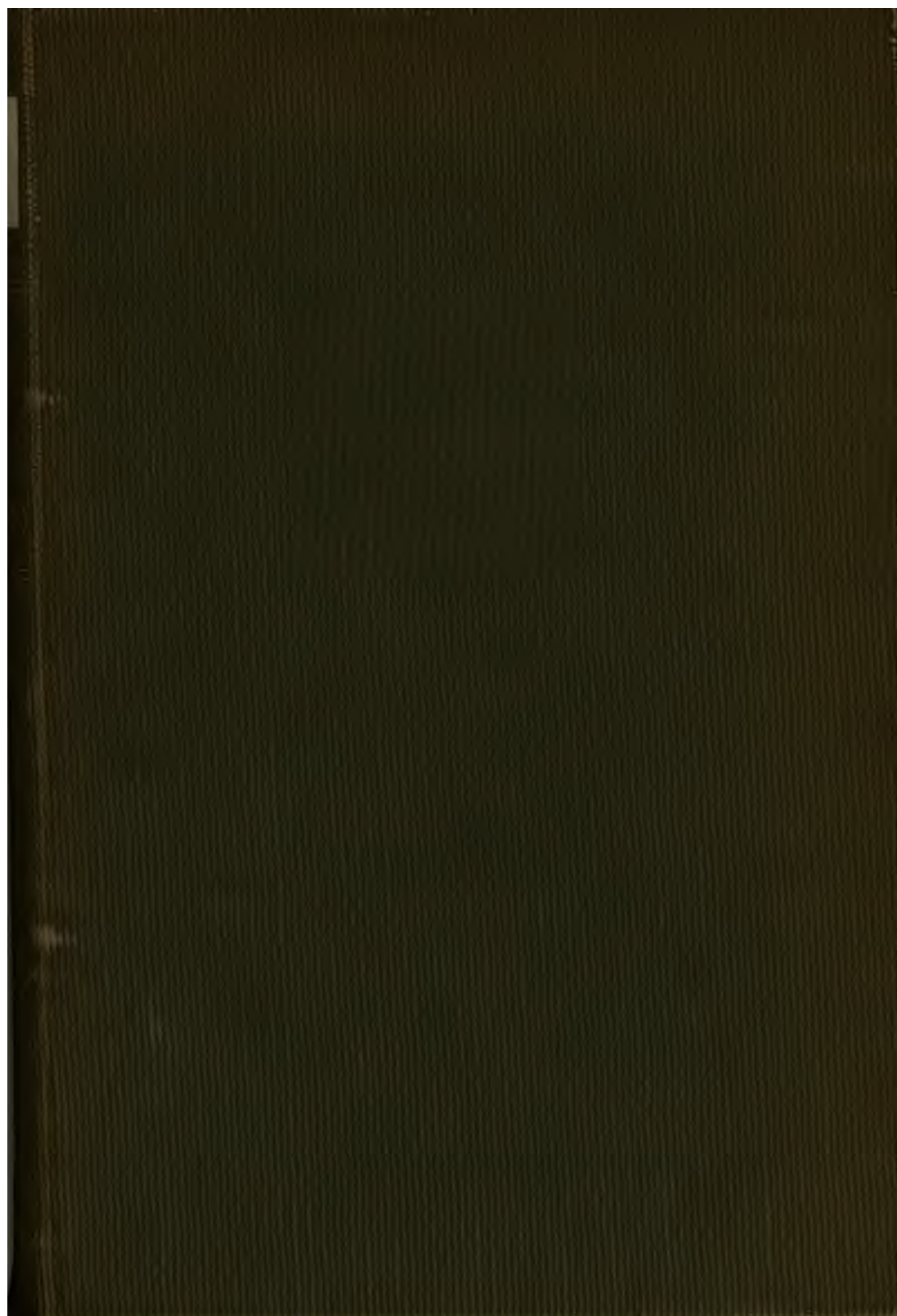
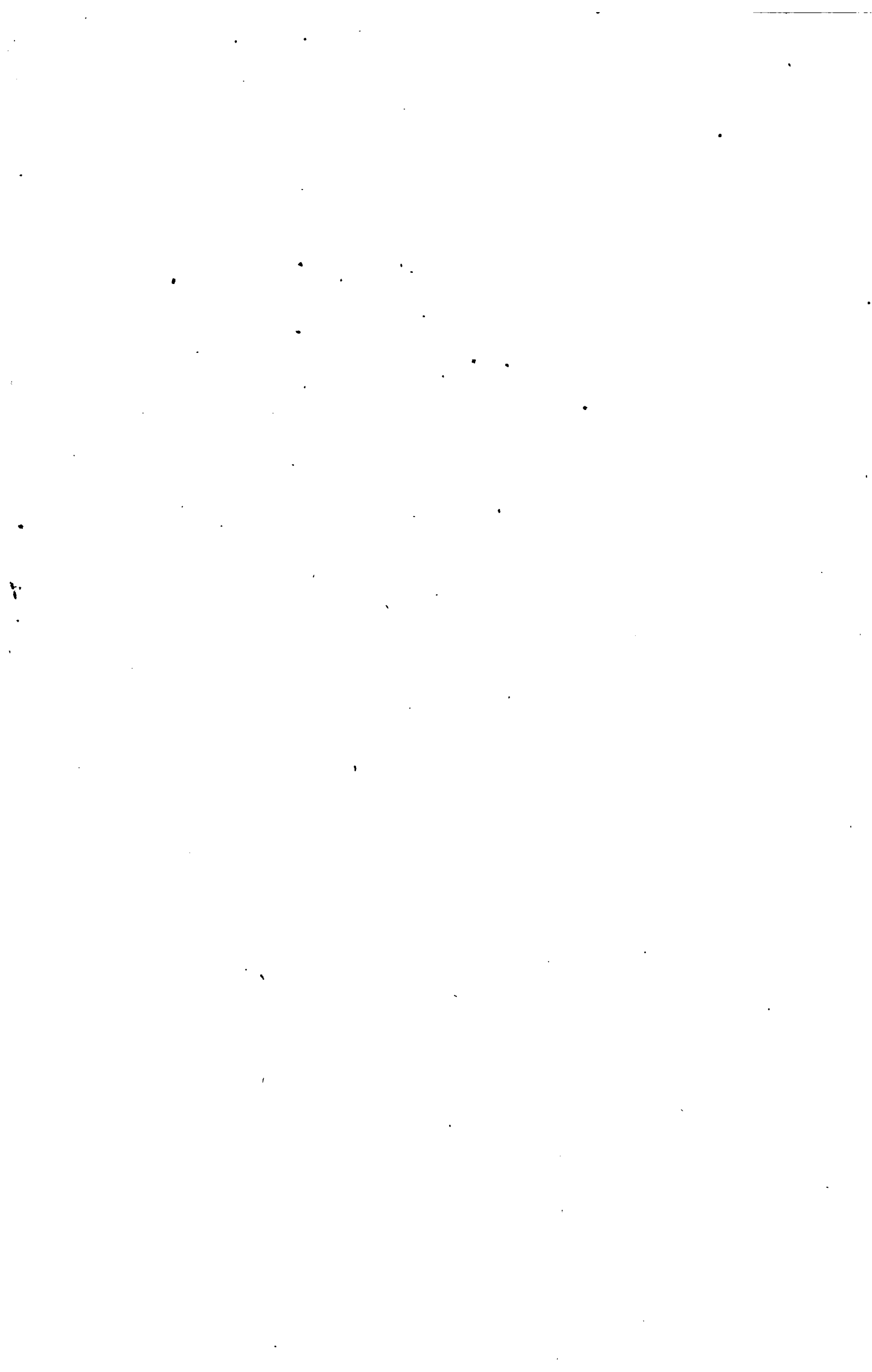



SIGILLVM·ACADEMIAE·HARVARDIANAE·IN·NOV·AN·G·
CHRISTO ET ECCLESIAE
VE RI TAS



GUERRA DE GRANADA,

HISTORIA ESCRITA

POR

D. Diego Hurtado de Mendoza.

NUEVA EDICION CORREGIDA.

VALENCIA:

LIBRERÍA DE MA



E. D. Williams.

April 27, 1830


D. DIEGO HURTADO
DE MENDOZA.

GUERRA
DE GRANADA

HECHA

POR EL REY D. FELIPE II.

contra los moriscos de aquel reino, sus rebeldes.

HISTORIA ESCRITA

por D. Diego Hurtado de Mendoza.

NUEVA EDICION CORREGIDA.



VALENCIA:
LIBRERÍA DE MALLÉN Y BERARD.
1830.

IMPRESO EN VALENCIA,
POR DON BENITO MONFORT.
1830.

ADVERTENCIA DEL EDITOR.

Aunque no se ha reimpreso esta historia de la guerra de Granada *con la frecuencia que otros libros de puro entretenimiento, no ha dejado de reproducirse de tiempo en tiempo á instancias de los literatos, que la han mirado siempre como una alhaja indispensable en sus bibliotecas.*

No bien cesaron las causas que por mas de medio siglo pudieran hacer odiosa la imparcial veracidad con que describió Mendoza los sucesos de aquella guerra, cuando el licenciado Luis Tribaldos de Toledo, bibliotecario del duque de Olivares y cronista mayor de Indias, la publicó en Lisboa, año 1627, *siguiendo escrupulosamente la copia escrita de mano del comendador don Juan Bautista Lavaña, y corregida por el conde de Portalegre* (*). *Hizose en Ma-*

(*) Ignoro con que fundamento pudo decir Nicolás Antonio, que la primera edicion hecha por Tribaldos salió en Madrid el año de 1610. En la de Lisboa im-

drid otra edicion en 1674 *por Mateo de la Bastida, tambien en cuarto como la primera; y aunque parece probable que se hiciese alguna otra á fines de aquella centuria ó á principios de la siguiente, ni la he visto ni ha llegado á mi noticia. Ya bien entrado el siglo diez y ocho parece que las prensas valencianas tomaron esclusivamente á su cargo perpetuar la historia del Salustio español, para que no pudiera echársenos en cara que dejábamos sepultada en el olvido una de las mas ricas joyas de nuestra literatura. Hácia el año* 1730 *(aunque no lo espresa la portada) la vemos reimpresa en octavo por Vicente Cabrera; y en* 1766 *por Salvador Fauli en igual tamaño; y finalmente en* 1776 *la volvió á dar á la estampa nuestro infatigable don Gregorio Mayans en la oficina de don Benito Monfort, en cuarto, adornándola con una docta*

presa por Giraldo de la Viña en 1627, que tengo á la vista, se halla la dedicatoria del licenciado Tribaldos á don Vicente Noguera, fecha en 4 de Diciembre de 1626, en la cual asegura, publicar la obra estimulado por este caballero. Y en el prólogo espresa, *que son ya pasados cerca de* 60 *años* desde el 1570 en que se terminó la guerra; lo cual no sería exacto, si se refiriese al 1610, y no al 1627, en que indudablemente debe fijarse la primera edicion.

vida del autor y su retrato. *Otro servicio mas importante hizo llenando las varias lagunas del final del libro 3.º y principios del 4.º, que se hallaban en las ediciones anteriores, con los trozos dados á luz por don Juan de Iriarte en la página* 577 *y siguientes de su* Regiae Bibliothecae Matritensis codices graeci MSS. *Encontrólos Iriarte en un egemplar de la primera edicion, que fue de la librería privada de Felipe IV. y existe ahora en la biblioteca real, en el que los insertó Tribaldos el año* 1628, *trascribiéndolos de una copia completa de mano del mismo duque de Bejar.*

Preferí por lo mismo la última edicion de 1776 *como el testo mas seguro y completo, si bien noté que no se habia guardado la exactitud debida al copiar los pasages publicados por Iriarte; pues he tenido que verificar diez correcciones, algunas harto importantes, para restituirlos á su verdadera y genuina lectura. Tambien he observado en ella* modernizadas *algunas voces de la edicion primitiva, la cual ha llegado á mis manos, cuando esta andaba ya muy adelantada y no podia dejar de seguirse el plan adoptado desde el princi-*

pio. Aprovecho esta ocasion para manifestar francamente, que en un testo de nuestra lengua, tan respetable por su antigüedad como por su diccion castiza, me sonarian mejor agora, antigo, auctoridad, baptizado, captivar, captivo, delictos, dubdoso, ducientos, escriptores, Filipe, fructo, ímpeto, mesmo, prejudicial, proprio, succeso, tiniendo y via, *porque de este modo lo pronunciaban Mendoza y muchos de sus contemporáneos. Con todo no ha sido inútil aquella adquisicion para rectificar algunos lugares de los dos libros últimos.*

He colocado al fin los párrafos del conde de Portalegre con que se completaba en las cuatro primeras ediciones el libro 3.º, *á fin de que ni este trozo, que ahora ya no es necesario, se eche de menos en la presente. He resucitado además el prólogo de Luis Tribaldos, suprimido en la última, tanto por no privarle de la gloria de ser el primero que publicó la* historia de la guerra de Granada, *como por esplicarse allí los motivos de la tardanza en darla á luz y la escrupulosidad con que se siguió un manuscrito digno de toda fe. De los sumarios marginales, que no son parto de*

don Diego de Mendoza ni aun de Tribaldos, solo he dejado, como notas al pie de las respectivas páginas, los pocos que sirven realmente para aclarar ó ilustrar la historia.

Hubiera sido de desear que el primer editor y los que le siguieron, hubiesen tenido el cuidado de despejar algo, por medio de una buena puntuacion, la oscuridad á que da márgen frecuentemente el estilo cortado y conciso de nuestro historiador. »Ningun escritor" (observa con razon Capmany en el tomo 3.º del Teatro histórico-crítico de la elocuencia española) *»necesitaba »de mayor exactitud en la puntuacion or»tográfica, y cabalmente ninguno la ha me»recido mas desatinada y monstruosa de »sus editores, acabando por la impresion »de Valencia de 1776, á pesar del esme»ro que allí se promete y no se cumple. »Admiro como se han hallado lectores que »se confiesen enamorados de las ideas y es»tilo de este historiador; siendo imposible »que leyendo las claúsulas desatadas ó con»fundidas por la perversa ortografía, com»prendan claramente el sentido del escrito »ni la mente del escritor." Puedo decir con*

ingenuidad que he aspirado á reparar este daño; mas lejos de lisongearme de haberlo conseguido cual quisiera, creo imposible lograrlo en muchos pasages, á no alterar el testo. No debe olvidarse que la primera edicion se hizo á vista de una copia, y no del original; y que ó bien la muerte sobrecogió á Hurtado de Mendoza cuando acababa de formar el bosquejo de su historia; ó pensando dejarla inédita, quedó sin aquella última mano, reservada á la lectura de las primeras y segundas pruebas de la impresion, y aun falta de la lima que suele dar el autor á sus escritos despues de concluidos. Como quiera, no nos es permitido tocar ahora en lo mas mínimo la produccion, ó el borrador, ó sean los primeros apuntes de aquel grande hombre. Descúbrense en ellos, á pesar de ciertos lunares, todas las dotes de un historiador sesudo é imparcial, el puro y enérgico lenguage de nuestros mayores, y los golpes maestros que en tres ó cuatro palabras describen un hecho importante, ó caracterizan con igual precision los personages de su historia. Al artista que contempla con asombro las formas, el sobresalto y el espresivo dolor de

las varias figuras que componen el admirable grupo del Laocoonte, jamás le ocurre pararse en la cortedad de la pierna de uno de los muchachos; imperfeccion que siendo debida á falta del mármol, en nada rebaja el mérito del escultor griego. Así los que leen con ojos inteligentes esta historia, hallan sobradas bellezas que les arrebaten el ánimo, para hacer alto en ligeros descuidos, que solo procuran abultar los que nunca serán capaces de escribir el trozo mas débil de tan sublime modelo.

Con él podrá nuestra juventud precaverse del estilo afrancesado en que están escritas ó traducidas tantas Novelas, *tantos* Ensayos *y tantos* Elementos, *como cada dia nos inundan. La sobrada ranciedad de Mendoza y su misma afectacion de* arcaizar, *se convertirán quizá en provecho, si los que se dedican al estudio de la lengua castellana, infectados por una parte del contagio del siglo, y atraidos por otra de la pureza y elegancia que respiran las páginas de este libro, logran quedarse en el justo medio, que tan célebres ha hecho los nombres de Jovellanos, de Muñoz y de don Tomás de Iriarte. Á mí me basta ha-*

ber facilitado á nuestros jóvenes la lectura de esta obra clásica, acomodando su ortografía á la de la Academia española, corrigiendo el testo lo mejor que he podido, y adornándola con un retrato del autor digno de él y de ella. En darle un tamaño mas manejable, he tenido el objeto de conformarla con el Melo *y el* Moncada *impresos por Sancha, para que sean uniformes estos tres cuerpos de historia nacional, breves en volúmen, y grandes en sucesos, doctrina y estilo.*

LUIS TRIBALDOS DE TOLEDO

AL LECTOR.

Siendo don Diego de Mendoza de los sugetos de España mas conocidos en toda Europa, fuera cosa superflua ponerme á describirle; principalmente habiéndolo hecho en pocos pero elegantes renglones, el señor don Baltasar de Zuñiga. Tampoco me detendré en alabar esta historia, ni en probar que es absolutamente la mejor que se escribió en nuestra lengua; porque ningun docto lo niega, y pudiéraseme preguntar lo que Archidamo, lacedemonio, á quien le leía un elogio de Hércules: ¿*Et quis vituperat*? Solamente diré, qué causas hubo para no publicarse antes; las que me movieron á hacerlo agora; qué egemplar seguí en esta edicion, y qué márgenes.

Cuanto á lo primero, es muy sabido, y muy antiguo en el mundo el odio á la verdad, y muy ordinario padecer trabajos, y contradiciones los que la dicen, y aun mas los que la escriben. Del conocimiento de este principio nace, que todos los historiadores

cuerdos y prudentes emprenden lo sucedido antes de sus tiempos, ó guardan la publicacion de los hechos presentes para siglo en que ya no vivan los de quien ha de tratar su narracion. Por esto nuestro don Diego determinó no publicar en su vida esta historia, y solo quiso, con la libertad que no solo en él, mas en toda aquella ilustrísima casa de Mondejar es natural, dejar á los venideros entera noticia de lo que realmente se obró en la guerra de Granada; y pudo bien alcanzarla, por su agudeza y buen juicio; por tio del general que la comenzó, adonde todo venia á parar; por hallarse en el mismo reino, y aun presente á mucho de lo que escribe: afectó la verdad, y consiguióla, como conocerá fácilmente quien cotejare este libro con cuantos en la materia han salido. Porque en ninguno leemos nuestras culpas ó yerros tan sin rebozo; la virtud, ó razon agena tan bien pintada; los sucesos todos tan verisímiles: marcas, por las cuales se gobiernan los lectores en el crédito de lo que no vieron. La determinacion de don Diego me prueban unas gravísimas palabras,

escritas de su letra, al principio de un traslado de esta historia que presentó á un amigo suyo, en que juntamente pronostica lo que hoy vemos. *Veniet, qui conditam, & sæculi sui malignitate compressam veritatem, dies publicet. Paucis natus est, qui populum ætatis suæ cogitat. Multa annorum millia, multa populorum supervenient: ad illa respice. Etiamsi omnibus tecum viventibus silentium livor indixerit, venient, qui sine offensa, qui sine gratia judicent. Senec. Epistol.* 79. Dije que no quiso sacarla: añado, que ni pudo, porque no la dejó acabada, y le falta aun la última mano; lo que luego se echa de ver en repetir cosas, que bastaban una vez dichas: como la significacion de atajar, y atajadores, los daños de la milicia concegil, y otras de este jaez; y aun mas de algunas notables omisiones que hacen bulto, y muestran falta, cual la de la toma de Galera, y muerte de Luis Quijada, advertida, y elegantemente suplida por el gran conde de Portalegre; y otra no menor, cuando siendo encomendado lo de la sierra de Ronda á los dos duques de Medina-sidonia, y Arcos, cuenta

muy extensamente el progreso de este; pero en el otro hace tan alto silencio, que ni aun nos declara las causas de no venir á la empresa; siendo así que para ello debió un tan grande señor tenerlas, y aun muchas, y muy justificadas. Otras faltas apuntára, mas basten estas dos para ejemplo. Muerto don Diego, viviendo aun personas que él nombraba, duraba el impedimento, que en vida: demás de que los eruditos, á quien semejantes cuidados tocan, quieren mas ganar fama con escritos propios, que aprovechar á la república con dar luz á los agenos.

Cuanto á lo segundo, hoy que son ya pasados cerca de sesenta años, y no hay vivo ninguno de los que aquí se nombran, cesa ya el peligro de la escritura, no doliendo á nadie verse allí mas ó menos lucido; y aunque hay de ellos ilustrísimos descendientes, ó parientes, por haber militado en esta guerra una muy gran parte de la nobleza de España, seria demasiado melindre, y aun desconfianza, celar alguna faltilla del difunto, que les toca, cuando ninguna de las que se notan es mortal, ni

de las que disminuyen la honra, ó la fama; porque estas no las hubo, ni se cometieron, ni don Diego, siendo quien era, se habia de olvidar tanto de sus obligaciones, que las perpetuase, aun cuando se hubieran cometido. Porque la historia escríbese para provecho y utilidad de los venideros, enseñándolos, y honrándolos, no corriéndolos, ó afrentándolos, aun cuando para escarmiento quiere tal vez ensangrentarse la pluma. Tampoco me acobarda el quedar imperfecta; pues si este Júpiter olímpico, estando sentado, toca con la cabeza el techo del templo, ¿adonde llegára con ella, si se levantára en pie? ¿adonde, si le colocáran, y subieran en una basi?

En esta edicion lo que principalmente procuré, fue puntualidad, sin dar lugar á ninguna congetura, ni emendar alguno por juicio propio: cotejé varios manuscritos, hallándolos entre sí muy diferentes, hasta que me abrazé con el último, y sin duda alguna el mas original, que es uno del duque de Aveiro, en forma de cuarto, trasladado de mano del comendador Juan Bautista Labaña, y corregido

de la del conde de Portalegre, con el cual conocí, cuan en valde habia cansádome con otros. Este testo es el que sigo, sin alterarle en nada, y es el genuino, y propio, de quien en su introduccion habla aquel gran conde. Deseaba yo ornar las márgenes con lugares de autores clásicos, bien imitados por el nuestro, y no me fuera muy difícil juntarlos, mas guardándolo para la postre, me sobrevino esta enfermedad tan larga, y pesada, que me imposibilitó: y porque se me dá mucha priesa, los guardo para segunda edicion, si acaso la hubiere, que espero serán muy gratos á los doctos. Dábame pesadumbre, que fuese esta gran obra tan desnuda, que ni unos sumarios llevase, hasta que se me acordó de los que leí en un manuscrito de esta historia, que ha tres años me prestó aquí un caballero, que agora está en Lisboa; adonde al amigo que atiende á la edicion, encargué buscarlos, y ponerlos; y segun veo en los veinte pliegos que ya están impresos, cuando esto escribo, podrán servir en el ínterin; y esto es cuanto se me ofrece decir al lector.

VIDA DE DON DIEGO HURTADO DE MENDOZA.

Siendo las vidas de los varones ilustres eficacísimos egemplares, que persuaden prácticamente á la imitacion de sus acciones, determiné escribir la de don Diego Hurtado de Mendoza, excelente escritor y discretísimo político; para que al mismo tiempo que de su historia de Granada, se tenga noticia de sus estudios, aplicacion y manejo en los negocios públicos, que fueron los que le proporcionaron para escribir con tanto acierto.

Nació en la ciudad de Granada á fines del año 1503, ó principios del siguiente: su padre, uno de los mas célebres generales que sirvieron á los Reyes católicos en la conquista de aquel reyno, fue don Iñigo Lopez de Mendoza, segundo conde de Tendilla, y primer marqués de Mon-

dejar, hijo del conde de Tendilla, que fue hermano entero del primer duque del Infantado, don Diego Hurtado de Mendoza, y ambos hijos del célebre don Iñigo de Mendoza primer marqués de Santillana; su madre doña Francisca Pacheco segunda muger del marqués, é hija de don Juan Pacheco marqués de Villena, y primer duque de Escalona (1). Fue el quinto entre sus hermanos, que todos han merecido loable recomendacion en nuestra historia: don Luis el primogénito, capitan general del reyno de Granada, y despues presidente del Consejo: don Antonio virey en ambas Américas: don Francisco obispo de Jaen; y don Bernardino de Mendoza, general de las galeras de España: consta tambien que tuvo dos hermanas, doña Isabel, que casó con don Juan Padilla, y doña María, muger de don Antonio Hurtado, conde de Monteagudo (2).

No hay pruebas para persuadir nacie-

(1) Don Luis de Salazar y Castro, Hist. gener. de la Casa de Lara.

(2) Nicol. Ant. Bibl. Hisp. verb. Didac. Hurtado de Mendoza.

se en Toledo, como quiso don Tomás Tamayo de Vargas, y consta que sus padres permanecieron en Granada todos aquellos años, por ser necesaria su presencia en ciudad recien conquistada, inquieta y sospechosa, y que con motivo del excesivo celo del cardenal Gimenez, por la conversion de los mahometanos, se levantó al fin en el mes de diciembre de 1499, y duraron los movimientos de aquel reyno casi dos años (3).

No es creible que por huir de aquel peligro, se retirase á Toledo la marquesa heroina de ánimo tan varonil, que en la fuerza del alboroto del Albaicin, luego que el marqués llegó á sosegar los sediciosos, se quedó con sus hijos pequeños, en una casa junto á la mezquita mayor á manera de rehenes (4).

Logró don Diego particular instruccion en su niñez, y verosímilmente la mayor parte de ella de Pedro Mártir de Angleria; pues habiendo éste instruido á todos los magnates de aquel tiempo, vi-

(3) Marmol, Hist. de la Rebelion, lib. 1. cap. 16.
(4) Marmol, ibid.

viendo en Granada, y estando tan obligado á los Mendozas, que el primer conde de Tendilla le trajo á España, y mantuvo estrecha comunicacion con el Padre de don Diego (5), franquearía á éste la instruccion que con menor obligacion habia comunicado á los demás. Aprendió allí gramática, y algunas nociones de la lengua arábiga, que cultivó toda su vida. Pasó despues á Salamanca, donde estudió las lenguas latina y griega, filosofía y derecho civil y canónico. En aquel tiempo fue cuando parece escribió por entretenimiento, y como descanso de mas graves estudios, *la vida del Lazarillo de Tormes*, obra ingeniosa, de buen lenguage, y singular invencion: Fr. Josef de Sigüenza afirma que el autor del *Lazarillo* fue Fr. Juan de Ortega, religioso gerónimo, pero generalmente se cree que fue don Diego de Mendoza.

Inclinado por su genio á engolfarse en acciones de mayor estrépito y renombre, pasó á Italia, y militó muchos años. No constan en particular las guerras, ni

(5) Petr. Mart. Angler. Ep. 521. et 630.

batallas en que se halló, pero hablando él mismo del mal aparejo, y desórdenes que veía en la guerra de Granada, los compara con los *numerosos egércitos en que yo me hallé*, dice, *guiados por el emperador don Carlos, y otros por el rey Francisco de Francia*; de donde se puede congeturar, se halló en el egército que sitió á Marsella en 1524, y en la batalla de Pavía, en que afirma Sandoval se distinguió la compañía de don Diego de Mendoza, que es favorable congetura para creer fuese nuestro autor; si bien eran algunos los que en aquel tiempo se conocian con el mismo nombre y apellido, que no se puede afirmar por cosa cierta.

Igualmente es verosimil que concurrió á la guerra que se hizo contra Lautrech sobre el ducado de Milán, y á la batalla de la Bicoca en 1522, así como á la entrada de Carlos V. en Francia el año 1536. Lo cierto es, que aun siguiendo la inquietud y estruendo de las armas, manifestaba su ardiente inclinacion á la literatura, y en el tiempo de invierno en que aquellas regularmente permitian mas

descanso y ociosidad, dejaba los cuarteles y pasaba á las mas célebres universidades, como Bolonia, Padua, Roma, y otras, para aprender de los maestros de mayor mérito, matemáticas, filosofía, y otras ciencias (6). Oyó entre otros á Agustin Nifo, y á Juan Montesdoca, famoso filósofo sevillano, muy aplaudido y premiado en las universidades de Italia, y que murió en 1532 (7).

Sus talentos, aplicacion, y distinguida estirpe le hicieron tan recomendable á Carlos V. que formando concepto muy sublime de las prendas de don Diego, le apreció mucho en todo el tiempo de su imperio, y le confió los negocios y embajadas mas críticas de su reinado. En 1538 se hallaba ya de embajador en Venecia. El año antes habian hecho la liga santa contra el turco, el papa, el emperador, y los venecianos; y no correspondiendo las ventajas á los deseos de la Señoría, desconfiaba ya, y temia mayores pérdidas: y como las instrucciones del

(6) Morales en la Dedicat. de las antigüedades.
(7) Nicol. Ant. Bibliot.

embajador tenian por objeto mantenerla firme contra el turco, y que no se aliase con la Francia; luego que advirtió don Diego las zozobras de los senadores, y que habian destinado á Constantinopla á Lorenzo Gritti para tratar de paces, hizo presente en una audiencia secreta con elocuente vehemencia, aunque con igual modestia, sabia que la república intentaba ajustar paces sin incluir á su soberano, que estaba dispuesto á continuar la guerra, y aun asistir en la armada (8). Pintó la incierta fe de los bárbaros diferentes en costumbres, religion, en leyes, y enemiguísimos de los cristianos, el sincero objeto de los aliados, por defender la iglesia, y oprimir á sus enemigos; que si en la pasada campaña no se habian logrado las esperanzas que esperaron, se podian resarcir los daños en la primera ocasion, humillar al enemigo comun, y recobrar muchas de sus conquistas. Que si hacian las paces, y el emperador quedase en guerra, no disminuirian gastos, pues debian mantenerse armados, y per-

(8) Diedo Storia di Venecia tom. 2. lib. 2.

dian la esperanza de la mejora que podian tener, perseverando en la alianza. Concluyó que confiaba en la prudencia del senado, no querria buscar pretextos para abandonar la liga, ni preferir á ésta las paces siempre peligrosas con el turco. Fue la respuesta, que habiendo sido infructuosa la liga años anteriores, y habiendo propuesto el rey de Francia una tregua general á todos los príncipes cristianos en Constantinopla, seria muy útil su aceptacion, para que el César se dispusiese á las expediciones que meditaba en Levante. Alcanzó en efecto Gritti con gran trabajo treguas por tres meses, sin quedar esperanza de la tregua universal, cuyo nombre aborrecian los turcos por el odio que tenian á Carlos V. Ajustaron paces despues, y para ellas influyó mucho Francisco I. rey de Francia, que por contrarrestar á Carlos V. estaba coligado con el turco, y entre otros le envió dos embajadores, César Fragoso, genovés, y Antonio Rincon, español, que muertos en el Pó por soldados españoles, y registrados, les encontraron las instrucciones, y entre ellas muchas concernientes

á Venecia, y contrarias á sus intereses (9). Dirigiólas el marqués del Vasto á don Diego, y éste las hizo presentes al senado, para que comprendiese las potencias en que debian fiarse, y cuan gran yerro habian cometido en abandonar la liga del emperador, procurando mantener, y afianzar la amistad del rey de Francia, que como constaba en aquellas instrucciones, no cuidaba de los intereses de la república.

Además de desempeñar la embajada con esplendor, perseveró con teson en el estudio, y sobre todo puso particular esmero en juntar manuscritos griegos, en hacerlos copiar á gran costa, buscarlos, y traerlos de los mas remotos senos de la Grecia; de suerte que envió hasta la Tesalia, y monte Athos á Nicolás Sofiano, natural de Corcira, á investigar y copiar cuanto hallase recomendable de la erudicion griega. Valióse tambien de Arnoldo Ardenio, doctísimo griego, para que le trasladase con extraordinarios gastos muchos códices manuscritos de varias

(9) Ulloa vita di Carlo V. lib. 3.

bibliotecas, y principalmente de la que fue del cardenal Besarion.

Por su medio logró la Europa muchas obras que aun no habia visto, y quizás no veria, de los mas célebres autores griegos, sagrados, y profanos, como son San Basilio, San Gregorio Nacianceno, San Cirilo Alejandrino, todo Archímedes, Heron, Apiano, y otros (10). De su biblioteca se publicaron las obras completas de Josefo; pero lo que principalmente la ha hecho memorable fue el regalo que le hizo el gran turco Soliman, por haberle enviado un cautivo, que amaba con extremo, libre, y sin rescate, aunque don Diego lo compró á gran precio de los que le habian hecho prisionero. El gran Señor queria manifestar su agradecimiento con dones correspondientes á su grandeza, pero don Diego admitió solo una recompensa propia de la nobleza de su nacimiento, y del desinterés de un ministro público. La Señoría de Venecia se hallaba con extrema escaséz de granos, y por

(10) Morales, Antigüedades de España en la Dedicat. Alphons. Ciacon. Bibliot. verb. Diegus. Nicol. Ant. Bibliot.

sacarla de tan estrecho ahogo, pidió á Soliman permitiese á los vasallos de Venecia comprar libremente trigo en los estados turcos, y conducirlo á los de la república. Logró esta súplica, y otra segunda, que fue la remision de muchos manuscritos griegos, que preferia á los mas ricos tesoros. Varían mucho los autores sobre el número de ellos: Andrés Escoto no duda asegurar, que recibió una nave cargada de manuscritos: Claudio Clemente copia las mismas palabras en la historia de la biblioteca del Escurial: Ambrosio de Morales, y don Nicolás Antonio aseguran que fueron seis arcas llenas: últimamente don Juan de Iriarte en la biblioteca de los manuscritos griegos de la librería real de esta corte, obra recomendable por su mérito, y por las muchas noticias que dá de varios escritos apreciables de célebres autores aun no publicados, rebaja extraordinariamente el número de volúmenes; y persuadido del catálogo de los manuscritos griegos de don Diego que copió de un códice propio de la librería del duque de Alva, asegura que no fueron mas que treinta y un

volúmenes; cuyo catálogo inserta en dicha biblioteca.

Esta es la noticia que nos queda de tan celebrado don, y no es dificil resolver cual de las relaciones sea la verdadera; pues aunque de una parte es inmenso el número que dan á entender Andrés Escoto y Claudio Clemente, por otra es muy diminuto el que asigna el mencionado catálogo; ni sabemos quien le formó, ni si copió todos los que vinieron de Constantinopla: pudo tal vez elegir los mas selectos, ó aquellos de que tuvo noticia, sino es que creamos lo hizo cuando ya estaba deshecha la librería de don Diego, y solo numeró los códices que restaban. Parece pues mas verosimil y cierta la relacion de don Nicolás Antonio; y así creemos que ni fue tanta la copia que pondera Escoto, ni tan pequeña como espresa el catálogo, que á la verdad ni corresponde al eco que corrió y corre en toda la Europa del mencionado regalo, ni á la grandeza de Soliman, que no sabemos fuese avaro de estas riquezas que poseía en tanta abundancia y que tan poco le servian. Sobre todo deja fuera de

duda la verdad de la relacion de Morales, el haberla hecho éste en una dedicatoria dirigida al mismo don Diego, á quien conocia, y á quien trataba; á quien consultaba, y á quien habria oido muchas veces la verdadera narracion.

De la diligencia de don Diego en adquirir los manuscritos se convence la estravagante y atrevida maledicencia de Schochio, que fingió, que para juntar la biblioteca que meditaba, hurtó los manuscritos griegos que dejó el cardenal Besarion á la república de Venecia, con tal sutileza, dice, que no se puede pensar mayor. Asegura, que ya se habia venido á España cuando se advirtió que en lugar de aquellos habia puesto otros libros vulgares de igual volúmen, para que de ese modo no se descubriese tan fácilmente el hurto. ¿Pero de quién habla este beocio? ¿Juzga acaso este tardo aleman que don Diego de Mendoza era algun Glareano, algun Sciopio, ú otro oscuro gramático? Hay mucha diferencia entre los sabios: el nacimiento y la crianza dan ideas muy diferentes: el empleo y riquezas de don Diego le facilitaban la egecucion de

sus designios. ¿Qué particular hizo mayores gastos? ¿Quién tuvo valor para enviar á sus expensas á buscar manuscritos en los mas retirados senos de la Grecia? ¿Ni quién logró circunstancias mas oportunas? Además de esto se mantuvo muchos años en Venecia, incierto si permaneceria ó no en aquella Ciudad; ¿pues cómo podria cometer tal desacierto sin exponerse á que lo descubrieran antes de retirarse? ¿Y qué pruebas expone Schochio? ¿qué autores cita para apoyar proposicion tan atrevida? Quede pues por cierto que afirma lo que él seria capaz de cometer, y que creyó era algun Schochio el embajador de Carlos V.

Era su casa la mansion de las personas eruditas, y trataba á los sabios de la Italia con la estimacion de hombre que lo era. En el senado era un Demóstenes, y un Sócrates en casa. En aquel admiraban el torrente de su elocuencia los senadores; y en esta embelesaba con su erudicion, con sus noticias y discursos filosóficos, á los cardenales, obispos, nobles, y literatos que con gran frecuencia le visitaban.

Buen testigo es Paulo Manucio cele-

bérrimo humanista, que en aquel tiempo le dedicó las obras filosóficas de Ciceron, corregidas con sumo esmero; si bien dice, que ya don Diego con su continua lectura y perspicacia habria hecho las mismas ó mas enmiendas. De aquella dedicatoria sabemos, que se aplicaba principalmente á la filosofía; que tuvo una hermana sabia, muy instruida en la lengua latina, é igualmente valerosa; y que el dictámen de don Diego en órden á la enseñanza de la juventud, era que gastasen el largo tiempo que dedican á la lengua latina, en aprender las ciencias en la lengua materna, como lo persuadió antes el cardenal Alcolti, que posaba en casa don Diego. Favoreció á muchos griegos que llegaban huyendo de la penosa esclavitud del turco. Lázaro Bonamico le dirigió por este tiempo, ó poco despues una carta latina en verso heróico, en que describiendo el método de vida, y estudios que él disfrutaba, le persuade se entregue á su genio, esto es, al estudio y consideracion de la naturaleza; realza su aplicacion á la filosofía, su vigilancia en procurar los intereses del César, y resistir al turco, enemigo comun;

pondera su elocuencia, la estimacion que de su persona hacian los senadores, el socorro de trigo que por su causa evitó una horrible hambre en los estados venecianos, su generosidad en enviar á la Grecia personas que trajesen antiguos monumentos; y últimamente lo acepto que era á Carlos V, y como se aprovechaba del valimiento, para que perdonase á unos, y favoreciese á otros.

En estas ocupaciones pasaba, cuando le nombró el César gobernador de la república de Sena, sin que dejase, á lo que parece, la embajada de Venecia. Es Sena una ciudad de Toscana á cinco leguas de Florencia, rica, populosa, amiga de su libertad, que conservó por muchos siglos como república independiente; la discordia al fin dividió sus habitantes, que por último recurso acudieron al Emperador, á quien pidieron patrocinio para poner freno á algunos ciudadanos turbulentos. Condescendió Carlos V. y envió á don Diego de Mendoza, que informado de todas las disensiones, del orígen de ellas, y de los intereses particulares que movian á los seneses, procuró vencer por buenos térmi-

nos todos los inconvenientes, y mantener los ciudadanos en tranquilidad (11). Sin duda manifiesta el afecto que tenia á aquella república en una representacion vehemente que hizo al emperador cuando pasó por la Italia el año de 1543, para asegurar aquellas costas del desembarco, é invasion que amenazaba el turco, movido por Francisco I. rey de Francia.

Hallábase el César exausto de dinero; tomó del rey de Portugal cuantiosas sumas, vendió á Cosme de Medicis, duque de Florencia, las fortalezas de Florencia y Liorna en ciento y cincuenta mil ducados, y estuvo en Bugeto con el pontífice, que vino á verle con el pretexto de ponerle en paz con el rey de Francia, y de adelantar el Concilio tridentino; pero principalmente con el designio de comprar los estados de Milan y Sena para su nieto Octavio de Farnese. La escasez de dinero con que se hallaba el emperador, le hacian, aunque con alguna repugnancia, dar oidos á estas cosas, y sin duda se hubiera efectuado la venta, á no haberle hecho

(11) Sandoval Hist. de Carlos V. Tom. 2. Lib. 31. § 29

don Diego de Mendoza una representacion (12), en que exponia al emperador el deshonor que le resultaba de efectuar esta contrata, como lo mal que habia hecho en lo antecedente de las fortalezas de Florencia, y Liorna: estendiáse despues sobre la conducta del pontífice, sobre los trabajos que habia ocasionado al emperador, y como movió al rey de Francia, y consiguientemente al turco. Esta representacion tuvo el efecto que deseaba el autor de ella: desistió el emperador, pasó á Alemania dejando á don Diego las instrucciones que debian dirigirle en la asistencia al Concilio tridentino, que á grandes instancias de la cristiandad, y principalmente del emperador, habia convocado el papa Paulo III. en bula de 22 de Mayo de 1542. Despues de muchas dilaciones, inconvenientes y dudas sobre el lugar en que debia celebrarse, se habia elegido á Trento, ciudad que parte los términos de Italia y Alemania, y sujeta á Cristoval Madrucci obispo de ella, y poco despues cardenal.

(12) La trae Sandoval en la Hist. de Carlos V. Tom. 2. lib. 25. §. 30.

Ya el emperador habia expedido sus poderes desde Barcelona en 18 de Octubre de 1542, nombrando sus embajadores al gran canciller Granvela, su hijo el obispo de Arras, y don Diego de Mendoza, quienes llegaron á Trento en 8 de enero de 1543; pues aunque el marques de Aguilar embajador en Roma estaba tambien nombrado, no se apartó de aquella capital (13). Daba el emperador á todos cuatro en comun, y á cada uno en particular, poder y autoridad, para que representasen su persona, defendiesen y promoviesen sus derechos, y mantuviesen sus prerogativas, tanto como emperador, cuanto como rey de España, y señor de sus restantes dominios. Visitaron los embajadores á los legados, que eran los cardenales Moron, Paris, y Polo; y estrañando la poca concurrencia de padres, preguntaron si las demás naciones habian prometido su asistencia al Concilio, y en qué términos debian egercer la autoridad de embajadores en aquel congreso; evacuadas ambas preguntas, quiso el gran can-

(13) Palavic. Hist. Conc. Trident. Lib. 5. cap. 4.

ciller exponer en la iglesia mayor con toda solemnidad los poderes que traía del emperador, y manifestar los motivos de no asistir personalmente. Resistiéronse los legados, hubo amargas quejas; pero en fin se convino en que fuesen recibidos al siguiente dia públicamente en casa del legado Paris, el mas antiguo de los tres cardenales. El obispo de Arras expuso en una larga oracion, y ante gran concurso de gentes, los deseos y diligencias del emperador porque se celebrase el Concilio: exhibieron sus poderes, é instaron en que se acelerase la venida de los prelados y teólogos italianos, y se estimulase á los franceses, pues ellos estaban prontos á permanecer allí, ó pasar á solicitar los obispos de Alemania. En efecto Granvela por dar mayor calor á la celebracion del Concilio, pues veía los pocos prelados que habian concurrido, daba á entender seria mas conveniente un Concilio nacional en Alemania; proposicion que alteraba en extremo á los legados, y á la corte romana. Al fin padre é hijo pasaron á la junta de Norimberg, y don Diego quedó algunos meses en Trento. En este tiempo hizo la repre-

sentacion mencionada sobre la venta de Milan, y viendo que los obispos de España no concurrian tan presto, y que muchos de los que vinieron á Trento se habian retirado, se volvió á su embajada de Venecia con grande sentimiento de los legados, y del papa, que se quejó al emperador, pero al fin se aprobó su conducta, y expidió una bula, en que exponiendo las discordias sobrevenidas entre el rey Francisco y Carlos V, y juntamente el terror que infundia en toda la Italia el turco con sus armas, retardaba el Concilio á tiempo mas oportuno (14).

En 24 de Agosto del año 1544 dirigió un diploma á Carlos V. exhortándole á la paz, que efectuada con Francia proporcionó la nueva indiccion del Concilio para 15 de Mayo de 1545, aunque se prorogó el principio de él hasta 13 de Diciembre. Por Marzo volvió don Diego de Venecia á Trento; y ajustadas las ceremonias con que se le habia de tratar, pretendió exponer en la iglesia mayor, lugar destinado á las sesiones del Concilio, las cartas que

(14) Palavic. Lib. 5. cap. 4. n. 16.

le autorizaban, pero se convino en presentarlas en casa de los legados cardenales del Monte y Santa Cruz, donde manifestó sus poderes, y juntamente expuso en una oracion latina las intenciones del César, y el sincéro ánimo en que se hallaba de concurrir por su parte á dar cumplimiento á los deseos de toda la cristiandad (15). Halláronse presentes el cardenal Madrucci, en cuya casa habitaban los legados y los obispos que hasta entonces habian concurrido, que fueron Tomás Copeggi de Feltre, Tomás de San Felix de la Cava, y Fr. Cornelio Muso franciscano, obispo de Bitonto, y el mas elocuente predicador de su tiempo. A 8 de Abril llegaron los embajadores del rey de Romanos; celebróse una solemne congregacion para recibirlos; y en ella pretendió don Diego preceder al cardenal Madrucci, y sentarse despues de los legados, alegando que pues representaba al emperador, debia tener asiento en el mismo lugar que ocuparia S. M. Cesarea. Urgia el tiempo, y por no ser molesto, ni inutilizar aquella junta,

(15) Palavic. Lib. 5. cap. 8. n. 9.

convino en colocarse de modo, que ni cedia ni tomaba precedencia alguna.

Volvió en otra ocasion á instar sobre lo mismo, diciendo que si se hallasen juntos el padre santo y el emperador, ninguno podia pretender ponerse en medio, y que lo mismo debian observar las personas que los representaban; añadiendo que obraba con el parecer y consejo de hombres doctos. Respondieron los legados en términos generales se hallaban dispuestos á dar á cada uno su debido lugar; pero que por sí mismos no tomaban resolucion sobre sus pretensiones, y que era necesario aguardar la respuesta de Roma sobre ellas. Convino gustoso el embajador, porque como sabia la grande autoridad que los emperadores habian tenido siempre en los concilios, esperaba se hallasen en los archivos romanos documentos incontestables que autorizasen su preeminencia: añadió estaba pronto á ceder fuera del concilio á cualquiera sacerdote, pero en él, nadie despues del papa tenia mayor autoridad y preeminencia que su príncipe (16).

(16) Palavic. Lib. 5. cap. 7. num. 9. Liter. Legat. 12. et 16. Martii.

Los legados deseaban principiar el concilio; pero el corto número de obispos que hasta entonces habian llegado, y otros motivos que tenia el emperador, obligaban á don Diego á detenerlo con sus justos y fundados reparos.

Ocupábase entre tanto en sus estudios; buscaba el trato de las personas sabias, y ofreciéndose celebrar el nacimiento del infante de España el príncipe don Carlos, acaecido en 8 de Julio de 1545, dispuso tres solemnes fiestas, en que oraron el obispo de San Marcos, napolitano, sabio en latin y griego, Fr. Domingo Soto, y el elocuente fray Cornelio Muso.

Los cuidados, la aplicacion, ó la mudanza de aires alteraron su salud, y comenzó á padecer unas cuartanas, que le obligaron á retirarse á Venecia, y le molestaron muchos meses; pero no por esto dejó de cuidar de Sena, de su embajada de Venecia, y de la del Concilio, donde pasaba algunas veces. Al fin celebrado el congreso de Wormes, le ordenó el emperador asistiese en Trento, porque no se dijese quedaba por sus ministros dar principio al concilio. En 13 de Diciembre de

1545 se hizo la abertura tan deseada, con la mayor solemnidad, y se celebró la primera sesion, y en 7 de Enero de 1546 la segunda, á las que no pudiendo asistir don Diego por hallarse enfermo en Venecia, envió su secretario Alonso Zorrilla, para que hiciese presente su indisposicion (17). La sesion tercera se tuvo en 4 de Febrero del mismo año, y despues de la cuarta llegó á Trento don Francisco de Toledo, embajador de Carlos V. porque reconociendo don Diego la terquedad de su indisposicion, y cuan necesaria era la asistencia de los embajadores imperiales, habia suplicado al César enviase otro en su lugar, como se le concedió, con la circunstancia de que el compañero ejerciese por sí solo las funciones de la embajada, ó en compañía de don Diego, si la salud de este lo permitiese. Don Francisco pasó despues de cuatro dias á Padua á visitar á su compañero, para que le enterase á fondo de las instrucciones del emperador, de las de los legados, y del método que era menester seguir en un congreso

(17) Palavic. Lib. 5. cap. 17. n. 7.

tan sagrado y de tan delicadas circunstancias (18).

Aun sin estar libre de sus cuartanas, que fueron tan perniciosas que se llegó á temer de su vida, pasó de Padua á Trento á instancias de don Francisco de Toledo, que volvió á visitarle, y del doctor Paez de Castro, que vino en su compañía; y juzgaron los padres tan necesaria su asistencia á la congregacion general que precedió á la sesion quinta, que la difirieron un dia, porque en el que se habia de celebrar, era el mismo en que sobrevendria la fiebre á don Diego. Queriendo los legados proceder á la decision de los dogmas, don Diego aconsejó á don Martin Perez de Ayala, (que habia llegado á Trento en el mes de Setiembre de 1546, y le habia aposentado despues de muchos ruegos en su propia casa, tanto por el aprecio que hacía de sus virtudes y literatura, como porque habia sido confesor de su hermano el obispo de Jaen, ya muerto desde el año de 43), que como tan instruido en la materia de *justificatione*, que á la sazon

(18) Palavic. Lib. 6. cap. 13. n. 1.

querian decidir, manifestase el modo de pensar de los hereges, y notase las decisiones que pretendian hacer los legados por diminutas, y que no comprendian todos los errores de los protestantes. Don Martin Perez de Ayala pidió audiencia, peroró en ella una hora, expuso la materia, y de tal modo pintó sus consecuencias, que se examinó la doctrina mas de otros cuatro meses (19). Aunque don Diego rara vez concurria á las congregaciones particulares á causa de su indisposicion, quiso no obstante asistir á aquella en que fueron recibidos los embajadores de Francia, por dar mas solemnidad al acto, y manifestarles su buen ánimo, y la armonía que deseaba entablar, y mantener con ellos (20).

Por estos dias se publicó impresa en Venecia la Suma de los Concilios de fray Bartolomé Carranza, dominicano, famoso por su valimiento y su caída, dedicada á don Diego, que respondió al autor en una carta latina aunque breve, elocuente y

(19) Vida de don Martin Perez de Ayala, Arzobispo de Valencia, escrita por el mismo. M. S.
(20) Palavic. Lib. 8. cap. 5. n. 4.

nerviosa. Juan Paez de Castro, célebre Dr. Cronista y capellan de honor de Felipe II., habia pasado á aquella ciudad recomendado á don Diego por Gerónimo de Zurita, exacto historiador de Aragon, y por Gonzalo Perez, secretario de Felipe II. conocido por la traduccion de la Odisea, y mucho mas por los excesos de su hijo Antonio Perez. Procuró don Diego adelantarle, comunicóle sus libros, quiso llevarle á vivir consigo, animóle á estudiar con teson, y á trabajar principalmente en la inteligencia y restitucion de los autores antiguos. Consta por las cartas de aquel sabio escritas á Gerónimo de Zurita, que habia leido la traduccion al castellano de la Mecánica de Aristóteles hecha por don Diego, quien tambien le habia hecho glosas: »es tan bueno y tan humano, »dice hablando de don Diego, que puede »Vm. decir: *Nil oriturum alias, nil ortum »tale fatentes*. Su erudicion es muy varia, »y estraña; es gran aristotélico, y mate»mático; latino, y griego, que no hay »quien se le pare; al fin es un hombre »muy absoluto. Los libros que aqui ha »traido son muchos, y son en tres mane-

»ras: unos de mano griegos en gran copia; »otros impresos en todas facultades; otros »de los luteranos: todos estos están pú»blicos para quien los pide, sino son los »luteranos, que no se dan sino á los hom»bres que tienen necesidad de los ver para »el concilio. Ha sido tan gran cosa esta, y »tan grandemente dispuesta, que allende »de grandes costas que ha escusado, ha »dado gran luz á todos, que ni supieran »qué libros eran necesarios, ni de dónde »se habian de traer; á lo menos yo no sabía »qué hacerme en este lugar. Tienen todos »creido que medrará mucho concluido este »Concilio, y que S. M. le hará obispo, y »su Santidad cardenal: plega á Dios que »sea así, y en él estará todo bien emplea»do" (21). Así se explica aquel sabio aragonés, testigo ocular de las ocupaciones de don Diego; y lo mismo aseguran cuantos eruditos le trataron. Eran por cierto necesarios testimonios tan irrefragables para creer, que un político entregado á conocer, y manejar los intereses y ánimos de

(21) Dormer, Progresos de la Historia del reino de Aragon, lib. 4. cap. 11. Cartas de D. Juan Paez de Castro, fol. 465.

los soberanos, encargado de negocios gravísimos, atento á tantas formalidades como la vanidad ha introducido en aquella carrera, tuviese el tiempo, la aficion, y la abstraccion que se requiere para estudios tan profundos. El mismo don Diego dice en una carta que en su vejez escribió á Zurita: »Estoy maravillado de los muchos »libros que hallo leidos, habiendo apren»dido tan poco de ellos" (22). Anotaba lo que leía, y como los viages le imposibilitaban llevar consigo su librería, le acaeció ilustrar tres, y cuatro diferentes ejemplares manuscritos, ó impresos de un mismo autor. Agregaba la curiosidad de las monedas antiguas, de que habia hecho un gran tesoro. Ocurria á tantos gastos la liberalidad de Carlos V. que por este tiempo le libró 9000 ducados de ciertas cuentas, y le añadió una pension de 1500 con el fin, segun parece, de destinarle embajador á Roma.

A este tiempo declaró el emperador la guerra á los protestantes: toda Alemania

(22) Ibid. Carta de don Diego de Mendoza, escrita á Zurita, fol. 503.

se conmovió, algunos padres del Concilio meditaban ausentarse, y aun los legados juzgaban oportuna la traslacion, ó interrupcion del Concilio, asustados del riesgo en que creían hallarse, por estar tan inmediato Trento á los paises enemigos. Don Diego sintió en extremo esta resolucion de algunos; hizo presente, que habiendo emprendido el emperador aquella guerra á favor de la religion, y principalmente á favor del Concilio, le sería muy dolorosa la retardacion de este, y que no era buena correspondencia que el César emprendiese guerra de tanta consecuencia por mantener el Concilio, y se disolviese este por causa de la misma guerra (23). Pasó poco despues á Venecia, y ántes se despidió de los padres dia 17 de Julio por la tarde, en que se celebró junta con el motivo de la alteracion que habia ocurrido por la mañana, entre Dionisio Sanetin, obispo de Chiron, y el obispo de la Cava (24).

En Venecia se quejó amargamente á

(23) Palavic. lib. 8. cap. 5. n. 5.
(24) Ibid. cap. 6. nn. 1. et 2.

aquella Señoría de las deseonfianzas que habian tenido del emperador, y de que en fuerza de ellas hubiesen sospechado que Carlos V. intentaba sujetar toda la Alemania con pretexto de religion; por cuya causa habia procurado la Señoría disuadir al pontífice la confederacion con el César, y habia recibido embajadores de las potencias enemigas. La respuesta fue escusar la Señoría lo que se decia haber efectuado, y aparentar grande adhesion á los intereses del emperador.

Regresó á Trento, y volvióse á tratar de la traslacion del Concilio, ya porque los legados recelaban de la inmediacion de los enemigos, ya porque se hallaban disgustados en Trento. Don Diego á quien habia escrito el César su voluntad, expuso en una junta, cuanto resistia este á la traslacion, de suerte que ninguna cosa podian proponerle mas repugnante, que la ejecucion de tales designios: manifestó con brio y elocuencia cuantas consecuencias podian resultar (25). Poco despues se retiró don Diego á Venecia, y don Francisco

(25) Palavic. lib. 8. cap. 8.

de Toledo á Florencia, dejando en su lugar á los cardenales Madrucci y Pacheco, que siguieron con teson el empeño del César, aunque no con mucha felicidad, pues se celebró la sexta sesion el 13 de Enero de 1547, y se publicó el decreto sobre la justificacion; y aunque don Diego facilmente podia volver á Trento desde Venecia, se mantuvo en esta capital.

El emperador creyó que enviando á la corte de Roma á don Diego, que la conocia exactamente, aceleraria las cosas del Concilio. En efecto pasó de embajador al Pontífice en 1547 llevando en su compañía á don Martin Perez de Ayala. Pasó por Venecia, Bolonia, Florencia, Capilla, Risa, Luna, donde se detuvo el mes de Febrero y Marzo, muy cortejado del duque de Pomblin, con quien tenia que tratar varios encargos del emperador. Por pascua de resurreccion entró en Roma con el mayor triunfo y pompa que hasta alli habia entrado embajador alguno (26): hizo poco despues presente al Pontífice en un escrito las razones del emperador á favor del Con-

(26) Martin Perez de Ayala en su vida.

cilio, y los motivos que tenia para oponerse á la traslacion, ó suspension. El Pontífice respondió apoyando la traslacion del Concilio; y entretanto se celebró la séptima sesion en 3 de Marzo de 1548, é insistiendo los romanos en la traslacion, se valieron de la casualidad de haber muerto dos prelados, y algunos familiares de los legados para aparentar que habia peste. Opusiéronse con ardor los españoles, principalmente el cardenal Pacheco, pero al fin se resolvió la traslacion á Bolonia en la octava sesion celebrada en 11 de Marzo, prevaleciendo cuarenta y cuatro votos contra doce que se opusieron, casi todos españoles. Estos dieron inmediato aviso al emperador, que cuatro horas despues de sabida la noticia, envió una posta á Roma, para que antes que el Papa confirmase la traslacion, y se estableciesen los padres en Bolonia, se volviesen á Trento. Entretanto habia vuelto á Roma don Diego de Mendoza, y con su gran teson y eficacia logró se detuviesen todas las determinaciones en Bolonia. Mandó el Pontífice á los legados no declarasen por legítima la traslacion, sino que prorogasen la sesion, como

la prorogaron en la que se celebró el 21 de Abril (27).

Empeñado Carlos V. en que el Concilio volviese á Trento, mandó al cardenal Madrucci, que habia pasado á verle á Alemania, fuese á Roma, y de acuerdo con don Diego de Mendoza persuadiesen al Pontífice el restablecimiento del Concilio por todos los medios que pudiesen. Dióle varias instrucciones para que las pusiese en ejecucion don Diego, en caso que el Papa no asintiese á peticiones tan justas. En efecto todo fue en Roma en vano, pues aunque don Diego proponia que volverian á la ciudad de Plasencia, que por aquellos dias habia sacudido el yugo de los Farneses; pedia que primero se diese gusto al emperador trasladando el Concilio. El Pontífice juntó los cardenales, manifestó su agradecimiento al celo y buenos oficios del emperador, pero rehusó volver el Concilio á Trento; y preguntándole al cardenal Madrucci, si queria oir el dictámen de los cardenales sobre la materia, respondió Madrucci: que don Diego de Mendoza te-

(27) Palavic. lib. 23. cap. 13. usque ad 20.

*

nia que exponer aun á su Beatitud y al Sacro Colegio otras órdenes del emperador. Cinco dias despues se presentó don Diego, pidió pública audiencia, y que asistiesen á ella los embajadores de otros príncipes, para hacer una protesta con toda formalidad; expuso en ella la necesidad de volver el Concilio á Trento, y los gravísimos inconvenientes que se originarian de la tardanza: interrumpióle el Pontífice muchas veces, imputó la culpa á los padres de Trento, y añadió que deliberaria con los cardenales la respuesta: retiróse don Diego, y convinieron en consultar á los padres de Bolonia, quienes respondieron no rehusarian la traslacion á Trento; pero que era exponer la iglesia universal á mayores perturbaciones: manifestaban la conveniencia y facilidad de que los de Trento volviesen á Bolonia; y en resolucion dejaban las cosas en el mismo estado, y la determinacion en la voluntad del Pontífice (28).

Informado por don Diego el emperador de las intenciones de la corte romana, or-

(28) Palavic. lib. 10. cap. 6. usq. ad 15.

denó á Francisco de Vargas, y á Martin Soria Velasco, sus procuradores, protestasen tambien en Bolonia, como lo egecutaron con todas las formalidades de derecho; pero no recibiendo sino respuestas generales, se ausentaron de Bolonia al siguiente dia (29).

Todas estas contestaciones fueron leves respecto de la protesta que volvió á hacer en Roma don Diego, luego que tuvo noticia de la que acababan de hacer los procuradores. Pidió audiencia pública al Pontífice, asistencia de los cardenales, el concurso de todos los embajadores, y se presentó con toda ceremonia en aquel silencioso congreso, é hincado de rodillas con la gravedad de su carácter leyó en nombre del emperador una vehementísima protesta, y acabada se volvió á los cardenales, y les intimó lo mismo, caso que el Pontífice no púsiese remedio: añadió las fórmulas del derecho, puso por testigos á todos los presentes, y pidió á todos los secretarios pusiesen en las actas su protesta. Oyóse con gran silencio el discurso,

(29) Ibidem.

nadie le interrumpió, y en todos hizo la impresion que se deja entender, de un emperador tan poderoso, é irritado (30).

El Pontífice dijo á don Diego se le daria respuesta en el inmediato consistorio, en el que se leyó una compuesta por el cardenal Polo, en que repetia las razones generales, celo del papa, trabajo, y peligro del concilio, y tomaba por medio en ella imputar á excesos del embajador las proposiciones mas vehementes de la protesta; de suerte que decia ser írrita, porque el encargo que el emperador habia hecho á don Diego, era, no de entablar contestacion alguna con el papa, sino de quejarse ante su Beatitud como juez de los padres de Bolonia: refutó pues las razones del embajador, quien al acabar de oir la respuesta, volvió á protestar, negó haberse excedido, y pidió que de lo actuado no parase perjuicio á su soberano (31). Sentido el papa, y confiado en la liga con Francia, y en otros tratados políticos, respondió en otra ocasion á varias instancias

(30) Ibidem.
(31) Ibid.

de don Diego, *parase mientes en que estaba en su casa; y que no se excediese;* á lo que respondió: *era caballero, y su padre lo habia sido, y como tal habia de hacer al pie de la letra, lo que su señor le mandaba, sin temor alguno de su Santidad, guardando siempre la reverencia que se debe á un Vicario de Cristo, y que siendo ministro del emperador, su casa era donde quiera que pusiese los pies, y alli estaba seguro.*

En los quince dias inmediatos se proyectaron varios medios para la reconciliacion, particularmente por los italianos, que temian mas ruidoso rompimiento; pero manteniéndose don Diego firme, nada se efectuó. En situacion tan dificil eligió el papa suspender el Concilio: don Diego se opuso con la mayor eficacia; intimó al papa protestaria mas fuertemente; pensáronse varios medios para restablecer la paz; todo tenia sus inconvenientes, nada se efectuó, y en tan congojosa incertidumbre murió Paulo III. á 10 de Noviembre de 1549. Ascendió al pontificado en 7 de Febrero del siguiente año el cardenal Juan María de Monte, que habia si-

do legado del Concilio (32), quien tenia muy conocido el mérito de don Diego, y le estimaba tanto, que ya por su amistad, ya porque esperaba llegaria por él á restablecer la buena armonia con el César, y á recaudar los derechos de la Santa Sede sobre Parma y Plasencia; concedió por solas sus súplicas el perdon á Ascanio Colona, y le volvió todos los lugares y honores de que le habia despojado muchos años antes su antecesor (33). Pero en lo que mas se conoció su amistad, ó su celo, fue en rendirse á las repetidas instancias que le hizo para restablecer el Concilio. Determinóse á ejecutarlo así, y acelerar la determinacion, principalmente porque don Diego le hizo presente que el emperador pedia pronta respuesta sobre este punto, significando que las resoluciones que habia de tomar en la dieta de Augusta, asignada para 24 de Junio, serian adversas ó favorables segun la resolucion del papa. En efecto este expidió un diploma, para que se diese principio

(32) Palavic. Lib. 2. cap. 5. & 8.
(33) Ibid. cap. 7.

al Concilio en 1 de Mayo de 1551, y así se ejecutó, asistiendo de embajador del César don Francisco de Toledo, que llegó á Trento en 29 de Abril del mismo año (34).

Por este tiempo se mantenia don Diego en Sena, cuyos habitantes de dia en dia se precipitaban mas. Habia en la ciudad dos bandos principales, el de Danove afecto á los españoles; y el restante pueblo muy adverso; y comprendiendo el gobernador por las enemistades de los particulares, la imposibilidad de sujetarlos por la via de la moderacion y buen término, como habia procurado en los principios, se arrimó á los primeros, y cargó reciamente la mano sobre los contrarios para sujetarlos. Habia edificado una fortaleza junto á la puerta Camoria, camino de Florencia, y mandó que todo el pueblo condujese allí sus armas, tratándolos con gran severidad y absoluto despotismo; pues aquellos ánimos enconados requerian remedios mas fuertes que su encono: estaban sumamente cansados de

(34) Palavic. ibid. cap. 11.

los españoles, y resueltos á sacudir el yugo; buscaron el apoyo de los franceses, que le concedieron con gran prontitud y complacencia, persuadidos les seria aquella ciudad un seguro puerto, desde donde se estenderian á toda la Italia, como pretendia Enrique II. Exasperados los seneses mas y mas, y llenos de audacia con la proteccion de los franceses, hacian cuanto daño podian á los españoles; y un dia que don Diego paseaba á caballo al rededor de la fortaleza, dispararon contra él y le mataron el caballo. No se atemorizó por esto: pasó á Roma, y para conservar á Sena, y lo demás que pudiese, pues sabia la venida de la armada turquesca contra las costas de Italia, levantó tres mil italianos, los entregó al conde Petillano su íntimo amigo, disimulado enemigo de los españoles. En conclusion Sena se levantó, sitiaron la fortaleza, levantaron tropa, recibieron socorros y capitanes de Francia, y don Diego luego que tuvo la noticia, se valió de Ascanio de la Corna, nepote del pontífice, y llevándole consigo fue á Perugi, y al castillo de la Piebe, confinantes á

Sena, para proveer de allí lo que fuere conveniente; pero considerando las muchas fuerzas de los seneses, dejó allí á Ascanio, pasó á Liorna, y en naves del duque de Florencia se fue á Orbitelo, á donde juzgaba querian dirigirse los enemigos. Al fin el marqués de Mariñano general de los imperiales venció á Pedro Stroci general enemigo, sitió á Sena, y á los quince meses de sitio la rindió con condiciones muy humanas y decorosas al emperador en 22 de Abril de 1555 (35).

Viendo el César que se necesitaba de mas continuo cuidado, nombró por gobernador de Sena y sus dependencias al cardenal don Francisco de Mendoza, que como pariente de don Diego habia contribuido mucho para enviar socorros, y para que el duque de Florencia se resolviese á defender el partido del emperador. Don Diego parece habia vuelto á Roma á continuar su influjo sobre el Concilio; y allí ocurrió, que habiendo faltado al respeto debido al emperador el barrachelo ó alguacil cabeza de los esbirros,

(35) Ulloa Vita di Carlo V. Lib. 5.

le hizo castigar; por lo que indignado él pontífice, dió quejas al emperador, quien sabia muy bien no gustaba aquella corte de don Diego, porque la tenia muy comprendida; y así resolvió apartarle de aquella embajada, y á principios del año 1551 habia enviado por embajador extraordinario á Roma á don Juan Manrique de Lara, hijo de los duques de Nájera, con órden de que si no se hallaba en aquella capital don Diego, pasase por Sena donde estaria, y le comunicase las instrucciones, para que como informado en los negocios, le advirtiese y dirigiese en el manejo necesario y ejecucion de las órdenes que llevaba. En el mismo año volvió otra vez Manrique á Roma, y escribiendo al César el pontífice, le dice entre otras cosas, que no diese oidos á malas lenguas que no comprendian las entradas de su corazon, ni él se las queria descubrir; que no decia esto por don Diego de Mendoza, á quien queria mucho por su valor é ingenio, y depositaba en él la misma fe que S. M.; pero que donde se trataba el interes público, el particular y privado podian poco con

él (36). Esto fue en el tiempo en que se ocupaba don Diego de Mendoza en levantar gente en la Romanía, tanto para defender las costas de Italia de los turcos, como para enviar á las de África amenazadas por este enemigo comun, y así remitió mil italianos y muchos pertrechos con Antonio Doria y don Berenguer de Requesens.

Parece se volvió á España por los años 1554, donde se mantuvo en el consejo de Estado, y acompañó á Felipe II. en la gran jornada de San Quintin el año 1557, como él mismo da á entender ponderando el número, provision y buen órden de aquel egército. Vuelto á la corte de España se mantuvo en ella, no con la aceptacion de político tan sabio como era, y de quien habia hecho tanta estima Carlos V., ya porque su conducta en la Italia no agradó á Felipe II. ó ya, porque como él mismo decia, quien decae en el valimiento, decae muchos grados.

Algun tiempo antes escribió dos célebres cartas críticas, agudas, elocuentes,

(36) Sandoval His. de Carlos V. tom. 2. lib. 31. §. 9.

y llenas de los mas delicados primores del lenguage castellano sobre la Historia de la guerra de Carlos V. contra los luteranos, que publicó en folio en 1552 Pedro Salazár. Tomó el disfraz del bachiller Arcade: en la primera le critica abiertamente; y en la segunda aparenta que le escusa, pero le agrava con igual acrimonia sus yerros (37).

Acaecióle tambien, que hallándose en palacio tuvo palabras muy pesadas con cierto caballero, de suerte que se vió en la necesidad de quitarle un puñal, y arrojarlo por un balcon. Desagradó mucho al rey don Felipe este hecho ruidoso; parece le mandó prender, como se infiere de algunos lugares de sus poesías, y aun salió desterrado de la corte en la edad de 64 años que habia gastado en importantes servicios de la corona. No quebrantó su constante ánimo esta desgracia, y procuró justificarse en una carta escrita á un ilustrísimo señor, que quizá seria don Diego de Espinosa, obispo de Sigüenza y presidente de Castilla, de que

(37) Nicol. Ant. Bibliot. verb. Petrus de Salazar.

hay copia entre los manuscritos de Alvar Gomez de Castro en la biblioteca Real. En ella se mencionan varios lances mucho mas pesados que el suyo, sin que se hubiese procedido contra los que los cometieron con tanto rigor, y acaba así. »*Pudiera traer muchos ejemplos demás de* »*estos de hombres que se ha disimulado* »*con ellos, ó han sido restituidos breve-* »*mente, y no fueron tenidos por locos; so-* »*lo don Diego de Mendoza anda por puer-* »*tas agenas, porque de 64 años tornando* »*por si, echó un puñal en los corredores* »*de palacio, sin poder escusarlo, ni exce-* »*der de lo que bastaba. Y porque no me* »*tengan por historiador, dejo de poner otros* »*muchos ejemplos, y si estos no bastaren,* »*allá irá mi mudo que hablará por todos.*"

No bastaron sus disculpas para aplacar el ánimo de Felipe II: se retiró despues á Granada donde vivió tranquilamente en el estudio, separado de los negocios públicos, aunque previendo las alteraciones que sobrevendrian en aquel reyno por causa de los moriscos, y poca armonía del capitan general, y presidente de la chancillería, como se vió en el año de 1568

69 y 70 que principió y duró aquella guerra, *parte de la cual vió* don Diego *y parte oyó de las personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento*: así la escribió con verdad y con tan útiles reflexiones, que con dificultad se hallará otra en castellano que la iguale, y ninguna que la exceda.

Mantúvose en Granada todos aquellos años entregado á sus estudios, sin que dejase la diversion de la poesía, como se ve en la cancion que dirigió á don Diego de Espinosa, presidente de Castilla, celebrando el capelo que la Santidad de Pio V. le confirió en Marzo de 1568: en ella le trata como amigo é insinua en la última estrofa lo que padecia desterrado. Allí era consultado de los sabios sobre las ciencias, principalmente sobre las antigüedades de España, como consta de Ambrosio Morales en la dedicatoria que dirigió á don Diego, donde confiesa su extraordinaria erudicion en la geografía, y su gran juicio y exactitud en averiguar qué sitios y pueblos modernos corresponden á los nombres de los lugares y ciudades antiguas, para lo cual hacia muy útil uso

de las lenguas griega, hebrea, y árabe, que nunca dejó de cultivar; y en este tiempo particularmente se dedicó á investigar las antigüedades arábigas, convidado de los muchos monumentos que se encontraban en Granada. Juntó mas de cuatrocientos códices árabes de erudicion muy recóndita, como lo aseguró á Gerónimo de Zurita con quien tuvo particular amistad, y á quien habia servido con fineza, procurando vencer los obstáculos que los émulos de aquel historiador opusieron á los Anales de Aragon. Comunicóle tambien algunas noticias para ellos con deseo de que insertase su nombre en aquella historia cuando ya casi iba á cumplir 70 años, como lo dice en carta de 9 de Diciembre de 1573: de donde se infiere con certeza el tiempo de su nacimiento (38).

Por este tiempo en que la avanzada edad y enfermedades le iban postrando el ánimo, buscó consuelo en la comunicacion con Santa Teresa de Jesus, que le

(38) Dormer Progresos Lib. 4. cap. 12. Carta de don Diego de Mendoza, fol. 502.

escribió una respuesta complaciéndose la santa, y otras religiosas que nuestro autor comunicaba, por la resolucion que habia tomado de aspirar á la virtud; nota en la misma carta que era muy conocido y estimado del padre fray Gerónimo Gracian, que acompañó á la santa en el restablecimiento de su reforma, que segun se infiere del contexto de ella, habia pedido don Diego en dia determinado particulares oraciones, y la santa le responde, tenian concertado comulgar todas aquel dia por don Diego, y ocuparlo lo mejor que pudiesen (39). No vivió mucho tiempo despues de esta comunicacion. Parece que Felipe II. le permitió venir á la corte, ó para justificarse, ó para liquidar algunos asuntos pendientes. Encomendó á Zurita le buscase vivienda proporcionada, é inmediata á la suya: juntó sus libros que ofreció al rey (40): se puso en camino; á pocos dias de haber llegado á Madrid le acometió la última enfermedad,

(39) Cartas de Santa Teresa de Jesus, Tom. 1. Carta 11.

(40) Dormer Progres. Lib. 4. cap. 12. Cartas de don Diego de Mendoza, fol. 503.

procedida del pasmo de una pierna, y le acabó la vida en Abril de 1575, aunque Chacon en su biblioteca afirma murió en 1577.

En 1610 publicó en un tomo en cuarto impreso en Madrid algunas de sus poesías Fr. Juan Diaz Hidalgo, del hábito de San Juan, que las escogió entre otras muchas del autor con este título: *Obras del insigne caballero don Diego de Mendoza, embajador del emperador Carlos V. en Roma*, y le dedicó á don Iñigo Lopez de Mendoza cuarto marqués de Mondejar. Dejó de publicar otras muchas, ya por lo raro de las materias de que tratan, ya porque no son para que vayan en manos de todos.

Pero lo que mas crédito le ha dado entre los sabios es la Historia de la guerra de Granada, de la cual, si se hubiese de hacer una analísis exacta, era menester dilatarse mucho; con todo no podemos dejar de notar que nuestro autor refiere en ella, no solo las acciones, sino que copia con viveza los ánimos, caractéres, é intenciones de los personages; descubre las causas de las resoluciones, ó

diferentes, ó encontradas; nota las competencias fútiles, é intempestivas y los intereses particulares; é internándose en los corazones, los delinea con tanta exactitud, que en vista de los sucesos convence no podian pensar de otra manera. Pinta los enemigos como fueron, pero confiesa nuestro descuido y pérdidas; reconoce sus yerros, pero manifiesta los excesos de nuestras tropas: alaba á los moros cuando lo merecen, y vitupera los defectos en que alguna vez incurrió su mismo hermano. En fin yo no encuentro quien haya imitado con mas acierto á Salustio, y á Tácito, á quienes imita en las sentencias y estilo: la proposicion es imitacion de la historia de Tácito, la oracion del Zaguer es elocuentísima, concisa, muy nerviosa, cortada al aire de Demóstenes. Las digresiones, aunque son en gran número, ganan la atencion por su novedad, y porque toca en ellas muchos usos de nuestra antigua milicia. El lenguage y estilo son á juicio de Don Juan de Palafox lo mejor que tenemos en castellano, y don Nicolás Antonio coloca su elocuencia inmediata á la verbosidad de fray Luis de Granada. Verdad

es que algunos le notan de que se vale de términos muy latinizados, ó muy oscuros; pero esto puede ser porque así se usasen en su tiempo, ó porque los creía mas puros mientras menos apartados de su orígen.

Por los hechos y escritos referidos, se puede hacer juicio de su ánimo, y carácter; tuvo religion sin mezcla de supersticiones; fue tenaz y constante en los empeños que emprendia; resuelto, é incapaz de miedo en la ejecucion de ellos; zeloso del bien público que defendia, aun exponiendo su persona; diestro en el manejo de los negocios, perspicaz en el conocimiento de las personas, de las que se valia el tiempo que le aprovechaban. Esto como ministro público. Como particular era afable, humano, amigo y protector de los sabios, inclinado á honestas diversiones, á la conversacion de hombres doctos, los que trató como amigos. Declinaba tal vez en algunas chanzas y agudezas satíricas, como lo manifiestan muchas de sus poesías inéditas, y algunas impresas. Aun hablando del gravísimo empleo de embaja-

dor, se burla delicadamente, y escribe así á don Luis de Zúñiga.

¡O embajadores puros majaderos!

Que si los reyes quieren engañar,

Comienzan por nosotros los primeros.

La gloria inmortal con que este grande hombre corrió la carrera militar, política, y literaria, merece sin duda un elogio histórico mas bien acabado que el que le hemos dado; mas por ahora solo puede satisfacerse á los curiosos con este leve diseño: tal vez otro pincel mas diestro nos dará con el tiempo retrato mas vivo de las prendas que adornaron á este excelente escritor, y discretísimo político.

DE LA GUERRA
DE GRANADA.

LIBRO PRIMERO.

Mi propósito es escribir la guerra que el rey católico de España don Felipe el II. hijo del nunca vencido emperador don Carlos tuvo en el reino de Granada contra los rebeldes nuevamente convertidos: parte de la cual yo vi, y parte entendí de personas que en ella pusieron las manos y el entendimiento. Bien sé que muchas cosas de las que escribiere parecerán á algunos livianas y menudas para historia, comparadas á las grandes que de España se hallan escritas: guerras largas de varios sucesos; tomas y desolaciones de ciudades populosas; reyes vencidos y presos; discordias entre padres é hijos, hermanos y hermanos, suegros y yernos; desposeidos, res-

tituidos, y otra vez desposeidos, muertos á hierro; acabados linages; mudadas succesiones de reinos: libre y estendido campo, y ancha salida para los escritores. Yo escogí camino mas estrecho, trabajoso, estéril, y sin gloria; pero provechoso, y de fruto para los que adelante vinieren: comienzos bajos, rebelion de salteadores, junta de esclavos, tumulto de villanos, competencias, odios, ambiciones, y pretensiones; dilacion de provisiones, falta de dinero, inconvenientes ó no creidos, ó tenidos en poco; remision y flojedad en ánimos acostumbrados á entender, proveer, y disimular mayores cosas: y así no será cuidado perdido considerar de cuan livianos principios y causas particulares se viene á colmo de grandes trabajos, dificultades y daños públicos, y cuasi fuera de remedio. Veráse una guerra, al parecer tenida en poco, y liviana dentro en casa; mas fuera estimada y de gran coyuntura; que en cuanto duró tuvo atentos, y no sin esperanza á los ánimos de príncipes amigos y enemigos, lejos y cerca: primero cubierta y sobresanada, y al fin descubierta,

parte con el miedo y la industria, y parte criada con el arte y ambicion. La gente que dije, pocos á pocos junta, representada en forma de egércitos; necesitada España á mover sus fuerzas, para atajar el fuego; el rey salir de su reposo, y acercarse á ella; encomendar la empresa á don Juan de Austria su hermano hijo del emperador don Carlos, á quien la obligacion de las victorias del padre moviese á dar la cuenta de sí, que nos muestra el suceso. En fin pelearse cada dia con enemigos; frio, calor, hambre; falta de municiones, de aparejos en todas partes; daños nuevos, muertes á la continua: hasta que vimos á los enemigos, nacion belicosa, entera, armada, y confiada en el sitio, en el favor de los bárbaros y turcos, vencida, rendida, sacada de su tierra, y desposeida de sus casas y bienes; presos, y atados hombres y mugeres; niños cautivos vendidos en almoneda, ó llevados á habitar á tierras lejos de la suya: cautiverio y transmigracion no menor, que las que de otras gentes se leen por las historias. Victoria dudosa, y de sucesos tan peligrosos,

que alguna vez se tuvo duda si éramos nosotros, ó los enemigos, los á quien Dios queria castigar: hasta que el fin de ella descubrió, que nosotros éramos los amenazados, y ellos los castigados. Agradezcan, y acepten esta mi voluntad libre, y lejos de todas las cosas de odio ó de amor, los que quisieren tomar ejemplo, ó escarmiento; que esto solo pretendo por remuneracion de mi trabajo, sin que de mi nombre quede otra memoria. Y porque mejor se entienda lo de adelante, diré algo de la fundacion de Granada, qué gentes la poblaron al principio, cómo se mezclaron, cómo hubo este nombre, en quién comenzó el reino de ella; puesto que no sea conforme á la opinion de muchos; pero será lo que hallé en los libros arábigos de la tierra, y los de Muley Hacén rey de Tunez, y lo que hasta hoy queda en la memoria de los hombres, haciendo á los autores cargo de la verdad.

724. La ciudad de Granada, segun entiendo, fue poblacion de los de Damasco, que vinieron con Tarif su capitan, y diez años despues que los alárabes echaron á los godos del seño-

río de España, la escogieron por habitacion; porque en el suelo y aire parecia mas á su tierra. Primero asentaron en Libira, que antiguamente llamaban Illiberis, y nosotros Elvira, puesta en el monte contrario de donde ahora está la Ciudad, lugar falto de agua, de poco aprovechamiento, dicho el cerro de los Infantes; porque en él tuvieron su campo los Infantes don Pedro, y don Juan, cuando murieron rotos por Ozmin capitan del rey Ismael. Era Granada uno de los pueblos de Iberia, y habia en él la gente que dejó Tarif Abentiet despues de haberla tomado por luengo cerco; pero poca, pobre, y de varias naciones, como sobras de lugar destruido. No 1014.
tuvieron rey hasta Habúz Aben Habúz, que juntó los moradores de uno y otro lugar, fundando ciudad á la torre de San José, que llamaban de los Judíos, en el alcazava; y su morada en la casa del Gallo, á San Cristóval en el Albaicin. Puso en lo alto su estátua á caballo con lanza y adarga, que á manera de veleta se revuelve á todas partes, y letras que dicen: *Dijo Habúz Aben Habúz el sabio, que*

así se debe defender el Andalucía. Dicen, que del nombre de Naath su muger, y por mirar al poniente (que en su lengua llaman garb) la llamó Garbnaath, como Naath la del poniente. Los alárabes y asianos hablan de los sitios, como escriben; al contrario y revés que las gentes de Europa. Otros, que de una cueva á la puerta de Bibataubín morada de la Cava hija del conde Julian el traidor, y de Nata, que era su nombre propio, se llamó Garnata, la cueva de Nata. Porque el de la Cava todas las historias arábigas afirman, que le fue puesto por haber entregado su voluntad al rey de España don Rodrigo; y en la lengua de los alárabes cava quiere decir muger liberal de su cuerpo. En Granada dura este nombre por algunas partes; y la memoria en el soto y torre de Roma, donde los moros afirman haber morado; no embargante que los que tratan de la destruccion de España, ponen que padre é hija murieron en Ceuta. Y los edificios que se muestran de lejos á la mar sobre el monte, entre las Quexinas y Xarxuel al poniente de Argel, que llaman

sepulcro de la Cava cristiana, cierto es haber sido un templo de la ciudad de Cesarea hoy destruida, y en otros tiempos cabeza de la Mauritania, á quien dió el nombre de cesariense. Lo de la amiga del rey Abenhút, y la compra que hizo á ejemplo de Dido la de Cartago, cercando con un cuero de buey cercenado el sitio donde ahora está la ciudad, los mismos moros lo tienen por fabuloso. Pero lo que se tiene por mas verdadero entre ellos, y se halla en la antigüedad de sus escrituras, es haber tomado el nombre de una cueva, que atraviesa de aquella parte de la ciudad hasta la aldea que llaman Alfacar, que en mi niñez yo vi abierta, y tenida por lugar religioso, donde los ancianos de aquella nacion curaban personas tocadas de la enfermedad que dicen demonio. Esto cuanto al nombre que tuvo en la edad de los moros; tanta variedad hay en las historias arábigas, aunque las llaman ellos escrituras de la verdad. En la nuestra conformando el sonido del vocablo con la lengua castellana, la decimos Granada, por ser abundante. Habúz Aben

Habûz deshizo el reino de Córdoba, y puso á Idriz en el señorío del Andalucía. Con esto, con el desasosiego de las ciudades comarcanas, con las guerras que los reyes de Castilla hacian, con la destruccion de algunas, juntos los dos pueblos en uno, fue maravilla en cuan poco tiempo Granada vino á mucha grandeza. Desde entonces no faltaron reyes en ella hasta Abenhút, que echó de España los almohades, é hizo á Almería cabeza del reino. Muerto Abenhút á manos de los suyos, con el poder y armas del rey santo don Fernando el III. tomaron los de Granada por rey á Mahamet Alhamar, que era Señor de Arjona, y volvió la silla del reino de Granada, la cual fue en tanto crecimiento, que en tiempo del rey Bulhaxix, cuando estaba en mayor prosperidad, tenia setenta mil casas, segun dicen los moros; y en alguna edad hizo tormenta, y en muchas puso cuidado á los reyes de Castilla. Hay fama que Bulhaxix halló el alquimia, y con el dinero de ella cercó el Albaicin: dividióle de la ciudad, y edificó el Alhambra con la torre que llaman de Co-

mares (porque cupo á los de Comares fundalla); aposento real y nombrado, segun su manera de edificio, que despues acrecentaron diez reyes succesores suyos, cuyos retratos se ven en una sala; alguno de ellos conocido en nuestro tiempo por los ancianos de la tierra.

Ganaron á Granada los reyes llamados 1492.
Católicos Fernando é Isabel, despues de haber ellos y sus pasados sojuzgado, y echado los moros de España en guerra continua de 774 años, y cuarenta y cuatro reyes; acabada en tiempo, que vimos al rey último Boabdelí (con grande exaltacion de la fe cristiana) desposeido de su reino y ciudad, y tornado á su primera patria allende la mar. Recibieron las llaves de la ciudad en nombre de señorío, como es costumbre de España; entraron al Alhambra, donde pusieron por alcaide y capitan general á don Iñigo Lopez de Mendoza conde de Tendilla, hombre de prudencia en negocios graves, de ánimo firme, asegurado con luenga experiencia de rencuentros y batallas ganadas, lugares defendidos contra moros en la misma guerra; y por prelado pa-

sieron á fray Fernando de Talavera, religioso de la órden de san Hierónimo, cuyo ejemplo de vida y santidad España celebra, y de los que viven, algunos hay testigos de sus milagros. Diéronles compañía calificada y conveniente para fundar república nueva; que habia de ser cabeza de reino, escudo y defension contra los moros de África, que en otros tiempos fueron sus conquistadores. Mas no bastaron estas provisiones aunque juntas, para que los moros (cuyos ánimos eran desasosegados y ofendidos) no se levantasen en el Albaicin, temiendo ser echados de la ley, como del estado: porque los reyes, queriendo que en todo el reino fuesen cristianos, enviaron á fray Francisco Ximenez, que fue arzobispo de Toledo y cardenal, para que los persuadiese; mas ellos gente dura, pertinaz, nuevamente conquistada, estuvieron reacios. Tomóse concierto, que los renegados, ó hijos de renegados tornasen á nuestra fe, y los demás quedasen en su ley por entonces. Tampoco esto se observaba, hasta que subió al Albaicin un alguacil, llamado Barrionuevo, á

prender dos hermanos renegados en casa de la madre. Alborotóse el pueblo, tomaron las armas, mataron al alguacil, y barrearon las calles que bajan á la ciudad; eligieron cuarenta hombres autores del motin para que los gobernasen, como acontece en las cosas de justicia escrupulosamente fuera de ocasion ejecutadas. Subió el conde de Tendilla al Albaicin, y despues de habersele hecho alguna resistencia apedreándole el adarga (que es entre ellos respuesta de rompimiento), se la tornó á enviar: al fin la recibieron, y pusiéronse en manos de los Reyes, con dejar sus haciendas á los que quisiesen quedar cristianos en la tierra, conservar su hábito y lengua, no entrar la inquisicion hasta ciertos años, pagar fardas y las guardas; dióles el conde por seguridad sus hijos en rehenes. Hecho esto salieron huyendo los cuarenta electos, y levantaron á Guejar, Lanjaron, Andarax; y últimamente Sierra vermeja nombrada por la muerte de don Alonso de Aguilar uno de los mas celebrados capitanes de España, grande en estado y linage. Sosegó el conde de Tendilla y con-

certó el motin de Albaicin; tomó á Guejar, parte por fuerza, parte rendida sin condicion, pasando á cuchillo los moradores y defensores. En la cual empresa, dicen que por no ir á Sierra vermeja, debajo de don Alonso de Aguilar su hermano, con quien tuvo emulacion, se halló á servir, y fue el primero que por fuerza entró en el barrio de abajo, Gonzalo Fernandez de Córdoba, que vivia á la sazon en Loja desdeñado de los Reyes católicos, abriendo ya el camino para el título de gran capitan, que á solas dos personas fue concedido en tantos siglos: una entre los griegos caido el imperio en tiempo de los emperadores Comnenos como á restaurador y defensor del Andrónico Contestephano llamándole *megaduca*, vocablo bárbaramente compuesto de griego y latino, como acontece con los estados perderse la elegancia de las lenguas: otra á Gonzalo Fernandez entre los españoles y latinos, por la gloria de tantas victorias suyas, como viven y vivirán en la memoria del mundo. Halláronse allí entre otros Alarcon sin ejercicio de guerra, y Antonio de

Leiva mozo teniente de la compañía de Juan de Leiva su padre, y despues sucésor en Lombardía de muchos capitanes generales señalados, y á ninguno de ellos inferior en victorias. La presencia del Rey católico dió fin con mayor autoridad á esta guerra; mas guardóse el rincon de Sierra vermeja para la muerte de don Alonso de Aguilar; que ganada la sierra, y rotos los moros fue necesitado á quedar en ella con la oscuridad de la noche, y con ella misma le acometieron los enemigos rompiendo su vanguardia. Murió don Alonso peleando, y salvóse su hijo don Pedro entre los muertos: salió el conde de Ureña, aunque dando ocasion á los cantares y libertad española; pero como buen caballero. *

Sosegada esta rebelion tambien por concierto, diéronse los Reyes católicos á restaurar, y mejorar á Granada en religion, gobierno y edificios: establecieron el cabildo, bautizaron los moros, trugeron la chancillería, y dende á algunos años vino la inquisicion. Gobernábase la ciudad y reino como entre pobladores y compañeros con una forma de jus-

* Vease la historia del reinado de los Reyes Católicos por el Señor [illegible], parte 2 cap. 6.7, donde se da cuenta [illegible] de esta muerte, y de la [illegible] de don Alonso de Aguilar.

ticia arbitraria, unidos los pensamientos, las resoluciones encaminadas en comun al bien público: esto se acabó con la vida de los viejos. Entraron los celos; la division sobre causas livianas entre los ministros de justicia y de guerra; las concordias en escrito confirmadas por cédulas; traido el entendimiento de ellas por cada una de las partes á su opinion; la ambicion de querer la una no sufrir igual, y la otra conservar la superioridad, tratada con mas disimulacion que modestia. Duraron estos principios de discordia disimulada, y manera de conformidad sospechosa el tiempo de don Luis Hurtado de Mendoza (1) hijo de don Iñigo, hombre de gran sufrimiento y templanza; mas sucediendo otros, aunque de conversacion blanda y humana, de condicion escrupulosa y propia; fuese apartando este oficio del arbitrio militar, fundándose en la legalidad y derechos, y subiéndose hasta el peligro de la autoridad, cuanto á las preeminencias: cosas que cuando estirada-

(1) **Este don Luis fue el segundo marqués de Mondejar, y Presidente de Castilla.**

mente se juntan, son aborrecidas de los menores y sospechosas á los iguales. Vínose á causas y pasiones particulares, hasta pedir jueces de términos; no para divisiones ó suertes de tierras, como los romanos y nuestros pasados; sino con voz de restituir al Rey ó al público lo que le tenian ocupado, y intento de echar algunos de sus heredamientos. Este fue uno de los principios en la destruccion de Granada comun á muchas naciones; porque los cristianos nuevos, gente sin lengua y sin favor, encogida y mostrada á servir, veían condenarse, quitar ó partir las haciendas que habian poseido, comprado, ó heredado de sus abuelos, sin ser oidos. Juntáronse con estos inconvenientes y divisiones, otros de mayor importancia, nacidos de principios honestos, que tomaremos de mas alto.

Pusieron los Reyes católicos el gobierno de la justicia y cosas públicas en manos de letrados, gente media entre los grandes y pequeños, sin ofensa de los unos ni de los otros: cuya profesion eran letras legales, comedimiento, secreto, verdad, vida llana y sin

corrupcion de costumbres; no visitar, no recibir dones, no profesar estrecheza de amistades, no vestir, ni gastar suntuosamente; blandura y humanidad en su trato, juntarse á horas señaladas para oir causas, ó para determinallas, y tratar del bien público. Á su cabeza llaman presidente, mas porque preside á lo que se trata, y ordena lo que se ha de tratar, y prohibe cualquier desorden, que porque los manda. Esta manera de gobierno, establecida entonces con menos diligencia, se ha ido estendiendo por toda la cristiandad, y está hoy en el colmo de poder y autoridad: tal es su profesion de vida en comun, aunque en particular haya algunos que se desvien. Á la suprema congregacion llaman Consejo Real, y á las demás chancillerías, diversos nombres en España, segun la diversidad de las provincias. Á los que tratan en Castilla lo civil llaman oidores; y á los que tratan lo criminal alcaldes (que en cierta manera son sujetos á los oidores): los unos y los otros por la mayor parte ambiciosos de oficios agenos y profesion que no es suya, especialmen-

te la militar; persuadidos del ser de su facultad, que (segun dicen) es noticia de cosas divinas y humanas, y sciencia de lo que es justo é injusto; y por esto amigos en particular de traer por todo, como superiores, su autoridad, y apuralla á veces hasta grandes inconvenientes, y raices de los que agora se han visto. Porque en la profesion de la guerra se ofrecen casos, que á los que no tienen plática de ella parecen negligencias; y si los procuran emendar, cáese en imposibilidades y lazos, que no se pueden desenvolver; aunque en ausencia se juzgan diferentemente. Estiraba el capitan general su cargo sin equidad, y procuraban los ministros de justicia emendallo. Esta competencia fue causa que menudeasen quejas y capítulos al Rey; con que cansados los consegeros, y él con ellos, las provisiones saliesen varias, ó ningunas, perdiendo con la oportunidad el crédito; y se proveyesen algunas cosas de pura justicia, que atenta la calidad de los tiempos, manera de las gentes, diversidad de ocasiones requerian templanza, ó dilacion. Todo lo de hasta

aquí se ha dicho por ejemplo, y como muestra de mayores casos; con fin que se vea de cuan livianos principios se viene á ocasiones de grande importancia, guerras, hambres, mortandades, ruinas de estados, y á veces de los señores de ellos. Tan atenta es la providencia divina á gobernar el mundo y sus partes, por orden de principios, y causas livianas que van creciendo por edades, si los hombres las quisiesen buscar con atencion.

Habia en el reino de Granada costumbre antigua, como la hay en otras partes, que los autores de delitos se salvasen, y estuviesen seguros en lugares de señorío; cosa que mirada en comun, y por la haz, se juzgaba que daba causa á mas delitos, favor á los malhechores, impedimento á la justicia, y desautoridad á los ministros de ella. Pareció por estos inconvenientes, y por ejemplo de otros estados, mandar que los señores no acogiesen gentes de esta calidad en sus tierras; confiados que bastaba solo el nombre de justicia, para castigallos donde quiera que anduviesen. Manteníase esta gente con sus oficios en aque.

llos lugares, casábanse, labraban la tierra, dábanse á vida sosegada. Tambien les prohibieron la inmunidad de las iglesias arriba de tres dias; mas despues que les quitaron los refugios, perdieron la esperanza de seguridad, y diéronse á vivir por las montañas, hacer fuerzas, saltear caminos, robar y matar. Entró luego la duda tras el inconveniente, sobre á qué tribunal tocaba el castigo, nacida de competencia de jurisdicciones; y no obstante que los generales acostumbrasen hacer estos castigos, como parte del oficio de la guerra; cargaron á color de ser negocio criminal, la relacion apasionada ó libre de la ciudad, y la autoridad de la audiencia, y púsose en manos de los alcaldes, no excluyendo en parte al capitan general. Dióseles facultad para tomar á sueldo cierto número de gente repartida pocos á pocos, á que usurpando el nombre llamaban cuadrillas; ni bastantes para asegurar, ni fuertes para resistir. Del desden, de la flaqueza de provision, de la poca experiencia de los ministros en cargo que participaba de guerra, nació el descuido, ó fuese

negligencia ó voluntad de cada uno que no acertase su émulo. En fin fue causa de crecer estos salteadores, (monfies los llamaban en lengua morisca), en tanto número, que para oprimillos, ó para reprimillos no bastaban las unas, ni las otras fuerzas. Este fue el cimiento sobre que fundaron sus esperanzas los ánimos escandalizados y ofendidos; y estos hombres fueron el instrumento principal de la guerra. Todo esto parecia al comun cosa escandalosa; pero la razon de los hombres, ó la providencia divina (que es lo mas cierto), mostró con el suceso, que fue cosa guiada para que el mal no fuese adelante, y estos reinos quedasen asegurados mientras fuese su voluntad. Siguiéronse luego ofensas en su ley, en las haciendas, y en el uso de la vida, así cuanto á la necesidad, como cuanto al regalo, á que es demasiadamente dada esta nacion; porque la inquisicion los comenzó á apretar mas de lo ordinario. El Rey les mandó dejar la habla morisca, y con ella el comercio y comunicacion entre sí; quitóseles el servicio de los esclavos negros á quienes cria-

ban con esperanzas de hijos, y el hábito morisco en que tenian empleado gran caudal: obligáronlos á vestir castellano con mucha costa, que las mugeres trugesen los rostros descubiertos, que las casas acostumbradas á estar cerradas, estuviesen abiertas; lo uno y lo otro tan grave de sufrir entre gente celosa. Hubo fama que les mandaban tomar los hijos, y pasallos á Castilla: vedáronles el uso de los baños, que eran su limpieza y entretenimiento; primero les habian prohibido la música, cantares, fiestas, bodas, conforme á su costumbre, y cualesquier juntas de pasatiempo. Salió todo esto junto, sin guardia, ni provision de gente; sin reforzar presidios viejos, ó firmar otros nuevos. Y aunque los moriscos estuviesen prevenidos de lo que habia de ser; les hizo tanta impresion, que antes pensaron en la venganza que en el remedio. Años habia que trataban de entregar el reyno á los príncipes de Berbería, ó al turco; mas la grandeza del negocio, el poco aparejo de armas, vituallas, navíos, lugar fuerte donde hiciesen cabeza, el poder grande del empera-

dor, y del rey Felipe su hijo, enfrenaba las esperanzas, é imposibilitaba las resoluciones especialmente estando en pie nuestras plazas mantenidas en la costa de África, las fuerzas del turco tan lejos, las de los cosarios de Argel mas ocupadas en presas y provecho particular, que en empresas difíciles de tierra. Fuéronseles con estas dificultades dilatando los designios, apartándose ellos de los del reino de Valencia, gente menos ofendida, y mas armada. En fin creciendo igualmente nuestro espacio por una parte, y por otra los excesos de los enemigos tantos en número, que ni podian ser castigados por manos de justicia, ni por tan poca gente como la del capitan general; eran ya sospechosas sus fuerzas para encubiertas, aunque flacas para puestas en ejecucion. El pueblo de cristianos viejos adivinaba la verdad, cesaba el comercio y paso de Granada á los lugares de la costa: todo era confusion, sospecha, temor; sin resolver, proveer, ni ejecutar. Vista por ellos esta manera en nosotros, y temiendo que con mayor aparejo les contraviniésemos, determi-

naron algunos de los principales de juntarse en Cadiar, lugar entre Granada, y la mar, y el rio de Almería, á la entrada de la Alpujarra. Tratóse del cuando y como se debian descubrir unos á otros, de la manera del tratado y ejecucion: acordaron que fuese en la fuerza del invierno; porque las noches largas les diesen tiempo para salir de la montaña y llegar á Granada, y á una necesidad tornarse á recoger y poner en salvo; cuando nuestras galeras reposaban repartidas por los invernaderos y desarmadas; la noche de navidad, que la gente de todos los pueblos está en las iglesias, solas las casas, y las personas ocupadas en oraciones y sacrificios; cuando descuidados, desarmados, torpes con el frio, suspensos con la devocion, fácilmente podian ser oprimidos de gente atenta, armada, suelta, y acostumbrada á saltos semejantes. Que se juntasen á un tiempo cuatro mil hombres de la Alpujarra, con los del Albaicin, y acometiesen la ciudad, y el Alhambra, parte por la puerta, parte con escalas; plaza guardada mas con la autoridad que con la fuerza: y

porque sabian que el Alhambra no podia dejar de aprovecharse de la artillería, acordaron que los moriscos de la vega tuviesen por contraseña las primeras dos piezas que se disparasen, para que en un tiempo acudiesen á las puertas de la ciudad, las forzasen, entrasen por ellas y por los portillos; corriesen las calles, y con el fuego y con el hierro no perdonasen á persona, ni á edificio. Descubrir el tratado sin ser sentidos y entre muchos, era dificultoso: pareció que los casados lo descubriesen á los casados, los viudos á los viudos, los mancebos á los mancebos; pero á tiento, probando las voluntades y el secreto de cada uno. Habian ya muchos años antes enviado á solicitar con personas ciertas no solamente á los príncipes de Berbería, mas al emperador de los turcos dentro en Constantinopla, que los socorriese, y sacase de servidumbre, y postreramente al rey de Argel pedido armada de levante y poniente en su favor; porque faltos de capitanes, de cabezas, de plazas fuertes, de gente diestra, de armas, no se hallaron poderosos para tomar, y proseguir á

solas tan gran empresa. Demás de esto resolvieron proveerse de vitualla, elegir lugar en la montaña donde guardalla, fabricar armas, reparar las que de mucho tiempo tenian escondidas, comprar nuevas, y avisar de nuevo á los reyes de Argel, Fez, señor de Tituan de esta resolucion y preparaciones. Con tal acuerdo partieron aquella habla; gente á quien el regalo, el vicio, la riqueza, la abundancia de las cosas necesarias, el vivir luengamente en gobierno de justicia é igualdad desasosegaba, y traía en continuo pensamiento.

Dende á pocos dias se juntaron otra vez con los principales del Albaicin en Churriana fuera de Granada, á tratar del mismo negocio. Habíanles prohibido, como arriba se dijo, todas las juntas en que concurria número de gente; pero teniendo el Rey y el prelado mas respeto á Dios que al peligro, se les habia concedido que hiciesen un hospital y cofradía de cristianos nuevos, que llamaron de la Resurreccion. (Dicen en español cofradía una junta de personas, que se prometen hermandad en oficios divinos y religiosos con

obras). En dias señalados concurrian en el hospital á tratar de su rebelion con esta cubierta; y para tener certinidad de sus fuerzas, enviaron personas pláticas de la tierra por todos los lugares del reino, que con ocasion de pedir limosna reconociesen las partes de él á propósito para acogerse, para recibir los enemigos, para traellos por caminos mas breves, mas secretos, mas seguros, con mas aparejo de vituallas; y estos echasen un pedido á manera de limosna, que los de veinte y cuatro años hasta cuarenta y cinco contribuyesen diferentemente de los viejos, mugeres, niños, y impedidos: con tal astucia reconocieron el número de la gente útil para tomar armas, y la que habia armada en el reino.

Estos y otros indicios, y los delitos de los monfies mas públicos, graves y á menudo que solian, dieron ocasion al marqués de Mondejar (2), al conde de Tendilla su hijo, á cuyo cargo estaba la guerra, á don Pedro

(2) El tercer marqués de Mondejar, es el que de aquí adelante siempre se nombra: llamóse don Iñigo y fue virrei de Valencia, y Nápoles; y sobrino del autor.

de Deza, presidente de la chancillería, caballero que habia pasado por todos los oficios de su profesion, y dado buena cuenta de ellos, al arzobispo, á los jueces de inquisicion, de poner nuevo cuidado y diligencia en descubrir los motivos de estos hombres, y asegurarse parte con lo que podian, y parte con acudir al rey: y pedir mayores fuerzas cada uno segun su oficio, para hacer justicia, y reprimir la insolencia; que este nombre le ponian, como á cosa incierta: hasta que estando el marqués de Mondejar en Madrid, fue avisado el Rey mas particularmente. Partió el marqués en diligencia, y llevó comision para crecer en la guardia del reino alguna poca gente, pero la que pareció que bastaba en aquella ocasion y en las que se ofreciesen por mar contra los moros berberíes. Mas las personas á cuyo cargo era la provision, aunque se creyeron los avisos; ó importunados con el menudear de ellos, ó juzgando á los autores por mas ambiciosos que diligentes, hicieron provision tan pequeña, que bastó para mover las causas de la enfermedad, y no pa-

ra remedialla; como suelen medicinas flojas en cuerpos llenos. Por lo cual vistas por los monfíes y principales de la conjuracion las diligencias que se hacian de parte de los ministros para apurar la verdad del tratado; el temor de ser prevenidos, y la avilanteza de nuestras pocas fuerzas, los acució á resolverse sin aguardar socorro, con solo avisar á Berbería del término en que las cosas se hallaban, y solicitar gente y armas con la armada, dando por contraseño que entre los navíos que viniesen de Argel y Tituan trajesen las capitanas una vela colorada, y que los navíos de Tituan acudiesen á la costa de Marbella para dar calor á la sierra de Ronda y tierra de Málaga; y los de Argel á cabo de Gata, que los romanos llamaban promontorio de Caridemo, para socorrer á la Alpujarra y rios de Almería y Almazora, y mover con la vecindad los ánimos de la gente sosegada en el reino de Valencia. Mas estos estuvieron siempre firmes; ó que en la memoria de los viejos quedase el mal suceso de la sierra de Espadan en tiempo del emperador Carlos; ó que te-

niendo por liviandad el tratado, y dificultosa la empresa, esperasen á ver como se movia la generalidad; con qué fuerzas, fundamento, y certeza de esperanzas en Berbería. Enviaron á Argel al Partal que vivia en Narila, lugar del partido de Cadiar, hombre rico, diligente y tan cuerdo, que la segunda vez que fue á Berbería, llevó su hacienda y dos hermanos, y se quedó en Argel. Este y el Xeniz, que despues vendió y mató al Abenabó su señor, á quien ellos levantaron por segundo rey, estaban en aquella congregacion como diputados en nombre de toda la Alpujarra; y por tener alguna cabeza en quien se mantuviesen unidos, mas que por sujetarse á otras sino á las que el rey de Argel los nombrase, resolvieron en veinte y siete de Setiembre hacer rey (3), persuadidos con la razon de don Fernando de Valor, el zaguer, que en su lengua quiere decir el menor, á quien por otro nombre llamaban Aben Xahuar, hombre de gran autoridad y de consejo ma- 1568.

(3) Algo difiere Mármol. lib. 4 cap. 7. vease.

*

duro, entendido en las cosas del reino, y de su ley. Este viendo que la grandeza del hecho traía miedo, dilacion, diversidad de casos, mudanzas de pareceres, los juntó en casa de Zinzan en el Albaicin, y les habló:

Poniéndoles delante la opresion en que estaban, sugetos á hombres públicos y particulares, no menos esclavos, que si lo fuesen. Mugeres, hijos, haciendas, y sus propias personas en poder y arbitrio de enemigos, sin esperanza en muchos siglos de verse fuera de tal servidumbre: sufriendo tantos tiranos como vecinos, nuevas imposiciones, nuevos tributos, y privados del refugio de los lugares de señorío, donde los culpados, puesto que por accidentes ó por venganzas, (esta es la causa entre ellos mas justificada), se aseguran: echados de la inmunidad y franqueza de las iglesias, donde por otra parte los mandaban asistir á los oficios divinos con penas de dinero; hechos sujetos de enriquecer clérigos; no tener acogida á Dios ni á los hombres; tratados y tenidos como moros entre los cristianos para ser menospreciados, y co-

no cristianos entre los moros para no ser creidos ni ayudados. Excluidos de la vida y conversacion de personas, mándannos que no hablemos nuestra lengua: y no entendemos la castellana: ¿en qué lengua habemos de comunicar los conceptos, y pedir ó dar las cosas, sin que no puede estar el trato de los hombres? Aun á los animales no se vedan las voces humanas. ¿Quién quita que el hombre de lengua castellana no pueda tener la ley del Profeta, y el de la lengua morisca la ley de Jesus? Llaman á nuestros hijos á sus congregaciones y casas de letras: enséñanles artes que nuestros mayores prohibieron aprenderse, porque no se confundiese la puridad, y se hiciese litigiosa la verdad de la ley. Cada hora nos amenazan quitarlos de los brazos de sus madres, y de la crianza de sus padres, y pasarlos á tierras agenas, donde olviden nuestra manera de vida, y aprendan á ser enemigos de los padres que los engendramos, y de las madres que los parieron. Mándannos dejar nuestro hábito, y vestir el castellano. Vístense entre ellos los tudescos de una mane-

ra, los franceses de otra, los griegos de otra, los frailes de otra, los mozos de otra, y de otra los viejos: cada nacion, cada profesion y cada estado usa su manera de vestido, y todos son cristianos; y nosotros moros, porque vestimos á la morisca, como si trujésemos la ley en el vestido, y no en el corazon. Las haciendas no son bastantes para comprar vestidos para dueños y familias; del hábito que traíamos no podemos disponer, porque nadie compra lo que no ha de traer; para traello es prohibido, para vendello es inútil. Cuando en una casa se prohibiere el antiguo, y comprase el nuevo del caudal que teníamos para sustentarnos, ¿de qué viviremos? Si queremos mendigar nadie nos socorrerá como á pobres, porque somos pelados como ricos: nadie nos ayudará, porque los moriscos padecemos esta miseria y pobreza, que los cristianos no nos tienen por prójimos. Nuestros pasados quedaron tan pobres en la tierra de las guerras contra Castilla, que casando su hija el alcaide de Loja, grande y señalado capitan que llamaban Alatar, deudo de algunos

de los que aquí nos hallamos, hubo de buscar vestidos prestados para la boda. ¿Con qué haciendas, con qué trato, con qué servicio ó industria, en qué tiempo adquiriremos riqueza para perder unos hábitos y comprar otros? Quítannos el servicio de los esclavos negros; los blancos no nos eran permitidos por ser de nuestra nacion: habíamoslos comprado, criado, mantenido: ¿esta pérdida sobre las otras? ¿Qué harán los que no tuvieren hijos que los sirvan, ni hacienda con que mantener criados si enferman, si se inhabilitan, si envegecen, sino prevenir la muerte? Van nuestras mugeres, nuestras hijas, tapadas las caras, ellas mismas á servirse y proveerse de lo necesario á sus casas; mándanles descubrir los rostros: si son vistas, serán codiciadas y aun requeridas; y veráse quien son las que dieron la avilanteza al atrevimiento de mozos y viejos. Mándannos tener abiertas las puertas que nuestros pasados con tanta religion y cuidado tuvieron cerradas; no las puertas, sino las ventanas y resquicios de casa. ¿Hemos de ser sugetos de ladrones, de

malhechores, de atrevidos y desvergonzados adúlteros, y que estos tengan dias determinados y horas ciertas, cuando sepan que pueden hurtar nuestras haciendas, ofender nuestras personas, violar nuestras honras? No solamente nos quitan la seguridad, la hacienda, la honra, el servicio, sino tambien los entretenimientos; así los que se introdujeron por la autoridad, reputacion y demostraciones de alegría en las bodas, zambras, bailes, músicas, comidas; como los que son necesarios para la limpieza, convenientes para la salud. ¿Vivirán nuestras mugeres sin baños, introduccion tan antigua? ¿Veránlas en sus casas tristes, sucias, enfermas, donde tenian la limpieza por contentamiento, por vestido, por sanidad? Representóles el estado de la cristiandad; las divisiones entre hereges y católicos en Francia; la rebelion de Flandes; Inglaterra sospechosa; y los flamencos huidos solicitando en Alemania á los príncipes de ella. El Rey falto de dineros y gente plática, mal armadas las galeras, proveidas á remiendos, la chusma libre; los capitanes y hombres de cabo

descontentos, como forzados. Si previniesen no solamente el reino de Granada, pero parte del Andalucía que tuvieron sus pasados, y agora poseen sus enemigos, pueden ocupar con el primer ímpetu; ó mantenerse en su tierra, cuando se contenten con ella sin pasar adelante. Montaña áspera, valles al abismo, sierras al cielo, caminos estrechos, barrancos y derrumbaderos sin salida: ellos gente suelta, plática en el campo, mostrada á sufrir calor, frio, sed, hambre; igualmente diligentes y animosos al acometer, prestos á desparcirse y juntarse: españoles contra españoles, muchos en número, proveidos de vitualla, no tan faltos de armas que para los principios no les basten; y en lugar de las que no tienen, las piedras delante de los pies, que contra gente desarmada son armas bastantes. Y cuanto á los que se hallaban presentes, que en vano se habian juntado, si cualquiera de ellos no tuviera confianza del otro que era suficiente para dar cobro á tan gran hecho; y si, como siendo sentidos habian de ser compañeros en la culpa y el castigo, no fuesen despues parte en las es-

peranzas y frutos de ellas, llevándolas al cabo. Cuanto mas que ni las ofensas podian ser vengadas, ni deshechos los agravios, ni sus vidas y casas mantenidas, y ellos fuera de servidumbre; sino por medio del hierro, de la union y consordia, y una determinada resolucion con todas sus fuerzas juntas. Para lo cual era necesario elegir cabeza de ellos mismos, ó fuese con nombre de xeque, ó de capitan, ó de alcaide, ó de rey, si les plugiiese, que los tuviese juntos en justicia y seguridad.

Xeque llaman ellos al mas honrado de una generacion, quiere decir, el mas anciano: á estos dan el gobierno con autoridad de vida y muerte. Y porque esta nacion se vence tanto mas de la vanidad de la astrología y adivinanzas, cuanto mas vecinos estuvieron sus pasados de Caldea, donde la sciencia tuvo principio, no dejó de acordalles á este propósito, cuantos años atrás por boca de grandes sabios en movimiento y lumbre de estrellas, y profetas en su ley, estaba declarado, que se levantarian á tornar por sí; cobrarian la tierra y reinos que sus pasados per-

dieron, hasta señalar el mismo año despues que Mahoma les dió la ley; (hegira le llaman ellos en su cuenta, que quiere decir el destierro, porque la dió siendo desterrado de Meca), y venia justo con esta rebelion. Representóles prodigios, y apariencias extraordinarias de gente armada en el aire á las faldas de Sierra nevada, aves de desusada manera dentro en Granada, partos monstruosos de animales en tierra de Baza, y trabajos del sol con el eclipse de los años pasados, que mostraban adversidad á los cristianos, á quien ellos atribuyen el favor, ó disfavor de este planeta; como á sí el de la luna.

Tal fue la habla que don Fernando el zaguer les hizo; con que quedaron animados, indignados y resueltos en general de rebelarse presto, y en particular de elegir rey de su nacion; pero no quedaron determinados en el quando precisamente, ni á quien. Una cosa muy de notar califica los principios de esta rebelion, que gente de mediana condicion mostrada á guardar poco secreto y hablar juntos, callasen tanto tiempo, y tantos hombres, en

tierra donde hay alcaldes de corte y inquisidores, cuya profesion es descubrir delitos. Habia entre ellos un mancebo llamado don Fernando de Valor, sobrino de don Fernando el zaguer, cuyos abuelos se llamaron Hernandos y de Valor, porque vivian en Valor el alto lugar de la Alpujarra puesto casi en la cumbre de la montaña: era descendiente del linage de Aben Humeya, uno de los nietos de Mahoma, hijos de su hija, que en tiempos antiguos tuvieron el reino de Córdoba y el Andalucía; rico de rentas, callado y ofendido, cuyo padre estaba preso por delitos en las cárceles de Granada. En este pusieron los ojos; así porque les movió la hacienda, el linage, la autoridad del tio; como porque habia vengado la ofensa del padre matando secretamente uno de los acusadores, y parte de los testigos. De esta resolucion, aunque no tan en particular, hubo noticia, y fue el Rey avisado; pero estaba el negocio cierto, y el tiempo en duda; y como suele acontecer á las provisiones en que se junta la dificultad con el temor, cada uno de los con-

sejeros era en que se atajase con mayor poder; pero juntos juzgaban ser el remedio fácil, y las fuerzas de los ministros bastantes, el dinero poco necesario, porque habia de salir del mismo negocio; y menospreciaban esto, encareciendo el remedio de mayores cosas; porque los estados de Flandes desasosegados por el príncipe de Orange eran recien pacificados por el duque de Alva. Mas, puesto que las fuerzas del Rey, y la experiencia del duque capitan, criado debajo de la disciplina del emperador, testigo y parte en sus victorias, bastasen para mayores empresas; todavía lo que se temia de parte de Inglaterra, y las fuerzas de los hugonotes en Francia, algunas sospechas de príncipes de Alemania, y designios de Italia, daban cuidado; y tanto mayor por ser la rebelion de Flandes por causas de religion comunes con los franceses, ingleses, y alemanes; y por quejas de tributos, y gravezas comunes con todos los que son vasallos, aunque sean livianas y ellos bien tratados. Esto dió á los enemigos mayor avilanteza, y á nosotros causa de dilacion. Co-

menzaron á juntar mas al descubierto gente de todas maneras: si hombre ocioso habia perdido su hacienda, malbaratádola por redimir delitos; si homicida salteador ó condenado en juicio, ó que temiese por culpas que lo seria; los que se mantenian de perjurios, robos, muertes; los que la maldad, la pobreza, los delitos traían desasosegados; fueron autores ó ministros de esta rebelion. Si algun bueno habia y fuera de semejantes vicios, con el ejemplo y conversacion de los malos brevemente se tornaba como ellos; porque cuando el vínculo de la vergüenza se rompe entre los buenos, mas desenfrenados son en las maldades que los peores. En fin el temor de que eran descubiertos, y seria prevenida su determinacion con el castigo; movió á los que gobernaban el negocio, y entre ellos á don Fernando el zaguer, á pensar en algun caso con que obligasen y necesitasen al pueblo á salir de tibieza, y tomar las armas. Juntáronse tercera vez las cabezas de la conjuracion y otras, con veinte y seis personas del Alpujarra á san Miguel en casa del Hardon, hombre

señalado entre ellos, á quien mandó el duque de Arcos despues justiciar. Posaba en la casa del Carcí, yerno suyo: eligieron á don Fernando de Valor por rey con esta solemnidad: los viudos á un cabo, los por casar á otro, los casados á otro, y las mugeres á otra parte. Leyó uno de sus sacerdotes, que llaman faquies, cierta profecia hecha en el año de los árabes de y comprobada por la autoridad de su ley, consideraciones de cursos y puntos de estrellas en el cielo, que trataba de su libertad por mano de un mozo de linage real, que habia de ser bautizado y herege de su ley, porque en lo público profesaria la de los cristianos. Dijo que esto concurria en don Fernando, y concertaba con el tiempo. Vistiéronle de púrpura, y pusiéronle á torno del cuello y espaldas una insignia colorada á manera de faja. Tendieron cuatro banderas en el suelo, á las cuatro partes del mundo, y él hizo su oracion inclinándose sobre las banderas, el rostro al oriente, (zalá la llaman ellos), y juramento de morir en su ley y en el reino; defendiéndola á ella, y á él, y á sus vasa-

llos. En esto levantó el pie; y en señal de general obediencia postróse Aben Farax en nombre de todos, y besó la tierra donde el nuevo rey tenia la planta. A este hizo su justicia mayor: lleváronle en hombros, levantáronle en alto diciendo: *Dios ensalce á Mahomet Aben Humeya rey de Granada, y de Córdoba*. Tal era la antigua ceremonia con que eligian los reyes de la Andalucía, y despues los de Granada. Escribieron cartas los capitanes de la gente á los compañeros en la conjuracion; señalaron dia y hora para egecutalla; fueron los que tenian cargos á sus partidos. Nombró Aben Humeya por capitan general á su tio Aben Xauhar, que partió luego para Cadiar, donde tenia casa y hacienda.

Pasaba el capitan Herrera á la sazon de Granada para Abra con cuarenta caballos, y vino á hacer la noche en Cadiar. Mas Aben Xauhar el zaguer vista la ocasion tan á su propósito, habló con los vecinos persuadiéndoles, que cada uno matase á su huesped. No fueron perezosos; porque pasada la media no-

che no hubo dificultad en matar muchos á pocos, armados á desarmados, prevenidos á seguros y torpes con el sueño, con el cansancio, con el vino: pasaron al capitan y á los soldados por la espada. Venida la mañana juntáronse, y tomaron lo áspero de la sierra, como gente levantada; donde ni hubo tiempo ni aparejo para castigallos. Este fue el primer exceso y mas descubierto con que los enemigos, ó por fuerza ó por voluntad fueron necesitados á tomar las armas sin otra respuesta de Berbería mas de esperanzas, y esas generales. Era entonces Selim el II, emperador de los turcos recien heredado, victorioso por la toma de Zigueto, plaza fuerte y proveida en Hungría: habia hecho nueva tregua con el emperador Maximiliano el II. concertándose con el Sofí por la parte de Armenia, y por la de Suria con los xeques alárabes que le trabajaban sus confines, y con los genízaros, infantería que se suele desasosegar con la entrada de nuevo señor. Tenia en el ánimo las empresas que descubrió contra venecianos en Cypro, contra el rey de Tunez en Berbería;

y que como no le convenia repartir sus fuerzas en muchas partes, así le convenia que las del Rey católico estuviesen repartidas y ocupadas. Dícese, que en este tiempo vino del rey de Argel respuesta á los moriscos animándolos á perseverar en la prosecucion del tratado, pero escusándose de enviar el armada, con que esperaba órden de Constantinopla. El rey de Fez, como religioso en su ley, y del linage de los Xarifes, tenidos entre los moros por santos, les prometió mas resuelto socorro. Todavía vinieron por medio de personas fiadas á tratar ambos reyes de la calidad del caso, de la posibilidad de los moriscos; y midiendo sus fuerzas de mar y tierra con las del Rey de España, hallaron no ser bastantes para contrastalle: y aunque se confederaron, solo fue para que el rey de Argel hiciese la empresa de Tunez y Biserta, en tanto que el rey don Felipe estaba ocupado en allanar la rebelion de Granada; y juntamente permitir que de sus tierras fuese alguna gente á sueldo en especial de moros andaluces, que se habian pasado á Berbería; y mercaderes pudie-

sen cargar armas, municiones, vitualla, con que los moriscos fuesen por sus dineros socorridos.

Alpujarra llaman toda la montaña sugeta á Granada, como corre de levante á poniente prolongándose entre tierra de Granada y la mar, diez y siete leguas en largo, y once en lo mas ancho, poco mas ó menos: estéril y áspera de suyo, sino donde hay vegas; pero con la industria de los moriscos, (que ningun espacio de tierra dejan perder), tratable y cultivada, abundante de frutos y ganados y cria de sedas. Esta montaña como era principal en la rebelion, así la escogieron por sitio en que mantener la guerra, por tener la mar donde esperaba socorro, por la dificultad de los pasos y calidad de la tierra, por la gente que entre ellos es tenida por brava. Habian ya pensado rebelarse otras dos veces antes, una Jueves Santo, otra por Setiembre de este año: tenian prevenido á Aluch Alí con el armada de Argel; mas él entendiendo que el conde de Tendilla estaba avisado y aguardándole en el campo, volvió dejándose de la

empresa, con el armada á Berbería. En fin á los veinte y tres de Diciembre, luego que sucedió el caso de Cadiar, la misma gente con las armas mojadas en la sangre de aquellos pocos, salieron en público; movieron los lugares comarcanos y los demás de la Alpujarra, y rio de Almería, con quien tenian comun el tratado, enviando por corredores, y para descubrir los ánimos y motivo de la gente de Granada y la Vega, á Farax Aben Farax con hasta ciento y cincuenta hombres, gente suelta y desmandada, escogida entre los que mayor obligacion y mas esfuerzo tenian. Ellos recogiendo la que se les llegaba, tomaron resolucion de acometer á Granada, y caminaron para ella con hasta seis mil hombres mal armados, pero juntos y con buena órden, segun su costumbre.

En España no habia galeras: el poder del Rey ocupado en regiones apartadas; y el reino fuera de tal cuidado, todo seguro, todo sosegado: que tal estado era el que á ellos parecia mas á su propósito. Los ministros y gente en Granada mas sospechosa, que proveida;

como pasa donde hay miedo y confusion. Pero fue acontecimiento hacer aquella noche tan mal tiempo, y caer tanta nieve en la sierra que llaman nevada y antiguamente Soloria, y los moros Solaira; que cegó los pasos y veredas cuanto bastaba, para que tanto número de gente no pudiese llegar. Mas Farax con los ciento y cincuenta hombres poco antes del amanecer entró por la puerta alta de Guadix, donde junta con Granada el camino de la sierra, con instrumentos y gaitas, como es su costumbre. Llegaron al Albaicin, corrieron las calles, procuraron levantar el pueblo haciendo promesas, pregonando sueldo de parte de los reyes de Fez y Argel, y afirmando que con gruesas armadas eran llegados á la costa del reino de Granada: cosa que escandalizó y atemorizó los ánimos presentes; y á los ausentes dió tanto mas en que pensar, cuanto mas lejos se hallaban: porque semejantes acaecimientos, cuanto mas se van apartando de su principio, tanto parecen mayores, y se juzgan con mayor encarecimiento. ¡Y qué en un reino pacífico, lleno de armas,

prudencia, justicia, riquezas; gobernado por el Rey que pocos años antes habia hecho en persona el mayor principio que nunca hizo Rey en España; vencido en un año dos batallas; ocupado por fuerza tres plazas al poder de Francia; compuesto negocio tan desconfiado como la restitucion del duque de Saboya; hecho por sus capitanes otras empresas; atravesado sus banderas de Italia á Flandes, (viage al parecer imposible), por tierras y gentes, que despues de las armas romanas nunca vieron otras en su comarca; pacificado sus estados con victorias, con sangre, con castigos; dentro, en el reposo, en la seguridad de su reino, en ciudad poblada por la mayor parte de cristianos, tanto mar en medio, tantas galeras nuestras; entrase gente armada con espaldas de tantos hombres por medio de la ciudad, apellidando nombres de reyes infieles enemigos! Estado poco seguro es el de quien se descuida, creyendo que por sola su autoridad nadie se puede atrever á ofendelle. Los moriscos, hombres mas prevenidos que diestros, esperaban por horas la gente de la

Alpujarra: salian el Tagarí y Monfarrix, dos capitanes, todas las noches al cerro de santa Helena por reconocer; y salieron la noche antes con cincuenta hombres escogidos, y diez y siete escalas grándes, para juntándose con Farax entrar en el Alhambra; mas visto que no venian al tiempo, escondiendo las escalas en una cueva se volvieron sin salir la siguiente noche, pareciéndoles como poco pláticos de semejantes casos, que la tempestad estorbaria á venir tanta gente junta, con que pudiesen ellos y sus compañeros poner en egecucion el tratado del Alhambra; debiéndose esperar semejante noche para escalarla. Mas los del Albaicin estuvieron sosegados en las casas, cerradas las puertas, como ignorantes del tratado, oyendo el pregon; porque aunque se hubiese comunicado con ellos, no con todos en general ni particularmente; ni estaban todos ciertos del dia, (aunque se dilató poco la venida), ni del número de la gente, ni de la órden con que entraban, ni de la que en lo porvenir temian. Díjose, que uno de los viejos abriendo la ventana, preguntó:

cuantos eran, y respondiéndole: *seis mil*, cerró, y dijo: *pocos sois, y venís presto*, dando á entender que habian primero de comenzar por el Alhambra, y despues venir por el Albaicin, y con las fuerzas del rey de Argel. Tampoco se movieron los de la Vega, que seguian á los del Albaicin; especialmente no oyendo la artillería del Alhambra que tenian por contraseño. Habia entre los que gobernaban la ciudad emulacion y voluntades diferentes; pero no por esto así ellos como la gente principal y pueblo, dejaron de hacer la parte que tocaba á cada uno. Estúvose la noche en armas: tuvo el conde de Tendilla el Alhambra á punto, escandalizado de la música morisca, cosa en aquel tiempo ya desusada; pero avisado de lo que era, con mejor guardia. El marqués, aunque no tenia noticia del contraseño que los moros habian dado á la gente de la Vega, y él le tenia dado á la gente de la ciudad, que en la ocasion habia de disparar tres piezas; temiendo que si se hacia pensasen los moros que estaba en aprieto, y acometiesen el Alhambra en que

habia poca guardia, mandó que ningun movimiento se hiciese, ni se pidiese gente á la ciudad; que fue la salvacion del peligro, aunque proveido á otro propósito; porque acudiendo los moriscos de la Vega al contraseño, necesitaban á los del Albaicin á declararse y juntarse con ellos, y como descubiertos combatir la ciudad. Bajó el conde á la plaza nueva y puso la gente en órden: acudieron muchos de los forasteros y de la ciudad, personas principales, al presidente don Pedro de Deza por su oficio, por el cuidado que le habian visto poner en descubrir y atajar el tratado, por su afabilidad, buena manera generalmente con todos, y algunos por la diferencia de voluntades que conocian entre él y el marqués de Mondejar. Este con solos cuatro de á caballo y el corregidor, subió al Albaicin, mas por reconocer lo pasado, que suspender el daño que se esperaba, ó asosegar los ánimos que ya tenia por perdidos, contento con alargar algun dia el peligro; mostrando confianza, y gozar del tiempo que fuese comun á ellos, para ver como procedian

sus valedores; y á él para armarse y proveerse de lo necesario, y resistir á los unos y á los otros. Hablóles: *encareció su lealtad y firmeza, su prudencia en no dar crédito á la liviandad de pocos y perdidos, sin prendas, livianos; hombres que con las culpas agenas pensaban redimir sus delitos ó adelantarse. Tal confianza se habia hecho siempre, y en casos tan calificados de la voluntad que tenian al servicio del rey, poniendo personas, haciendas y vidas con tanta obediencia á los ministros; ofreciéndose de ser testigo, y representador de su fe y servicios, intercediendo con el Rey para que fuesen conocidos, estimados y remunerados.* Pero ellos respondiendo pocas palabras, y esas mas con semblante de culpados y arrepentidos que de determinados; ofrecieron la obra y perseverancia que habian mostrado en todas las ocasiones; y pareciéndole al marqués bastar aquello sin quitalles el miedo que tenian del pueblo, se bajó á la ciudad. Habia ya enviado á reconocer los enemigos; porque ni del propósito, ni del número, ni de la calidad de ellos, ni de las es-

paldas con que habian entrado se tenia certeza, ni del camino que hacian. Refirieron que habiendo parado en la casa de las gallinas, atravesaban el Genil la vuelta de la sierra; puso recaudo en los lugares que convenia; encomendó al corregidor la guardia de la ciudad; dejó en el Alhambra donde habia pocos soldados mal pagados, y estos de acaballo, el recaudo que bastaba, juntando á éste los criados y allegados del conde de Tendilla, personas de crédito y amistades en la ciudad. Él con la caballería que se halló, siguió á los enemigos llevando consigo á su yerno y hijos (4): siguiéronle, parte por servir al rey, parte por amistad, ó por probar sus personas, ó por curiosidad de ver toda la gente desocupada y principal que se hallaba en la ciudad. Salió con la gente de su casa el conde de Miranda don Pedro de Zúñiga (5), que á la sazon residia en pleitos, grande, igual

(4) Era este yerno don Alonso de Cárdenas, que despues por muerte de su padre fue conde de la Puebla.

(5) Fue este don Pedro conde de Miranda, hermano y suegro del que en nuestros dias fue presidente de Italia y de Castilla.

en estado y linage: eran todos pocos, pero calificados. Mas los enemigos, visto que los vecinos del Albaicin estaban quedos, y los de la Vega no acudian; con haber muerto un soldado, herido otro, saqueado una tienda y otra como en señal de que habian entrado, tomaron el camino que habian traido, y por las espaldas de la Alhambra prolongando la muralla, llegaron á la casa que por estar sobre el rio llamaban los moros Dar-al-huet, y nosotros de las gallinas, segun los atajadores habian referido. Pararon á almorzar, y estuvieron hasta las ocho de la mañana; todo guiado por Farax para mostrar que habia cumplido con la comision, y acusar á los del Albaicin ó su miedo ó su desconfianza, y aun con esperanza que llegada la gente de la Alpujarra harian mas movimiento. Pero despues que ni lo uno ni lo otro le sucedió, acogióse al camino de Nigueles arrimándose á la falda de la montaña, y puesto en lo áspero, caminó haciendo muestra que esperaba. Pocos de la compañía del marqués alcanzaron á mostrarse, y ninguno llegó á las manos por

la aspereza del sitio; aunque le siguieron por el paso del rio de Monachil hasta atravesar el barranco, y de allí al parage de Dilar, por donde entraron sin daño en lo mas áspero.

Duró este seguimiento hasta el anochecer, que pareció al marqués poco necesario quedar allí, y mucho proveer á la guarda y seguridad de la ciudad; temeroso que juntándose los moriscos del Albaicin con los de la Vega, la acometerian sola de gente y desarmada. Tornó una hora antes de media noche; y sin perder tiempo comenzó á prevenir y llamar la gente que pudo, sin dineros, y que estaba mas cerca; los que por servir al Rey, los que por su seguridad, por amistad del marqués, memoria del padre y abuelo, cuya fama era grande en aquel reino, por esperanza de ganar, por el ruido ó vanidad de la guerra, quisieron juntarse. Hizo llamamientos generales pidiendo gente á las ciudades y señores de la Andalucía; á cada uno conforme á la obligacion antigua y usanza de los concejos, que era venir la gente á su costa el tiempo que duraba la comida que podian

traer á los hombros: (talegas las llamaban los pasados, y nosotros ahora mochilas). Contábase para una semana; mas acabada servian tres meses pagados por sus pueblos enteramente, y seis meses adelante pagaban los pueblos la mitad, y otra mitad el rey: tornaban estos á sus casas, venian otros; manera de levantarse gente dañosa para la guerra y para ella, porque siempre era nueva. Esta obligacion tenian como pobladores por razon del sueldo que el rey les repartia por heredades, cuando se ganaba algun lugar de los enemigos. Llamó tambien á soldados particulares aunque ocupados en otras partes; á los que vivian al sueldo del rey, á los que olvidadas ó colgadas las esperanzas y armas reposaban en sus casas. Proveyó de armas y de vitualla; envió espías por todas partes á calar el motivo de los enemigos; avisó y pidió dineros al Rey, para resistillos y asegurar la ciudad. Mas en ella era el miedo mayor que la causa: cualquier sospecha daba desasosiego, y ponia los vecinos en arma; discurrir á diversas partes, de ahí volver á casa; medir el peligro cada

uno con su temor, trocados de continua paz en continua alteracion, tristeza, turbacion, y priesa; no fiar de persona ni de lugar; las mugeres á unas y á otras partes preguntar, visitar templos: muchas de las principales se acogieron á la Alhambra, otras con sus familias salieron por mayor seguridad á lugares de la comarça. Estaban las casas yermas y las tiendas cerradas; suspenso el trato; mudadas las horas de oficios divinos y humanos; atentos los religiosos y ocupados en oraciones y plegarias, como se suele en tiempo y punto de grandes peligros. Llegó en las primeras la gente de las villas sugetas á Granada, la de Alcalá y Loja: envió el marqués una compañía que sacase los cristianos viejos que estaban en Restaval, cierto que el primer acometimiento seria contra ellos: en Durcal puso dos compañías; porque los enemigos no pasasen á Granada sin quedar guarnicion de gente á las espaldas; y á don Diego de Quesada con una compañía de infantería y otra de caballos en guarda de la puente de Tablate, paso derecho de la Alpujarra á Granada. El

presidente, aliviado ya del peligro presente, comenzó á pensar con mas libertad en el servicio del Rey, ó en la emulacion contra el marqués de Mondejar: escribió á don Luis Fajardo, marqués de Velez, que era adelantado del reino de Murcia y capitan general en la provincia de Cartagena, (ciudad nombrada mas por la seguridad del puerto y por la destruicion que en ella hizo Scipion el africano, que por la grandeza ó suntuosidad del edificio), animándole á juntar gente de aquellas provincias y de sus deudos y amigos, y entrar en el rio de Almería; donde haria servicio al Rey, socorreria aquella ciudad que de mar y tierra estaba en peligro, y aprovecharia á la gente con las riquezas de los enemigos. Era el marqués tenido por diligente y animoso; y entre él y el marqués de Mondejar hubo siempre diferencias y alongamiento de voluntad, traido dende los padres y abuelos. El de Velez sirvió al emperador en las empresas de Tunez y Provenza, el de Mondejar en la de Argel; ambos tenian noticia de la tierra donde cada uno de ellos servia. Co-

menzó el de Velez á ponerse en órden, á juntar gente, parte á sueldo de su hacienda, parte de amigos.

Entretanto el nuevo electo rey de Granada, en cuanto le duró la esperanza que el Albaicin y la Vega habian de hacer movimiento, estuvo quedo; mas como vió tan sosegada la gente, y las voluntades con tan poca demostracion; salió solo camino de la Alpujarra: encontráronle á la salida de Lanjaron, á pie, el caballo del diestro; pero siendo avisado que no pasase adelante, porque la tierra estaba alborotada, subió en su caballo, y con mas priesa tomó el camino de Valor. Habian los moriscos levantados hecho de sí dos partes; una llevó el camino de Orgiba lugar del duque de Sesa (que fue de su abuelo el gran capitan) entre Granada y la entrada de la Alpujarra, al levante tierra de Almería, al poniente la de Salobreña y Almuñecar, al norte la misma Granada, al medio dia la mar con muchas calas donde se podian acoger navíos grandes. Sobre esta villa como mas importante se pusieron dos mil

hombres repartidos en veinte banderas: las cabezas eran el alcaide de Mecina, y el corceni de Motril. Fueron los cristianos viejos avisados, que serian como ciento y sesenta personas, hombres, mugeres y niños: recogiólos en la torre Gaspar de Saravia, que estaba por el duque. Mas los moros comenzaron á combatirla; pusieron arcabucería en la torre de la iglesia, que los cristianos saltando fuera echaron de ella: llegáronse á picar la muralla con una manta, la cual les desbarataron echando piedras y quemándola con aceite y fuego; quisieron quemar las puertas, pero halláronlas ciegas con tierra y piedra. Amonestábalos á menudo un almuedano desde la iglesia con gran voz, que se rindiesen á su rey Aben Humeya. (Dicen almuedano al hombre que á voces los convoca á oracion; porque en su ley se les prohibe el uso de las campanas). Llamaron á un vicario de Poqueira, hombre entre los unos y los otros de autoridad y crédito, para que los persuadiese á entregarse; certificándoles que Granada y el Alhambra estaban ya en poder de los moros:

prometian la vida y libertad al que se rindiese, y al que se tornase moro la hacienda y otros bienes para él y sus sucesores: tales eran los sermones que les hacian. La otra banda de gente caminó derecho á Granada á hacer espaldas á Farax Aben Farax y á los que enviaron, y á recibir al que ellos llamaban rey, á quien encontraron cerca de Lanjaron, y pasaron con él adelante hasta Durcal. Pero entendiendo que el marqués habia dejado puesta guarnicion en él, volvieron á Valor el alto, y de allí á un barrio que llaman Lauxar en el medio de la Alpujarra; adonde con la misma solemnidad que en Granada, le alzaron en hombros y le eligieron por su rey. Allí acabó de repartir los oficios, alcaidías, alguacilazgos por comarcas, (á que ellos llaman en su lengua tahas), y por valles, y declaró por capitan general á su tio Aben Xauhar que llamaban don Fernando el zaguer, y por su alguacil mayor á Farax Aben Farax: (alguacil dicen ellos al primer oficio despues de la persona del rey, que tiene libre poder en la vida y muerte de los hombres sin consul-

tarlo). Vistiéronle de púrpura; pusiéronle casa como á los reyes de Granada, segun que lo oyeron á sus pasados. Tomó tres mugeres; una con quien él tenia conversacion y la trujo consigo, otra del rio de Almanzora, y otra de Tavernas; porque con el deudo tuviese aquella provincia mas obligada, sin otra con quien él primero fue casado hija de uno que llamaban Rojas. Mas dende á pocos dias mandó matar al suegro y dos cuñados, porque no quisieron tomar su ley: dejó la muger, perdonó la suegra, porque la habia parido, y quiso gracias por ello como piadoso. Comenzaron por el Alpujarra, rio de Almería, Bolodui, y otras partes á perseguir á los cristianos viejos, profanar y quemar las iglesias con el sacramento, martirizar religiosos y cristianos, que, ó por ser contrarios á su ley, ó por haberlos dotrinado en la nuestra, ó por haberlos ofendido, les eran odiosos. En Guecija, lugar del rio de Almería, quemaron por voto un convento de frailes agustinos, que se recogieron á la torre, echándoles por un horado de lo alto azeite hirviendo: sirviéndose

de la abundancia que Dios les dió en aquella tierra, para ahogar sus frailes. Inventaban nuevos géneros de tormentos: al cura de Mairena hinchieron de pólvora y pusiéronle fuego; al vicario enterraron vivo hasta la cinta, y jugáronle á las saetadas; á otros lo mismo dejándolos morir de hambre. Cortaron á otros miembros, y entregáronlos á las mugeres, que con agujas los matasen: á quien apedrearon, á quien acañaverearon, desollaron, despeñaron; y á los hijos de Arze alcaide de la Peza, uno degollaron, y otro crucificaron, azotándole, y hiriéndole en el costado primero que muriese. Sufriólo el mozo, y mostró contentarse de la muerte conforme á la de nuestro Redentor, aunque en la vida fue todo al contrario; y murió confortando al hermano que descabezaron. Estas crueldades hicieron los ofendidos por vengarse; los monfies por costumbre convertida en naturaleza. Las cabezas, ó las persuadian, ó las consentian: los justificados las miraban y loaban, por tener al pueblo mas culpado, mas obligado, mas desconfiado, y sin esperanzas de

perdon: permítialo el nuevo rey, y á veces lo mandaba. Fue gran testimonio de nuestra fe, y de compararse con la del tiempo de los apóstoles, que en tanto número de gente como murió á manos de infieles, ninguno hubo, (aunque todos ó los mas fuesen requiridos y persuadidos con seguridad, autoridad y riquezas, y amenazados y puestas las amenazas en obra), que quisiese renegar; antes con humildad y paciencia cristiana las madres confortaban á los hijos, los niños á las madres, los sacerdotes al pueblo, y los mas distraidos se ofrecian con mas voluntad al martirio. Duró esta persecucion cuanto el calor de la rebelion, y la furia de las venganzas; resistiendo Aben Xauhar y otros tan blandamente, que encendian mas lo uno y lo otro. Mas el rey, porque no pareciese que tantas crueldades se hacian con su autoridad, mandó pregonar que ninguno matase niño de diez años abajo, ni muger ni hombre sin causa. En cuanto esto pasaba envió á Berbería á su hermano (que ya llamaban Abdalá) con presente de cautivos y la nueva de su eleccion al rey

de Argel, la obediencia al señor de los turcos: dióle comision que pidiese ayuda para mantener el reino. Tras él envió á Hernando el Habaqui á tomar turcos á sueldo, de quien adelante se hará memoria. Mas este dejando concertados soldados, trajo consigo un turco llamado Dalí, capitan, con armas y mercaderes en una fusta. Recibió el rey de Argel á Abdalá como á hermano del rey: regalóle y vistióle de paños de seda; envióle á Constantinopla, mas por entretener al hermano con esperanzas, que por dalle socorro. En este mismo tiempo se acabaron de rebelar los demás lugares del rio de Almería.

Estaba entonces en Dalias Diego de la Gasca, capitan de Adra, que habiendo entendido el motin víspera de Navidad, (dia señalado generalmente para rebelarse todo el reino), iba por reconocer á Uxixar; mas hallándola levantada, fue seguido de los enemigos hasta encerralle en Adra, lugar guardado á la marina, asentado cuasi donde los antiguos llamaban Abdera; que Pedro Verdugo, proveedor de Málaga, con barcos basteció de

gente y vituallas, luego que entendió la muerte del capitan Herrera en Cadiar. Pasaron adelante visto el poco efecto que hacian en Adra, y juntando con su misma gente hasta mil y cuatrocientos hombres con un moro que llamaban el Ramí, ocuparon el chitre (chutre le dicen otros), sitio fuerte junto á Almería, creyendo que los moriscos vecinos de la ciudad tomarian las armas contra los cristianos viejos: escribieron y enviaron personas ciertas á solicitar entre otros á don Alonso de Vanegas, hombre noble de gran autoridad, que con la carta cerrada se fue al ayuntamiento de los regidores; y leida, pensando un poco cayó desmayado, mas tornándole los otros regidores y reprendiéndole, respondió: *recia tentacion es la del reino;* y dióles la carta en que parecia como le ofrecian tomalle por rey de Almería. Vivió doliente dende entonces, pero leal y ocupado en el servicio del Rey. Estaba don García de Villarroel, yerno de don Juan el que murió dende á poco en las Guajaras, por capitan ordinario en Almería, y tomando la gente de la ciudad y

la suya, dió sobre los enemigos otro dia al amanecer, pensando ellos que venia gente en su ayuda: rompiólos, y mató al Ramí con algunos. Los que de allí escaparon, juntándose con otra banda del Cehel, y llevando á Hocáid de Motril por capitan, tomaron á Castil de ferro, tenencia del duque de Sesa por tratado, matando la gente, sino á Machin el tuerto que se la vendió. De ahí pasaron á Motril, juntaron una parte del pueblo, y llevaron casas de moriscos, volviendo sobre Adra; de donde salió Gasca con cuarenta caballos y noventa arcabuceros á reconocellos, y apartándose llamó un trompeta, cuyo nombre era Santiago, para enviar á mandar la gente, mas fue tan alta la voz, que pudieron oilla los soldados, y creyendo que digese Santiago, como es costumbre de España para acometer los enemigos, arremetieron sin mas órden. Juntóse Diego de la Gasca con ellos, y fueron cuasi rotos los moros retirándose con pérdida de cien hombres á la sierra. Iban estas nuevas cada dia creciendo; menudeaban los avisos del aprieto en que estaban los de la

torre en Orgiba; que los moros de Berbería habian prometido gran socorro; que amenazaban á Almería y otros lugares aunque guardados en la marina, proveidos con poca gente. Temia el marqués si grueso número se acercase á Granada, que desasosegarian el Albaicin, levantarian las aldeas de la Vega, y tanto mayores fuerzas cobrarian, cuanto se tardase mas la resistencia: daríase ánimo á los turcos de Berbería de pasar á socorrellos con mayor priesa, confianza y esperanza; fortificarian plazas en que recogerse, y no les faltarian personas pláticas de esto y de la guerra entre otras naciones que les ayudasen, y firmarian el nombre de reyno; puesto que vano y sin fundamento, perjudicial y odioso á los oidos del señor natural, por grande y poderoso que sea; daríase avilanteza á los descontentos, para pensar novedades.

Estando las cosas en estos términos vino Aben Humeya con la gente que tenia sobre Tablate, y trabando con don Diego de Quesada una escaramuza gruesa, cargó tanta gente de enemigos, que le necesitó á dejar la

puente, y retirarse á Durcal. Estas razones y el caso de don Diego fueron parte para que el marqués con la gente que se hallaba, saliese de Granada á resistillos, hasta que viniese mas número con que acometellos á la iguala; dejando proveido á la guarda y seguridad de la ciudad y Alhambra á su hijo el conde de Tendilla por su teniente; al corregidor el sosiego, el gobierno, la provision de vituallas, la correspondencia de avisar al uno y al otro, con el presidente, de cuya autoridad se valiesen en las ocasiones. Salió de Granada á los tres de Hebrero con propósito de socorrer á 1569.
Orgiba: vino á Alhendin, y de allí al Padul. La gente que sacó fueron ochocientos infantes, y docientos caballos; demás de estos, los hombres principales, que ó con edad ó con enfermedad ó con ocupaciones públicas no se escusaron, seguíanle, mirábanle como á salvador de la tierra, olvidada por entonces ó disimulada la pasion. Paró en el Padul pensando esperar allí la gente de la Andalucía sin dinero, sin vitualla, sin bagages: con tan poca gente tomó la empresa; pero la misma no-

todo, retrayéndose en poca órden á lo alto de la montaña. Algunos arcabuceros llegaron á Lanjaron, y entraron en el castillo que estaba desamparado: reparóse la puente con puertas, con rama, con madera que se trajó del lugar de Tablate, por donde pasó la caballería: el resto del campo se aposentó en él sin seguir los enemigos, por ser ya tarde y haberse ellos acogido á lo fuerte, donde los caballos no les podian dañar. El dia siguiente dejando en la puente al capitan Valdivia con su compañía para seguridad de las escoltas que iban de Granada á la Alpujarra por ser paso de importancia, tomó el camino de Orgiba donde los enemigos le esperaban al paso en la cuesta de Lanjaron; y habiendo sacado una banda de arcabucería con algunos caballos, mandó á don Francisco su hijo (6), que con ellos se mejorase en lo alto de la montaña, yendo él su camino derecho sin estorbo; porque Aben Humeya con miedo que le to-

(6) Este don Francisco es el almirante de Aragon, que despues de varios casos y fortunas se ordenó de clérigo y fue obispo de Sigüenza.

masen los nuestros las cumbres que tenia para su acogida, dejó libre el paso; aunque la noche antes habia tenido su campo enfrente del nuestro con muchas lumbres y música en su manera, amenazando nuestra gente y apercibiéndola para otro dia á la batalla. Llegado el marqués á Orgiba socorrió la torre, en término que si tardara, era necesario perderse por falta de agua y vitualla cansados de velar y resistir. He querido hacer tan particular memoria del caso de Orgiba, porque en él hubo todos los accidentes que en un cerco de grande importancia; sitiados y combatidos, quitadas las defensas, salidas de los de dentro contra los cercadores, á falta de artillería picados los muros, al fin hambreados, socorridos con la diligencia que ciudades ó plazas importantes; hasta juntarse dos campos tales cuales entonces los habia, uno á estorbar, otro á socorrer, darse batalla donde intervino persona y nombre de rey. Socorrida y proveida Orgiba de vitualla, municion y gente, la que bastaba para asegurar las espaldas al campo, mandando volver á Granada á órden del con-

de su hijo cuatro compañías de caballería, y una de infantería para guarda de la ciudad, partió contra Poqueira donde tuvo aviso que Aben Humeya habia parado resuelto de combatir: juntó con su gente dos compañías, una de infantería y otra de caballos, que le vino de Córdoba. Cerca del rio que divide el camino entre Orgiba y Poqueira, descubrió los enemigos en el paso, que llaman Alfajarali. Eran cuatro mil hombres los principales que gobernaban apeados: hicieron una ala delgada en medio, á los costados espesa de gente como es su costumbre ordenar el escuadron; á la mano derecha cubiertos con un cerro, habia emboscados quinientos arcabuceros y ballesteros; demás de esto otra emboscada en lo hondo del barranco, luego pasado el rio, de mucho mayor número de gente. La que el marqués llevaba serian dos mil infantes y trecientos caballos en un escuadron prolongado guarnecido de arcabucería y mangas, segun la dificultad del camino. La caballería, parte en la retaguardia, parte á un lado, donde la tierra era tal que podian mandarse los caballos;

pero guarnecida asimismo de alguna infantería: porque en aquella tierra, aunque los caballos sirvan mas para atemorizar que para ofender, todavía son provechosos. Apartó del escuadron dos bandas de arcabucería y cien caballos, con que su hijo don Francisco fuese á tomar las cumbres de la montaña: en esta órden bajando al rio, comenzó á subir escaramuzando con los enemigos; mas ellos cuando pensaron que nuestra gente iba cansada, acometieron por la frente, por el costado, y por la retaguardia, todo á un tiempo; de manera que cuasi una hora se peleó con ellos á todas partes y á las espaldas, no sin igualdad y peligro; porque la una banda de arcabucería estuvo en términos de desórden, y la caballería lo mismo; pero socorrió el marqués con su persona los caballos, y enviando socorro á los infantes. Viendo los enemigos que les tomaba los altos nuestra arcabucería, ya rotos se recogieron á ellos con tiempo, desamparando el paso. Siguióse el alcance mas de media legua hasta un lugar que dicen Lubien: la noche y el cansancio estorbó que no se pasase

adelante; murieron de ellos en este rencuentro cuasi seiscientos, de los nuestros siete; hubo muchos heridos de arcabuces y ballestas. Don Francisco de Mendoza, hijo del marqués, y don Alonso Portocarrero, fueron aquel dia buenos caballeros, entre otros que allí se hallaron: don Francisco cercado y fuera de la silla, se defendió con daño de los enemigos rompiendo por medio. Don Alonso herido de dos saetadas con yerba, peleó hasta caer trabado del veneno usado dende los tiempos antiguos entre cazadores. Mas porque se va perdiendo el uso de ella con el de los arcabuces, como se olvidan muchas cosas con la novedad de otras, diré algo de su naturaleza. Hay dos maneras, una que se hace en Castilla en las montañas de Bejar y Guadarrama, (á este monte llamaban los antiguos Orospeda, y al otro Idubeda), cociendo el zumo de vedegambre á que en lengua romana y griega dicen eléboro negro hasta que hace correa, y curándolo al sol, lo espesan y dan fuerza (7); su olor agu-

(7) Algo difiere de lo que dice Laguna sobre Dioscorides lib. 4. cap. 79. y cap. 153.

do no sin suavidad, su color escuro, que tira á rubio. Otra se hace en las montañas nevadas de Granada de la misma manera, pero de la yerba que los moros dicen rejalgar, nosotros yerba, los romanos y griegos acónito, y porque mata los lobos, lycoctónos; color negro, olor grave, prende mas presto, daña mucha carne: los accidentes en ambas los mismos, frio, torpeza, privacion de vista, revolvimiento de estómago, arcadas, espumajos, desflaquecimiento de fuerzas hasta caer. Envuélvese la ponzoña con la sangre donde quier que la halla, y aunque toque la yerba á la que corre fuera de la herida, se retira con ella, y la lleva consigo por las venas al corazon, donde ya no tiene remedio; mas antes que llegue hay todos los generales: chúpanla para tirarla á fuera, aunque con peligro; psyllos llamaban en lengua de Egipto á los hombres que tenian este oficio (8). El particular remedio es zumo de membrillo, fruta tan enemiga de esta yerba, que donde quier que la alcan-

(8) Plin. lib. 7. cap. 2. y lib. 8. cap. 25.

za el olor, le quita la fuerza; zumo de retama, cuyas hojas machacadas he yo visto lanzar de suyo por la herida cuanto pueden buscando el veneno hasta topallo, y tiralle fuera: tal es la manera de esta ponzoña, con cuyo zumo untan las saetas envueltas en lino porque se detenga. La simplicidad de nuestros pasados que no conocieron manera de matar personas sino á hierro, puso á todo género de veneno nombre de yerbas: usóse en tiempos antiguos en las montañas de Abruzzo, en las de Candia, en las de Persia: en los nuestros en los Alpes que llaman Monsenis hay cierta yerba poco diferente, dicha tora, con que matan la caza, y otra que dicen antora á manera de dictamno, que la cura.

Entróse Poqueira lugar tan fuerte, que con poca resistencia se defendiera contra mucho mayores fuerzas. Los moros confiándose del sitio le habian escogido por depósito de sus riquezas, de sus mugeres, hijos, y vitualla: todo se dió á saco; los soldados ganaron cantidad de oro, ropa, esclavos, la vitualla se aprovechó cuanto pudo; mas la priesa de

caminar en seguimiento de los enemigos, porque en ninguna parte se firmasen, y la falta de bagages en que la cargar y gente con que aseguralla, fue causa de quemar la mayor parte, porque ellos no se aprovechasen. Partió el marqués el dia siguiente de Poqueira, y vino á Pitres donde se detuvo curando los heridos, dando cobro á muchos cautivos cristianos que libertó, ordenando las escoltas, y tomando lengua. Alcanzáronle en este lugar dos compañías de caballos de Córdoba y una de infantería: en él tuvo nueva como Aben-Humeya con mayor número de gente le esperaba en el puerto que llaman de Jubiles, lugar á su parecer de ellos donde era imposible pasar sin pérdida. Mas queriendo los enemigos tentar primero la fortuna de la guerra, saltearon nuestro alojamiento con cinco banderas, en que habia ochocientos hombres: el dia siguiente á medio dia, aprovechándose de la niebla y de la hora del comer, acometieron por tres partes, y porfiaron de manera hasta que llegaron á los cuerpos de guardia peleando, pero en ellos fueron resistidos con

pérdida de gente y dos banderas: hubo algunos heridos de los nuestros. Sosegada y refrescada la gente, dejando los heridos y embarazos con buena guardia, partió el marqués ahorrado contra Aben-Humeya; y por descuidarle escogió el camino áspero de Trevelez por la cumbre de la sierra de Poqueira, donde algunos moros desmandados desasosegaron nuestra retaguardia sin daño. Pasóse aquella noche fuera de Trevelez sobre la nieve, con poco aparejo y frio demasiado. Habia venido á Pitres un mensagero de Zaguer que decian Aben Xauhar, tio y general de Aben Humeya á pedir apuntamientos de paz; pero llevándole el marqués consigo le respondió: *Que brevemente pensaba dalle la respuesta, como convenia al servicio de Dios y del Rey*. Dícese que ya el zaguer andaba recatado de que Aben Humeya le buscase la muerte; y continuando su camino para Jubiles con una compañía mas de infantería y otra de caballos de Écija, cuyo capitan era Tello de Aguilar, llegó á vista de Jubiles donde salió un cristiano viejo con tres moros á en-

tregalle el castillo. Habia dentro mugeres y hijos de los moros que estaban en campo con Aben Humeya, gente inútil y de estorbo para quien no tiene cuenta con las mugeres y niños, y algunos moros de paz viejos; mas porque era necesario ocupar mucha gente para guardallos, y si quedaran sin guarda se huyeran á los enemigos, mandó que los llevasen á Jubiles. Acaeció, que un soldado de los atrevidos llegó á tentar una muger si traia dineros, y alguno de los moriscos (ó fuese marido ó pariente) á defendella, de que se trabó tal ruido, que de los moriscos cuasi ninguno quedó vivo; de las moriscas hubo muchas muertas, de los nuestros algunos heridos, que con la escuridad de la noche se hacian daño unos á otros. Dícese que hubo gente de los enemigos mezclada para ver si con esta ocasion pudieran desordenar el campo, y que arrepentidos de la entrega que el zaguer hizo, los padres, hermanos y maridos de las moras quisieron procurar su libertad: la escuridad de la noche y la confusion fue tanta, que ni capitanes ni oficiales pudieron estorbar el daño.

DE LA GUERRA
DE GRANADA.

LIBRO SEGUNDO.

En tanto que las cosas de la Alpujarra pasaban como tenemos dicho, se juntaron hasta quinientos moros con dos capitanes, Giron de las Albuñuelas, y Nacoz de Nigueles á tentar la guardia, que el marqués habia dejado en la puente de Tablate; teniendo por cierto que si de allí la pudiesen apartar, se quitaria el paso y el aparejo á las escoltas, y nuestro campo con falta de vituallas se desharia. Vinieron sobre la puente hallándola falta de gente, y la que habia desapercebida: acometieron con tanto denuedo, que la hicieron retirar; parte no paró hasta Granada, muchos de ellos murieron sin pelear en el alcan-

ce, parte se encerraron en una iglesia donde acabaron quemados, con que la puente quedó por los enemigos. Mas el conde de Tendilla, sabida la nueva, envió á llamar con diligencia á don Álvaro Manrique, capitan del marqués de Pliego, que con trecientos infantes y ochenta caballos de su cargo estaba alojado dos leguas de Granada. Llegó á la puente de Genil al amanecer donde el conde le esperaba con ochocientos infantes y ciento y veinte caballos: avisado del número de los enemigos entrególes la gente, y dióle órden que peleando con ellos, desembarazado el paso le dejase guardado, y él con el resto de ella pasase á buscar al marqués. Cumplió don Álvaro con su comision hallando la puente libre, y los moros idos.

En Jubiles llegó el capitan don Diego de Mendoza enviado por el Rey, para que llevase relacion de la guerra, manera de como se gobernaba el marqués, del estado en que las cosas se hallaban; porque los avisos eran tan diferentes, que causaban confusion en las provisiones; como no faltan personas que por

pretensiones ó por pasion ó opinion ó buen celo, culpan ó escusan las obras de los ministros. Partió el marqués de Jubiles, vino á Cadiar donde fue la muerte del capitan Herrera; de allí á Uxixar: en el camino mandó combatir una cueva, en que se defendian encerrados cantidad de moros con sus mugeres y hijos, hasta que con fuego y humo fueron tomados. Estando en Uxixar fue avisado que Aben Humeya juntas todas sus fuerzas le esperaba en el paso de Paterna tres leguas de Uxixar, y sin detenerse partió. Caminando le vinieron dos moros de parte de Aben Humeya con nuevos partidos de paz, mas el marqués sin respuesta los llevó consigo hasta dar con su vanguardia en la de los enemigos; y en una quebrada junto á Iñiza pelearon con harta pertinacia, por ser mas de cinco mil hombres y mejor armados que en Jubiles: pero fueron rotos del todo tomándoles el alto, y acometiéndolos con la caballería don Alonso de Cárdenas conde de la Puebla: no se siguió el alcance por ser noche. Envió el marqués docientos caballos, que le siguieron has-

ta la nieve y aspereza de la sierra, matando y cautivando; y él á dos horas de noche paró en Iñiza: otro dia vino á Paterna; dióla á saco; no hallaron los soldados en ella menos riqueza que en Poqueira. El rencuentro de Paterna fue la postrera jornada en que Aben Humeya tuvo gente junta contra el marqués; el cual partió sin detenerse para Andarax en seguimiento de las sobras de los enemigos, habiendo enviado delante infantería y caballería á buscallos en el llano, y en la sierra que dicen el Cehel cerca de la mar: montaña buena para ganados, caza y pesca; aunque en algunas partes falta de agua. Dicen los moros, que fue patrimonio del conde Julian el traidor, y aun duran en ella y cerca memorias de su nombre; la torre, la rambla Juliana, y Castil de ferro. Llegado á Andarax envió á su hijo don Francisco con cuatro compañías de infantería y cien caballos á Ohañez, donde entendió que se recogian enemigos; mas por avisos ciertos del capitan de Adra supo que en él no habia cuarenta personas, y por alguna falta de vituallas le man-

dó tornar. Recogió y envió á Granada gran cantidad de cautivos cristianos, á quien habia dado libertad en todos los pueblos que ganó y se le rindieron: recibió los lugares que sin condicion se le entregaron. Estaba Diego de la Gasca sospechoso en Adra, que los vecinos de Turon, lugar de los rendidos en el Cehel, acogian moros enemigos, y queriendo él por sí saber la verdad para dar aviso al marqués, fue con su gente; mas no hallando moros entró de vuelta á buscar cierta casa, de donde salió uno de ellos que le dió cierta carta de aviso fingida, y al abrirla le metió un puñal por el vientre: hirió tambien dos soldados antes que le matasen. Murió Gasca de las heridas, y mandó en su testamento que las ganancias que habia hecho en la guerra se repartiesen entre soldados pobres, huérfanos, viudas, mugeres y hijas de soldados: era sobrino hijo de hermano de Gasca obispo de Sigüenza, que venció en una batalla á los Pizarros y pacificó el reino del Perú.

En el mismo tiempo don Luis Fajardo marqués de Velez, gran señor en el reino de

Murcia, solicitado, como digimos, por cartas del presidente de Granada, habia salido con sus amigos, deudos y allegados á entrar en el reino de Almería: era la gente que llevaba número de dos mil infantes y trecientos caballos, la mayor parte escogidos. La primera jornada fue combatir una gruesa banda de moros, que atravesaban desmandados en Illar: de allí fue sobre Filix: tomóla, y saqueóla enriqueciendo la gente; peleóse con harto riesgo y porfía; murieron de los enemigos muchos, pero mas mugeres que hombres, entre ellos su capitan, llamado Futei, natural de Zenette. Hecho esto, por falta de vituallas se recogió á los lugares del rio de Almería; donde para mantener la gente y su persona vino á Cosar de Canjayar, barranco de la hambre le llaman por otro nombre en su lengua, porque en él se recogieron los moros, cuando el Rey católico don Fernando hizo la empresa de Andarax en el primer levantamiento, donde pasaron tanta hambre que cuasi todos murieron.

La toma de Poqueira, Jubiles, y Pater-

na puso temor á los enemigos, porque tenian reputacion de fuertes, y indignacion por la pérdida que en ellos hicieron de todas sus fortunas: comenzaron á recogerse en lugares ásperos, ocupar las cumbres y riscos de las montañas fortificando á su parecer lo que bastaba; pero no como gente plática, antes ponian todas sus esperanzas y seguridad en esparcirse, y dejando la frente al enemigo pasar á las espaldas, mas con apariencia de descabullirse, que de acometer. Pareció al marqués con estos sucesos quedar llana toda la Alpujarra; y dando la vuelta por Andarax y Cadiar, tornó á Orgiba, por estar mas en comarca de la mar, rio de Almería, Granada, y la misma Alpujarra. Entretanto, aunque la rebelion parecia estar en el Alpujarra en términos de sosegada, echó raices por diversas partes: á la parte de poniente por las Guajaras, tres lugares pequeños juntos que parten la tierra de Almuñecar de la de Val de Leclin, puestos en el valle que desciende al puerto de la herradura; desdichado por la pérdida de veinte y tres galeras anegadas con su capitan ge-

neral don Juan de Mendoza, hombre de no menos industria y ánimo que su padre don Bernardino y otros de sus pasados, que en diversos tiempos valieron en aquel egercicio. El señor de uno de aquellos lugares, ó con ánimo de tenellos pacíficos, ó de roballos y cautivar la gente, juntando consigo hasta docientos soldados desmandados de la costa, forzó á los vecinos que le alojasen y contribuyesen extraordinariamente. Vista por ellos la violencia dilatándolo hasta la noche, le acometieron de improviso, y necesitaron á retraerse en la iglesia donde quemaron á él y á los que entraron en su compañía. No dió tiempo á los malhechores la presteza del caso para pensar en otro partido mas llano, que juntarse llegando á sí de la gente de lugares vecinos tres mil personas de todas edades, en que habia mil y quinientos hombres de provecho, armados de arcabuces, ballestas, lanzas y gorguzes y parte hondas, como la ira y la posibilidad les daba; y sin tomar capitan, de comun parecer ocuparon dos peñones, uno alto de subida áspera y difícil, otro me-

nor y mas llano. Aquí pusieron su guardia, y se repararon sin traveses parte con piedra seca, parte con mantas y jalmas como rumbadas, á falta de rama y tierra. Estos dos sitios escogieron para su seguridad, juntando despues consigo algunos salteadores Giron, Marcos el Zamar capitanes, y otros hombres á quien convidaba la fortaleza del sitio, el aparejo de la comarca, y la ocasion de las presas. Fue el marqués avisado, que andaba visitando algunos lugares de la tierra como seguro de tal novedad; y visto que el fuego se comenzaba por parte peligrosa de lugares importantes guardados á la costa con poca gente, recelando que saltase á la sierra de Bentomiz ó á la hoya y jarquia de Málaga; deliberó partir con cuasi dos mil infantes y docientos caballos, avisando al conde que de Granada le reforzase con mas gente de pie, y de caballo. Eran los mas aventureros ó concegiles: tomó el camino de las Guajaras dejando á sus espaldas lugares, como Ohañez y Valor el alto, sospechosos y sobresaltados, aunque solos de gente segun los avisos. Al-

gunos le juzgaban, diciendo, que pudiera enviar otra persona ó á su hijo el conde en su lugar; pero él escogió para sí la empresa con este peligro: ó porque el Rey vista la importancia del caso no le proveyese de compañero, ó por entretener la gente en la ganancia. Tanto puede la ambicion en los hombres puesto que sea loable, que aun de los hijos se recatan. Sacar al conde de Granada, que le aseguraba la ciudad á las espaldas y le proveía de gente y de vitualla, parecia consejo peligroso; y partir la empresa con otro, despojarse de las cabezas; que si muchas en número y calidad de personas, en experiencia eran pocas. Estas dudas saneó con la presteza, porque antes que los enemigos pensasen que partia, les puso las armas delante. Halláronse en toda la jornada muchas personas principales, así del reino de Granada como de la Andalucía, que en las ocasiones serán nombrados. Partió el marqués de Andarax, y sin perder tiempo vino de Cadiar á Orgiba; y tomando vitualla á Velez de Benabdala, pasó el rio de Motril, la infantería

á las ancas de los caballos, y llegó á las Guajaras que están en medio. Vino don Alonso Portocarrero con mil soldados, ya sano de sus heridas, y otras dos bandas de infantería, ciento y cincuenta caballos, gente hecha en Granada, que enviaba el conde de Tendilla: el conde de Santistevan con muchos deudos y amigos de su casa y vasallos suyos. Mas los enemigos, como de improviso descubrieron el campo, comenzaron á tomar el camino de los Peñones y víanse subir por la montaña con mugeres y hijos. Viendo el marqués, que se recogian á sus fuertes, envió una compañía de arcabuceros á reconocerlos, y dañarlos si pudiesen; pero dende á poco le trajo un soldado mandado del capitan, que por ser los enemigos muchos y su gente poca, ni se atrevia á seguillos, porque no le cargasen; ni á retirarse, porque no le rompiesen: pedia para lo uno y lo otro mil hombres. Envióle alguna arcabucería, y él con la gente que pudo llegar ordenada, le siguió hasta las Guajaras altas por hacerles espaldas, donde alojó aquella noche con mal aparejo; pero los

unos y los otros sin temor, los nuestros por la confianza de la victoria, los enemigos de la defensa.

Entre los que allí vinieron á servir, fue uno don Juan de Villarroel, hijo de don García de Villarroel, adelantado que fue de Cazorla, y sobrino (segun fama) de fray Francisco Gimenez, cardenal y arzobispo de Toledo, gobernador de España entre la muerte del Rey católico don Fernando, y el reynado del emperador don Carlos. Era á la sazon capitan de Almería, y servia de comisario general en el campo: hombre de años, probado en empresas contra moros, pero de consejos sutiles y peligrosos; que habia ganado gracia con hallar culpas en capitanes generales, siendo á veces escuchado y al fin remunerado. Este, por abrirse camino para algun nombre en aquella ocasion, gastó la noche sin sueño en persuadir al marqués que le mandase con cincuenta soldados á reconocer el fuerte de los enemigos; diciendo que del alojamiento no se descubria el paso del peñon alto. Concurrió el marqués, mostrando ha-

cerlo mas por permision y licencia que mandamiento; pero amonestándole que no pasase del cerro pequeño que estaba entre su alojamiento y la cuesta; y que no llevase consigo mas de cincuenta arcabuceros: blandura que suele poner á veces á los que gobiernan en grandes y presentes peligros. Mas don Juan pasando el cerro comenzó á subir la cuesta sin parar, aunque fue llamado del marqués; y á seguillo mucha gente principal y otros desmandados, ó por acreditar sus personas, ó por codicia del robo. Pasaban ya los que subian de ochocientos, sin poderlo el marqués estorbar; porque don Juan viéndose acrecentado con número de gente, y concibiendo en sí mayores esperanzas, teniéndose por señor de la jornada, sin guardar la órden que se le dió ni la que se daba en hechos semejantes, desmandada la gente no con mas acierto que el que daba su voluntad á cada uno; comenzó la subida con el ímpetu y priesa que suele quien va ignorante de lo que puede acontecer; mas dende á poco con flogedad y cansancio. Vista por los enemigos la desórden,

hicieron muestra de encubrirse con el peñon bajo dando apariencia de escapar: pensaron los nuestros que huian, y apresuraron el paso; creció el cansancio, oíanse tiros perdidos de arcabucería, voces de hombres desordenados, víanse arremeter, parar, cruzar, mandar; movimientos segun el aliento ó apetito de cada uno: en ochocientas personas mostrarse mas capitanes que hombres, antes cada cual lo era de sí mismo: el hábito del capitan un capote, una montera, una caña en la mano. No se estaba á media cuesta, cuando la gente comenzó á pedir municion de mano en mano: oyeron los enemigos la voz, peligrosa en semejantes ocasiones; y viendo la desórden, saltaron fuera con el Zamar hasta cuarenta hombres; esos con pocas armas y menos muestra de acometer: pero convidados del aparejo, y ayudados de piedras que los del peñon echaban por la cuesta y de alguna gente mas, dieron á los nuestros una carga harto retenida, aunque bastante para que todos volviesen las espaldas con mas priesa que habian subido, sin que hombre hiciese mues-

tra de resistir, ni la gente particular fuese parte para ello; antes los seguian, mostrando querellos detener: fueron los moros creciendo, egecutando, y matando hasta cerca del arroyo. Murió don Juan de Villarroel desalentado, con la espada en la cinta, cuchilladas en la cabeza y las manos, segun se reparaba: don Luis Ponce de Leon, nieto de don Luis Ponce, que herido de muerte, y caido le despeñó un su criado por salvalle, y Juan Ronquillo veedor de las compañías de Granada, y un hijo solo del maestre de campo Hernando de Oruña, viéndole su padre y todos peleando. Fueron los muertos muchos mas que los que los seguian, y algunos ahogados con el cansancio; los demás se salvaron, y entre ellos don Gerónimo de Padilla, hijo de Gutierre Lopez de Padilla, que herido y peleando hasta que cayó, le sacó arrastrando por los pies un esclavo á quien él dió libertad. El marqués vista la desórden, y que los enemigos crecian y venian mejorados, y prolongándose por la loma de la montaña á tomarle las espaldas, encaminados á un cerro

que le estaba encima; envió á don Alonso de Cárdenas con pocos arcabuceros que pudo recoger; hombre suelto y de campo; el cual previno y aseguró el alto. Estaba el marqués apeado con la caballería, las lanzas tendidas, guarnecido de alguna arcabucería esperando los enemigos, y recogiendo la gente que venia rota: pudo esta demostracion y su autoridad refrenar la furia de los unos, detener y asegurar los otros, aunque con peligro y trabajo. Otro dia al amanecer llegó la retaguardia: serian por todos cinco mil y quinientos infantes, y cuatrocientos caballos; compañía bastante para mayor empresa, si se hubiera de tener cuenta con solo el número. Ordenó solo un escuadron por el temor de la gente que el dia de antes habia recibido desgracia, guarnecido á los costados con mangas prolongadas de arcabucería. Era el peñon por dos partes sin camino, mas por la que se continuaba con la montaña habia salida menos áspera: aquí mandó estar caballería y arcabucería apartada, pero cubierta; porque vistos no estorbasen la huida. Son los moros cuando se

ven encerrados impetuosos y animosos para abrirse paso; mas abierto procuran salvarse sin tornar el pecho al enemigo, y por esto si á alguna nacion se ha de abrir lugar por donde se vayan, es á ellos. Acometiólos con esta órden, y duró el combatir con pertinacia hasta la escuridad de la noche, los unos animados, los otros indignados del suceso pasado: mandó tocar á recoger, y alojó pegado con el fuerte, encomendando la guardia á los que llegaron holgados. Puso la noche á los enemigos delante de los ojos el peligro, el robo, la cautividad, la muerte; trájoles el miedo, confusion y discordia, como en ánimos apretados que tienen tiempo para discurrir: unos querian defenderse, otros rendirse, otros huir; al fin salió la mayor parte de la gente forastera y monfíes con los capitanes Giron, y el Zamar, sacando las mugeres y niños que pudieron, y quedó todavía número de gente de los naturales; y aunque flacamente reparada, si tuvieran esfuerzo y cabezas, con el favor de lo pasado y el aparejo del sitio, solas mugeres bastaban á defenderse. Hicieron

al principio resistencia, ó que el desdeño de verse desamparados, ó la ira los encendiese; pero apretados enflaquecieron, y dando lugar fueron entrados por fuerza: no se perdonó con órden del marqués á persona ni á edad: el robo fue grande, y mayor la muerte, especialmente de mugeres; no faltó ambicion que se ofreciese á solicitalla, como cargo de mayor importancia. Escapó Giron; fue preso y herido de un arcabucero por el muslo el Zamar por salvar una hija suya doncella que no podia con el trabajo del camino; y llevado á Granada le mandó atenazar el conde de Tendilla, que hizo calificada la victoria.

Tomado el fuerte de las Guajaras envió el marqués el campo con el conde de Santistevan, que le esperase en Velez de Benabdala; y fue á visitar á Almuñecar, Salobreña, Motril, lugares á la marina guardados contra los cosarios de Berbería, y quedó por entonces asegurada aquella tierra hasta Ronda. Puso en el oficio de don Juan de Villarroel á don Francisco de Mendoza su hijo; nombró veedores y otros oficiales de hacienda, sin

que el gobierno del campo no podia pasar. Pero no dejaron perder sus émulos aquella ocasion de calumniarle, diciendo: ser él mismo quien proveía, libraba, pagaba, repartia las contribuciones, presas, y depósitos; pues sus hijos y criados lo hacian: cosa que los capitanes generales suelen y deben huir. Pero la necesidad y la salida del negocio mostró haber sido mas provechoso consejo para la hacienda del Rey en lo poco que se gastó con mucha gente y en mucho tiempo. Llegado á Velez tornó á Orgiba, dióse á recibir gentes y pueblos que se venian á rendir: entregaban las armas los que habitaban por toda la Alpujarra y rio de Almería, y los que en las montañas andaban alzados rendíanse á merced del Rey sin condicion: traían mugeres, hijos, y haciendas; comenzaban á poblar sus casas; ofrecíanse á ir con ellas á morar, como y donde los enviasen; y si en la tierra los quisiesen dejar, mantener guardia para defension y seguridad de ella, solamente que se les diesen las vidas y libertad; pero aun estas dos condiciones no les admitió. No por eso dejaban

de venirse; dábales salvaguardia con que vivian pacíficos, aunque no del todo asegurados; y hallando el campo lleno de esclavos y cristianos libertados que comian la vitualla, depositó quinientas moriscas en poder de sus padres, hermanos y maridos, y sobre sus palabras las recibieron en Uxixar: y dende á poco envió con alguaciles por ellas para volvellas á sus dueños, que sin faltar personas las tornaron: cosa no vista en otro tiempo; ó fuese el miedo y la obediencia, ó fuese que restituian las mugeres de que hallan abundancia en toda parte, y por esto son estimadas como alhaja; y los hijos donde se los criasen, descargándose de bocas inútiles y embarazo cojijoso; y aquí hizo particulares justicias de muchos culpados.

Discurrian los soldados de veinte en veinte sin daño; dábanse á descubrir personas y ropa escondida por la montaña; combatian cuevas donde habia moriscos alzados: todo era esclavos, despojos, riqueza. No eran por entonces tantas las desórdenes que los moriscos no las pudiesen sufrir, ni tantos los auto-

res que no pudiesen ser castigados; pero fuéronse los unos con la ganancia, vinieron otros nuevos codiciosos que mudaban el estado de paz en desasosiego, y de obediencia en desconfianza. Vióse un tiempo en el cual los enemigos, (ó estuviesen rendidos, ó sobresanados), pudieran con facilidad y poca costa ser oprimidos, y venirse al término que despues se vino de castigo, de opresion, ó de destierro; ó sacándolos á morar en Castilla, poblar la tierra de nuevos habitadores, sin pérdida de tanto tiempo, gente, y dineros, sin hambre, sin enfermedad, sin violencia de vasallos. No son los hombres jueces de los pensamientos y motivos de los Reyes; pero mucho puede en el ánimo de un príncipe ofendido por caso de rebelion ó desacato, la relacion aunque interesada ó apasionada que le inclina á rigor y venganza; porque cualquier tiempo que se dilata, aunque sea para mayor oportunidad, le parece estorbo.

En esto la gente de Granada libre del miedo y de la necesidad tornó á la pasion acostumbrada: enviaban al Rey personas de

su ayuntamiento; pedian nuevo general; nombraban al marqués de Velez engrandeciendo su valor, consejo, paciencia de trabajos, reputacion: partes que aunque concurriesen en él, la mudanza de voluntades, y los mismos oficios hechos en su perjuicio, dende á pocos dias que entonces en su favor, mostraban no haberse movido los autores con fin de loallos porque fuesen tales. Calumniaban al de Mondejar que permitia mucho á sus oficiales; que no se guardaban las vituallas; que los ganados pudiendo seguir el campo se llevaban á Granada; que no se ponia cobro en los quintos y hacienda del Rey; que teniendo presidente cabeza en los negocios de justicia, tantas personas graves y de consejo en la chancillería, un ayuntamiento de ciudad, un corregidor solícito, tantos hombres prudentes; no solamente no les comunicaban las ocasiones en general, pero de los sucesos no les daba parte por escrito, ni de palabras; antes indignado por competencias de jurisdicciones, preeminencias de asientos ó manera de mandar, sabian de otros antes la causa porque se

los mandaba, que recibiesen el mandamiento. Loaban la diligencia del presidente en descubrir los tratados, los consejos, los pensamientos de los enemigos; entretener la gente de la ciudad; exhortar á los señores del reino que tomasen las armas, en particular al marqués de Velez, y otras demostraciones que atribuidas al servicio del Rey eran juzgadas por honestas, y á su particular por tolerables: empresas de reputacion y autoridad, no desdeñando, ni ofendiéndola; y que en fin como quiera eran de suyo provechosas al beneficio público: que la guerra no estaba acabada, pues los enemigos aun quedaban en pie; que las armas entregadas eran inútiles y viejas: mostrábanse indignados y rebeldes, resueltos á no mandarse por el marqués. Los alcaldes, (oficio usado á seguir el rigor de la justicia y aun el de la venganza, porque cualquiera dilacion ó estorbo tienen por desacato), culpaban la tibieza en el castigar; recibir á merced y amparar gente traidora á Dios y al Rey; las armas en mano de padre y hijo; oprimida la justicia y el gobierno; llena Granada de

moros, mal defendida de cristianos; muchos soldados y pocos hombres; peligros de enemigos y defensores, deshaciendo por un cabo la guerra y criándola por otro. Por el contrario los amigos y allegados del marqués y su casa decian: que la guerra era libre, los oficiales y soldados concegiles, y esos sin sueldo; movidos de su casa por la ganancia; los ganados habidos de los enemigos; que por todo se hallaría que la carne y el trigo y cebada se aprovechaba de dia en dia; que mal se podian fundar presidios para guarda de vitualla con tan poca gente, ni asegurar las espaldas sino andando tan pegados con los enemigos, que les mostrasen cada hora las cuerdas de los arcabuces y los hierros de las picas; que los quintos tenian oficiales del Rey en quien se depositaban, y pasaban por almonedas; que los oficios eran tan apartados, y los consejos de la guerra requerian tanto secreto, que fuera de ella no se acostumbraba comunicarlos con personas de otra profesion, aunque mas autoridad tuviesen; porque como plática estraña de sus oficios, no sabian en

que lugar se debia poner el secreto; que tras el publicar venia el yerro, y tras el yerro el castigo; y que como el presidente y oidores ó alcaldes no le comunicaban los secretos de su acuerdo, así él no comunicaba con ellos los de la guerra, ni se vian, ni habia causas porque hubiese esta desigualdad, ó fuese autoridad ó superioridad. De lo que tocaba al corregidor y la ciudad burlaban, como cosa de concejo y mezcla de hombres desigual. Que los que eran para entender la guerra andaban en ella y servian ellos ó sus hijos al Rey; y obedecian al marqués sin pasion. Que los cumplimientos eran parte de buena crianza; y cada uno si queria ser mal quisto, podia ser mal criado. Que trayendo tan á la continua la lanza en la mano, mal podia desembarazalla para la pluma. Que la guerra era acabada, segun las muestras, y el castigo se guardaria para la voluntad del Rey, y entonces tenian su lugar la mano y la indignacion de las justicias; y si decian que sobresanada porque estaban los enemigos en pie y armados, lo sobresanado ó acabado, lo armado y

desarmado és todo uno: cuando los enemigos, ó se rinden, ó están de manera que pueden ser oprimidos sin resistencia, como lo estaban á la sazon los del reino y la ciudad de Granada. Que de aquello servia la gente en el Albaicin y la vega, la cual como entretenida con alojamientos y sin pagas, no podia sino dar pesadumbre y desordenarse; ni como poco plática saber la guerra tan de molde que no se les pareciese que eran nuevos. Pero la carga de lo uno y de lo otro estaba sobre los enemigos, á quien ellos decian que se habia de dar riguroso castigo: lo cual aunque se diferia, no se olvidaba; que espantallos sin tiempo era perder el fin y las comodidades que se podian sacar de ellos; que las personas cuando eran tales siempre serian provechosas, especialmente las que sirviesen á su costa, como la del marqués de Velez, probada para cualquier gran cargo que estuviese sin dueño.

Mas el marqués, hombre de estrecha y rigurosa disciplina, criado al favor de su abuelo y padre en gran oficio, sin igual ni contradictor, impaciente de tomar compañía; co-

municaba sus consejos consigo mismo, y algunos con las personas que tenia cabe sí pláticas en la guerra, que eran pocas: de las aparencias, aunque eran comunes á todos, á ninguno daba parte; antes ocasion á algunos, (especialmente á mozos y vanos), de mostrarse quejosos. Tomó la empresa sin dineros, sin municion, sin vitualla, con poca gente y esa concegil, mal pagada y por esto no bien disciplinada; mantenida del robo, y á trueco de alcanzar ó conservar este, mucha libertad, poca vergüenza, y menos honra; excepto los particulares que á su costa venian de toda España á servir al Rey, y eran los primeros á poner las manos en los enemigos. Tuvo siempre por principal fin pegarse con ellos; no dejar que se afirmasen en lugar ni juntasen cuerpo; acometellos, apretallos, seguillos; no dalles ocasion á que le siguiesen, ni mostrarles las espaldas aunque fuese para su provecho; recibir los que de ellos viniesen á rendirse; disminuillos y desarmallos, y á la fin oprimillos; para que poniéndoles guarniciones con un pequeño egército, pudiese el Rey

castigar los culpados, desterrar los sospechosos, deshabitar el reino, si le pluguiese pasar los moradores á otra parte: todo con seguridad y sin costa, antes á la de ellos mismos. Hizo muchas veces al Rey cierto del término en que las cosas se hallaban: y aunque guiando egércitos no hubiese venido otras veces á las manos con los enemigos, todavía con la plática que tenia de la manera del guerrear de estos, aprendida de padres y abuelos y otros de su linage que tuvieron continuas guerras con los moros, los trajo á tal estado y en tan breve tiempo, como el de un mes; no embargante que muchas veces se le escribiese, que procediese con ellos atentamente. Puesta la guerra en estos términos, túvola por acabada facilitando lo que estaba por hacer; con que se hizo mas odioso, pareciendo á hombres ausentes cuerdos y de experiencia, que habia de retoñecer con mayor fuerza como el tiempo diese lugar, y las esperanzas de Berbería se calentasen, y los castigos y reformaciones comenzasen á egecutarse: y tuvieron por largo el negocio, por ser de monta-

ña contra gente suelta y plática de ella, y otras causas, que por nuestra parte se les habian de dar.

En este mismo tiempo comenzó á descubrirse la guerra en el rio de Almería, con la ida del marqués de Mondejar á las Guajaras y tierra de Almuñecar. Ohañez es un lugar puesto entre dos rios en los confines de la Alpujarra, marquesado de Zenette, y tierra de Almería: aquí se recogieron moros que andaban huidos en la montaña, (sobras de los rencuentros pasados), convidados de la fortaleza del sitio, y persuadidos por el Tahalí á quien tomaron por capitan. Pusieron mil hombres á la guardia del lugar donde habian encerrado sus hijos, mugeres, y haciendas; sin otro mayor número que defendian la tierra, todos determinados á pelear.

Estaba el marqués de Velez en el rio de Almería entretenido con parte de la gente del reino de Murcia; y la demás era vuelta, como es costumbre, rica de la ganancia: esperaba órden del Rey si tornaria á la tierra de Cartagena, que confina con el reino de

Granada por el rio de Moxacar que los antiguos llamaban Murgis; ampararia la tierra del Rey, y la suya vecina á la mar; defenderia que los moros del reino de Granada no pasasen por aquella parte á desasosegar los del reino de Valencia; recelado y cuasi cierto peligro en la primera ocasion de pérdida nuestra importante: y convenia, (ocupado el marqués de Mondejar en las Guajaras), atajar el fuego de las espaldas. No habia en pie armas tan cerca como estas, solicitadas por el presidente de Granada, mas despues con aprobacion del Rey.

Los que igualmente juzgaban lo bueno que lo malo, atribuían á pasion esta diligencia, por excluir ó dar compañero al marqués de Mondejar; pero las personas libres, á buena provision y en conveniente coyuntura. Movióse el marqués de Velez con tres mil infantes y trecientos caballos contra los enemigos, que le esperaban á la subida de la montaña en un paso áspero y dificultoso: combatiólos y rompiólos no sin dificultad; donde se mostró por su persona buen caballero. Mas

los enemigos recogiéndose á Ohañez estuvieron á la defensa. Acometiólos con pocas armas, y rompiólos segunda vez; murieron cuasi docientos hombres con Tahalí su capitan, y en la entrada muchas mugeres; de los nuestros algunos: salváronse de los moros por las espaldas del lugar la mayor parte que estaba á la defensa sin ser seguidos; y pudieran si algun capitan plático los gobernára, hacer daño á los nuestros embebecidos y cargados con el saco. Fue grande la importancia del hecho por la ocasion. Á las gradas de la iglesia halló el marqués cortadas veinte cabezas de doncellas, los cabellos tendidos, puestas por órden, que los de aquella tierra cuando el rio de Almería se rebeló, en una junta que tuvieron en Guecija, prometieron sacrificar juntamente con veinte sacerdotes adoradores de los ídolos, (que tal nombre dan á las imágenes); porque Dios y su profeta Mahoma los ayudase. Poco antes que el marqués entrase habian degollado las doncellas: los sacerdotes hicieron mayor defensa; mas con quemar veinte frailes ahogados en azeite hir-

viendo, pagaron el voto en la misma Guecija. ¡Cruel y abominable religion, aplacar á Dios con vida y sangre inocente; pero usada dende los tiempos antiguos en África, traida de Tiro, introducida en la ciudad de Cartago por Dido su fundadora: tan guardada hasta nuestros tiempos entre los moradores de aquella region, que es fama que en la gran empresa que el emperador don Carlos vencedor de muchas gentes hizo contra Barbarroja, tirano de Tunez, sacrificaron los moros del cabo de Cartago cinco niños cristianos al tiempo que descubrieron nuestra armada, á reverencia de cinco lugares que tienen en el alcoran, donde se inclinan porque Dios los ampare y defienda en los peligros! El marqués habido este suceso en su favor, se recogió con la gente que con él quiso quedar en Terque lugar del rio de Almería, corriendo por la tierra.

Las cosas de Granada estaban en el estado que tengo dicho. El Rey habia enviado á don Antonio de Luna, hijo de don Álvaro de Luna, y á don Juan de Mendoza, hom-

bres de gran linage, pláticos en la guerra, que habian tenido cargos, y dado buena cuenta de ellos; para que asistiesen con el conde de Tendilla como consejeros, estando á la órden que él les diese en ausencia del marqués su padre; avisando al conde de la provision con palabras blandas y comedidas; para que con ellos pudiese descargar parte del trabajo. Puso el conde á don Juan dentro en la ciudad con la infantería cuyas armas habia profesado; y á don Antonio á la guarda de la vega con docientos caballos y parte tambien de la infantería.

Llegado el marqués de Mondejar á Orgiba continuando su propósito, ocupóse en recibir pueblos y gente, que sin condicion venian á rendirse con las armas; y en perseguir las sobras del campo de Aben Humeya, su persona parientes y allegados, que eran muchos, y con él andaban huidos por las montañas. Estaba aun Valor, el alto, por rendirse, pero sosegado; adonde tuvo aviso que Aben Humeya se recogia con treinta hombres en las casas de su padre, y en Mecina

su tio Aben Xauhar. Envió dos compañías de infantería que no los hallando se tornaron con haber saqueado á Valor, y Mecina; mas á los de Mecina que estaban con salvaguardia, mandó volver la ropa y cautivos dende á poco. Fue tambien avisado que en el mismo lugar se escondia Aben Humeya con ocho personas, y envió dos escuadras con sendos adalides pláticos de la tierra con órden que vivo ó muerto le hubiesen á las manos. Llaman adalides en lengua castellana á las guias y cabezas de gente del campo, que entran á correr tierra de enemigos; y á la gente llamaban almogávares: antiguamente fue calificado el cargo de adalides; elegíanlos sus almogávares; saludábanlos por su nombre levantándolos en alto de pies en un escudo: por el rastro conocen las pisadas de cualquiera fiera ó persona, y con tanta presteza que no se detienen á congeturar; resolviendo por señales, á juicio de quien las mira livianas, mas al suyo tan ciertas, que cuando han encontrado con lo que buscan, parece maravilla ó envahimiento. No hallaron en Valor, el alto,

rastro de Aben Humeya, pero en el bajo oyeron chasquido de jugar á la ballesta, músicas, canto y regocijo de tanta gente, que no la osando acometer se tornaron á dar aviso. Envió dos capitanes, Antonio de Ávila y Álvaro Flores con trescientos arcabuceros escogidos entre la gente que á la sazon habia quedado, que era poca, (porque con la ganancia de las Guajaras, y con tener por acabada la guerra se habian ido á sus casas: hombres levantados sin pagas, sin el son de la caja, concegiles; que tienen el robo por sueldo, y la codicia por superior). Fueron con estos trescientos, otros mas de quinientos aventureros y mochileros á hurto, sin que guarda ó diligencia pudiese estorballo. Llevaron los capitanes órden de palabra, que tomasen y atajasen los caminos, cercasen el lugar, y sin que la gente entrase dentro, llamasen los regidores y principales; requiriésenlos que entregasen Aben Humeya que se llamaba rey; y en caso que se escusasen, con personas deputadas por ellos mismos y por los capitanes, le buscasen por las casas; y no pareciendo

trageseu los regidores presos ante el marqués, sin hacer otro daño en el lugar. Partieron con esta resolucion, y antes que llegasen á Valor, donde se descubre la punta de Castil de Ferro, los alcanzó Ampuero, capitan de campaña, y les dió la misma órden por escrito; añadiendo que si gente de salvaguardia ó de Valor, el alto, la hallasen en el bajo, la dejasen estar. Mas Antonio de Ávila que ya traía consigo la mala fortuna, dicen que respondió: *que si en algo se excediese de la órden, todo seria dar culpa á los soldados*. Llegando á Valor tomaron los caminos, cercaron el lugar: salieron los principales á ofrecer favor, diligencia, vituallas; mas los que vinieron al cuartel de Antonio de Ávila fueron muertos sin ser oidos. Alteróse el lugar; entraron los soldados matando y saqueando; juntáronseles los de Álvaro Flores que para esto eran todos en uno; murieron algunos moriscos, que no pudieron defenderse ni huir; fue robada la tierra, y los soldados recogieron el robo en la iglesia diciendo los capitanes: que su órden era llevar los moriscos presos, y no podian

de otra manera cumplir con ella. Mas los moriscos visto el daño, hicieron ahumadas á los suyos que andaban por la montaña, y á los que cerca estaban escondidos: los nuestros al nacer del dia partiendo la presa, en que habia ochocientos cautivos y mucha ropa, las bestias y ellos cargados, tomaron el camino de Orgiba, los embarazos y presas en medio. Partida la vanguardia, mostróse á la retaguardia Abenzaba, capitan de Aben Humeya en aquel partido con trecientos hombres como de paz: requeríalos con la salvaguardia; que dejando las personas cautivas llevasen el resto; mas viendo cuan poco les aprovechaba comenzaron á picallos y desordenallos, hasta que á la cubierta de un viso dieron en la emboscada de docientos hombres, y volviéndose á las mugeres les digeron: *damas, no vais con tan ruin gente.* Juntamente con estas palabras el Partal, hombre cuerdo y valiente, uno de cinco hermanos todos de este nombre que vivian en Narila, acometió la retaguardia por el costado; mas los soldados por no desamparar la presa hicieron poca resistencia:

la vanguardia caminaba cuanto podia sin hacer alto ni descargarse de la presa; y todos iban ya ahilados; los delanteros por llegar á Orgiba; los postreros por juntarse con los delanteros: en fin del todo puestos en rota sin osar defenderse ni huir, muertos los capitanes y oficiales; rendidos los soldados y degollados: con la presa á cuestas ó en los brazos, salváronse entre todos como cuarenta; los demás fueron muertos sin recibir á prision; ni perder los enemigos hombre, de quinientos que se juntaron. Como sucedió el caso, enviaron á escusarse con el marqués, cargando la culpa á los capitanes, y ofreciendo estar á justicia. Mas él entendida la desgracia puso en Orgiba mayor guardia, repartió los cuarteles á la caballería como quien esperaba los enemigos: llegó el mismo dia el aviso á Granada; y el conde de Tendilla despachó á don Antonio de Luna con mil infantes y cien caballos, y órden que llegado á Lanjaron hasta donde era el peligro, dejando la gente en lugar seguro y el gobierno al sargento mayor, tornase á Granada. Llegaron á Orgiba dentro

del tercero dia que el caso aconteció; reforzó las guardias en el Alhambra, en la ciudad y la vega; porque los moriscos favorecidos con este suceso no intentasen novedad.

Habia escrito el Rey al marqués, que temporizase con los enemigos no se poniendo en ocasion de peligro; temeroso de nuestra gente por ser toda número, exceptos los particulares. Representábansele los inconvenientes que en una desgracia pueden suceder; acabarse de levantar el reino, venir los de Berbería en ocasion que las armas del gran turco se comenzaban á mostrar en Levante; incierto donde pararia tan gran armada, aunque se veía que amenazase á Cypro. Parecíanle las fuerzas del marqués pocas para mantener lo de dentro y fuera de Granada; tenia lo pasado mas por correrías, escaramuzas y progresos de gente desarmada, que por guerra cumplida. El general calumniado en la ciudad, que le tenia de hacer espaldas; de donde habia de salir el nervio de la guerra; la voluntad de algunas ciudades y señores en el Andalucía no muy conformes con la suya; los soldados des-

contentos; y no faltaban pretensiones de personas que andaban cerca de los príncipes, ó á las orejas de quien anda cerca de ellos. Pareció por entonces consejo de necesidad suspender las armas, y tanto mas cuando llegó la nueva de la desgracia acontecida en Valor. Escribióse al marqués resolutamente que no hiciese movimiento; y porque la autoridad que tenia en aquella tierra era grande, y la costumbre de mandar muy arraigada de padre y abuelo, y parecia que en reino estendido y tierra doblada no podia dar cobro á tantas partes, como la experiencia lo mostraba, porque estando en Orgiba, se levantaron las Guajaras, y yendo á las Guajaras, Ohañez; acordó dividir la empresa dando al marqués de Velez cargo de los rios de Almería y Almanzora, tierra de Baza y Guadix; y al de Mondejar el resto del reino de Granada; enviar á ella por superior de todo á su hermano don Juan de Austria; por ventura resoluto á descomponer al uno y al otro, y cierto de que ninguno de ellos se ternia por agraviado: pues con la autoridad y nombre de su

hermano cesaban todos los oficios: los pueblos se mandarian con mayor facilidad; contribuirian todos mas contentos; servirian mas listos teniendo cerca del Rey á su hermano por testigo; los soldados un general que los gratificase y adelantase; la eleccion daria mayor sonido entre naciones apartadas, suspenderia los ánimos de los bárbaros, quitaríales la avilanteza de armar, imposibilitaríalos de hacer el socorro formado como empresa difícil y sin efecto; ocuparia á don Juan en hechos de tierra, como lo estaba en los de mar; haríale plático en lo uno y en lo otro: mozo despierto, deseoso de emplear y acreditar su persona, á quien despertaba la gloria del padre y la virtud del hermano. Decíase tambien que en esta empresa el Rey deseaba ver el ánimo del marqués de Mondejar inclinado á mayores demostraciones de rigor, por la venganza del descanso divino y humano, por la rebelion, por el egemplo de otros pueblos. Encendian esta opinion relaciones y pareceres de personas, que cualquiera cosa donde no ponen las manos les parece fácil, sin medir

tiempo ni posibilidad, presente ó por venir, y de otras apasionadas; no sin artificio y entendimiento de unas con otras. Mas los príncipes toman lo que les conviene de las relaciones, dejando la pasion para su dueño.

Estando las cosas en tales términos, con el suceso de Valor tomaron los enemigos ánimo para descubrirse, y Aben Humeya entró con mayor autoridad y diligencia en el gobierno; no como cabeza de pueblos rogados ó gente esparcida sin órden, sino como rey y señor. Siguió nuestra órden de guerra; repartió la gente por escuadras, juntóla en compañías; nombró capitanes; mandó que aquellos y no otros arbolasen banderas; púsolos debajo de coroneles, y cada partido que estuviese al gobierno de uno que dicen alcaide (tahas llaman ellos á los partidos de tahar, que en su lengua quiere decir sujetarse): este mandaba lo de la guerra; nombre entre ellos usado dende tiempos antiguos, y puesto por nosotros á los que tienen fortalezas en guarda. Para seguridad de su persona pagó arcabucería de guardia, que fue creciendo hasta cua-

trocientos hombres; levantó un estandarte bermejo, que mostraba el lugar de la persona del Rey á manera de guion.

Del principio de esta ceremonia en los Reyes de Granada, olvidada por haber pasado el reino á los de Castilla, diremos ahora. Muerto Abenhut que tenia á Almería por cabeza del reino, tomaron (como digimos) por rey en Granada á Mahamet Alhamar, que quiere decir el bermejo. Cuando el santo rey don Fernando el III. vino sobre Sevilla, hallóse con mucha caballería este Mahamet á servir en aquella empresa, por haberle ayudado el rey don Fernando á tomar el reino; parecióle autoridad el uso de guion, agradecimiento y honra poner en él la color y banda, que traen los reyes de Castilla. Armóle caballero el Rey el dia que entró en Sevilla; dióle el estandarte por armas para él y los que fuesen reyes en Granada; la banda de oro en campo rojo con dos cabezas de sierpes á los cabos, segun la traen en su guion los reyes de Castilla; añadió él las letras azules que dicen: *no hay otro vencedor sino Dios*:

por timbre tomó dos leones coronados que sobre las cabezas sostienen el escudo; traen el timbre debajo de las armas, como nosotros encima; porque así escriben y muestran los sitios, y cuentan las partes del cielo y la tierra, al contrario de nosotros. Mas las armas antiguas de los reyes de la Andalucía eran una llave azul en campo de plata; fundándose en ciertas palabras del alcoran, y dando á entender que con la destreza y el hierro abrieron por Gibraltar la puerta á la conquista de poniente; y de aquí llaman á Gibraltar por otro nombre, el monte de la llave. Hoy duran sobre la principal puerta de la Alhambra estas armas con letras, que declaran la causa y el autor del castillo.

Hacia con los suyos Aben Humeya su residencia en los lugares de Valor y Poqueira, y en los que están en lo áspero de la Alpujarra; comiendo la vitualla que tenian encerrada y la que hallaban sin dueño, con mayor abundancia y á mas bajos precios que nosotros. Las rentas que para mantenimiento del reino le señalaron, fueron el diezmo de los

frutos y el quinto de las presas, y mas lo que tiránicamente quitaba á sus súbditos. De esta manera se detuvieron, el marqués de Mondejar rehaciéndose de gente en Orgiba, incierto en qué pararia la suspension del Rey; y Aben Humeya gozando del tiempo, cobrando fuerzas, esperando el socorro de Berbería para mantener la guerra, ó navíos en que pasarse y desamparar la tierra.

Estando las armas en este silencio; porque el bullicio no cesase en alguna parte, sucedió en Granada un caso aunque liviano, que por ser en ocasion y no pensado escandalizó. Habia en la cárcel de la chancillería hasta ciento y cincuenta moriscos presos; parte por seguridad (que eran escandalosos), parte por delitos ó sospecha de ellos; todos como de los mas ricos y acreditados en la ciudad, así de los mas inhábiles para las armas; gente dada á trato y regalo. Contra estos se levantó voz á media noche estando los hombres en sosiego, que procuraban quebrantar las prisiones, matar las guardias, salir de las cárceles, y juntos con los moros de la vega y

Alpujarra levantar el Albaicin, degollar los cristianos, escalar el Alhambra, y apoderarse de Granada; empresa difícil para sueltos y muchos y experimentados, aunque con menos recatamiento se estuviera. Mas no dejó de tener este movimiento algunas causas; porque hubo informacion que lo trataban; y deposiciones de testigos, que en ánimos sospechosos lo imposible hacen parecer fácil. Acrecentaron la sospecha algunas escalas, (aunque de esparto), anchas y fuertes fabricadas para escalar muralla, que el conde halló en cierta cueva al cerro de Santa Elena; pertrecho que los moros guardaban para entrar en el Alhambra la noche que vinieron al Albaicin, como está dicho. Alborotado el pueblo, corrió á las cárceles con autoridad de justicia, acriminando los ministros el caso y acrecentando la indignacion: mataron cuasi todos los moriscos presos, puesto que algunos hiciesen defensa con las armas que hallaban á mano, como piedras, vasos, madera, poniendo tiempo entre la ira del pueblo y su muerte. Habia en ellos culpados en pláticas y demostraciones, y todos en

deseo; gente flaca, liviana, inhábil para todo, sino para dar ocasion á su desventura.

No dejaban los moros en todo tiempo de procurar algun lugar de nombre en la costa para dar reputacion á su empresa, y acoger armada de Berbería; pero su principal intento se encaminaba á tomar á Almería, ciudad asentada en sitio mas á propósito que Málaga, y despues de ella la mas importante; habitada de moriscos y cristianos viejos, cerca de los puertos de cabo de Gata, y de abundancia de carne, pan, aceite, frutas; puesta á la entrada de muchos valles que unos llevan á la parte del maestral á Granada, y otros á la del griego al rio de Almanzora y tierra de Baza; al levante la de Cartagena, y al poniente Almuñecar y Velez Málaga. En tiempo de romanos y godos fue (como ahora) cabeza de provincia llamada Virgi; y en el de los moros, de reino, despues que fueron echados de Córdoba. Pobláronla los de Tiro que vinieron á Cádiz, poco apartada de la mar; los moros por la comodidad del agua pasaron la poblacion adonde ahora está. Destruyóla

el emperador de España don Alonso el VII., trayendo á sueldo el conde de Barcelona, con sesenta galeras y ciento y sesenta y tres navíos de genoveses con Balduino y Ansaldo de Oria, generales de la armada; á quien el Rey dió por cuenta de sus sueldos el vaso verde que hoy muestran en San Juan, y dicen ser esmeralda: y puédese creer sin maravilla vista la grandeza de las que comienzan á venir del nuevo mundo, y la que refieren algunos antiguos escritores. Esto tratan nuestras historias; aunque las de genoveses refieren haberle tomado en la conquista de Cesarea en Asia siendo su capitan Guillelmo que llamaban cabeza de martillo: quede la fé de esto al arbitrio de los que leen. Tornó á restaurar la ciudad Abenhut. Cerca del nombre, aprendí de los moros naturales, que por la fábrica de espejos de que habia gran trato, la llamaron Almería; tierra de espejos quiere decir, porque al espejo llaman merí. Dicen los moros valencianos, que por espejo del reino le pusieron este nombre. Las historias arábigas, que en gran parte son fabulosas, cuentan que en

lo mas alto habia un espejo semejante al que se finge de la Coruña, en que se descubrian las armadas. La memoria de los antiguos antes de los moros es, que habia atalaya, á que los latinos llamaban specula, como en la misma Coruña, para encaminar y mostrar los navíos que venian á la costa, y de allí le dieron el nombre. Pero el autor que yo sigo, y entre los arábigos tiene mas crédito, dice que cuando los moros ganada España se quisieron volver á sus casas, para detenellos, les dieron á poblar á cada uno la tierra que mas parecia á la suya; y á estas provincias llamaron Coras, que quiere decir tanto, como la redondez de la tierra que descubre la vista: horizonte la podrian llamar los curiosos de vocablos. Los de Almería (9), ciudad populosa en la provincia de Frigia, donde fue cabeza la gran Troya, escogieron á Virgi por habitacion; porque les pareció semejante á su ciudad, y le dieron su nombre, como digimos que los de Damasco dieron el suyo á Granada, Fue Almería la de Asia destruida por

(9) Amorío la llama en su geografía Ptolomeo l. 5. c. 2.

el emperador Constancio, en tiempo de Mauhía IV. sucesor de Mahoma. Pues viendo el Rey que los moros insistian tanto en la empresa de Almería, y si la ocupasen seria tener la puerta del reino, y fundar en ella nombre y cabeza segun la tuvieron en otros tiempos; aunque por don García de Villarroel se guardase con bastante diligencia, quiso guardarla con mas autoridad. Mandó que por entonces tuviese el cargo con mayor número de gente don Francisco de Córdoba que vivia retirado en su casa: hombre plático en la guerra contra los moros, y que habia seguido al emperador en algunas; criado debajo del amaestramiento de dos grandes capitanes, uno don Martin de Córdoba, su padre, conde de Alcaudete; otro don Bernardino de Mendoza su tio. Estando en Almería don Francisco, llegó Gil de Andrada con las galeras de su cargo y otras con que guardaba la costa; y teniendo ambos aviso que en la sierra de Gador se recogia gran número de moros con sus mugeres y hijos, (sobras de gente corrida por los marqueses de Mondejar

y Velez), acompañados de treinta turcos, temiendo que juntos con otros le desasosegasen á Almería; juntó gente de la tierra, de la guardia de ella, y de las galeras hasta setecientos arcabuceros y cuarenta caballos; fué sobre ellos, que estaban fuertes, y á su pesar defendidos con algun reparo de manos y aspereza del lugar: á la tierra llaman Alcudia, y al pueblo Inox, pocas leguas de Almería. Estuvo detenido cuasi cuatro dias, (por ser malo el tiempo en fin de Enero), al pie de la montaña, y cuasi desconfiado de la empresa: resolvióse á combatillos por dos partes, aunque era dificil la subida; hicieron la defensa que pudieron con piedras y gorguces, porque en tanto número como mil y quinientos hombres habia solos cuarenta arcabuceros y ballesteros: fueron rotos, murieron muchos, y con mas pertinacia que los de otras partes; porque hasta las mugeres meneaban las armas: hubo cautivos cuasi dos mil personas; saliéronse los moros y entre ellos el capitan llamado Corcuz de Dalias, para caer despues en las manos de los nuestros cerca de

Vera, y morir en Adra sacados los ojos, con un cencerro al cuello, entregado á los muchachos, por los daños que siendo cosario habia hecho en aquella costa. Tornó don Francisco la gente á Almería rica y contenta: dividió la presa entre los soldados; proveyó de esclavos las galeras; mas dende á pocos dias entendiendo como el marqués de Velez venia por general de toda aquella provincia, y pareciéndole que bastaba para la ciudad un solo defensor, pidió licencia, y habida del Rey tornó á su casa.

Crecia la libertad por todo y la permision de los ministros, unos mostrando contentarse, otros no castigando: hombres á quien las desórdenes de nuestros soldados parecian venganzas, otros á quien no pesaba que creciesen estas, y se diese ocasion á que el resto de los moriscos que estaba pacífico tomase las armas. Juntábanseles los ministros de justicia, pertinaces de su opinion; impacientes de esperar tiempo para el castigo, poco pláticos de temporizar hasta la ocasion; el interés de los que desean acrecentar los inconvenientes,

la avaricia de los soldados, y por ventura la indignacion del príncipe, la voz del pueblo, y quién sabe si la de Dios, para que el castigo fuese general, como habia sido la ofensa.

Estaba por rebelar la Vega de Granada, de donde y de la tierra á la redonda cada dia se pasaba gente y lugares enteros á los enemigos, escusándose con que no podian sufrir los robos de personas y haciendas, las fuerzas de hijas y mugeres, los cautiverios, las muertes. Estaba sosegada la serranía y el habaral de Ronda, la hoya y xarquia de Málaga, la sierra de Bentomiz, el rio de Bolodui, la hoya y tierra de Baza, Guescar, el rio de Almanzora, la sierra de Filabres, el Albaicin y barrios de Granada poblados de moriscos. Habia levantados algunos lugares en tierra de Almuñecar, el val de Leclin, el Alpujarra, tierra de Guadix, marquesado de Zenette, rio de Almería, que en esto se encierra todo el reino de Granada poblado de moriscos. Mas Aben Humeya no perdia ocasion de solicitallos por medio de personas, que tenian entre ellos autoridad, ó deudos de las mugeres con

quien se habian casado: usaba de blandura general; queria ser tenido por cabeza, y no por rey: la crueldad, la codicia cubierta engañó á muchos en los principios; pero no á su tio Aben Xauhar, que dejando parte del dinero y riquezas en poder del sobrino, llevando lo mejor consigo, resoluto de huir á Berbería, mostró ir á solicitar el levantamiento de la sierra de Bentomiz: vino á Portugos, donde murió de dolor de la hijada, viejo, descontento y arrepentido. Mostró Aben Humeya descontentamiento, mas por haberle la enfermedad quitado el cuchillo de las manos, que por la falta del tio: tomóle los dineros y hacienda con ocasion de entregarse de mucha, que habia entrado en su poder de diezmos y quintos. Tal fue la fin de don Fernando el zaguer Aben Xauhar, cabeza del levantamiento en la Alpujarra, inventor del nombre de rey entre los moros de Granada, poderoso para hacer señor á quien le quitó la hacienda y fue causa de su muerte: tal el desagradecimiento de Aben Humeya contra su sangre, que le habia dado señorío y título de

rey, pudiéndolo tomar para sí. Mas así á los príncipes verdaderos como á los tiranos son agradables los servicios, en cuanto parece que se pueden pagar; pero cuando pasan muy adelante, dase aborrecimiento en lugar de merced.

Acabó de resolverse el Rey en la venida de su hermano á Granada, para emplealle en empresa que puesto que de suyo fuese menuda, era de muchos cabos peligrosa, por la vecindad de Berbería; y queriéndose llevar por violencia, larga: por ser guerra de montaña, en ocasion que el rey de Argel estaba armado, y la armada del gran turco junta contra venecianos. Hizo dos provisiones; una en don Luis de Requesenes que estaba por embajador en Roma, teniente de don Juan de Austria en la mar, para que con las galeras de su cargo que habia en Italia, y trayendo las banderas del reino de que don Pedro de Padilla era maestro de campo, viniese á hacer espaldas á la empresa, poniendo la gente en tierra, donde á don Juan pareciese que podia aprovechar; y juntando con sus galeras las de

España, cuyo capitan era don Sancho de Leiva hijo de Sancho Martinez de Leiva, estorbase el socorro que podia venir de Berbería á los enemigos; proveyese de vitualla y municiones las plazas del reino de Granada que están á la costa, y al egército cuando estuviese en parte á propósito. Otra provision, (resoluto de hacer la guerra con mayores fuerzas), fue mandar al marqués de Mondejar que estaba en Orgiba para salir en campo, que dejando en su lugar á don Antonio de Luna ó á don Juan de Mendoza, cual de ellos le pareciese, con expresa órden que no innovasen ni hiciesen la guerra; viniese á Granada para recibir á don Juan y asistir con él en consejo, juntamente con los que hubiesen de tratar los negocios de paz y guerra, no dejando el uso de su oficio, como capitan general de la gente ordinaria del reino de Granada: ó si mejor le pareciese, quedase en Orgiba á hacer la guerra guardando en todo la órden que don Juan de Austria su hermano le diese, á quien enviaba por cabeza y señor de la empresa. Pareció al marqués escoger la asistencia en

consejo; ó porque con la plática de la guerra pasada, con el conocimiento de la tierra y gente, y con el egercicio de aquella manera de milicia en que se habia criado, (aunque en todo diferente de la ordinaria), esperaba que el crédito y el gobierno pararia en su parecer, y la egecucion en su mano; ó temiendo quedar debajo de mano agena, y ser mal proveido, mandado y á veces calumniado ó reprendido como ausente, dejó á don Juan de Mendoza contento, regalado y honrado en Orgiba; por ser hombre plático, mas desocupado, de su nombre, y con cuyos deudos tenia antigua amistad, (aunque algunos creen que en ello no hizo su provecho); y vino á Granada. Salido de Orgiba, estuvo aquella frontera sosegada, sin hacer ni recibir daño de los enemigos; discurriendo ellos á una y otra parte con libertad.

Llegó don Juan de Austria trayendo consigo á Luis Quixada, (plático en gobernar infantería, cuyo cargo habia tenido en tiempo del emperador), hombre de gran autoridad, por voluntad del Rey, que le remitió

la suma de todo lo que tocaba al gobierno de la persona y consejo del hermano; y por la crianza que habia hecho en él, por mandado del emperador. Fue recebido don Juan con grandes demonstraciones y confianza, sin dejar ninguna manera de ceremonia excepto las ordinarias que se suelen hacer á los Reyes; y aun la lisonja, (que su verdad está en las palabras), se estendió á llamarle Alteza, no embargante que hubiese órden expresa del Rey, para que sus ministros y consejeros le llamasen Excelencia, y él no se consintiese llamar de sus criados otro título. Posó en las casas de la audiencia por estar en medio de la ciudad; casas de mala ventura las llamaban en su tiempo los moros, y así de ellas salió su perdicion. Llegó dende á pocos dias Gonzalo Hernandez de Córdoba, duque de Sesa, nieto del gran Capitan, que despues de haber dejado el gobierno del estado de Milán, conformando mas su voluntad con la de sus émulos que con la del Rey, vivia en su casa libre de negocios aunque no de pretensiones: fue llamado para consejo, y uno de los

ministros de esta empresa, como quien habia dado buena cuenta de las que en Lombardía tuvo á su cargo. Lo primero que se trató fue procurar que se asegurase Granada contra el peligro de los enemigos declarados fuera, y sospechosos dentro; visitar la gente que estaba alojada en el Albaicin y otras partes por la ciudad y la vega, y en frontera contra los enemigos; repartir y mudar las guardias al parecer con mas curiosidad que necesidad de los muros adentro; y aun quedó muchos meses de parte del realejo sin guardia á discrecion de pocos enemigos. En el campo andaban solas dos cuadrillas, ningunos atajadores por la tierra; que daba avilanteza á los contrarios de inquietar la ciudad, y á nosotros causa de correr las calles á un cabo y á otro, y algunas veces salir desalumbrados, inciertos del camino que llevaban. Atajadores llaman entre gente del campo hombres de á pie y de á caballo, diputados á rodear la tierra, para ver si han entrado enemigos en ella ó salido. Era escusable esta manera de defensa por ser aventurera la gente, muchas banderas de po-

co número, mantenidas sin pagas con solos alojamientos, la ciudad grande, continuada con la montaña; los pasos como pocos y ciertos en tiempo de nieve, así muchos y inciertos estando desnevada la sierra; un egército en Orgiba, que los moros habian de dejar á las espaldas viniendo á Granada, aunque lejos.

El propósito requiere tratar brevemente del asiento de Granada por clareza de lo que se escribe. Es puesta parte en monte, y parte en llano: el llano se estiende por un cabo y otro de un pequeño rio que llaman Darro, que la divide por medio; nace en la sierra Nevada poco lejos de las fuentes de Genil, pero no en lo nevado; de aire y agua tan saludable, que los enfermos salen á repararse, y los moros venian de Berbería á tomar salud en su ribera; donde se coge oro; y entre los viejos hay fama, que el rey de España don Rodrigo tenia riquísimas minas debajo de su cerro, que dicen del sol. Está lo áspero de la ciudad en cuatro montes: el Alhambra á levante, edificio de muchos Reyes con la casa real: y san Francisco, sepultura del marqués

don Iñigo de Mendoza, primer alcaide y general, humilde edificio, mas nombrado por esto; fuerza hecha para sojuzgar la parte de la ciudad que no descubre la Alhambra, con el arrabal de la Churra y calle de los Gomeres que todo se continua con la sierra de Guejar. El Antequeruela, y las torres bermejas, que llaman Mauror, á medio dia. El Albaicin, que mira al norte con el haxariz; y como vuelve por la calle de Elvira la ladera que dicen Zenette por ser áspera. El Alcazava cuasi fuera de la ciudad á mano derecha de la puerta de Elvira que mira al poniente. Con estos dos montes Albaicin y Alcazava se continua la sierra de Cogollos, y la que decimos del puntal. En torno de estos montes y la falda de ellos, se estienden los edificios por lo llano hasta llegar al rio Genil que pasa por defuera. Al principio de la ciudad, la plaza nueva sobre una puente; y cuasi al fin, la de Bibarrambla, grande, cuadrada, que toma nombre de la puerta; ambas plazas juntadas con la calle de *Zacatin*: antes la iglesia mayor, templo el mas suntuoso despues del Va-

ticano de san Pedro, la capilla en que están enterrados los reyes don Fernando y doña Isabel, conquistadores de Granada, con sus hijos y yernos. El alcaicería que hasta ahora guarda el nombre romano de César, (á quien los árabes en su lengua llaman caizar), como casa de César. Dicen las historias arábigas y algunas griegas, que por encerrarse y marcarse dentro la seda que se vende y compra en todo el reino la llaman de esa manera, dende que el emperador Justino concedió por privilegio á los árabes scenitas, que solos pudiesen crialla y beneficialla: mas estendiendo debajo de Mahoma y sus succesores su poder por el mundo, llevaron consigo el uso de ella, y pusieron aquel nombre á las casas donde se contrataba; en que despues se recogieron otras muchas mercaderías, que pagaban derechos á los emperadores, y perdido el imperio á los reyes. Fuera de la ciudad el hospital real fabricado de los reyes don Fernando y doña Isabel; San Hieronymo, suntuoso sepulcro del gran capitan Gonzalo Hernandez, y memoria de sus victorias: el rio Genil, que cua-

si toca los edificios, dicho de los antiguos Singilia, que nace en la sierra Nevada á quien llamaban Solaria y los moros Solaira, de dos lagunas que están en el monte cuasi mas alto, de donde se descubre la mar, y algunos presumen ver de allí la tierra de Berbería. En ellas no se halla suelo ni otra salida sino la del rio; cuyas fuentes tienen los moradores por religion, diciendo que horadan el monte por milagro de un santo que está sepultado en otro monte contrario dicho sant Alcazaren. Va primero al norte, y pequeño; mas en poco camino, grande con las nieves cuando se deshacen y arroyos que se le juntan. A una y otra parte moraban pueblos, que ahora aun el nombre de ellos no queda; iliberitanos ó liberrinos en tiempo de los antiguos españoles, lo que decimos Elvira, en cuyo lugar entró Granada; ilurconeses, pequeños cortijos; la torrecilla, y la torre de Roma, recreacion de la Cava romana, hija del conde Julian el traidor: todo poblaciones de los soldados que acompañaron á Baco en la empresa de España; segun muestran los nombres y mu-

chos letreros y imágenes, en que se ven esculpidas procesiones y personages que representan juegos y ceremonias del mismo Baco á quien tuvieron por dios; todo esto en la vega. Despues Loja, Antequera, dicha Singylia del nombre del mismo rio, Écija dicha Ástigis: colonias de romanos antiguamente, hoy ciudades populosas en el Andalucía por donde pasa; hasta que haciendo mayor á Guadalquivir, deja en él aguas y nombre.

Cesaron los oficios de Guerra y gobierno excepto de justicia, con la presencia de don Juan. Su comision fue sin limitacion ninguna; mas su libertad tan atada, que de cosa grande ni pequeña podia disponer sin comunicacion y parecer de los consegeros, y mandado del Rey; salvo deshacer ó estorbar, que para esto la voluntad es comision: mozo afable, modesto, amigo de complacer, atento á los oficios de guerra, animoso, deseoso de emplear su persona. Acrecentaba estas partes la gloria del padre, la grandeza del hermano, las victorias del uno y del otro. Lo primero en que se ocupó fue en reformar los excesos

de capitanes y soldados en alojamientos, contribuciones, aprovechamientos de pagas; estrechando la costa, aunque no atajando las causas de la desórden. En aquellos principios don Juan era poco ayudado de la experiencia, aunque mucho de ingenio y habilidad. Luis Quijada, áspero, riguroso, atado á la letra, que tuvo la primera órden de guerra en la postrera empresa del emperador contra el rey Henrico II. de Francia, siempre mandado. Él, y el duque de Sesa acostumbrados á tratar gente plática, con menos licencia, mas proveida, mayores pagas y mas ordinarias en Flandes, en Lombardía, lejos cada uno de su tierra; do convenia esperar pagas, contentarse con los alojamientos, antes que tornar á España, la mar en medio: todo aquí por el contrario. El marqués de Mondejar tambien capitan general antes que soldado, criado á las órdenes de su abuelo y padre, al poco sueldo, á las limitaciones de la milicia castellana; no guiar egércitos, poca gente, menos egercicio de guerra abierta. El presidente sin plática de lo uno y de lo otro: la

aspereza de unos, la blandura de otros, la limitacion de todos, causaba irresolucion de provisiones y otros inconvenientes; no faltaron algunos de la opinion del marqués de Mondejar, que daban la guerra por acabada. Habia pocos oficiales de pluma, perdian los soldados el respeto, hacíase costumbre del vicio, envilecíase el buen nombre y reputacion de la milicia: apocóse tanto la gente, que fue necesario tratar de nuevo con las ciudades no solo del Andalucía y Estremadura, mas con las mas apartadas de Castilla que enviasen suplemento de ella; y vinieron las de mas cerca, con que parecia remediarse la falta.

Regalaba y armaba Aben Humeya los que se iban á él: tornó á solicitar con personas ciertas los príncipes de Berbería, segun parecia por las respuestas que fueron tomadas: envió dineros, ropa, cautivos; acercóse á nuestros presidios, especialmente á Orgiba, donde entendió que faltaba vitualla. Aunque don Juan de Mendoza mantenia la gente disciplinada, ocupada en fortificar el lugar segun la flaqueza de él; mandó don Juan que fuese

del Padul proveido, y llevase la escolta á su cargo Juan de Chaves de Orellana, uno de los capitanes que trugeron la gente de Trugillo. Mas él por estar enfermo envió su alferez llamado Moriz con la compañía; hidalgo, pero poco proveido y muy libre: caminó con docientos y cincuenta soldados; hombres, si tuvieran cabeza. Entendieron los moros la salida de la escolta por sus atalayas; juntáronse trecientos arcabuceros y ballesteros mandados por el Macox, hombre diestro y plático de la tierra; á quien despues prendió don Fernando de Mendoza cabeza de las cuadrillas, y mandó justiciar el duque de Arcos en Granada. Emboscó parte en la cuesta de Talera y un arroyo que la divide del lugar, parte en las mismas casas; y dejándolos pasar la primera emboscada, acometió á un tiempo á los que iban en la rezaga y los delanteros. Peleóse en una y otra parte, pero fueron rotos los nuestros, y murieron todos; con ellos el alferez por no reconocer; y aun dicen que borracho, mas de confianza que de vino: perdiéronse bagages, bagageros, y la vitualla,

sin escapar mas de dos personas: hoy se ven blanquear los huesos, no lejos del camino. Túvose de este caso tanto secreto, que primero se supo de los enemigos. Mas porque muchos moriscos de paz, especialmente de las Albuñuelas, se hallaron con el Macox, y porque los vecinos de aquel lugar acogian y daban vitualla á los moros, y con ellos tenian continua plática; pareció que debian ser castigados y el lugar destruido, así por egemplo de otros, como por entretener con algun cebo justificado la gente que estaba ociosa y descontenta. Es las Albuñuelas lugar asentado en la falda de la montaña á la entrada de Val de Lecrin, depósito de todos los frutos y riquezas del mismo valle, cinco leguas de Granada, en tres barrios, uno apartado de otro, la gente mas pulida y ciudadana que los otros de la sierra, tenidos los hombres por valientes y que pudieron resistir las armas del rey católico don Fernando hasta concertarse con ventaja. Mandóse á don Antonio de Luna, capitan de la Vega, que con cinco banderas de infantería y docientos caballos, amaneciese

sobre el lugar, degollase los hombres, hiciese cautiva toda manera de persona, robase, quemase, asolase las casas. Mas don Antonio, hombre cuidadoso y diligente, ó que no midiese el tiempo, ó que la gente caminase con pereza; llegó cuando los vecinos parte eran huidos á la montaña, parte estaban prevenidos en defensa de las calles y casas; con un moro por capitan, llamado Lope. Anduvo la egecucion tan espaciosa, la gente tan tibia, que de los enemigos murieron pocos, y de esos los mas viejos, perezosos y enfermos; y de los nuestros algunos: cautiváronse niños y mugeres, los que no pudieron escapar á lo alto; fue saqueado el uno de los tres barrios, y el escarmiento de los enemigos tan liviano, que saliendo por una parte nuestra gente, entraba la suya por otra: habitaron las casas, segaron sus panes aquel año, y sembraron sin estorbo para el siguiente.

Estaban las cosas calladas y suspensas sin el continuo desasosiego, que daban los moros en la ciudad: gobernábalos en la parte que cae al valle y la vega un capitan llamado Na-

coz, (que en su lengua quiere decir campana), mostrándose á todas horas y en todos lugares. Ya se habian encontrado él y don Antonio de Luna con número cuasi igual de gente de á pie, aunque con ventaja don Antonio por la caballería que llevaba: se partieron con igualdad, cuasi sin poner manos á las armas; poniéndose el Nacoz en salvo; el barranco en medio de su gente y nuestra caballería. Dicen que de allí atravesó la sierra de la Almijara, y por Almuñecar con su hacienda y familia pasó á Berbería.

Visto por don Juan que los enemigos crecian en número y experiencia; que eran avisados por los moriscos de Granada, ayudados con vitualla, reforzados con parte de la gente moza de la ciudad y la vega; que no cesaban las pláticas y tratados; el concierto de poner en egecucion el primero aun estaba en pie; que tenian señalado dia y hora cierta para acometer la ciudad; número de gente determinado; capitanes nombrados Giron, Nacoz, uno de los Partales, Farax, Chacon, Rendati, moriscos; Caracax y Hhosce-

ni, turcos, y Dali capitan general de todos, venido por mandado del rey de Argel; dió aviso de todo encareciendo el peligro por parte de los enemigos, si se juntaban con los de Granada y la vega, y de los nuestros por la flaqueza que sentia en la gente comun, por la corrupcion de costumbres y órden de guerra.

Mandó el Rey que todos los moriscos habitantes en Granada saliesen á vivir repartidos por lugares de Castilla y el Andalucía; porque morando en la ciudad no podian dejar de mantenerse vivas las pláticas y esperanzas, dentro y fuera. Habia entre los nuestros sospechas, desasosiego, poca seguridad: parecia á los que no tenian experiencia de mantener pueblos oprimiendo ó engañando á los enemigos de dentro y resistiendo á los de fuera, estar en manifiesto peligro. Con tal resolucion ordenó don Juan á los veinte y tres de Junio, que encerrasen todos los moriscos en las iglesias de sus parroquias: ya era llegada gente de las ciudades á sueldo del Rey, y se estaba con mas seguridad. Puso la ciudad en arma; la caballería y la infantería reparti-

da por sus cuarteles: ordenó al marqués de Mondejar que subiendo al Albaicin se mostrase á los moriscos; y con su autoridad los persuadiese á encerrarse llanamente. Recogidos que fueron de esta manera, mandáronlos ir al hospital Real fuera de Granada un tiro de arcabuz: anduvo don Juan por las calles con guardas de á caballo y guion; viólos recoger inciertos de lo que habia de ser de ellos; mostraban una manera de obediencia forzada, los rostros en el suelo con mayor tristeza que arrepentimiento; ni de esto dejáron de dar alguna señal; que uno de ellos hirió al que halló cerca de sí: dícese que con acometimiento contra don Juan, pero lo cierto no se pudo averiguar porque fue luego hecho pedazos: yo que me hallé presente diria, que fue movimiento de ira contra el soldado, y no resolucion pensada. Quedaron las mugeres en sus casas algun dia, para vender la ropa y buscar dineros con que seguir, y mantener sus maridos. Salieron atadas las manos, puestos en la cuerda, con guarda de infantería y caballería por una y otra parte, encomendados á perso-

nas que tuviesen cargo de irlos dejando en lugares ciertos del Andalucía, y guardallos; tanto porque no huyesen, como porque no recibiesen injuria. Quedaron pocos mercaderes y oficiales, para el servicio y trato de la ciudad: algunos á contemplacion y por interese de amigos. Muchos de los mancebos que adivinaron la mala ventura huyeron á la sierra, donde la hallaban mayor; los que salieron por todos tres mil y quinientos; el número de mugeres mucho mayor. Fue salida de harta compasion para quien los vió acomodados y regalados en sus casas: muchos murieron por los caminos de trabajo, de cansancio, de pesar, de hambre, á hierro, por mano de los mismos que los habian de guardar, robados, vendidos por cautivos.

Ya el Rey habia enviado personas que tuviesen cuenta con su hacienda, porque antes no las habia, como en negocio de que presto se vernia al fin; contador, pagador, veedor general y particulares; dentro en consejo al licenciado Muñatones que habia servido de alcalde de Corte al emperador en sus

jornadas y de su consejo: hombre hidalgo y limpio, y en diversos tiempos de próspera y contraria fortuna. Como los moriscos salieron de Granada, perdióse la comodidad de los soldados; cesaron los alojamientos, camas, fuego, vasos: cosas que se dan en hospedage, sin que la gente no puede vivir ni cómoda ni suficientemente. Aun para la ciudad y soldados no estaba hecha provision de vitualla, pero entraron á mantener la gente con socorros, mudando término y propósito. Fue mayor el aprovechamiento de los capitanes y oficiales de guerra con los socorros y raciones, cuanto mas á menudo se tomaban las muestras: entraban á ellas en lugar de soldados vecinos del pueblo; sucedieron á cumplir la hacienda del Rey, en lugar de los moriscos, los bagageros y vivanderos rescatados: por todo se robaba á amigos, como á enemigos; á cristianos, como á moros; padecian los soldados, adolecian, íbanse, crecieron las desórdenes, y composiciones por la vega. Nació una opinion entre los ministros, la cual como provechosa donde el pueblo es enemigo y la gente

poca; así errada, donde no hay pueblo contrario: y fue que no se debian tomar muestras, porque los enemigos no entendiesen cuan pocos eran los soldados, y que se debia permitir la licencia y excesos, porque no se amotinasen ni huyesen. La gente de la ciudad era mucha, buena, y armada; los moriscos fuera, los soldados no tan pocos, que no fuesen superiores (juntos con el pueblo) á los enemigos; guarda de á pie y de á caballo en la vega; armado en Orgiba don Juan de Mendoza: ¿qué temor ó recatamiento podia estorbar el remedio de inconvenientes, que eran causa de poner en peligro la empresa, y de que los moros de la vega no pudiendo sufrir tanto maltratamiento, yéndose á la sierra acrecentasen el número de los enemigos? Duró tantos meses esta manera de gobierno, que dió causa á intenciones libres y sospechosas de pensar, que no faltaban personas á quien contentase, que creciendo los inconvenientes, fuese mayor la necesidad.

Declaró el Rey, como estaba acordado, que el marqués de Velez tuviese cargo de los

partidos de Almería, Guadix, Baza, rio de Almanzora, sierra de Filabres; y queriendo salir contra los enemigos, parecióle asegurar el puerto que dicen de la Ravaha, paso de la Alpujarra para tierra de Guadix y Granada: mandó que con cuatrocientos hombres enviados de Guadix, Gonzalo Fernandez, capitan viejo, plático en las escaramuzas de Oran, tomase lo alto del puerto, y se hiciese fuerte hasta tener órden suya. Comenzó á subir la montaña sin reconocer; mas los moros que estaban cubiertos en lo alto y en lo hondo del camino, dejando subir parte de la gente, echaron cuarenta arcabuceros que acometiesen la frente, y por el costado dieron cien hombres, hasta ponellos en desórden; y cargándolos en rota, murió la mayor parte huyendo: perdiéronse las armas, municion, y vitualla que llevaban; poca gente tornó á Guadix con el capitan. Don Juan temeroso que los enemigos cargasen á la parte de Guadix, proveyó para guardia de ella á Francisco de Molina, que sirvió de capitan al emperador en las guerras de Alemania.

Con el suceso de la Ravaha se levantó la sierra de Bentomiz, y tierra de Velez Málaga: no hicieron los excesos que en el Alpujarra, antes contentándose con recoger la ropa á lugares fuertes sin hacer daños, echaron bando que ninguno matase ó cautivase cristiano, quemase iglesia, tomase bienes de cristianos ó de moros que no se quisiesen recoger con ellos: fortificaron para refugio y seguridad de sus personas un monte llamado Frexiliana la vieja, á diferencia de la nueva cerca de él, deshabitado de muchos tiempos: los antiguos españoles y romanos le llamaron Sexifirmum. Estuvieron de esta manera tanto mas sospechosos á Velez, cuanto procedian mas justificadamente, sin comunicacion ó comercio en el Alpujarra. Mas Arévalo de Suazo, corregidor de Málaga y Velez, avisado primero por cartas de don Juan como los moriscos de aquella sierra estaban para levantarse y ocupar á Velez, movido por la razon de que se podia continuar aquel levantamiento por la hoya y xarquia de Málaga, hasta tierra de Ronda, si con tiempo no se atajase, y con

alguna esperanza de pacificar los moros por via de concierto; partió de Málaga con cuatrocientos infantes y cincuenta caballos, llegó á Velez y hizo salir del fuerte la gente del pueblo que habia desamparado lo llano; puso el lugar en defensa; socorrió el castillo de Caniles, lugar del marqués de Comares, que estaba en aprieto, echando los moros de la tierra, los cuales y los de Sedella se fueron á juntar con los de toda la sierra, y á un tiempo descubrieron el levantamiento que tengo dicho. Volvió á Velez Suazo juntando mil y quinientos infantes con la caballería que se hallaba, y entendiendo que se recogian y fortificaban en la sierra, quiso ir á reconocellos y en ocasion combatillos. Hallólos en Frexiliana la vieja fortificados: el general de ellos era Gomel, y tenia consigo otros capitanes; todos se mandaban por la autoridad de Benaguazil. Pero en la subida de la montaña creyendo que bastaria mostralles las armas, trabó la gente desmandada una escaramuza, y siguiéronla dos banderas de infantería sin órden, y sin podellos Arévalo de Suazo reti-

rar; harto ocupado en estorbar que el resto no saliese tras ellos. Mas los moros, que habian hecho rostro á la escaramuza, viendo la gente que cargaba de nuevo y conociendo la desórden, comenzáronse á retirar hasta sus reparos; y saltando fuera golpe de arcabuceros y ballesteros, apretaron nuestra gente cuasi puesta en rota egecutándola hasta lo llano. Arévalo de Suazo, parte acometiendo, parte retirando y amparando la gente volvió con ella, (algunos muertos y pocos heridos), á Velez, donde estuvo á la guarda del lugar y la tierra; y los moros volvieron á continuar su fuerte. Don Juan visto el caso, y pareciéndole dar dueño á la empresa que la hiciese á menos costa y con mas autoridad, (aunque en Arévalo de Suazo no hubiese como no hubo falta), ofreció aquella jornada por mandado del Rey á don Diego de Córdoba marqués de Comares, gran señor en el Andalucía, (y fuera de ella de mayores esperanzas), que tenia parte de su estado en aquella montaña pacífico y guardado; pero fue la oferta de manera, que justificadamente pudo escusarse.

En este tiempo se declararon los preparamientos del rey de Argel ser contra el de Tunez Mulei Hamida; y el rey de Fez se quietó. Partió el de Argel con siete mil infantes turcos y andaluces y doce mil caballos, parte de su sueldo y parte alárabes que labraban la tierra: juntáronse á una legua de Beja ciudad grande, y veinte de Tunez; mas el rey de Tunez fue roto, y salvóse con docientos caballos hácia la tierra que dicen de los dátiles. Perdió á Beja y Tunez que ahora está en poder de turcos, y á Biserta que comenzaron á fortificar, lugar de comarca provechoso para quien lo ocupare y pudiere mantener; (Hippón Diarritos le llamaron los griegos, á diferencia de Bona: púsole el nombre Agatócles, tirano de Sicilia en la gran empresa que tuvo contra los cartagineses). Mas por quitar duda y oscuridad, diré lo que entiendo de estos reinos. El de Fez fue reino de Siphax, que tuvo guerra contra los romanos, de quien tanta memoria hacen sus historias. Despues de varias mudanzas, edificó la ciudad Idriz, del linage de Alí, que conquistó

á Berbería y en memoria tienen su alfange colgado en el templo principal con gran veneracion. Dióle el nombre del rio que pasa por medio, llamado entonces Fez. Juntó los edificios Juseph Miramarazohir Aben Jacob, del linage de los de Benimerin, que fue vencido del rey don Alonso en la batalla de Tarifa; y por la comodidad de guerrear contra el rey de Tremecen la hizo de nuevo cabeza del reino poseido al presente por los hijos de Xarife; hombre que de predicador y tenido por santo y del linage de Mahoma, vino, (juntando las armas con la religion), al señorío de Marruecos y Fez, como lo han hecho muchos de su secta en África, comenzando de Mahoma hasta los almoravides, los almohades, los beni-merines, los beni-oaticis, y xarifes que hoy son; todos religiosos y armados, y que por este medio vinieron á la alteza del reino. El de Tunez tuvo mayor antigüedad por fundarse en las sobras de la gran Cartago destruida por Scipion Africano, y vuelta á restaurar primero por los cónsules romanos y por Tiberio Graco, despues mu-

dado el sitio á lo llano por César Augusto, y habitada de romanos, poseida de los emperadores, ganada por los vándalos, y recuperada por Belisario, capitan del emperador Justiniano; siempre tenida por la tercia parte del imperio griego hasta el tiempo de los alárabes; que fue por Occuba Ben-Nafic, capitan de Mauhía, sojuzgada, venciendo y matando al conde Gregorio, lugarteniente del emperador Constantino, hijo de Constante, con setenta mil caballos cristianos en la gran batalla junto á África, que los moros llaman mehedia (del nombre de un su príncipe dicho Moahedin), y los romanos Adrumentum, ahora lugar destruido por el egército del emperador don Carlos. Las armas con que se halló el conde Gregorio, (á quien los alárabes llaman Groguir), dicen, que fueron muchas mugeres en torno bien aderezadas y hermosas, él en una litera de hombros con piedras preciosas cubierta de paño de oro, y dos mancebos que con mosqueadores de plumas de pavo le quitaban el polvo. Mauhía ocupó á Cartago por entrega de María, hija del conde Gre-

gorio, con pacto que casase con ella, mas descontento del casamiento la dejó: deshabitó á Cartago; pasó la poblacion donde ahora es Tunez, que entonces era pequeño lugar y siempre del mismo nombre. Quedaron repartidos los romanos en doce aldeas, que hoy son de labradores moros en el cabo que llaman de Cartago, donde fue la ciudad competidora de Roma: el nombre de ella dura en un pequeño pueblo, y ese sin gente: tantas mudanzas hace el mundo, y tan poca seguridad hay en los estados. Gobernóse Tunez en forma de república hasta los tiempos de Miramamolin Juseph; que envió á Abdeluahhed su capitan, natural de Sevilla, que los gobernó y sugetó con ocasion de defendellos contra los alárabes; cuyo hijo quedó por señor, y fue el primero rey de Tunez hasta Muztancoz que ennobleció la ciudad, y dende él á Hamida, que hoy reina sin perderse la sucesion, segun la verdad de sus historias, cegando ó matando los padres á los hijos, ó los hijos á los padres, como hizo Hamida que cegó á Mulei Hacen su padre, y le quitó el reino, en que el em-

perador don Carlos, vencedor de muchas gentes, le habia restituido, echando á Barbarroja tirano de él, puesto por mano del gran señor de los turcos.

Menores fueron los principios del señorío de Argel que hoy está en mayor grandeza: al lugar llaman los moros Algezair por una isla que tenia delante; nosotros le llamamos Argel; antiguamente se pobló de los moradores de Cesarea, que ahora se llama Sarxel. Estuvo siempre en el señorío de los reyes godos de España hasta que vinieron los moros, y en tiempo de ellos fue lugar de poco momento regido por xeques. Mas despues el rey don Fernando el católico hizo tributario al señor, y edificó el Peñon. Muerto el Rey, el cardenal Fr. Francisco Ximenez, gobernador de España en los principios del reinado del emperador don Carlos, tomó á Bugia, (casa real del rey Bocho de Mauritania, dicha por esto de su nombre, segun los alárabes), y quiso crecer el tributo moviendo nuevo concierto con el xeque: ofendidos los moros, reprendido y arrepentido el señor, se

retiró. El cardenal, hombre de su condicion armígero, y aun desasosegado, armó contra él haciendo capitanes á Diego de Vera y Juan del Rio: juntóse esta armada á manera de arrendamiento; que todos los que tenian oficios menores, si los querian pasar en sus hijos por una vida, fuesen á servir, ó llevasen ó diesen en su lugar tantos hombres, segun la importancia del oficio. Perdióse la armada por mal tiempo, confusion y poca plática de los que gobernaban, y esta fue la primera pérdida que se hizo sobre Argel. Mas el xeque temiendo que con mayores fuerzas se renovaria la guerra, trajo por huesped y soldado á Barbarroja, hermano del que fue tirano de Tunez, que entonces era su lugarteniente y secretario; venidos á la grandeza que tuvieron, de capitanes de un bergantin. Habia tentado Barbarroja Horux, (que así se llamaba el mayor), la empresa de Bugia; perdido el tiempo, la gente, un brazo, y el armada; recogídose con cuarenta turcos á un pequeño castillo, de donde el xeque otra vez le trajo al sueldo; mas él, juntándose con los principa-

les, mató al xeque llamado Selin Etehri estando comiendo en un baño: hízose señor y llamóse rey. Dende á poco salió para la empresa de Tremecen, y ocupado aquel reino quedó por señor; y su hermano Harradin por gobernador en Argel; mas echado despues de Tremecen por los capitanes del alcaide de los donzeles, (abuelo de este marqués de Comares), que era entonces general de Oran; y muerto huyendo, quedó el reino de Argel en poder del hermano. Habia don Hugo de Moncada hecho tributarios los gelves despues de algunos años de la pérdida del conde Pedro Navarro, y muerte de don García de Toledo, hijo del duque de Alva don Fadrique, padre del duque don Fernando que hoy gobierna los estados de Flandes: y tornando con el armada por mandado del emperador sobre Argel, con intento de destruilla y asegurar la marina de España, tentó desdichadamente la venganza de Diego de Vera y Juan del Rio; porque con tormenta perdió mucha parte de la armada, y echando gente en tierra para defender los que se iban á ella

con miedo de la mar, perdió tambien lo uno y lo otro. Creciéron las fuerzas de Barbarroja; estendióse por la tierra adentro su poder; deshizo el Peñon que era isla; continuóla con la tierra firme; ocupó los lugares de la mar Sarxel, Guijan, Brica, y el reino de Tunez aunque pequeño. Vino á noticia del señor de los turcos, que pretendia por seguridad y paz de sus hijos ocupar á África y poner en Tunez á Bayaceto que se mató á sí mismo: adelantó á Barbarroja en fuerzas y autoridad por conseguir este fin y poner al emperador en estrecho y necesidad. Dióle mayor armada con que ocupase y afirmase el reino de Tunez, de donde echado por el emperador pasó á Constantinopla: quedó general de la armada del turco, y despues favorecido y honrado hasta que murió; tenido en mas por haberle vencido el emperador; porque los vencedores honrados honran á los vencidos. Quedó el reino de Argel en poder de gobernadores enviados por el turco; mas el emperador temiendo la poca seguridad que tenia en sus estados con la grandeza de los

turcos en Argel, y hallándose en Alemania al tiempo que el gran turco venia sobre ella, mal proveido de dineros para resistille, no quiso obligarse á la empresa. Quedar sin salir á ella en Alemania, era poca reputacion: tomó por expediente la de Argel, donde fue roto de la tormenta: retiróse por tierra á Bugia, perdiendo mucha parte de la armada, pero salvó el egército y la reputacion, con gloria de sufrido, de diestro, y valeroso capitan. De allí crecieron sin resistencia las fuerzas de los señores de Argel; tomaron á Tremecen, á Bugia; y por su órden los cosarios á Jayona, de los moros; á Tripol, de la órden de san Juan: rompieron diversas armadas de galeras sin otra adversidad mas que la pérdida que hicieron de su armada en la batalla, que don Bernardino de Mendoza ganó á Alí Hamete, y Cara Mami sus capitanes sobre la isla de Arbolan. Por este camino vino el reino de Argel á la grandeza que ahora tiene.

DE LA GUERRA DE GRANADA.

LIBRO TERCERO.

Entretenia el gran turco los moros del reino de Granada con esperanzas, por medio del rey de Argel, para ocupar, como digimos, las fuerzas del rey don Felipe en tanto que las suyas estaban puestas contra venecianos; como quien, (dando á entender que las despreciaba), ninguna ocasion de su provecho, aunque pequeña, dejaba pasar. Entretanto el comendador mayor don Luis de Requesenes sacó del reino y embarcó la infantería española en las galeras de Italia, dejando órden á don Álvaro de Bazan, que con las catorce de Nápoles, que eran á su cargo, y tres banderas de infantería española, corriese las islas y

asegurase aquellos mares contra los cosarios turcos. Vino á Civitavieja; de allí á puerto Santo Stéfano, donde juntando consigo nueve galeras y una galeota del duque de Florencia, estorbado de los tiempos entró en Marsella. Dende á poco pareciendo bonanza, continuó su viage; mas entrando la noche comenzó el narbonés á refrescar, viento que levanta grandes tormentas en aquel golfo, y travesía para la costa de Berbería, aunque lejos: tres dias corrió la armada tan deshecha fortuna, que se perdieron unas galeras de otras; rompieron remos, velas, árboles, timones: y en fin la capitana sola pudo tomar á Menorca, y dende allí á Palamós: donde los turcos forzados confiándose en la flaqueza de los nuestros por el no dormir y continuo trabajo, tentaron levantarse con la galera; pero sentidos, hizo el comendador mayor justicia de treinta. Nueve galeras de las otras siguieron la derrota de la capitana; cuatro se perdieron con la gente y chusma; la una que era de Estéfano de Mari, gentil hombre genovés, en presencia de todas en el golfo embistió por

el costado á otra, y fue la embestida salva, y á fondo la que embistió: acaecimiento visto pocas veces en la mar; las demás dieron al través en Córcega y Cerdeña, ó aportaron en otras partes con pérdida de la ropa, vitualla, municiones y aparejos; aunque sin daño de la gente. Luego que pasó la tormenta llegó don Álvaro de Bazan á Cerdeña con las galeras de Nápoles; puso en órden cinco de las que habian quedado para navegar: en ellas y en las suyas embarcó los soldados que pudo; llegó á Palamós, y juntándose con el comendador mayor, navegaron la costa del reino de Granada, á tiempo que poco habia fuera el suceso de Bentomiz y otras ocasiones, mas en favor de los moros que nuestro. Llevó consigo de Cartagena las galeras de España que traía don Sancho de Leiva; y tornando don Álvaro á guardar la costa de Italia, él partió con veinte y cinco galeras para Málaga. Mas al pasar, avisado por Arévalo de Suazo de lo sucedido en Bentomiz envió con don Miguel de Moncada á continuar con don Juan su intento, y el peligro en que estaba

toda aquella tierra, sino se ponia remedio con brevedad, sin esperar consulta del Rey. Puso entretanto sus galeras en órden; armó y rehizo la infantería que serian en diez banderas mil soldados viejos, y quinientos de galera; juntó y armó de Málaga, Velez y Antequera, por medio de Arévalo de Suazo y Pedro Verdugo, tres mil infantes. Volvió don Miguel con la comision de don Juan, y partió el comendador mayor á combatir los enemigos. Llegado á Torrox, envió á don Martin de Padilla, hijo del adelantado de Castilla, con alguna infantería suelta para reconocer el fuerte de Frexiliana, y volvió trayendo consigo algun ganado. Púsose al pie de la montaña; y despues de haber reconocido de mas cerca, dió la frente á don Pedro de Padilla con parte de sus banderas y otras hasta mil infantes, y mandóle subir derecho. Á don Juan de Cárdenas (10), hijo del conde de Miranda, mandó subir con cuatrocientos aven-

(10) Este don Juan de Cárdenas fue despues conde de Miranda, virrey de Nápoles, presidente de Italia y Castilla.

tureros y otra gente plática de las banderas de Italia por la parte de la mar, y por la otra á don Martin de Padilla con trecientos soldados de galera y algunos de Málaga y Velez: los demás que acometiesen por las espaldas del fuerte, donde parece que la subida estaba mas áspera, y por esto menos guardada, y estos mandó que llevase Arévalo de Suazo con alguna caballería por guarda de la ladera y del agua. Mas don Pedro, aunque de su niñez criado á las armas y modestia del emperador, soldado suyo en las guerras de Flandes, despreciando con palabras la órden del comendador mayor, la cual era que los unos esperasen á los otros hasta estar igualados (porque parte de ellos iban por rodeos), y entonces arremetiesen á un tiempo; arremetió sin él, y llegó primero por el camino derecho.

Los enemigos estuvieron á la defensa como gente plática, y juntos resistieron con mas daño de los nuestros que suyo; pero al fin dado lugar á que nuestros armados se pegasen con el fuerte, y comenzasen con las picas á desviarlos y á derribar las piedras de él,

y los arcabuceros á quitar traveses, estuvieron firmes hasta que salió un turco de galera enviado por el comendador mayor á reconocer dentro, con promesa de la libertad. Este dió aviso de la dificultad que habia por la parte que eran acometidos, y cuanto mas fácil seria la entrada al lado y espaldas. Partió la gente, y combatiólos por donde el turco decia: lo mismo hicieron los enemigos para resistir, pero con mucho daño de los nuestros, que eran heridos y muertos de su arcabucería, al prolongarse por el reparo. Todavía partidas las fuerzas con esto, aflojaron los que estaban á la frente; y don Juan de Cárdenas tuvo tiempo de llegar, lo mismo la gente de Málaga y Velez, que iba por las espaldas. Mas los moros viéndose por una y otra parte apretados, salieron por la del maestral que estaba mas áspera y desocupada como dos mil personas, y entre ellos mil hombres los mas sueltos y pláticos de la tierra: fue porfiado por ambas partes el combate hasta venir á las espadas, de que los moros se aprovechan menos que nosotros, por tener las suyas un filo,

y no herir ellos de punta. Con la salida de estos y sus capitanes tuvieron los nuestros menos resistencia: entraron por fuerza por la parte mas difícil y no tan guardada que tocó á Arévalo de Suazo, donde él fue buen caballero, y buena la gente de Málaga y Velez: pero no entraron con tanta furia, que no diesen lugar á los que combatian de don Pedro de Padilla y á los demás, para que tambien entrasen al mismo tiempo. Murieron de los enemigos dentro del fuerte quinientos hombres, la mayor parte viejos: mugeres y niños cuasi mil y trecientos con el ímpetu y enojo de la entrada y despues de salidos en el alcance; y heridos otros cerca de quinientos. Cautiváronse cuasi dos mil personas: los capitanes Garral, y el Melilu, general de todos, con la gente que salió, vinieron destrozados á Valor, donde Aben Humeya los recogió, y mandó dende á pocos dias tornar al mismo Frexiliana. Mas el Melilu rico y de ánimo hizo ahorcar á Chacon que trataba con los cristianos, por una carta de su muger que le hallaron, en que le persuadia á dejar la guerra y con-

certarse. Dícese que en el fuerte los viejos de concierto se ofrecieron á la muerte, porque los mozos se saliesen en el entretanto; al revés de lo que suele acontecer y de la órden que guarda naturaleza, como quier que los mozos sean animosos para egecutar y defender á los que mandan; y los viejos para mandar, y naturalmente mas flacos de ánimo que cuando eran mozos. De los nuestros fueron heridos mas de seiscientos, y entre ellos de saeta don Juan de Cárdenas, que fue aquel dia buen caballero. Entre otros murieron peleando don Pedro de Sandoval, sobrino del obispo de Osma, y pasados de trecientos soldados, parte aquel dia, y parte de heridas en Málaga, donde los mandó el comendador mayor, y vender y repartir la presa entre todos, á cada uno segun le tocaba, repartiéndoles tambien el quinto del Rey.

Es el vender las presas y dar las partes costumbre de España; y el quinto derecho antiguo de los reyes dende el primer rey don Pelayo, cuando eran pocas las facultades para su mantenimiento; ahora porque son gran-

des, llévanlo por reconocimiento y señorío: mas el hacer los reyes merced de él en comun y por señal de premio á los que pelean, es causa de mayor ánimo; como por el contrario á cada uno lo que ganare y á todos el quinto generalmente cuando vienen á la guerra, ocasion para que todos vengan á servir en las empresas con mayor voluntad. Pero esta se trueca en codicia, y cada uno tiene por tan propio lo que gana, que deja por guardallo, el oficio de soldado, de que nacen grandes inconvenientes en ánimos bajos y poco pláticos; que unos huyen con la presa, otros se dejan matar sobre ella de los enemigos, impedidos y enflaquecidos, otros desamparadas las banderas, vuelven á sus tierras con la ganancia. Viénense por este camino á deshacer los egércitos hechos de gente natural, que campean dentro en casa: el egemplo se ve en Italia entre los naturales, como se ha visto en esta guerra dentro en España.

El buen suceso de Frexiliana sosegó la tierra de Málaga y la de Ronda por entonces: el comendador mayor se dió á guardar

la costa, á proveer con las galeras los lugares de la marina; mas en tierra de Granada, el mal tratamiento que los soldados y vecinos hacian á los moriscos de la vega, la carga de alojamientos, contribuciones y composiciones, la resolucion que se tomó de destruir las Albuñuelas flacamente egecutada; dió ocasion á que muchos pueblos que estaban sobresanados, se declarasen, y subiesen á la sierra con sus familias y ropa. Entre estos fue el rio de Bolodui á la parte de Guadix, y á la de Granada Guejar, que en su calidad no dió poco desasosiego. La gente de ella recogiendo su ropa y dineros, llevando la vitualla, y dejando escondida la que no pudieron, con los que quisieron seguillos, se alzaron en la montaña, cuasi sin habitacion por la aspereza, nieve, y frio. Quiso don Juan reconocer el sitio del lugar llevando á Luis Quijada y al duque de Sesa; tratóse si lo debia mantener, ó dejar; no pareció por entonces necesario para la seguridad de Granada mantenerle y fortificarle como flaco y de poca importancia; pero la necesidad mostró lo contrario, y

en fin se dejó; ó porque no bastase la gente que en la ciudad habia de sueldo á asegurar á Granada todo á un tiempo, y socorrer en una necesidad á Guejar como la razon lo requeria; ó que no cayesen en que los enemigos se atreverian á fundar guarnicion en ella tan cerca de nosotros; ó, como dice el pueblo (que escudriña las intenciones sin perdonar sospecha, con razon ó sin ella), por criar la guerra entre las manos; celosos del favor en que estaba el marqués de Velez, y hartos de la ociosidad propia, y ambiciosos de ocuparse, aunque con gasto de gente y hacienda: decíase que fuera necesario sacar un presidio razonable á Guejar, como despues se hizo lejos de Granada para mantener los lugares de en medio: cada uno sin examinar causas ni posibilidad, se hacia juez de sus superiores.

Mas el Rey viendo que su hermano estaba ocupado en defender á Granada y su tierra, y que teniendo la masa de todo el gobierno, era necesario un capitan que fuese dueño de la egecucion; nombró por general de toda la empresa al marqués de Velez, que enton-

ces estaba en gran favor, por haber salido á servir á su costa. Sucedióle dichosamente tener á su cargo ya la mitad del reino, calor de amigos, y deudos; cosas que cuando caen sobre fundamento, inclinan mucho los reyes. Á esto se juntó haberse ofrecido por sus cartas á echar á Aben Humeya el tirano, que así se llamaba; y acabar la guerra del reino de Granada con cinco mil hombres y trecientos caballos pagados y mantenidos; que fue la causa mas principal de encomendalle el negocio. Á muchos cuerdos parece, que ninguno debe de cargar sobre sí obligacion determinada, que el cumplilla, ó el estorbo de ella esté en mano de otro. Fue la eleccion del marqués, (á lo que el pueblo de Granada juzgaba, y algunos colegian de las palabras y continente), harto contra voluntad de los que estaban cerca de don Juan, pareciéndoles que quitaba el Rey á cada uno de las manos la honra de esta empresa.

Habian crecido las fuerzas de Aben Humeya, y venídole número de turcos y capitanes pláticos segun su manera de guerra; mo-

ros Berberíes, armas parte traidas, parte tomadas á los nuestros, vituallas en abundancia, la gente mas, y mas plática de la guerra. Estaba el Rey con cuidado de que la gente y las provisiones se hacian de espacio; y pareciéndole que llegarse él mas al reino de Granada, seria gran parte para que las ciudades y señores de España se moviesen con mayor calor, y ayudasen con mas gente y mas presto, y que con el nombre y autoridad de su venida los príncipes de Berbería andarian retenidos en dar socorro, ciertos que la guerra se habia de tomar con mayores fuerzas; acabada, con todas ellas cargar sobre sus estados; mandó llamar cortes en Córdoba para dia señalado á donde se comenzaron á juntar procuradores de las ciudades, y hacer los aposentos.

Salió el marqués de Velez de Terque por estorbar el socorro que los moros de Bergería continuamente traían de gente, armas, y vitualla, y los de la Alpujarra recebian por la parte de Almería. Vino á Berja, (que antiguamente tenia el mismo nombre), donde

quiso esperar la gente pagada y la que daban los lugares de la Andalucía. Mas Aben Humeya entendiendo que estaba el marqués con poca gente y descuidado, resolvió combatille antes que juntase el campo. Dicen los moros haber tenido plática con algunos esclavos, que escondiesen los frenos de los caballos; pero esto no se entendió entre nosotros: y porque los moros como gente de pie y sin picas recelaban la caballería, quiso combatille dentro del lugar antes del dia. Llamó la gente del rio de Almería, la del Bolodui, la de la Alpujarra, los que quisieron venir del rio de Almanzora, cuatrocientos turcos y berberíes: eran por todos cuasi tres mil arcabuceros y ballesteros, y dos mil con armas enhastadas. Echó delante un capitan que le servia de secretario, llamado Moxaxar, que con trecientos arcabuceros entrase derecho á las casas donde el marqués posaba, diese en la centinela; (lo que ahora llamamos centinela, amigos de vocablos estrangeros, llamaban nuestros españoles en la noche, escucha, en el dia, atalaya; nombres harto mas propios para

su oficio,) llegando con ella á un tiempo el arma y ellos, en el cuerpo de guardia: siguióle otra gente, y él quedó en la retaguardia sobre un macho, y vestido de grana (11). Mas el marqués que estaba avisado por una lengua que los nuestros le trujeron, atravesó algunas calles que daban en la plaza; puso la arcabucería á las puertas y ventanas; tomó las salidas dejando libres las entradas por donde entendió que los enemigos vendrian; y mandó estar apercebida la caballería y con ella su hijo don Diego Fajardo: abrió camino para salir fuera, y con esta órden esperó á los enemigos. Entró Moxaxar por la calle que va derecha á dar á la plaza, al principio con furia; despues espantado y recatado de hallar la villa sin guardia, olió humo de cuerdas; y antes que se recatase, sintió de una y otra parte jugar y hacerle daño la arcabucería. Mas queriendo resistir la gente con alguna otra que le habia seguido, no pudo; salióse con pocos y desordenadamente al campo. El mar-

(11) Con mayor moderacion y verisimilitud escribe esta victoria nuestro autor que otros.

qués con la caballería y alguna arcabucería, á un tiempo saltó fuera con don Diego su hijo, don Juan su hermano, don Bernardino de Mendoza, hijo del conde de Coruña, don Diego de Leiva, hijo natural del señor Antonio de Leiva y otros caballeros: dió en los que se retiraban y en la gente que estaba para hacelles espaldas; rompiólos otra vez; pero aunque la tierra fuese llana, impedida la caballería de las matas y de la arcabucería de los turcos y moros que se retiraban con órden, no pudo acabar de deshacer los enemigos. Murieron de ellos cuasi seiscientos hombres; Aben Humeya tornó la gente rota á la sierra, y el marqués á Berja. Al Rey dió noticia, pero á don Juan poca y tarde; hombre preciado de las manos mas que de la escritura; ó que queria darlo á entender, siendo enseñado en letras y estudioso. Comenzó don Juan con órden del Rey á reforzar el campo del marqués; antes á formarlo de nuevo: puso con dos mil hombres á don Rodrigo de Benavides en la guarda de Guadix; á Francisco de Molina envió con

cinco banderas á la de Orgiba; mandó pasar á don Juan de Mendoza con cuasi cuatro mil infantes y ciento y cincuenta caballos á donde el marqués estaba; y al comendador mayor, que tomando las banderas de don Pedro de Padilla, (rehechas ya del daño que recibieron en Frexiliana), las pusiese en Adra, donde el marqués vino de Berja á hacer la masa. Llegó don Sancho de Leiva á un mismo tiempo con mil y quinientos catalanes de los que llaman delados, que por las montañas andan huidos de las justicias, condenados y haciendo delitos, que por ser perdonados vinieron los mas de ellos á servir en esta guerra: era su cabeza Antic Satriera, caballero catalan; las armas sendos arcabuces largos, y dos pistoletes de que se saben aprovechar. Llegó Lorenzo Tellez de Silva, marqués de la Favara, caballero portugues con setecientos soldados, la mayor parte hechos en Granada y á su costa; atravesó sin daño por el Alpujarra entre las fuerzas de los enemigos; y por tenerlos ocupados en el entretanto que se juntaba el egército, y las guar-

niciones de Tablate, Durcal y el Padul seguras, (á quien amenazaban los moros del valle, y los que habian tornado á las Albuñuelas); por impedir asimismo que estos no se juntasen con los que estaban en la sierra de Guejar y con otros de la Alpujarra; por estorbar tambien el desasosiego en que ponian á Granada con correrías de poca gente, y por quitalles la cogida de los panes del valle; mandó don Juan que don Antonio de Luna con mil infantes y docientos caballos fuese á hacer este efecto, quemando y destruyendo á Restaval, Pinillos, Belexix, Concha, y, como dige, el valle hasta las Albuñuelas. Partió con la misma órden y á la misma hora, que cuando fue á quemallas la vez pasada, pero con desigual fortuna; porque llegando tarde, halló los moros levantados por el campo, y en sus labores con las armas en la mano: tuvieron tiempo para alzar sus mugeres, hijos, y ganados, y ellos juntarse, llevando por capitanes á Rendati, hombre señalado, y á Lope, el de las Albuñuelas, ayudados con el sitio de la tierra barrancosa. Acometieron

la gente de don Antonio, ocupada en quemar y robar; que pudo con dificultad, aunque con poca pérdida, resistir y recogerse, siguiéndole y combatiéndole por el valle abajo malo para la caballería. Mas don Antonio ayudándole don García Manrique, hijo del marqués de Aguilar y Lázaro de Heredia, capitan de infantería, haciendo á veces de la vanguardia retaguardia, á veces por el contrario tomando algunos pasos con la arcabucería; se fue retirando hasta salir á lo raso, que los enemigos con temor de la caballería le dejaron. Murió en esta refriega apartado de don Antonio el capitan Céspedes á manos de Rendati con veinte soldados de su compañía peleando, sesenta huyendo; los demás se salvaron á Tablate donde estaba de guardia. No fue socorrido por estar ocupada la infantería quemando y robando sin podellos mandar don Antonio. Tampoco llegó don García, (á quien envió con cuarenta caballos), por ser lejos y áspera la montaña, los enemigos muchos. Pero el vulgo ignorante, y mostrado á juzgar á tiento, no dejaba de culpar al uno

y al otro; que con mostrar don Antonio la caballería de lo alto en las eras del lugar, los enemigos fueran retenidos ó se retiráran; que don García pudiera llegar mas á tiempo y Céspedes recogerse á ciertos edificios viejos, que tenia cerca; que don Antonio le tenia mala voluntad dende antes, y que entonces habia salido sin órden suya de Tablate, habiéndole mandado que no saliese. Á mí que sé la tierra, paréceme imposible ser socorrido con tiempo, aunque los soldados quisieran mandarse, ni hubiera enemigos en medio y á las espaldas. Tal fue la muerte de Céspedes, caballero natural de Ciudad real, que habia traido la gente á su costa, cuyas fuerzas fueron excesivas y nombradas por toda España; acompañólas hasta la fin con ánimo, estatura, voz y armas descomunales. Volvió don Antonio con haber quemado alguna vitualla, trayendo presa de ganado á Granada, donde menudeaban los rebatos; las cabezas de la milicia corrian á una y otra parte, mas armados que ciertos donde hallar los enemigos; los cuales dando armas por un cabo, llevaban de

otro los ganados. Habia don Juan ya proveido que don Luis de Córdoba con docientos caballos y alguna infantería recogiese á Granada y á la vega los de la tierra: comision de poco mas fruto, que de aprovechar á los que los hurtaron; porque no se pudiendo mantener, fue necesario volvellos á sus lugares faltos de la mitad, donde fueron comunes á nosotros y á los enemigos.

Hallábase entretanto el marqués de Velez en Adra, (lugar antiguamente edificado cerca de donde ahora es, que llamaban Abdera), con cuasi doce mil infantes y setecientos caballos: gente armada, plática, y que ninguna empresa rehusára por difícil, estendida su reputacion por España con el suceso de Berja, su persona subida en mayor crédito. Venian muchos particulares á buscar la guerra, acrecentando el número y calidad del egército; pero la esterilidad del año, la falta de dinero, la pobreza de los que en Málaga fabricaban bizcocho, y la poca gana de fabricarlo por las continuas y escrupulosas reformaciones antes de la guerra, la falta de re-

cuas por la carestía, la de vivanderos que suelen entretener los egércitos con refrescos, y con esto las resacas de la mar que en Málaga estorban á veces el cargar, y las mesmas el descargar en Adra, fue causa que las galeras no proveyesen de tanto bastimento y tan á la continua. Era algunas veces mantenido el campo de solo pescado, que en aquella costa suele ser ordinario; cesaban las ganancias de los soldados con la ociosidad; faltaban las esperanzas á los que venian cebados de ellas; detenianse las pagas: comenzó la gente de descontentarse á tomar libertad y hablar como suelen en sus cabezas. El general, hombre entrado en edad y por esto mas en cólera, mostrado á ser respetado y aun temido; cualquiera cosa le ofendia: dióse á olvidar á unos, tener poca cuenta con otros, tratar á otros con aspereza; oía palabras sin respeto, y oíanlas de él. Un campo grueso, armado, lleno de gente particular, que bastaba á la empresa de Berbería, comenzó á entorpecerse nadando y comiendo pescados frescos; no seguir los enemigos habiéndolos rompido; no conocer el

favor de la victoria; dejarlos engrosar, afirmar, romper los pasos, armarse, proveerse, criar guerra en las puertas de España. Fue el marqués juntamente avisado y requerido de personas que veían el daño, y temian el inconveniente, que con la vitualla bastante para ocho dias saliese en busca de Aben Humeya. Por estos términos comenzó á ser malquisto del comun, y de allí á pegarse la mala voluntad en los principales, aborrecerse él de todos y de todo, y todos de él.

Al contrario de lo que al marqués de Mondejar aconteció; que de los principales vino á pegarse en el pueblo; pero con mas paciencia y modestia suya, dicen que con igual arrogancia. Yo no vi el proceder del uno ni del otro; pero á mi opinion ambos fueron culpados, sin haber hecho errores en su oficio, y fuera de él, con poca causa y esa comun en algunos otros generales de mayores egércitos. Y tornando á lo presente, nunca el marqués de Velez se halló tan proveido de vitualla, que le sobrase en el comer ordinario de cada dia para llevar consigo cuantidad,

que pudiese gastar á la larga; pero vista la falta de ella, la poca seguridad que se tenia de la mar, pareciéndole que de Granada y el Andalucía, Guadix, y marquesado de Zenette, y de allí por los puertos de la Ravaha y Loh que atraviesan la sierra hasta la Alpujarra, podia ser proveido; escribió á don Juan, (aunque lo solia hacer pocas veces), que le mandase tener hecha la provision en la Calahorra, porque con ella y la que viniese por mar, se pudiese mantener el egército en la Alpujarra y echar de ella los enemigos.

El comendador mayor segun el poco aparejo, ninguna diligencia posible dejaba de hacer aunque fuese con peligro, hasta que tuvo en Adra puesta vitualla de respeto por tanto tiempo, que ayudado el marqués con alguna de otra parte, (aunque fuese habida de los enemigos), podia guerrear sin hambre, y esperar la de Guadix; mas viendo que el marqués incierto de la provision que hallaria en la Calahorra se detenia; dábale priesa en público, y requeríale en consejo que saliese contra los enemigos. Mas dando el marqués ra-

zones por donde no convenia salir tan presto, dicen que pasó tan adelante, que en presencia de personas graves y en un consejo, le dijo: *Que no lo haciendo, tomaria él la gente y saldria con ella en campo*.

En Granada ninguna diligencia se hizo para proveer al marqués; porque, pues no replicaba, tuvieron creido que no tenia necesidad, y que estaba proveido bastantemente en Adra, de donde era el camino mas cauto y seguro: tenian por dificultoso el de la Calahorra; los enemigos muchos, las recuas pocas, la tierra muy áspera, de la cual decian que el marqués era poco plático. Mas el pueblo acostumbrado ya á hacerse juèz, culpábale de mal sufrido en palabras y obras igualmente, con la gentè particular y comun; á sus oficiales de liberales en distribuir lo voluntario, y en lo necesario estrechos; detenerse en Adra buscando causas para criar la guerra, tenido en otras cosas pòr diligente: escribíanse cartas, que no faltaba adondé cayesen á tiempo; disminuíase por horas la gracia de los sucesos pasados: decian que de ello

no pesaba á don Juan, ni á los que le estaban cerca: era su parcial solo el presidente, pero ese algunas veces ó no era llamado, ó le excluían de los consejos á horas y lugáres, aunque tenia plática de las cosas del reino y alteraciones pasadas. Pasó este apuntamiento hasta ser avisado el consejo por cartas de personas y ministros importantes, (segun el pueblo decia), y aun reprendido, que parecia desautoridad y poca confianza, no llamar un hombre grave de experiencia y dignidad. Pero no era de maravillar que el vulgo hiciese semejantes juicios; pues por otra parte sé atrevia á escudriñar lo intrínseco de las cosas, y examinar las intenciones del consejo.

Decian que el duque de Sesa y el marqués de Velez eran amigos, mas por voluntad suya que del duque; no embargante, que fuesen tio y sobrino. El marqués de Mondejar y el duque émulos de padres y abuelos sobre la vivienda de Granada, aunque en público profesasen amistad: antigua la enemistad entre los marqueses y sus padres, renovada por causas y preeminencias de cargos y

jurisdicciones; lo mismo el de Mondejar y el presidente, hasta ser maldicientes en procesos el uno contra el otro: Luis Quijada envidioso del de Velez, ofendido del de Mondejar; porque siendo conde de Tendilla, no quiso consentir al marqués su padre que le diese por muger una hija que le pidió con instancia; amigo intrínseco de Eraso, y de otros enemigos de la casa del marqués. El duque de Feria (12) enemigo atrevido de lengua y por escrito del marqués de Mondejar; ambos desde el tiempo de don Bernardino de Mendoza, cuya autoridad despues de muerto los ofendia. El duque de Sesa y Luis Quijada á veces tan conformes, cuanto bastaba para excluir los marqueses, y á veces sobresanados por la pretension de las empresas: hablábanse bien, pero huraños y recatados, y todos sospechosos á la redonda. Entreteníase Muñatones mostrado á sufrir y disimular, culpando las faltas de proveedores y aprovechamientos de capi-

(12) Solo esto del duque de Feria no entiendo bien, si bien por concordar todos los manuscritos, no me atreví á quitarlo.

tanes, lo uno y lo otro sin remedio. Don Juan como no era suyo, contentábale cualquiera sombra de libertad: atado á sus comisiones, sin nombramiento de oficiales, sin distribucion de dinero, armas y municiones y vituallas, si las libranzas no venian pasadas de Luis Quijada; que en esto y en otras cosas no dejaba, (con algunas muestras de arrogancia), de dar á entender lo que podia, aunque fuese con quiebra de la autoridad de don Juan; que entendia todos estos movimientos, pero sufríalos con mas paciencia que disimulacion: solamente le parecia desautoridad que el marqués de Mondejar ó el conde su hijo usasen sus oficios, aunque no estaban excluídos ni suspendidos por el Rey. Tampoco dejaron de sonarse cosquillas de mozos y otros, que las acrecentaban entre el conde y ellos: tal era la apariencia del gobierno. Pero no por eso se dejaba de pensar y poner en egecucion lo que parecia mejor al beneficio público y servicio del Rey: porque los ministros y consejeros no entran con las enemistades y descontentamientos al lugar donde se juntan, y aunque

tengan diferencia de pareceres, cada uno encamina el suyo á lo que conviene; pero los escritores como no deben aprobar semejantes juicios, tampoco los deben callar cuando escriben con fin de fundar en la historia egemplos, por donde los hombres huyan lo malo y sigan lo bueno.

Dende los diez de Junio á los veinte y
1569. siete de Julio estuvo el marqués de Velez en Adra sin hacer efecto; hasta que entendiendo que Aben Humeya se rehacia, partió con diez mil infantes y setecientos caballos, gente, como dige, egercitada y armada, pero ya descontenta: llevó vitualla para ocho dias; el principio de su salida fue con alguna desórden. Mandó repartir la vanguardia, retaguardia y batalla por tercios; que la vanguardia llevase el primer dia don Juan de Mendoza, el segundo don Pedro de Padilla; y habiendo ordenado el número de bagajes que debia llevar cada tercio, fue informado que don Juan llevaba mas número de ellos; y puesto que fuesen de los soldados particulares, ganados y mantenidos para su comodidad, y

aunque iban para no volver á Adra; mandó tornar don Juan al alojamiento con la vanguardia, pudiéndole enviar á contar los embarazos y reformarlos; cosa no acontecida en la guerra sin grande y peligrosa ocasion; con que dió á los enemigos ganado tiempo de dos dias, y á nosotros perdido. Salió el dia siguiente con haber hallado poco ó ningun yerro que reformar; llevó la misma órden, añadiendo, que la batalla fuese tan pegada con la vanguardia, y la retaguardia con la batalla, que donde la una levantase los pies, los pusiese la otra, guardando el lugar á los impedimentos; la caballería á un lado y á otro; su persona en la batalla, porque los enemigos no tuviesen espacio de entrar. Vino á Berja, y de allí fue por el llano que dicen de Lucainena, donde al cabo de él vieron algunos enemigos con quien se escaramuzó sin daño de las partes; mostrando Aben Humeya su vanguardia en que habia tres mil arcabuceros, pocos ballesteros; pero encontinente subió á la sierra: la nuestra alojó en el llano, y el marqués en Uxixar donde se detuvo un

dia, y mas el que caminó: dilacion contra opinion de los pláticos, y que dió espacio á los enemigos de alzar sus mugeres, hijos, y ropa; esconder, y quemar la vitualla, todo á vista y media legua de nuestro campo. El dia siguiente salió del alojamiento: los enemigos mostrándose en ala, como es su costumbre, y dando grita acometieron á don Pedro de Padilla, (á quien aquel dia tocaba la vanguardia), con determinacion á lo que se veía, de dar batalla. Eran seis mil hombres entre arcabuceros y ballesteros, algunos con armas enhastadas; víase andar entre ellos cruzando Aben Humeya bien conocido, vestido de colorado, con su estandarte delante; traía consigo los alcaides, y capitanes moriscos y turcos que eran de nombre. Salió á ellos don Pedro con sus banderas y con los aventureros que llevaba el marqués de la Favara, y resistiendo su ímpetu, los hizo retirar cuasi todos: pero fueron poco seguidos; porque al marqués de Velez pareció que bastaba resistillos, ganalles el alojamiento, y esparcillos. Retiráronse á lo áspero de la montaña con pérdida

de solos quince hombres: fue aquel dia buen caballero el marqués de la Favara, que apartado con algunos particulares que le siguieron, se adelantó, peleó, y siguió los enemigos; lo mismo hizo don Diego Fajardo con otros. Aben Humeya apretado huyó con ocho caballos á la montaña; y dejarretándolos, se salvó á pie, el resto de su gente se repartió sin mas pelear por toda ella: hombres de paso, resolutos á tentar y no hacer jornada; cebados con esperanzas de ser por horas socorridos ó de gente para resistir, ó de navíos para pasar en Berbería; y esta flaqueza los trujo á perdicion. Contentóse el marqués con rompellos, ganalles el alojamiento, y esparcillos; teniendo que bastaba, sin seguir el alcance, para sacallos de la Alpujarra; ó que esperase mayor desórden; ó que le pareciese que se aventuraba en dar la batalla el reino de Granada, y que para el nombre bastaba lo hecho: hallóse tan cerca del camino, que con docientos caballos acordó pasar aquella noche á reconocer la vitualla á la Calahorra, donde no hallando que comer, volvió otro

dia al campo que estaba alojado en Valor el alto y bajo. Detúvose en estos dos lugares diez dias, comiendo la vitualla que trajo y alguna que se halló de los enemigos sin hacer efecto, esperando la provision que de Granada se habia de enviar á la Calahorra, y teniendo por incierta y poca la de Adra; y aunque los ministros á quien tocaba, afirmasen que las galeras habian traido en abundancia, resolvió mudarse á la Calahorra, fortaleza y casa de los marqueses de Zenette, patrimonio del conde Julian en tiempo de godos, que en el de moros tuvieron los Zenettes venidos de Berbería, una de las cinco generaciones decendientes de los alárabes que poblaron y conquistaron á África. Tuvo el marqués por mejor consejo dejar á los enemigos la mar y la montaña, que seguillos por tierra áspera y sin vitualla, con gente cansada, descontenta, y hambrienta; y asegurar tierra de Guadix, Baza, rio de Almanzora, Filabres, que andaba por levantarse, y allanar el rio de Bolodui que ya estaba levantado, comer la vitualla de Guadix y el marquesado.

Mas la gente con la ociosidad, hambre y descomodidad de aposentos, comenzó á adolecer y morir. Ningun animal hay mas delicado que un campo junto, aunque cada hombre por sí sea recio y sufridor de trabajos cualquier mudanza de aires, de aguas, de mantenimientos, de vinos; cualquier frio, lluvia, falta de limpieza, de sueño, de camas, le adolece y deshace; y al fin todas las enfermedades le son contagiosas. Andaban corrillos, quejas, libertad, derramamientos de soldados por unas y otras partes, que escogian por mejor venir en manos de los enemigos: íbanse cuasi por compañías sin órden ni respeto de capitanes. Como el paradero de estos descontentamientos, ó es amotinarse, ó un desarrancarse pocos á pocos, vino á suceder así hasta quedar las banderas sin hombres; y tan adelante pasó la desórden, que se juntaron cuatrocientos arcabuceros, y con las mechas en las serpentinas salieron á vista del campo: fue don Diego Fajardo hijo del marqués por detenerlos, á quien dieron por respuesta un arcabuzazo en la mano y el costa-

do, de que peligró y quedó manco. La mayor parte de la gente que el marqués envió con él, se juntó con ellos y fueron de compañía; tanto en tan breve tiempo habia crecido el odio y desacato.

En fin llegado y alojado en el lugar, temiendo de su persona pasó á posar en la fortaleza: la gente se aposentó en el campo comiendo á libra escasa de pan por soldado sin otra vianda; pero dende á pocos dias dos libras por dia, y una de carne de cabra por semana; los dias de pescado algun ajo y una cebolla por hombre, que esto tenian por abundancia: sufrieron mucho las banderas de Nápoles con el nombre de soldados viejos, y la gente particular; quedaron en pie cuasi solas estas compañías, y docientos caballos. Tal fue el suceso de aquella jornada en que los enemigos vencidos quedaron con la mar y tierra, mayores fuerzas y reputacion; y los vencedores sin ella, faltos de lo uno y de lo otro.

En el mismo tiempo los vecinos del Padul, á tres leguas de Granada, se quejaban

que habian tenido y mantenido mucho tiempo gruesa guarnicion, que no podian sufrir el trabajo, ni mantener los hombres y caballos. Pidieron que ó se mudase la guardia ó se disminuyese, ó los llevasen á ellos á vivir en otro lugar. Vínose en esto; y salidos ellos, la siguiente noche juntándose con los moros de la sierra, dieron en la guarnicion, mataron treinta soldados, y hirieron muchos acogiéndose á lo áspero: cuando el socorro de Granada llegó, halló hecho el daño y á ellos en salvo.

La desórden del campo del marqués puso cuidado á don Juan de proveer en lo que tocaba á tierra de Baza; porque la ciudad estaba sin mas guardia, que la de los vecinos. Envió á don Antonio de Luna con mil infantes y docientos caballos, que estuvo dende medio Agosto hasta medio Noviembre sin acontecer novedad ó cosa señalada, mas del aprovechamiento de los soldados, mostrados á hacer presas contra amigos y enemigos. Puso en su lugar á don García Manrique á la guardia de la vega, sin nombre ó título de

oficio. Vióse una vez con los enemigos, matándoles alguna gente sin daño de la suya.

Entre tanto no cesaban las envidias y pláticas contra los marqueses, especialmente las antiguas contra el de Mondejar; porque aunque sus compañeros en la suficiencia fuesen iguales, vióse que en el conocimiento de la tierra y de la gente donde y con quien habia hecho la vida, y en las provisiones por el luengo uso de proveer armadas, era su parecer mas aprobado que apacible; pero siempre seguido, hasta que el marqués de Velez subió en favor y vino á ser señor de las armas. Entonces dejaron al de Mondejar, y tornaron á deshacer las cosas bien hechas del de Velez. Mas cuando este comenzó á faltar de la gracia particular y general, tornaron sobre el de Mondejar; y temiendo que las armas de que estaba despojado tornasen á sus manos, claramente le excluían de los consejos, calumniaban sus pareceres, publicaban por una parte las resoluciones y por otra hacíanle autor del poco secreto; parecíales que en algun tiempo habia de seguirse su opinion cuanto al recebir

los moriscos y despues oprimillos, que cesarian las armas: y por esto la necesidad de las personas por quien eran tratadas.

Estaban nuestras compañías tan llenas de moros aljamiados, que donde quiera se mantenian espías: las mugeres, los niños esclavos, los mismos cristianos viejos daban avisos, vendian sus armas y municion, calzado, paño, y vituallas á los moros. El Rey por una parte informado de la dificultad de la empresa, por otra dando crédito á los que la facilitaban, vistos los gastos que se hacian; y pareciéndole que el marqués de Mondejar, émulo del de Velez y de otros, aunque no daba ocasion á quejas, daba avilanteza á que se descargasen de culpas, diciendo que por tener él mano en los negocios eran ellos mal proveidos; y que la ciudad descontenta de él, y persuadida por el corregidor Juan Rodriguez de Villafuerte que era interesado, y del presidente que le hacia espaldas, de mejor gana contribuiría con dinero, gente y vitualla hallándose ausente que presente, que de ninguno podia informarse mas clara y particular-

mente; envióle á mandar que con diligencia viniese á Madrid: algunos dicen que en conformidad de sus compañeros. El suceso mostró, que la intencion del Rey era apartalle de los negocios. Mas porque se vea como los príncipes pudiendo resolutamente mandar, quieren justificar sus voluntades con alguna honesta razon; he puesto las palabras de la carta.

Marqués de Mondejar, primo, nuestro capitan general del reino de Granada. Porque queremos tener relacion del estado en que al presente están las cosas de ese reino, y lo que converná proveer para el remedio de ellas, os encargamos que en recibiendo esta os pongais en camino, y vengais luego á esta nuestra Corte para informarnos de lo que está dicho, como persona que tiene tanta noticia de ellas: que en ello, y en que lo hagais con toda la brevedad, nos ternemos por muy servidos. Dada en Madrid á 3 de Setiembre de 1569.

Llegó el marqués, y fue bien recebido del Rey, y algunas veces le informó á solas: de los ministros fue tratado con mas demonstracion de cortesía que de contentamiento:

nunca fue llamado en consejo; mostrando estar informados á la larga por otra via. Muñatones plático de semejantes llamamientos, y falto de un ojo, dijo como le mostraron la carta: *que le sacasen el otro, si el marqués tornaba de allá durante la guerra.* Anduvo muchos dias como suspendido y agraviado, cierto que siempre habia seguido la voluntad del Rey y de solo ella hecho caudal. Mas entre los reyes y sus ministros, la parte de los reyes es la mas flaca: no embargante la informacion que el marqués dió, eran tantas y tan contrarias unas de otras las que se enviaban, que pareció juntar con ellas la de don Enrique Manrique alcaide que fue del castillo de Milán, y habiéndolo él dejado, estaba descansando en su casa. Pasó por Granada entendiendo lo de allí; vino á do el marqués de Velez estaba; y partió sin otra cosa de nuevo mas de errores en la guerra, cargos de unos ministros á otros dados por via de justificacion, necesidad de cargar con mayores fuerzas, crecidas las de los enemigos con la diminuicion de las nuestras.

Pareció á los ministros la gente con que el marqués habia ofrecido echar los enemigos de la tierra, poca, y la oferta menos pensada; pues con doblado número no se hizo mayor efecto: no dejaron de deshacelle el buen suceso, con decir que los moros muertos habian sido menos de lo que se escribió. Pero el Rey tomando la parte del marqués respondió: *que habia sido importante desbaratar y partir los enemigos, aunque no con tanto daño de ellos como se dijo;* y esto mas por reprimir alguna intencion que se descubria contra el marqués, que por alaballe, como se vió dende á poco. Decia el marqués que la falta de vitualla habia sido causa de haberse deshecho su campo; cargaba á don Juan, al consejo de Granada; quedó la suma de todo su campo en pocos mas de mil y quinientos infantes y docientos caballos: en fin fue necesitado á recogerse dentro en el lugar, atrinchearse, y aun derribar casas, por parecerle el sitio grande. Mas dende á pocos dias enviaron de Granada tanta provision, que no habiendo á quien repartilla, ni buena órden, valian cien libras de pan un real.

No estaba Granada por esto mas proveida de vitualla, ni se hacian los partidos de ella con mayor recatamiento, aunque el presidente remediaba parte del daño con industria; ni en lo que tocaba á la gente y pagas se guardaban las órdenes de don Juan, á quien tampoco perdonaba el pueblo de Granada; libre y atrevido en el hablar, pero en presencia de los superiores siervo y apocado; movido á creer y afirmar fácilmente sin diferencia lo verdadero y lo falso; publicar nuevas ó perjudiciales ó favorables, seguillas con pertinacia: ciudad nueva, cuerpo compuesto de pobladores de diversas partes, que fueron pobres y desacomodados en sus tierras, ó movidos á venir á esta por la ganancia; sobras de los que no quisieron quedar en sus casas, cuando los Reyes católicos la mandaron poblar; como es en los lugares, que se habitan de nuevo. No se dice esto porque en Granada no haya tambien nobleza escogida por los mesmos reyes cuando la república se fundó, venida de personas excelentes en letras, á quien su profesion hizo ricos, y los decendientes de

unos y otros nobles de linage ó de ánimo y virtud, como en esta guerra lo mostraron no solamente ellos, pero el comun; mas porque tales son las ciudades nuevas, hasta que envegeciéndose la virtud y riqueza, la nobleza se funda. Discurrian las intenciones libres por todos sin perdonar á ninguno, y las lenguas por los que osaban, y no sin causa; porque en guerra de mucha gente, de largo tiempo, varia de sucesos, nunca faltan casos que loar ó condenar. Las compañías de Granada eran tan faltas y mal disciplinadas, que ni con ellas se podia estar dentro, ni salir fuera; pero la mayor desórden fue, que habiendo mandado el Rey castigar con rigor los soldados que se venian del marqués de Velez, y procurando don Juan que se pusiese en egecucion; cansados los ministros de egecutar y don Juan de mandar, visto lo poco que aprovechaba, se tomó expediente de callar; y por no quedar del todo sin gente, consentir que las compañías se hinchiesen de la que desamparaba las banderas del marqués, no sin alguna sombra de negligencia ó voluntad; la cual fue causa

de que viniese el campo á quedar deshecho, y los enemigos señores de mar y tierra, campeando Aben Humeya con siete mil hombres, quinientos turcos y berberíes, sesenta caballos; mas para autoridad que necesidad.

Ya Xergal en el rio de Almería, lugar del conde de la Puebla, se habia levantado á instancia de Portocarrero mayordomo suyo: ó por la habilidad ó por el barato ocupó la fortaleza con poca artillería y armas, y echando de ella al alcaide puso gente dentro; mas él dende á poco dió en las manos del conde de Tendilla, y fue atenazado en Granada. Estaba tambien levantado el valle y rio de Bolodui, paso entre tierra de Guadix, Baza y la mar confinante con el Alpujarra. El marqués por tener ocupada la gente, darle alguna ganancia, mantener la reputacion de la guerra, determinó ir en persona sobre él, habiéndolo consultado con el Rey, que le remitió la ida ó á allí, ó á tierra de Baza en caso que la gente no fuese tan poca, que no llegase á número de los cinco mil hombres. Llevando pues á don Juan de Mendoza sin gente, con la de

don Pedro de Padilla, y parte de la que don Rodrigo de Benavides tenia en Guadix, alguna otra de amigos y allegados que seguian la guerra, docientos y cincuenta caballos, partió á deshacer una masa de gente que entendió juntarse en Bolodui, temiendo que dañase tierra de Baza, y pusiesen á don Antonio de Luna en necesidad, y juntándose con ellos Aben Humeya, pasase el daño adelante. Partió de la Calahorra, vino á Fiñana, llevando la vanguardia don Pedro de Padilla con las banderas de Nápoles. Habia nueve leguas de Fiñana al lugar donde los enemigos se recogian; mas no pudiendo caminar á pie los soldados tan gran trecho, fueron necesitados á quedar la noche cansados, y mojados, (porque el rio se pasa muchas veces), á dos leguas de los enemigos; inconveniente que acontece á los que no miden el tiempo con la tierra, con la calidad, y posibilidad de la gente. Los moros, apercebidos de la venida de los nuestros, dieron avisos con fuegos por toda la tierra, alzaron la ropa y personas que pudieron. Habíase adelantado con la caballería

el marqués tomando consigo cuatrocientos arcabuceros á las ancas de los caballos y bagages; mas cansados unos y otros dejaron la mayor parte. Los enemigos aguardando ora á un paso del rio, ora á otro, segun vian que nuestra caballería se movia, ora haciendo alguna resistencia, se acogieron á la sierra. Dejaban muchos bagages, mugeres y niños, en que los soldados se ocupasen; y viéndolos embarazados con el robo, sin espaldas de arcabucería, hicieron vuelta, cargando de manera, que los nuestros fueron necesitados á retirarse con pérdida, no sin alguna desórden, aunque todavía con mucho de la presa. Parte de la caballería se acogió fuera de tiempo, disculpándose que no se les hubiese dado la órden, ni esperado la arcabucería que dejaban atrás. Pero el marqués viendo que la retirada era por conservar el robo, (causa, que puede con la gente mas que otra), envió persona con veinte caballos y algunos arcabuceros, que con autoridad de justicia quitase á la caballería la presa, para que despues se repartiese igualmente, llamando á la parte los soldados

de don Pedro de Padilla que quedaron atrás. El comisario hallando alguna contradicion, compró tres esclavas: una de las cuales se ofreció á descubrille gran cantidad de ropa y dineros; mas ella viéndose en la parte que deseaba hizo señas, á que se juntaron muchos moros: mataron algunos caballos y todos los arcabuceros; salvóse el comisario á la parte contraria del marqués, corriendo hasta Almería diez leguas de donde comenzó á salvarse, y todas por tierras de enemigos: quedaron los caballos con la presa, pero tan ocupados que fueron de poco provecho, y el marqués por esto tornó retirándose con órden (aunque cargándole los enemigos) hasta juntar consigo la gente de don Pedro. Dende allí vino á Fiñana con mucha parte de la cabalgada, y con igual daño de muertos y heridos. Mas entendiendo que los moros de la sierra de Baza y rio de Almanzora andaban en cuadrillas, y desasosegaban la tierra, temiendo que llevasen tras sí los lugares de aquella provincia, y Filabres (donde tenia su estado) gruesos y fuertes, y que las fuerzas de don Antonio de

Luna no serian bastantes á resistillos; partió en principio de invierno con mil infantes y docientos y cincuenta caballos que tenia, para Baza. Pero don Antonio, hombre prevenido, (dicen que con órden de don Juan), dejó la gente antes que llegase el marqués, y volvió á servir su cargo en Granada; ó por haber oido que no se entendia blandamente con las cabezas de la gente; ó porque tuvo por mas á propósito de su autoridad ser mandado de don Juan, que entonces gastaba su tiempo en mantener á Granada á manera de sitiado, contra las correrías de los enemigos: descontento y ocioso igualmente, mas deseando y procurando comision del Rey para emplear su persona en cosa de mayor momento. Las cabezas de su gente con cualquier liviana ocasion no dejaban de mostrarse en todas partes de la ciudad, corriendo las calles armados (puesto que vacia de enemigos) inciertos á qué parte fuese el peligro, siguiendo esos pocos por las mismas pisadas que salian, sin haber atajado la tierra, hasta dejallos en salvo y recogidos á la montaña. Llaman atajar la tierra

en lengua de hombres del campo, rodealla al anochecer y venir de dia para ver por los rastros, qué gente de enemigos y por qué parte ha entrado ó salido. Esta diligencia hacen todos los dias personas ciertas de pie y de caballo, puestos en postas que cercan á la redonda la comarca, y llámanlos atajadores, oficio de por sí y apartado del de los soldados; por qué no se hacia esta diligencia en tierra escura y doblada, y en lugar que aunque grande, no era el circuito estendido, y eran los pasos ciertos, no pude entender la causa.

Aben Humeya viéndose libre del marqués de Velez, con los siete mil hombres que tenia se puso sobre Adra con ánimo de tomar el lugar, que pensaba estar desamparado; mas viendo que perdia el tiempo, pasó á Berja, y quísola batir con dos piezas; pero levantóse de allí: corrió y estragó la tierra del marqués de Velez; el lugar de las Cuevas; quemó los jardines, dañó los estanques, todo guardado con curiosidad de mucho tiempo para recreacion; acometiendo llegar á los Velez en sierra de Filabres, tornó á Andarax,

donde como asegurado de la fortuna vivia ya con estado de rey; pero con arbitrio de tirano, señor de las haciendas y personas, tenido por manso engañaba con palabras blandas; mas para quien recatadamente le miraba, oscuras y suspensas, de mayor autoridad que crédito: codicia en lo hondo del pecho, rigor nunca descubierto sino cuando habia ofendido, y entonces sosegado como si hubiera hecho beneficio, queria gracias de ello. Contaba el dinero y los dias á quien mas familiar trataba con él, y algunos de estos á que pensaba ofender escogia por compañeros de sus consejos y conversacion. Tal era Aben Humeya; y puesto que entre nosotros fuese tenido por inocente y llamado don Hernandillo de Valor, el oficio descubrió cual es el hombre. Con todo esto duró algunos dias que le hacian entender que era bienquisto, y él lo creía, ignorante de su condicion; hasta que el vulgo comenzó á tratar de su manera, de su vida, de su gobierno, todo con libertad y desprecio, como riguroso y tenido en poco. Apartáronse de su servicio descontentas algunas cabezas, que to-

maron avilanteza; en tierra de Granada, el Nacoz; en la de Baza, Maleque; en la de Almuñecar, Giron; en la de Velez, Garral; en el rio de Almería, Moxaxar; en el de Almanzora, Aben Mequenun, que decian Portocarrero, hijo del que levantó á Xergal; y al fin Farax uno de los principales que fueron en hacelle rey. Cargábanle culpas, escarnecíanle; burlaban de su condicion sus mismos consejeros: señales que por la mayor parte preceden á la destruicion del tirano. Quejábanse los turcos, entre otros muchos, que habiendo dejado su tierra por venir á servílle, no los ocupaba donde ganasen: descontentos, y entretenidos con sueldos ordinarios. Mas él, espacioso, irresoluto hasta su daño, tanto dilató la respuesta que se enemistó con ellos, habiéndolos traido para su seguridad; y despues proveyó fuera de tiempo. Traía en el ánimo quemar y destruir á Motril, lugar guardado con alguna ventaja de como solia; pero grande, abierto, llano, y á la marina. Mas por descuidar los nuestros, acordó enviar fingidamente los turcos, (para mandallos tor-

nar), á las Albuñuelas frontera de Granada, mostrando querer que fuesen regalados y mantenidos en el vicio y abundancia del valle de Lecrin, el uno de tres barrios fuertes, las espaldas á la sierra. Entre los amigos de quien mas fiába, era uno Abdalá Abenabó de Mecina de Bombaron primo suyo, y tambien de la sangre de Aben Humeya, alcaide de los alcaides, tenido por cuerdo y animoso, de buena palabra, comunmente respetado, usado al campo, y entretenido mas en criar ganados que en el vicio del lugar. A este mandó ir por comisario general para que los alojase y mandase, y los capitanes estuviesen á su obediencia: dióle órden que donde le tomase otro mandado suyo tornase con ellos y la mas gente que pudiese juntar, trayendo vitualla para seis dias; que él avisaria del lugar donde debia ir. Partieron seiscientos hombres, cuatrocientos turcos y docientos berberíes en el mismo hábito, todos arcabuceros; eran sus capitanes á la sazon Hhusceni y Carabaxi. Apenas llegaron á Cadiar, cuando Aben Humeya despachó un correo dando gran priesa que

volviesen aquella noche á Ferreira. De aquí se tramó su muerte. Trataré de mas lejos la verdadera causa de ella, por haberse publicado diferentemente.

El principio fue descontentamiento de los turcos, mostrados á mandar su rey en Berbería; temor que de él tenian sus amigos; poca seguridad de las personas y haciendas; sospechas que se entendia con nosotros. Y el tratado fue tal luego que le eligieron, que ninguno en su compañía tuviese morisca por amiga, sino por legítima muger; y guardábase esto generalmente. Mas habia entre las mugeres una viuda, muger que fuera de Vicente de Rojas pariente de Rojas suegro de Aben Humeya: muger igualmente hermosa y de linage, buena gracia, buena razon en cualquier propósito, ataviada con mas elegancia que honestidad; diestra en tocar un laud, cantar, bailar á su manera y á la nuestra, amiga de recoger voluntades y conservallas. A esta se llegó un primo suyo, como es costumbre entre parientes, despues de muerto el marido en la guerra, de quien Aben Humeya se

fiaba, llamado Diego Alguacil; vivian juntos, comunicábanse mas que familiarmente: trataba él con Aben Humeya loando sus buenas partes y conversacion, tanto que á desearla ver le inclinó; y contento de ella, por no ofender al amigo, disimulábalo; ausentábale con comisiones: pudo en fin mas el apetito que el respeto; y mandó al primo que no embargante que fuese casado con otra, la tomase por muger; rehusándolo, trújola el rey como en depósito á su casa, y usó de ella por amiga. Avisó de ello la viuda á su primo mostrando descontentamiento, ofendida entre tantas mugeres de no ser tenida por una de ellas; estar forzada, y holgar de verse fuera de sugecion, habiendo aparejo; que Aben Humeya celoso de él y sospechoso de venganza, buscaba ocasion para matalle. Huyó Alguacil, y juntándose con una cuadrilla de mozos ofendidos por otras causas, andaba recatado sin entrar en Valor. Mas dende á pocos dias supo de la misma como Aben Humeya enviaba los turcos á cierta empresa, yendo á juntarse con ellos por la ganancia; trú-

jole á las manos el caso al mensagero, y sabiendo de él como iba á llamar los turcos, le mató; y tomándole las cartas usó de semejante ardid, que el conde Julian con los capitanes del rey don Rodrigo en Ceuta. No sabia escribir Aben Humeya, y firmar mal en arábigo; pero servíale de secretario y firmaba algunas veces por él un sobrino de Alguacil, que á la sazon se halló con su tio; él tambien agraviado. En lugar de la carta escribieron otra para Abenabó en que le mandaba que tornando aquella noche con los turcos á Mecina, y juntándose con la gente de la tierra y cien hombres que llevaría consigo Diego Alguacil, los degollase con sus capitanes durmiendo y cansados; lo mismo hiciese de Alguacil, despues de haberse valido de él. Envió con esta carta un hombre de confianza midiendo el tiempo de manera que llegasen él y el mensagero á Cadiar, cuasi á una misma hora. Dió el hombre la carta poco antes, y llegó Diego Alguacil, hallando confuso y maravillado á Abenabó: díjole, como traía la gente consigo; mas que no pensaba hallarse

en tal crueldad, por ser personas que habian venido á favorecer su casta fiados de él, y ellos puesto la vida por sus haciendas, por su libertad y por sus vidas: cansados ya de servir á un hombre voluntario, ingrato, cruel, ¿qué podian esperar sino lo mismo? Bueno de palabras, mas de ánimo malo y perverso; que no habia mugeres, no haciendas, no vidas con que hartar el apetito, la sed de dinero y sangre. Pasó Hhusceni capitan de los turcos, (persona de crédito entre ellos, tenido por cuerdo, valiente y amigo del rey), antes que Abenabó le respondiese; quísole hablar alterado, y Abenabó ó porque el otro no le previniese, ó con temor que le matasen los turcos, ó con ambicion y cebo del reino, mostró la carta á Caravaxi y Hhusceni, en que hacia compañero suyo en la traicion á Diego Alguacil, y de los turcos en la muerte; dicen que todo á un tiempo: sacó el mesmo Alguacil una conficion que suelen usar para salir de sí cuando han de pelear y á veces para emborracharse, hecha con apio y simiente de cáñamo, fuerte para dormir sueño pe-

sado: esta, dijo, que habian de dar á los capitanes y cabezas en la cena con el beber, sedientos y cansados del camino, á manera de la que llaman los alárabes alhaxix. Entendiendo el hecho, resolvieron entre sí de descomponer y matar á Aben Humeya, parte por asegurarse, parte por roballe, persuadiéndose que tenia gran tesoro, y hacer á Abenabó cabeza. Juntaron consigo la gente de Diego Alguacil, y con silencio caminaron hasta Andarax, donde Aben Humeya estaba: aseguraron la centinela como personas conocidas, y que se sabia habellos enviado á llamar. Pasaron el cuerpo de guardia, entraron en la casa que era en el barrio llamado Lauxar, quebraron las puertas del aposento: halláronle desnudo, medio dormido, y vilmente entre el miedo y el sueño, y dos mugeres, embarazado de ellas, especialmente de la viuda amiga de Diego Alguacil que se abrazó con él, fue preso en presencia de los que él trataba familiarmente: hombres bajos, (que á tales tenia mayor inclinacion, y daba crédito) criados suyos, el Mexuar, Barzana, Deliar, Juan

Cortés de Pliego y su escribano que era del Deire; teniendo veinte y cuatro hombres dentro en casa, cuatrocientos de guardia, mil y seiscientos alojados en el lugar, no hizo resistencia: ninguno hubo que tomase las armas, ni volviese de palabra por él. Mas como solo el que es rey puede mostrar á ser rey un hombre; así solo el que es hombre, puede mostrar á ser hombre un rey. Faltó maestro á Aben Humeya para lo uno y lo otro; porque ni supo proveer y mandar como rey, ni resistir como hombre. Atáronle las manos con un almaizar: juntáronse Abenabó, los capitanes, y Diego Alguacil delante de la muger á tratar del delito y la pena, en su presencia: leyéronle y mostráronle la carta, que él como inocente y maravillado negó: conoció la letra del pariente de Diego Alguacil; dijo que era su enemigo, que los turcos no tenian autoridad para juzgalle; protestóles de parte de Mahoma, del emperador de los turcos, y del rey de Argel, que le tuviesen preso dando noticia de ello y admitiendo sus defensas. Mas la razon tuvo poca fuerza con hombres

culpados y prendados en un mismo delito, y codiciosos de sus bienes: saqueáronle la casa; repartiéronse las mugeres, dineros, ropa; desarmaron y robaron la guardia; juntáronse con los capitanes y soldados, y otro dia de mañana determinaron su muerte. Eligieron á Abenabó por cabeza en público, segun lo habian acordado en secreto, aunque mostró sentimiento y reusallo, todo en presencia de Aben Humeya, el cual dijo, que nunca su intencion habia sido ser moro; mas que habia aceptado el reino por vengarse de las injurias, que á él y á su padre habian hecho los jueces del rey don Felipe, especialmente quitándole un puñal y tratándole como á un villano, siendo caballero de tan gran casta; pero que él estaba vengado y satisfecho, lo mismo de sus enemigos, de los amigos y parientes de ellos, de los que le habian acusado y atestiguado contra él y su padre, ahorcándolos, cortándoles las cabezas, quitándoles las mugeres y haciendas: que pues habia cumplido su voluntad, cumpliesen ellos la suya. Cuanto á la eleccion de Abenabó, que iba

contento; porque sabia que haria presto el mismo fin: que moria en la ley de los cristianos, en que habia tenido intencion de vivir, si la muerte no le previniera. Ahogáronle dos hombres: uno tirándole de una parte y otro de otra de la cuerda, que le cruzaron en la garganta; él mismo se dió la vuelta como le hiciesen menos mal; concertó la ropa, cubrióse el rostro.

Tal fin hizo Aben Humeya, en quien despues de tantos años revivió la memoria de aquel linage, que fue uno de los en cuya mano estuvo la mayor parte de lo que entonces se sabia en el mundo. La ocasion convida á considerar, que como todo lo que en él vemos se mantenga por partes, que juntas le dan el ser, y una de ellas sea las castas ó linages de los hombres; estas como en unos tiempos parece estar acabadas hasta venir á pobres labradores, así en otros salen y suben hasta venir á grandes reyes. Pero muchas veces el hacedor de todo no hallando sugeto aparejado, produce cosas diminuidas semejantes á las grandes, como fruto en tierra cansada ó olvidada; ó co-

mo queriendo hacer hombre hace enano, por falta de sugeto, de tiempo, de lugar. No habia en el pueblo de Granada moriscos, fuerzas, ocasion, ni aparejo, para crear y mantener rey: salió de un comun consentimiento de muchas voluntades juntas, (hombres que se tenian por agraviados y ofendidos), hecho un tirano con sombra y nombre de rey; y este decendiente de casta olvidada, mas que tanto tiempo habia señoreado. Dicen que de una sola hija que tuvo Mahoma llamada Fátima, y de Halí Abenzeib vinieron dos linages; uno de Aben Humeya (13), otro de Abenhabet, cuya cabeza fue Abdalá Abenhabet Miramamolin señor de España, que echó los berberíes del reino de ella, y el postrero Juseph Halí Atan, á quien echó del reino Abdurrabi Menhadali cabeza del linage de Aben Humeya, hasta el último Hiscen que reinó en discordia, que habiéndole los de Córdoba echado del reino con ayuda de Ha-

(13) **Antigüedad y orígen de Aben Humeya, si bien contada con gran diferencia de lo que dicen Garibai, Mármol, y otros.**

buz rey de Granada, uno del mismo linage escogió ser electo rey por un solo dia, con condicion que le matasen pasadas las veinte y cuatro horas: eligiéronle, y matáronle, y acabaron juntos el linage de Aben Humeya, y el reino de Córdoba. Los que decendian de este rey de un dia vinieron á poblar las montañas de Granada; y los moros establecieron por ley, que ninguno del linage de Aben Humeya pudiese reinar en Córdoba. Porque si despues reinaron en el Andalucía los almoravides, y almohades, y el linage de Abenhut, ya no tuvieron á Córdoba por cabeza del reino, hasta que vino á poder del santo rey don Fernando el tercero. Esto se ha dicho por muestra, y acordar que no hay reino perpetuo, pues vino á desvanecerse un reino tan poderoso, como fue el de Córdoba.

Tomado por cabeza Abdalá Abenabó, diéronle mando sobre todo por tres meses, hasta que viniese confirmacion del rey de Argel y título de rey; envió con Ben Daud morisco tintorero en Granada, inventor y tramador del levantamiento, á dar nueva de su

eleccion al rey de Argel: dióle dineros y oro para presentar; diéronle los capitanes cada uno por su parte ayuda con que fuese, y quedó allá; y envió la aprobacion mucho antes del tiempo. Hicieron con Abenabó la ceremonia, y pusiéronle en la mano izquierda un estandarte y en la derecha una espada desnuda; vistiéronle de colorado, levantáronle en alto, y mostráronle al pueblo, diciendo: *Dios ensalce al rey de la Andalucía y Granada Abdalá Abenabó*: diéronle generalmente la obediencia los pueblos de moriscos que no la habian dado á Mahomet Aben Humeya, y los capitanes, exceptos Aben Mequenun que llamaban Portocarrero, hijo del que levantó á Xergal con cuatrocientos hombres en el rio de Almanzora, que tambien el duque de Arcos mandó justiciar en Granada; y en tierra de Almuñecar y Almijara, Giron el Archidoni, que murió reducido y perdonado en Jayena. Hizo repartimiento de las alcaidías y gobierno en hombres naturales de las mismas tahas: escogió para su consejo seis personas demás de los capitanes turcos Caracax, y don-

Dali Capitan; porque Caravaxi luego como se hizo la eleccion partió á Berbería con ocasion de traer gente. Eligió por capitan general para los rios de Almería, Bolodui, y Almanzora, sierras de Baza y Filabres, tierra del marquesado de Zenette y Guadix, al que llamaban el Habaqui (14), por cuyo parecer se gobernaba en todo: otro de sierra Nevada, tierra de Velez, el valle, el Alpujarra, y Granada, á quien decian Xoaibi de Guejar: á estos obedecian los otros capitanes de tahas; por alguacil, que despues del rey es el supremo magistrado, á su hermano Muhamet Abenabó. Envió á Hoscein con otro presente de cautivos al rey de Argel, pidiéndole gente y armas: juntó un egército ordinario de cuatro mil arcabuceros, que alojase la cuarta parte cerca de su persona; la guardia de docientos arcabuceros; fuera del lugar las centinelas apartadas y perdidas, que ni se acogen al cuerpo de guardia, sino á lo alto ó lejos, ni se les da otro nombre mas de un con-

(14) Hierónimo el Melech dice Mármol, porque el Habaqui fue embajador á Berbería.

traseño de los caminos, que es dejar pasar solamente al que viniere por parte señalada, y á los que vinieren por otra parte detenellos ó dar arma; dende allí avisan por donde vienen los enemigos. Tienen siempre atalayas de noche y de dia por las cumbres; llaman al sargento mayor alguacil de la guardia, que reparte y requiere las centinelas, ordena la gente, alójala, hace justicia en el cuerpo de guardia: dentro en la casa residen veinte arcabuceros, á que dicen porteros. Fue poco á poco comprando y proveyéndose de armas traídas de Berbería, ó habidas de las presas en gran cuantidad, que repartió á bajos precios entre la gente: llegó de esta manera á tener ocho mil arcabuceros; el sueldo de los turcos eran ocho ducados al mes, el de los moriscos la comida. Con estos principios de gobierno, con la necesidad de cabeza, con la reputacion de valiente y hombre del campo, con la afabilidad, gravedad, autoridad de la presencia, con haber padecido en la persona por tormentos siendo esclavo, fue bienquisto, respetado, obedecido, tenido como rey generalmente de todos.

Mandó en este tiempo don Juan que Pedro de Mendoza fuese á visitar el presidio de Orgiba con órden que sirviese en lugar de Francisco de Molina, porque entendia estar indispuesto, sabiendo que Abenabó nuevo rey juntaba gente para venir sobre la plaza. Mas sucedió una novedad trasordinaria siendo siete leguas de Granada, como las que suelen acontecer en las Indias á tres mil de España; que de cinco banderas, sola una con su capitan don García de Montalvo quedó libre sin amotinarse; y acusando á Francisco de Molina á una voz de estar loco, y pedian por cabeza á Pedro de Mendoza. Las señales que daban de su locura; que los apretaba con rigor á las guardias, que estando enfermo los requeria, que no dormia de noche, hombre rico y recatado, que falto de gente particular ayudaba con dineros á los que enviaba con licencia por cobrar crédito, para que viniesen otros; repartia la vitualla por tasa como quien sospechaba cerco. Pero visto que se encaminaba á motin, quiso prender los capitanes; y sosegándolos, procuró que Pedro de Mendoza sa-

liese de Orgiba: mas por satisfacer la gente que estaba ociosa y descontenta, y proveerse de vitualla, envió la compañía de Antonio Moreno con su alferez Vilches á correr en el Cehel; que atajados por los moros en el barranco de Tarascon, fueron todos muertos sin escapar mas de tres soldados.

Abenabó con esta ocasion proveyó á Castil de ferro de armas, artillería, y vitualla, puso dentro cincuenta turcos con un capitan llamado Leandro para que pudiese recebir el socorro que traeria Caravaxi con el armada de Argel, y en persona vino sobre Orgiba, movido por quejas de los pueblos comarcanos, y daños que continuamente recebian de la guarnicion que en ella residia. Eran los capitanes moros, Berbuz, Rendati, Macox; y turcos, Dalí Capitan á quien dejó cabeza de la empresa, y de la gente. Apretaron el lugar, mostraron quererle hambrear; fuéronse con trincheas llegando hasta las casas; vínoles gente, y entraron en ellas: señoreáronlas de manera, que descubrian la plaza, y los nuestros no atravesaban, ni estaban á los reparos

sin ser enclavados; tomaban por dias el agua peleando; era la hambre y la sed mayor que el temor de los enemigos. Dió Francisco de Molina aviso, y pareció á don Juan que el duque de Sesa la socorriese, por la experiencia, por la gracia y autoridad con la gente, ser del consejo, y el lugar suyo; detúvose algunos dias esperando la vitualla con harta dilacion; el partió con seis mil infantes y trecientos caballos, mas número de gente que de hombres, la mayor parte concegil: pero en Acequia le tomó la gota, enfermedad ordinaria suya, y tan recia que le inhabilitaba la persona, aunque dejándole libre el entendimiento. Trató don Juan de enviar á Luis Quijada en su lugar, no sin ambicion; pero el duque mejoró, y en principio de Noviembre envió dende Acequia á Vilches, que por otro nombre llamaban Pie de palo, buen hombre de campo, plático de la tierra, que con cuatro compañías de infantería en que habia ochocientos hombres, dejando á la mano derecha á Lanjaron, hiciese el camino por lo áspero de la montaña, desusado muchos años

pero posible para caballería; y que reconociendo el barranco que atraviesa el camino de Orgiba, tomase lo alto de la montaña y estuviese quedo, adonde el camino de Lanjaron hace la vuelta cerca de Orgiba, de allí diese aviso á Francisco de Molina: y por asegurar á Vilches envió á sus espaldas otros ochocientos hombres, siguiendo él con el resto de la gente y caballería, sospechoso que los unos y los otros habrian menester socorro.

Mas los moros que tenian no solamente aviso de la salida de Acequia, pero atalayas por todo, que con señas contaban á los nuestros los pasos, dándolas de una en otra hasta Orgiba, hicieron de sí dos partes: una quedó sobre Orgiba, y otra de la demás gente salió con sus banderas á esperar al duque. Estos fueron Hhusceni, y Dalí, encubriéndose parte de la gente. Comenzó Dalí Capitan á mostrarse tarde, y entretenerle escaramuzando. Entre tanto apartaron seiscientos hombres, cuatrocientos con Rendati que se emboscó á las espaldas de Vilches, y Macox adelante al entrar de lo llano tomando el camino de Ace-

quia de las tres peñas (llaman los moros á aquel lugar Calat el hhajar en su lengua) cosa pocas veces vista, y de hombres muy pláticos en la tierra, apartarse tanta gente escaramuzando, y emboscarse sin ser sentida, ni de los que estaban en la frente, ni de los que venian á las espaldas. Cayó la tarde, y cargó Dalí Capitan reforzando la escaramuza á la parte del barranco cerca de la agua; de manera que á los nuestros pareció retirarse adonde entendian que venia el duque, pero con órden. Descubrióse la primera emboscada, y fueron cargados tan recio que hallándose lejos del socorro y que apuntaba la noche, cuasi rotos se recogieron á un alto cerca del barranco, con propósito de esperar, hechos fuertes; donde pudieran estar seguros aunque con algun daño, si el capitan Perea tuviera sufrimiento; pero viendo el socorro, echóse por el barranco y la gente tras él; donde seguido de los moros fue muerto peleando con parte de los que iban con él, y pasando adelante cargaron hasta llegar á dar en el duque ya de noche, que los socorrió y retiró: pero dando

en la segunda emboscada de Macox, apretado por una parte de los enemigos, por otra incierto del camino y de la tierra con la escuridad, y confuso con el miedo que la gente llevaba, que le iba faltando, fue necesitado á hacer frente á los enemigos por su persona: quedaron con él don Gabriel su tio, don Luis de Córdoba, don Luis de Cardona, don Juan de Mendoza, y otros caballeros y gente particular; muchos de ellos apeados con la infantería dando cargas y siendo seguidos hasta cerca del alojamiento; dicen que si los moros cargaran como al principio, estuviera en peligro la jornada. Pero el daño estuvo en que Pie de palo partiese á hora, que el dia no le bastó al duque para llegar á Orgiba con sol, ni para socorrerle. Engaña el tiempo en el reino de Granada á muchos hombres que no le miden por la aspereza de la tierra, hondura de los barrancos, y estrecheza de los caminos. Murieron de los nuestros cuatrocientos hombres, y perdieron muchas armas, segun los moros, gente vana que acrecienta sus prosperidades; mas segun nosotros (que en

esta guerra nos mostramos á disimular, y encubrir las pérdidas) solos sesenta; lo uno ó lo otro con daño de los enemigos, y reputacion del duque. De noche sospechoso de la gente, apretado de los enemigos, impedido de la persona, tuvo libertad para poner en egecucion lo que se ofrecia proveer á toda parte, resolucion para apartar los enemigos, y autoridad para detener los nuestros que habian comenzado á huir, recogiéndose á Acequia cuasi á media noche: larga y trabajosa retirada de tres grandes leguas, dos siendo cargada su gente.

Y considerando yo las causas, porque nacion tan animosa, tan aparejada á sufrir trabajos, tan puesta en el punto de lealtad, tan vana de sus honras (que no es en la guerra la parte de menos importancia) obrase en esta al contrario de su valentía y valor, truge á la memoria numerosos egércitos disciplinados y reputados en que yo me hallé, guiados por el emperador don Carlos, uno de los mayores capitanes que hubo en muchos siglos; otros por el rey Francisco de Francia

su émulo, y hombre de no menos ánimo y experiencia. Ninguno mas armadó, mas disciplinado, mas cumplido en todas sus partes, mas plático, abundado de dinero, de vitualla, de artillería, de municion, de soldados particulares, de gente aventurera de corte, de cabezas, capitanes y oficiales, me parece haber visto ni oído decir, que el egército que don Felipe segundo rey de España su hijo tuvo contra Enrique segundo de Francia, hijo de Francisco, sobre Durlan, en defension de los estados de Flandes, cuando hizo la paz tan nombrada por el mundo, de que salió la restitucion del duque Filiberto de Saboya, negocio tan desconfiado. Como por el contrario, ninguno he visto hecho tan á remiendos, tan desordenado, tan cortamente proveído, y con tanto disperdiciamiento y pérdida de tiempo y dinero; los soldados iguales en miedo, en codicia, en poca perseverancia y ninguna disciplina. Las causas pienso haber sido, comenzarse la guerra en tiempo del marqués de Mondejar con gente concegil aventurera; á quien la codicia, el robo, la flaqueza y las

pocas armas que se persuadieron de los enemigos al principio, convidó á salir de sus casas cuasi sin órden de cabezas ó banderas: tenian sus lugares cerca, con cualquier presa tornaban á ellos; salian nuevos á la guerra, estaban nuevos, y volvian nuevos. Mas el tiempo que el marqués de Mondejar hombre de ánimo y diligencia, que conocia las condiciones de los amigos y enemigos, anduvo pegado con ellos, á las manos, en toda hora, en todo lugar, por medio de los hombres particulares que le seguian, estuvieron estas faltas encubiertas. Pero despues que los enemigos se repartieron, acontecieron desgracias por donde quedaron desarmados los nuestros y armados ellos; comunicábase el miedo de unos en otros; que como sea el vicio mas perjudicial en la guerra, así es el mas contagioso: no se repartian las presas en comun, era de cada uno lo que tomaba, como tal lo guardaba; huían con ello sin union, sin respondencia; dejábanse matar abrazados ó cargados con el robo, y donde no le esperaban, ó no salian, ó en saliendo, tornaban á casa; guerra de

montaña, poca provision, menos aparejo para ella, dormir en tierra, no beber vino, las pagas en vitualla, tocar poco dinero ó ninguno: cesando la codicia del interese, cesaba el sufrir trabajo; pobres, hambrientos, impacientes, adolecian, morian, ó huyéndose los mataban; cualquier partido de estos escogian por mas ventajoso que durar en la guerra, cuando no traían la ganancia entre las manos. De los capitanes, algunos cansados ya de mandar, reprender, castigar, sufrir sus soldados; se daban á las mismas costumbres de la gente, y tales eran los campos que de ella se juntaban. Pero tambien hubo algunos hombres entre los que vinieron enviados por las ciudades, á quien la vergüenza y la hidalguía era freno. Tambien la gente enviada por los señores, escogida, igual, disciplinada, y la que particularmente venia á servir con sus manos, movidos por obligacion de virtud y deseo de acreditar sus personas, animosa, obediente, presente á cualquiera peligro: tantos capitanes ó soldados, como personas; y en fin autores y ministros de la vitoria. Los soldados

y personas de Granada todos aprobaron para ser loados. No parecerá filosofía sin provecho para lo por venir esta mi consideracion verdadera, aunque experimentada con daño y costa nuestra.

Envió el duque á dar noticia de lo que pasaba á Francisco de Molina, mandándole, que en caso que no se pudiese detener, desamparase la plaza y se retirase por el camino de Motril; porque el de Lanjaron tenian ocupado los enemigos, y no le podia socorrer. Mas ellos no curaron de tornar sobre Orgiba, así porque en ella y en la refriega que tuvieron, habian perdido gente y muchos heridos, como porque les pareció que bastaba tener á Francisco de Molina corto con poca gente, y ellos hacer rostro á la del duque, estorbar el daño que podia hacer en los lugares del valle, que tenian como propios. Francisco de Molina con la órden del duque conforme á la que él tenia de don Juan, teniendo por cierto que si volvieran sobre él, se perderia sin agua, ni vitualla; enclavó y enterró algunas piezas que no pudo llevar, re-

cogió los enfermos y embarazos en medio, tomó el camino de Motril libre de los enemigos; donde llegó con toda la gente que salió, y con poca pérdida en el fuerte: dando harto contraria muestra del suceso en el cerco y retirada, de lo que la desvergüenza de los soldados habia publicado; desamparóse por ser corta la provision de vituallas, lugar que habia costado muchas, mucho tiempo, mucha gente y trabajo mantener y socorrer; fue el primero y solo que los enemigos tomaron por cerco; deshicieron las trincheas, quemaron y destruyeron la tierra, llevaron dos piezas aunque enclavadas. Tomáronse dos moros con cartas que los capitanes escribian á la gente de las Albuñuelas, y el valle, y otras partes, certificándoles la venida del duque á socorrer á Orgiba, y animándolos que siguiesen su retaguardia; porque ellos con la gente que tenian se les mostrarian á la frente, como le estorbasen el socorro ó les combatiesen con ventaja. No estuvieron ociosos el tiempo que él se detuvo en Acequia; porque bajaron por Guejar y el Puntal á la vega, llevaron ga-

nados, quemaron á Mairena hasta media legua de Granada, acogiéndose sin pérdida y con la presa, por divertir, ó porque la guerra pareciese con igualdad. Esperó en Acequia por entender el motivo de los enemigos y entretenellos que no diesen estorbo á la retirada de Francisco de Molina, y por su indisposicion, con falta de vitualla, y descontentamiento de la gente: por esto y la ociosidad, y por ser ya el mes de Noviembre y la sementera en la mano, se comenzó á deshacer el campo. Mas llamado por don Juan, salió por las Albuñuelas con poca gente, y esa temerosa por lo sucedido (trataban los turcos de ponerse de guarnicion en aquel lugar), y caminando el dia, los enemigos al costado, llegó temprano sin acercarse los unos á los otros, dando culpa á las guias: quemó el un barrio, y despues de haber enviado á don Luis de Córdoba á quemar á Restaval, Belexix, Concha, y otros lugares del valle que don Antonio de Luna dejó enteros, y dejado á Pedro de Mendoza con seiscientos hombres alojado en el otro barrio, tornó á Granada,

donde halló á don Juan ocupado en la reformacion de la infantería, provisiones de vitualla y otras cosas, por medio y industria de Francisco Gutierrez de Cuellar, del consejo, á quien el Rey envió particularmente á mirar por su hacienda, caballero prudente, plático en la administracion de ella, bueno para todo.

Habian las desórdenes pasado tan adelante, que fue necesario para remedialllas hacer demostracion no vista ni leida en los tiempos pasados en la guerra; suspender treinta y dos capitanes de cuarenta y uno que habia, con nombre de reformacion: pero no se remedió por eso; que el gobierno de las compañías quedó á sus mismos alféreces, de quien suele salir el daño. Porque como se nombran capitanes sin crédito de gente ó dineros, encomiendan sus banderas á los alféreces, y oficiales que les ayudan á hacer las compañías gastando dinero con los soldados, de quien no pueden desquitarse tomándoselo de las pagas, porque se les deshárian las compañías, y procuran hacello engañando en el número,

Pero los capitanes y oficiales cuasi todos engañan en las pagas; aunque unos las ponen en calificar soldados y entretenellos con pagar ventajas, ó darles de comer; y éstos son tolerables: otros son perniciosos y aun tenidos como traidores, porque engañan á su señor en cosa que le hacen perder la honra, el estado y la vida; fiándose de ellos; y estos son los que para sí hacen ganancia con las compañías, teniendo menos gente, ó robando los huéspedes, ó componiéndolos: la misma reformacion se hizo en los comisarios, partidos, y distribucion de vituallas, armas y municiones.

En el tiempo que el duque de Sesa partió para el socorro de Orgiba, y don Juan entendia en reformar las desórdenes, se alzó Galera una legua de Guescar en tierra de Baza; lugar fuerte para ofender y desasosegar la comarca en el paso de Cartagena al reino de Granada, y no lejos del de Valencia. Mas los de Guescar, entendiendo el levantamiento, fueron sobre el lugar con mil y docientos hombres y alguna caballería; estuvieron has-

ta tercero dia; y sin hacer mas de salvar cuarenta cristianos viejos que estaban retirados en la iglesia, se tornaron. Habian entrado en Galera por mandado de Abenabó cien arcabuceros turcos y berberíes con el Maleh, alcaide del partido, y era capitan de ellos Caravajal turco, que saltó fuera cargando en la retaguardia, y poniéndolos en desórden les quitó la presa de ganados y mató pocos hombres, de que los de Guescar indignados mataron algunos moriscos por la ciudad, y en la casa del gobernador donde se habian recogido: quemaron parte de ella, saquearon y quemaron otras en Guescar, ciudad de los confines del reino de Murcia y Granada; patrimonio que fue del rey católico don Fernando, y dada en satisfaccion de servicios al duque de Alva don Fadrique de Toledo; pueblo rico, gente áspera y á veces mal mandada, descontenta de ser sujeta á otro sino al Rey; y desasosegada con este estado que tiene, procura trocalle con otros, que á veces desasosiegan mas.

Levantóse de ahí á pocos dias Orze una legua de Galera, que los antiguos llamaron

Urci; y estando los de Guescar preparándose para ir á allanarla ó destruirla, los vecinos cristianos nuevos que habian quedado, indignados metieron de noche sin ser sentidos al Maleh con trecientos hombres en sus casas, que dejó emboscados en los lavaderos hasta dos mil, y en ellos trecientos turcos y berberíes, que se habian juntado para el efecto: mas los de la ciudad que tuvieron noticia, vueltas contra ellos las armas, peleando los echaron fuera con daño y rotos; y dando con el mesmo ímpetu en la emboscada, la rompieron matando seiscientos hombres. Fuera la vitoria del todo, si los turcos y berberíes no resistieran reparando la gente, y haciendo retirar parte de ella con alguna órden. Ya Abenabó habia hecho declarar todo el rio de Almanzora (que en arábigo quiere decir de la vitoria) con Purchena, (en otro tiempo llamada de los antiguos Illipula grande, á diferencia de otra menor, ribera de Guadalquivir), la sierra de Filabres y los lugares de tierra de Baza. Quedaban Seron, y Tijola del duque de Escalona: Tijola inexpugnable, pe-

ro falta de agua. Envió sobre Seron, y saliéndose la guardia, prendió el alcaide, (algunos dicen que por su voluntad); tomó armas, municion, vitualla, doce piezas de bronce. Tijola siguió á Seron: de esta manera quedaron levantados todos los moriscos del reino, sino los de la hoya de Málaga y serranía de Ronda.

Estos motivos, y la priesa que el Rey daba á reforzar el campo del marqués de Velez que estaba en Baza, enviando caballeros principales de su casa por las ciudades á solicitar gente, que saliese antes que los enemigos tomasen fuerzas; apresuró al marqués con la gente que trajo de la Peza, y la que don Antonio de Luna dejó en Baza, y la que se juntó de Guescar y otras partes, por todos cuatro mil infantes, y trecientos y cincuenta caballos, á ponerse sobre Galera: el Maleh y su hijo desampararon el lugar, desconfiados que se pudiese mantener. Caravajal, turco, dende á dos dias que el marqués llegó, juntó el pueblo; persuadiólos que salvasen la gente, la ropa, y á sí mismos; pues tenian aparejo y

la sierra cerca; y diciéndole que dentro en sus casas querian morir, les respondió: que aun no era llegado el tiempo, ni era su oficio morir; que se salvasen y dejasen aquello para otros que vernian brevemente á morir por ellos. Mas visto que estaban pertinaces, con ciento y treinta turcos y berberíes dando una arma de noche á los nuestros, se salió con su gente y dinero, sin recebir daño; y vino por mandado de Abenabó á residir en Guejar con los otros capitanes.

Habian los enemigos (como digimos) entrado en ella, fundado frontera, atajado con una trinchea de piedra seca de monte á monte el trecho, que llaman la silla; manteníanse contra Granada, hacian presas, solicitando pueblos que se levantasen, recogiendo y regalando los que se alzaban. Á veces estaban en ella cuatro mil, á veces menos, y de ordinario seiscientos hombres segun las ocasiones; eran capitanes Xoaibi natural del lugar, por otro nombre llamado Pedro de Mendoza, (que este apellido tomaban muchos por la naturaleza que tenia en la tierra la casta del

marqués don Iñigo Lopez de Mendoza (primer capitan general), Hocein, Caracaxal, turco, Chocon (que en su lengua quiere decir degollador), Macox, Moxaxar, y otros. Crecia el desasosiego de la ciudad, y parecia estarse con menos seguridad; pero en nada se via acrecentada la manera de la defensa, descubierta la parte de la ciudad que llaman Realejo frontera á los enemigos; el barrio de Antequeruela no sin peligro muchos meses, muy á menudo los apercebimientos, que se hacian de persona en persona y con secreto, mostrando que los enemigos vernian cada noche á dar en la ciudad, las mas veces por esta parte. Al fin se achicó la puerta que dicen de los molinos, y se puso una compañía de guardia en Antequeruela, pero no que se atajasen los caminos de Facar, Veas, el Puntal: maravillándose los que no tienen noticia de las causas, ó licencia de escudriñallas, como se encarecian tanto las fuerzas de los enemigos y el peligro, y se estaba con tan flaca guardia: en fin se puso una concegil en la puerta de los molinos; reforzóse la de Antequeruela; pú-

sose guardia en los Mártires, y en Pinillos, y Cenes, (presidios todos contra Guejar) y á don Gerónimo de Padilla mandaron estar en Santa Fe con una compañía de caballos para asegurar el llano de Loja, demás de la guardia de la vega. Púsose caballería en Iznalloz, pero todo no estorbaba, que hasta las puertas de Granada se hiciesen á la continua presas.

Estando en estos términos, comenzó el marqués de Velez á batir á Galera con seis piezas de bronce, y dos bombardas de hierro, de espacio y con poco fruto. Saltaban fuera los moros á menudo, haciendo daño sin recebillo.

Cargó don Juan la mano con el Rey, como agraviado que le hubiese mandado venir á Granada en tiempo que todos estaban ocupados, por tenelle ocioso, siendo el que menos convenia holgar; mostrábale deseo de emplear su persona; hijo y hermano de tan grandes príncipes, en cuya casa habian entrado tantas vitorias; mozo, no conocido de la gente; el espacio con que se trataba la guerra en Almanzora, el atrevimiento de los enemi-

gos, la Alpujarra sin guarniciones, la mar desproveída, los moros en Guejar, lo que convenia tomar el negocio con mayores fuerzas y calor. Pareció al Rey apretar los enemigos, acometiéndolos á un tiempo con dos campos; uno por el rio de Almanzora á cargo de don Juan, con quien asistiesen el marqués de Velez, el comendador mayor de Castilla, y Luis Quijada; otro por el Alpujarra con el duque de Sesa; y por no dejar embarazo tan importante como enemigos á las espaldas, mandó que antes de su partida viniese sobre Guescar. El nombre de la salida fue (porque el de Velez no se hubiese por ofendido) dar órden en lo que tocaba á Guadix y Baza, como habia sido con el marqués de Mondejar, darla en lo de Granada. Estando Guejar y Galera por los enemigos, cualquier otra empresa parecia difícil, y el peligro cierto: en Guejar, por dejarlos á las espaldas; en Galera, porque podia saltar la rebelion en el reino de Valencia, y con la tardanza conservarse los moros en sus plazas, Purchena, Seron, Tijola, Xergal, Canteria,

Castil de ferro, y otras. Partió el comendador mayor de Cartagena por órden de don Juan con ocho piezas de campo, trecientos carros de vitualla, municion, y armas. El marqués, aunque entendiendo la ida de don Juan, mostraba algun sentimiento, no dejó de verse con el comendador mayor, que proveyéndole de vitualla y municion, pasó á esperar don Juan en Baza. Dicen, y confiésalo el comendador mayor, que escribió al Rey, como el marqués no le parecia á propósito para dar cobro á la empresa del reino de Granada, y que las cartas vinieron á las manos del marqués primero que á las del Rey: mas leyólas, y disimulólas; ó fuese pensando que la necesidad habia de traelle tiempo á las manos, en que diese á conocer lo contrario; ó cansado y ofendido, dando á entender que la peor parte seria de quien no le emplease. Eran ya los quince de Diciembre, y no pa- 1569.
recia señal, ni esperanza de que se hiciese efecto contra Galera. Mas el Rey solicitaba con diligencia los señores de la Andalucía, y las ciudades de España; pidiendo nueva gente

para la empresa, y salida de don Juan, y enviando personas calificadas de su casa á procurallo.

Llegó la órden para que don Juan hiciese la jornada de Guejar, primero que partiese para Guadix y Baza: habiase enviado muchas veces á reconocer el lugar con personas pláticas: lo que referian era, que dentro estaban siete mil arcabuceros y ballesteros resolutos á venir una noche sobre Granada, (número que si de mugeres y hombres ellos lo tuvieran, y no les faltáran cabezas y experiencia, era bastante para forzar la ciudad); que estaban fortificados y empantanaban la vega; que allanaban el camino que va por la sierra á la Alpujarra para recebir gente. Tanto mas puede el recelo que la verdad, aunque cargue sobre personas sin sobresalto. Todavía no fueron del todo creidos los que daban el aviso; pero reforzáronse las guardias con mas diligencia, y difirióse la ida de don Juan hasta que mas gente de las ciudades y señores fuese llegada. Por hacer la jornada con mas seguridad envió á don García Manrique

y Tello de Aguilar, que reconociesen el lugar de noche, y la mañana hasta el dia: lo que trugeron fue, que dentro habia mas de cuatro mil infantes; no haber visto fuego á las trincheas ni en el cuerpo de guardia: no humo aun para encender las cuerdas en el corazon del invierno (tierra frigidísima y á la falda de la nieve); no trocar las guardias, no cruzar á la mañana gente de las casas á la trinchea ó de la trinchea á las casas, no acudir con el arma á la trinchea: atribuíase todo á señales de gran recatamiento; pero á juicio de algunas personas pláticas, de lugar desamparado. Notaban que en tanto tiempo, tan cerca, lugar abierto y pequeño, se sospechase y no se supiese cierto el número de la gente, pudiéndose contar por cabezas ó por la comida, y que todos afirmasen pasar de seis mil hombres, y los reconocedores de cuatro mil, llegando tan cerca, y trayendo señales de poca gente ó ninguna. Pareció que seria conveniente servirse de los capitanes que habian sido suspendidos, porque la gente se gobernaria mejor por ellos, y los mas eran per-

sonas de experiencia. Mandáronles tomar sus compañías, y todos lo quisieron hacer, pudiendo emplear sus personas, sin volver á los cargos de que una vez fueron echados.

Habia costumbre en el Alhambra de salir los capitanes generales y alcaides cuando se ofrecia necesidad, dejando en la guardia de ella personas de su linage y suficientes. Mostraba el conde de Tendilla títulos suyos, de su padre, abuelo, y bisabuelo, de capitanes generales de la ciudad sin el cargo del reino, y pretendia salir con la gente de ella. Pero Juan Rodriguez de Villafuerte, que entonces era tenido por enemigo suyo declarado, pretendia que como corregidor le tocase: traía egemplo de Málaga donde el corregidor tenia cargo de la gente, no obstante que el alcaide tuviese título de capitan de la ciudad; mas ó fuese mandamiento expreso, ó inclinacion á otros, ó desabrimiento particular con la casa ó persona del conde, no obstante las cédulas, y que la profesion de Juan Rodriguez fuese otra que armas; hizo don Juan una manera de pleito de la pretension del conde, y remi-

tió el negocio al consejo del Rey; quitándole el uso de su oficio, y dándole á Juan Rodriguez, que aquel dia llevó cargo de la gente de la ciudad y le tuvo otros muchos. Partió á los veinte y tres de Diciembre con nueve 1569.
mil infantes, seiscientos caballos, ocho piezas de campo. Habia dos caminos de Granada á Guejar; uno por la mano izquierda y los altos, y este llevó él con cinco mil infantes y cuatrocientos caballos: llevaba Luis Quijada la vanguardia con dos mil, donde iba su persona; á don García Manrique encomendó la caballería; y la retaguardia con la artillería, municion y vitualla (donde iba su guion) al licenciado Pedro Lopez de Mesa y á don Francisco de Solís, ambos caballeros cuerdos, pero sin egercicio de guerra: lo cual dió ocasion á pensar, que la empresa fuese fingida, y don Juan cierto que el lugar estaba desamparado; pues encomendaba á personas pacíficas lugar á donde podia haber peligro y era menester experiencia; dando al duque el camino del rio mas breve con cuatro mil infantes y trecientos caballos, en que iba la gente de la

ciudad. Aquella noche se aposentó en Veas dos leguas de Granada, y otras tantas de Guejar, con órden que juntos por diversas partes llegasen á un tiempo, y combatiesen los enemigos, para que los que del uno escapasen diesen en el otro; pero quedóles abierto el camino de la sierra. Don Diego de Quesada, á quien tenian por plático de la tierra, iba por guia del campo de don Juan, aunque otros hubiese en la compañía tan soldados, criados en aquella tierra, y mas pláticos en ella, segun lo mostró el suceso. Estaban á la guardia del lugar ciento y veinte turcos y berberíes con Caravajal que estuvo en Galera, cuatrocientos y treinta de la tierra, todos arcabuceros; la cabeza era Xoaibi, los capitanes Cholon, Macox, y Rendati, y el Partal por sargento mayor; venidos, segun se entendió, solo por la ganancia de las presas, con la seguridad de la montaña, y mudábanse por meses: muchas mugeres, muchachos, y viejos de los lugares vecinos, que no querian apartarse de sus casas, proveídos de pan y carne en abundancia; y dicen ellos, que nunca

hubo mas gente ordinaria. Entendieron dias antes la ida de don Juan, y tuvieron tiempo de salvar lo mejor de su ropa, sus personas, y ganados. El dia antes que don García, y Tello de Aguilar fueron á reconocer, avisando la gente, partieron los turcos á la Alpujarra; y de los moros, el dia antes que don Juan llegase, salieron cuatrocientos hombres con Partal, y el Macox, y Rendati á la vega en ocasion de correr nuestras espaldas, y hicieron daño el mismo dia que llegó don Juan: quedaron en Guejar ochenta hombres con Xoaibi para retirar el removiente de la gente inútil, y ropa. Partieron á un tiempo de Granada el duque, y don Juan de Veas al amanecer: hay pocos hombres del campo, que sepan caminar bien de noche la tierra que han visto de dia; esta era toda de un color igual aunque doblada, que dió causa á la guia de engañarse cuasi en la salida del lugar, y á don Juan de gastar tiempo. Con todo se detuvo, esperando el dia, incierto del camino que haria el duque, y avisando las atalayas de los moros con fuegos á los suyos de lo

que ambos hacian. Mas el duque caminó por derecho i envió delante á don Juan de Mendoza, que halló la trinchea desamparada sino de diez ó doce viejos, que de pesados escogieron quedar á morir en ella; estos fueron acometidos y degollados. Entrado y saqueado el lugar por la gente que don Juan de Mendoza llevaba de vanguardia, vieron subir por la sierra mugeres y niños, bagages cargados, con espaldas de sesenta arcabuceros y ballesteros, que haciendo vuelta sobre los nuestros en defensa de su ropa, se salvaron de espacio, aunque seguidos poco trecho y detenidamente; pero lo que se pudo, y con mas daño nuestro que suyo: murieron entre hombres y mugeres sesenta personas, y fueron cautivas otras tantas; la demás gente por la sierra fueron á parar en Valor y Poqueira y otros lugares de la Alpujarra: húbose mucho trigo y ganado mayor; de nuestra gente murieron cuarenta soldados, porque los moros en lo áspero de la tierra y entre las matas, cubiertos con las tocas de las mugeres, esperaban á nuestros soldados que pensando ser

mugeres llegasen á cautivallas, y los arcabuceasen. Entre ellos murió el capitan Quijada siguiendo el alcance, desatinado de una pedrada que una muger le dió en la cabeza. Don Juan hora apartándose del lugar dos leguas, hora acercándose á menos de un cuarto por camino que todo se podia correr, se halló pasado medio dia sobre Guejar, dentro de la trinchea de los enemigos en el cerro que llaman la silla: llevó la gente ordenada; y á los que nos hallamos en las empresas del emperador, parecia ver en el hijo una imágen del ánimo y provision del padre, y un deseo de hallarse presente en todo, en especial con los enemigos. Descubrió de lo alto á la gente del duque delante del lugar en escuadron, y tan de improviso que Luis Quijada envió con don Gomez de Guzman de mano en mano á pedir artillería, pensando que fuesen enemigos, ó dando á entender que lo pensaba. Esta voz se continuó con mucha priesa; y caminando con dos pezezuelas, llegó don Luis de Córdoba de parte del duque con el aviso, que los enemigos iban rotos y los nuestros

estaban dentro en el lugar. Quedamos espantados como Luis Quijada no conoció nuestras banderas y órden de escuadron dende tan cerca, hombre plático en la guerra, y de buena vista; y como el duque enviaba á decir que los enemigos iban rotos, no habiendo enemigos. Mostró don Juan contentamiento del buen suceso, y queja del agravio de que le hubiesen guiado por tanto rodeo que no alcanzase á ver enemigos. Pero don Diego de Quesada se escusaba, con que en consejo se le mandó que guiase por parte segura; y Luis Quijada le dijo, que por donde no peligrase la persona de don Juan; que él no sabia como cumplir su comision mas á la letra que guiando siempre cubierto y dos leguas de los enemigos. Tuvo la toma de Guejar mas nombre lejos, que cerca; mas congratulaciones, que enemigos. Volvieron la misma noche á Granada don Juan, y el duque de Sesa: mandó quedar á don Juan de Mendoza en Guejar con gruesa guardia por algunos dias, y despues á don Juan de Alarcon con las banderas de su cargo; dende á pocos dias á don

Francisco de Mendoza, reparado y trincheado un fuerte, pero con poca gente. Decian que si cuando los moros desampararon el lugar y don Juan fue á reconocelle, se hubiera hecho el fuerte (que podia en una noche) y puesto en él una pequeña guardia, como se hizo en Tablate, se salváran pasadas de tres mil personas, que murieron á manos de los enemigos, mucha pérdida de ganado, reputacion y tiempo, el nombre de guerra, desasosiego de noche, y dia, todo hecho por mano de poca gente.

Dende este dia parece que don Juan alumbrado comenzó á pensar en las gracias de vitoria tan fácil, y buscadas las causas para conseguilla, hacer y proveer por su persona lo que se ofrecia, con mayor beneficio y mas breve despacho. Estendióse por España la fama de su ida sobre Galera, y movióse la nobleza de ella con tanto calor, que fue necesario dar el Rey á entender que no era con su voluntad ir caballeros sin licencia á servir en aquella empresa. Enviaron las ciudades nueva gente de á pie y de caballo: crecieron

algunas (que no tenian propios) los precios á las vituallas, para gastos de la guerra; otras entre cinco vecinos mantenian un soldado. Entraron el tiempo que duró la masa pasadas de ciento y veinte banderas con capitanes naturales de sus pueblos, personas calificadas, sin la gente que vino al sueldo pagado por el Rey, que fue la tercia parte: tanta reputacion pudo dar á los enemigos la voluntad de venganza. Mandó don Juan (que ya era señor de sí mismo, y de todo) que una parte de la masa se hiciese en el mismo campo del marqués de Velez, pasando la gente por Guadix; y otra, pasando por Granada en las Albuñuelas, donde estuviese don Juan de Mendoza á recogella, y hacer provision de vitualla. Ordenó que el duque de Sesa quedase su lugarteniente en Granada, pasase á posar en el mismo aposento que él tenia en la chancillería; y que formado su campo, partiese por Orgiba contra el Alpujarra, á un mismo tiempo que él para Galera, por divertir las fuerzas de los enemigos.

Mas Abdalá Abenabó indignado del su-

ceso de Guejar, quiso recompensar la fortuna y la reputacion, procurando ocupar algun lugar de nombre en la costa. Escogió tres mil hombres, y en un tiempo con escalas y como pudo acometieron de noche á Almuñecar, que los antiguos llamaban Manoba, y á Salobreña, que llamaban Selambina: pero el capitan de Almuñecar resistió retenidamente por ser de noche, y con algun daño de los enemigos, que dejando las escalas se acogieron á la sierra, donde corrian de continuo la comarca; lo mismo hicieron los que iban á Salobreña, que rebotados por don Diego Ramirez alcaide de ella con dificultad, por guardarse con menos gente, se retiraron juntándose con la compañía. Visto Abenabó que sus empresas le salian inciertas, y que las fuerzas de España se juntaban contra él, envió de nuevo al alcaide Hoceni á Argel solicitando gente para mantenerse, ó navíos para desamparar la tierra y pasarse; y juntamente con él un moro suyo á Constantinopla. Dicen que llegados á Argel hallaron órden del señor de los turcos, para que fuese socorrido.

En el mismo tiempo batia el marqués á Galera con poco efecto, defendiánse los vecinos, y reparaban el daño fácilmente; saltaban algunas veces fuera; y entre ellas, trabando una gruesa escaramuza, cargaron nuestra gente de manera, que matando al capitan Leon y veinte soldados, cuasi pusieron en rota el cuartel; pero retiráronse cargados sin daño: colgaron de la muralla la cabeza del capitan y otras, y el marqués partió á Guescar un dia por rehacerse de gente; volviendo trajo consigo pocos soldados. Mas don Juan partió de Granada con tres mil infantes y cuatrocientos caballos á juntarse con el marqués; vino á Guadix, que los antiguos llamaban Acci, pueblo en España grande, y cabeza de provincia como agora lo es: adoraban los moradores al sol en forma de piedra redonda y negra; aun hoy en dia se hallan por la tierra algunas de ellas con rayos en torno. La nobleza y gente de la ciudad han mantenido el lugar, viéndose amenudo con los moros, y partiéndose de ellos con ventaja. De Guadix vino de espacio á Baza, que llamaban los an-

tiguos como los moros Basta, cabeza de una gran partida de la Andalucía, que del nombre de la ciudad decian Bastetania, en que habia muchas provincias. Y de allí á Guescar donde el marqués estaba con su gente, la cual junta con la de la ciudad y tierra hicieron gran recibimiento y salva, mostrando mucha alegría con la venida de don Juan. Solo el marqués salió descontento á recibirle, por ver que habia de obedecer, siendo poco antes obedecido y temido. Mas don Juan le recibió con alegre y blando acogimiento, y aunque sintió su disgusto, le saludó y abrazó con mucha serenidad, diciéndole; marqués ilustre, vuestra fama con mucha razon os engrandece, y atribuyo á buena suerte haberse ofrecido ocasion de conoceros. Estad cierto, que mi autoridad no acortará la vuestra; pues quiero que os entretengais conmigo, y que seais obedecido de toda mi gente, haciéndolo yo así mismo como hijo vuestro, acatando vuestro valor y canas, y amparándome en todas ocasiones de vuestros consejos. Á estas ofertas respondió el marqués por los términos

estraños que siempre usó, aunque medido con su grandeza, diciendo: *Yo soy el que mas ha deseado conocer de mi Rey un tal hermano, y quien mas ganára de ser soldado de tan alto príncipe; mas si respondo á lo que siempre profesé, irme quiero á mi casa, pues no conviene á mi edad anciana haber de ser cabo de escuadra.* Fue la respuesta muy notada, así de sentenciosa y grave, cuanto aguda, y así el marqués fue breve en su jornada, porque tarde ó nunca mudó de consejo. Entró don Juan en consejo sobre lo de Galera, y despues de haberla reconocido, se determinó de ir sobre ella y ponerle cerco.

DE LA GUERRA DE GRANADA.

LIBRO CUARTO.

Luego que don Juan salió de Granada, fue á posar el duque en casa del presidente, conforme á la órden que tenia de don Juan. Comenzóse á entender en la provision de vitualla en Guadix, Baza y Cartagena, lugares de Andalucía, y la comarca, para proveer el campo de don Juan; y en Granada y su tierra el del duque: pero de espacio, y con alguna confusion, por la poca plática, y desórdenes de comisarios, y tenedores, inclinados todos á hacer ganancias, y extorsiones con el Rey, y particulares: y aunque Francisco Gutierrez fue parte para atajar la corrupcion, no lo era él ni otro para remedialla

del todo. Salió el duque de Granada á 21 de Hebrero de 1570 quedando por cabeza y gobierno de paz y guerra el presidente; y por ser eclesiástico, quedó don Gabriel de Córdoba para el de guerra, y egecutar lo que el presidente mandase, que daba el nombre; y hacia el oficio de general un consejo formado de tres oidores, auditor general, Francisco Gutierrez de Cuellar, el corregidor de Granada; quedaron á la guarda de la ciudad cuatro mil infantes: haciase con la misma diligencia con el Albaicin despoblado, Guejar en presidio nuestro, guardada la vega, con las mismas centinelas, las postas, los cuerpos de guarda, los presidios en Cenes y Pinillos, que cuando la vega estaba sospechosa, el Albaicin lleno de enemigos, Guejar en su poder: y duró esta costa y recato hasta la vuelta de don Juan; ó fuese por olvido, ó por otras causas el guardar contra los de dentro, y los de fuera. ¡Qué cosa para los curiosos que vieron al señor Antonio de Leiva teniendo sobre sí el campo de la liga, cuarenta mil infantes, nueve mil caballos, y la ciudad ene-

miga: él con solos siete mil infantes enfrenalla, resistir los enemigos, sitiar el castillo, y al fin tomallo, echar y seguir los enemigos, fuertes, armados, unidos, la flor de Italia soldados y capitanes! Vino al Padul el mismo dia que salia de Granada, donde en Acequia se detuvo muchos dias esperando gente y vituallas; y haciendo reducto en Acequia, y las Albuñuelas para asegurarse las espaldas, y asegurar á Granada en un caso contrario ó furia de enemigos, y el paso á las escoltas que partiesen de la ciudad á su campo: otro fuerte en las Guajaras, para asegurar aquella tierra y los peñones, donde otra vez los echó el marqués de Mondejar: y por dar tiempo á don Juan para que juntos entrasen en el rio de Almanzora y Alpujarra. Allí le fue á visitar el presidente, y dar priesa á su salida: tomó el camino de Orgiba con ocho mil infantes y trecientos y cincuenta caballos. Yban con él muchos caballeros de la Andalucía, muchos de Granada, parte con cargos, y parte por voluntad. Llegó sin que los enemigos le diesen estorbo, aunque se mostraron

pocos y desordenados al paso de Lanjaron, y de Cañar.

Mientras el duque se ocupaba en esto, salió don Juan de Austria de Baza con su campo para Galera, adonde puso su cerco enviando á reconocella; y considerando primero el daño que de un castillo que estaba en la parte alta les podia venir, se trató de minalla, y habiendo hecho algunas minas, les pusieron fuego, con que cayó un gran pedazo del muro con muerte de algunos de los moros cercados. Algunos soldados de los nuestros de ánimos alborotados arremetieron luego por medio del humo y confusion sin aguardar tiempo ni órden conviniente, á los cuales siguieron otros muchos y al fin gran parte del egército, procurando embestir la fortaleza por el destrozo que las minas habian hecho, todo sin hacer efeto, por estar un peñon delante. Los enemigos estaban puestos en arma, y haciendo á su salvo mucho daño en los cristianos con muchas rociadas de arcabuces y flechas, sin ser necesaria la puntería, porque no echaban arma que diese en vacío, sin que

esto fuese parte para hacer retirar los ánimos obstinados de los soldados, ni ninguna prevencion ni diligencia de oficiales y capitanes. Tanto que necesitó á don Juan de Austria á ponerse con su persona al remedio del daño, y no con poco peligro de la vida; porque andando con suma diligencia y valor persuadiendo á los soldados que se retirasen sin olvidarse de las armas, fue herido en el peto con un balazo, que aunque no hizo daño en su persona, escandalizó mucho á todo el campo, particularmente á su ayo Luis Quijada que nunca le desamparaba, cuyas persuasiones obligaron á don Juan á retirarse por el inconviniente que se sigue en un egército del peligro de su general. Mas ordenó al capitan don Pedro de Rios y Sotomayor que con diligencia hiciese retirar la gente porque no se recibiese mas daño; el cual entró por medio de los nuestros con una espada y rodela (á tiempo que se conocia alguna mejoria de nuestra parte) diciendo: afuera soldados, retirarse afuera, que así lo manda nuestro príncipe. Habia ya cesado algun tanto el alarido y voces de

suerte que se oían claro las cajas á recoger, y todo junto fue parte para que tuviese fin este asalto tan inadvertido. Aquí se mostró buen caballero don Gaspar de Sámano y Quiñones: porque habiendo con grande esfuerzo y valentía subido de los primeros en el lugar mas alto del muro, y sustentado con la mano el cuerpo para hacer un saltò dentro, le fueron cortados los dedos por un turco que se halló cerca de él: sin que esto le perturbase nada de su valor echó la otra mano y porfió á salir con su intento, y saltar del muro adentro, mas no dándole lugar los enemigos, le fue resistido de manera que dieron con él del muro abajo. No fue parte este daño para que á los nuestros les faltase voluntad de continuarle segunda vez otro dia, y así lo pidieron á don Juan: el cual pareciéndole no ser bien poner su gente en mas riesgo con tan poco fruto, y tratádose en consejo mandó que hiciesen un par de minas para que en este tiempo se entretuviesen y descansasen los soldados. Los enemigos considerando su peligro cercano y la tardanza de socorro, despacharon á Abe-

nabó pidiéndole favor, á lo cual Abenabó cumplió con solas esperanzas, porque la diligencia del duque en lo del Alpujarra, le traía sobre aviso, temeroso y puesto en arma. Acabadas las minas mandó don Juan que se encendiesen la una una hora antes que la otra. Hízose, y la primera rompió catorce brazas de muralla aunque con poco daño de los cercados, por estar prevenidos en el hecho; y así seguros de mas ofensa se opusieron á la defensa de lo que estaba abierto, unos trayendo tierra, madera y fagina para remediarlo, y otros procurando ofender con mucha priesa de tiros continuos: y estando en esto sucedió luego la otra mina que derribando todo lo de aquella parte hizo gran estrago en los enemigos, y tras esto cargando la artillería de nuestra parte se comenzó el asalto muy riguroso: porque no teniendo los moros defensa que los encubriese y amparase, eran forzados á dejar el muro con pérdida de muchas vidas: adonde se mostró buen caballero por su persona don Sancho de Avellaneda herido del dia antes, haciendo muchas muestras de gran valor

entre los enemigos, hasta que de un flechazo y una bala todo juntó murió. Siguióse la vitoria por nuestra parte hasta que del todo se rindió Galera, sin dejar en ella cosa que la contrastase que todo no lo pasasen á cuchillo. Repartióse el despojo y presa que en ella habia, y púsose el lugar á fuego, y así por no dejar nido para rebelados, como porque de los cuerpos muertos no resultase alguna corrupcion: lo cual todo acabado ordenó don Juan que el egército marchase para Baza á donde fue recibido con mucho regocijo.

Hallábase Abenabó en Andarax resoluto de dejar al duque el paso de la Alpujarra, combatille los alojamientos, atajarle las escoltas, cierto que la gente cansada, hambrienta, sin ganancia, le dejaría. Este dicen que fue parecer de los turcos, ó que le tuviesen por mas seguro, ó que hubiesen comenzado á tratar con don Juan de su tornada á Berbería, como lo hicieron, y no quisiesen despertar ocasiones con que se rompiese el tratado. Pero á quien considera la manera que en esta guerra se tuvo de proceder por su parte des-

de el principio hasta el fin, parecеránle hombres que procuraban detenerse, sin hacer jornada, por falta de cabezas y gente diestra, ó con esperanza de ser socorridos para conservarse en la tierra, ó de armada para irse á Berbería con sus mugeres, hijos, y haciendas: y así teniendo muchas ocasiones, las dejaron perder como irresolutos y poco pláticos. Partió de Orgiba el duque, despues de haberse detenido en fortificarla y esperar la entrada de don Juan treinta dias, la vuelta de Poqueira: mas Abenabó teniendo aviso que el duque partia, y que de Granada pasára una gruesa escolta al cargo del capitan Andrés de Mesa, con cuatrocientos soldados de guarda y algunos caballos, púsose delante en el camino que va á Jubiles por donde el duque habia de pasar, haciendo muestra de mucha gente, y tener ocupadas las cumbres: travó una gruesa escaramuza con la arcabucería del duque, haciendo espaldas con cuasi seis mil hombres en cuatro batallas. Reforzó el duque la escaramuza apartando los enemigos con la artillería; y tomó el camino de Poqueira por

el rodeo: los enemigos creyendo que el duque les tomaba las espaldas, desampararon el sitio: mas en el tiempo que duró la escaramuza, acometieron á la escolta de Andrés de Mesa en la cuesta de Lanjaron Dalí Capitan turco y el Macox con mil hombres, y rompiéronla sin matar ó cautivar mas de quince: solo se ocuparon en derramar vituallas, matar bagages, escoger y llevar otros cargados: pelearon al principio, pero poco; mataron el caballo á don Pedro de Velasco, que aquel dia fue buen caballero y salvóse á las ancas de otro. Enviábale el Rey á dar priesa en la salida del duque, y llevar relacion del campo, y mandar lo que se habia de hacer. Súpose de un moro á quien cautivaron tres soldados que solo siguieron el campo de Abenabó, como su intento solo habia sido entretener al duque: pero él luego que entendió el caso de Andrés de Mesa, mas por sospechas que por aviso, envió caballería que le hiciese espaldas, y llegaron á tiempo que hicieron provecho en salvar la gente ya rota, y parte de la escolta. Hecho esto se siguió el camino

de los algibes entre Ferreira y rio de Cadiar por el de Júbiles, y aquella noche tarde hizo alojamiento en ellos. Tenia la guardia Xoaibi con quinientos arcabuceros, que viendo alojar los nuestros tarde y con cansancio y por esto con alguna desórden, dió en el campo, y túvole en arma gran parte de la noche, llegando hácia el cuerpo de guardia, y matando alguna gente desmandada; pero fue resistido sin seguillo, por no dar ocasion á la gente que se desordenase de noche. Dicen que si los enemigos aquella noche cargáran, que se corría peligro; porque la confusion fue grande, y la palabra entre la gente comun, viles, que mostraba miedo: mas valió el ánimo y la resolucion de la gente particular, y la provision del duque enderezada á deshacer los enemigos sin aventurar un dia de jornada: en que parecian conformarse Abenabó y él; porque cada uno pensaba deshacer al otro y rompelle con el tiempo y falta de vitualla, y salieron ambos con su pretension. Envió Abenabó á retirar al Xoaibi, siguiendo el parecer de los turcos, y despues por bando público

mandó, que sin órden suya no se escaramuzase, ni desasosegasen nuestro campo. Vino el duque á Jubiles por el camino de Ferreira, adonde halló el castillo desamparado, y comenzado á reparar, envió á don Luis de Córdoba, y á don Luis de Cardona, con cada mil infantes, y ciento y cincuenta caballos, que corriesen la tierra á una y otra parte, pero no hallaron sino algunas mugeres y niños: y llegó á Uxixar, sin dejar los moros de mostrarse á la retaguardia, y de allí sin estorbo á Valor donde se alojaron.

Salió don Juan de Baza la vuelta de Seron con intento de combatilla, y llegando con su campo á vista de Caniles, recibió cartas del duque pidiéndole con grande instancia la brevedad de su venida, proponiéndole ser toda la importancia para que hobiese fin la guerra del Alpujarra, dando por último remedio que se juntasen los dos campos, y cogiesen en medio á Abenabó. Pareciéndole á don Juan este buen medio, sin mas detenerse caminó la vuelta del campo del duque, y marchando el suyo llegaron á vista de Seron, donde algu-

nos pocos soldados desmandados viendo los moros tan puestos en defensa, no lo pudiendo sufrir, se movieron á quererlos combatir (contra el presupuesto de don Juan) diciendo en alta voz: nuestro príncipe piensa vanamente, si pretende pasar de aquí sin castigar esta desvergüenza, y diciendo: cierra, cierra, Santiago y á ellos, los siguieron otros muchos incitados de su egemplo, y tras ellos toda la demás gente sin que valiese ninguna resistencia; y sin mas autoridad ni órden embistieron el lugar con tan grande ímpetu, que aunque salieron los moros de Tijola, no fue parte para que dejasen de allanar el lugar del primer asalto, y le metiesen á sacomano: aunque no les salió á algunos tan barata esta jornada, la cual lo poco que duró fue bien reñida, y adonde entre otros fue herido Luis Quijada de un peligroso balazo que le quitó la vida con grande sentimiento de don Juan conforme al mucho amor que le tenia. No tuvo aun casi lugar don Juan de atender á este sentimiento, provocado de mil moros que se metieron en Seron, y le dieron ocasion de mas

batalla; y no la rehusando, volvió sobre ellos con deseo de acabar esta ocasion por acudir á las cosas del Alpujarra, lo cual hizo despues de algunas dificultades livianas con un asalto que fue el remate de esta vitoria. Este dia se señaló don Lope de Acuña, mostrando bien el gran ser de que siempre estuvo acompañado en muchas ocasiones.

Abenabó visto que el duque de Sesa estaba en el corazon de la Alpujarra, repartió su campo y la gente de vecinos que traía consigo; puso ochocientos hombres entre el duque y Orgiba, para estorbar las escoltas de Granada; envió mil con Moxaxar á la sierra de Gador, y á lo de Andarax, Adra, y tierra de Almería: seiscientos con Garral á la sierra de Bentomiz, de donde habia salido don Antonio de Luna, dejando proveido el fuerte de Competa, para correr tierra de Velez; envió parte de su gente á la sierra Nevada y el Puntal, que corriesen lo de Granada: quedó él con cuatro mil arcabuceros y ballesteros, y de estos traía los dos mil sobre el campo del duque, que con la pérdida de

la escolta estaba en necesidad de mantenimientos: pero entretúvose con fruta seca, pescado, y aceite, y algun refresco que Pedro Verdugo le enviaba de Málaga, hasta que viendo por todas partes ocupados los pasos, mandó al marqués de la Favara, que con mil hombres y cien caballos, y gran número de bagages atravesase el puerto de la Ravaha, y cargase de vitualla en la Calahorra; porque fuese dos veces nombrada con hambre, y hierro en daño nuestro; adonde habia hecha provision, y tan poco camino que en un dia se podia ir y venir. Dicen que el marqués rehusó la gente que se le daba, por ser la que vino de Sevilla, pero no la jornada; y siendo asegurado que fuese cual convenia, partió antes de amanecer con las compañías de Sevilla, y sesenta caballos de retaguardia, y él con trecientos infantes y cuarenta caballos de vanguardia; los embarazos de bagages, y bagageros, enfermos, esclavos en medio; la escolta guarnecida de una y otra parte con arcabucería. Mas porque parece que en la gente de Sevilla se pone mácula, siendo de las mas

calificadas ciudades que hay en el mundo, hase de entender, que en ella como en todas las otras se juntan tres suertes de personas: unas naturales, y estos cuasi así la nobleza como el pueblo son discretos, animosos, ricos, atienden á vivir con sus haciendas ó de sus manos; pocos salen á buscar su vida fuera, por estar en casa bien acomodados: hay tambien estrangeros, á quien el trato de las Indias, la grandeza de la ciudad, la ocasion de ganancia ha hecho naturales, bien ocupados en sus negocios, sin salir á otros; mas los hombres forasteros que de otras partes se juntan al nombre de las armadas, al concurso de las riquezas, gente ociosa, corrillera, pendenciera, tahura, hacen de las mugeres públicas ganancia particular, movida por el humo de las viandas; estos como se mueven por el dinero que se da de mano á mano, por el sonido de las cajas, listas de las banderas; así fácilmente las desamparan, con el temor de ellas en cualquiera necesidad apretada, y á veces por voluntad: tal era la gente que salió en guardia de aquella escolta. El marqués sin noticia de

los enemigos ni de la tierra, sin ocupar lugares ventajosos, y confiado que la retaguardia haria lo mismo, como quien llevaba en el ánimo la necesidad en que dejaba el campo, y no que la diligencia fuera de tiempo es por la mayor parte dañosa; comenzó á caminar apriesa con la vanguardia: pero los últimos que aun sin impedimento suelen de suyo detenerse y hacer cola, porque el delantero no espera, y estorba á los que le siguen, y el postrero es estorbado, y espera; abrieron mucho espacio entre sí, y la escolta hizo lo mismo entre sí y la vanguardia. Mas Abenabó incierto por donde caminaría tanto número de gente, mandó al alcaide Alarabi á cuyo cargo estaba la tierra del Zenette, que siguiese con quinientos hombres (Zenette llaman aquella provincia, ó por ser áspera, ó por haber sido poblada de los Zenettes, uno de cinco linajes alárabes que conquistaron á África y pasaron en España, que es lo mas cierto). Partió el Alarabi su gente en tres partes, él con cien hombres quiso dar en la escolta: al Piceni de Guejar con docientos ordenó que

acometiese la retaguardia por la frente: y al Martel del Zenette con otros docientos la rezaga de la vanguardia, entrando entre la escolta y ella, al tiempo que él diese en la escolta; y en caso que no le viesen cargar con toda la gente, que estuviesen quedos y emboscados, dejándola pasar. Los nuestros parándose á robar pocas vacas y mugeres, que por ventura los enemigos habian soltado para dividirlos y desordenarlos, fueron acometidos del Alarabi con solos cuatro arcabuceros por la escolta, cargados de otros treinta que les hacian espaldas, y puestos en confusion: tras esto cargó el resto de la gente del Alarabi, que rompió del todo la escolta, sin hacer resistencia los que iban á la defensa. Dió el Piceni en la caballería, que era de retaguardia, la cual rompió, y ella la infantería; lo mismo hizo Martel con los últimos de la vanguardia del marqués al arroyo de Vayarzal, lo uno y lo otro tan callando, que no se sintió voz ni palabra. Yba el Piceni egecutando la retaguardia de manera, que parecia á los nuestros que lo vian ir egecutando al Martel.

Siguieron este alcance sin volver la caballería, ni rehacerse la infantería hasta cerca de la Calahorra, todos á una, matando el Alarabi enfermos y bagageros, y desviando bagages; llegó el arma con el silencio y miedo de los nuestros al marqués tan tarde, que no pudo remediar el inconveniente, aunque con veinte caballos y algunos arcabuceros procuró llegar: murieron muchos enfermos que iban en la escolta, muchos de los moros y bagageros; entre estos y soldados cuasi mil personas: quitaron setenta moriscas cautivas, y lleváronse mas de trecientas bestias sin las que mataron; cautivaron quince hombres, no perdieron uno: aconteció esta desgracia en 16 de Abril. Llevó el marqués las sobras de la gente rota, y lo demás de lo que pudo salvar á la Calahorra, y reformándose de gente en Guadix, salió adonde estaba don Juan. Los enemigos habiendo puesto la presa en cobro, quedaron seis dias en el paso, y por la sierra.

Mas el duque entendiendo la desgracia, y el poco aparejo de proveerse por la parte de Guadix, fiando poco de la gente, quiso

acercarse mas á la mar por haber vitualla de Málaga; y por ser el Abril entrado, y dar el gasto á los panes, quitar á los enemigos el paso para Berbería, vino á Verja ya despues de haber talado la cogida en el Alpujarra; y hizo lo mismo en el campo de Dalias, donde tenian sus esperanzas de cebada y grano. Al alojar en Verja hubo una pequeña escaramuza, en que murieron de los nuestros algunos; de los moros segun ellos cuarenta. Mas la hambre y poca ganancia, y el trabajo de la guerra, y la costumbre de servir á su voluntad y no á la de quien los manda, pudo con los soldados tanto, que sin respeto de que hubiesen sido bien tratados de palabra, y ayudados de obra, con dinero, con vitualla, quitando lo uno y lo otro á la gente de su casa, y á veces á su persona, se desranchaban como habian hecho con el marqués de Velez: pero acostumbrado á ver y sufrir semejantes vueltas en los soldados, vino de Verja á Adra, donde tuvo mas vitualla, aunque no mas sosiego con la gente: parecíales desacato culparle, y volvíanse contra don Juan de Mendoza,

y decian palabras sin causa; acriminábanle la muerte de un soldado de quien hizo justicia como juez, porque debia ser loado; amenazában, protestaban de no quedar á su gobierno; escusábanse de don Juan que ya andaba entre ellos recatado: no dejaban de poner bolatines (llaman ellos bolatines, las cédulas que de noche esparcen con las quejas contra sus cabezas cuando andan en zelo para amotinarse, en que declaran su ánimo, y mueven los no determinados con quejas y causas de sus cabezas); saliéronse de Adra trecientos arcabuceros, ó fuese, segun ellos publicaban, haciendo escolta á un correo: y dando en los enemigos fueron los docientos y treinta muertos por el alcaide Alarabi y el Moxaxar, y cautivos setenta: no se supo mas de lo que los moros refieren, y que entendiendo de uno de los cautivos como nuestro campo habia desalojado de Uxixar con pérdida y desórden, y dejado municiones escondidas, sacaron de un algibe cantidad de plomo, municiones, y embarazos. En el mismo tiempo mataron los moros, que Abenabó enviaba la vuelta de

Bentomiz, gente de sus casas que iban á Salobreña, y entre ellos mercaderes italianos y españoles, tomándoles el dinero: y los que envió hácia Granada, cautivaron peleando con muchas heridas á don Diego Osorio, que venia con despachos del Rey para don Juan y el duque, en que se trataba la resolucion de la guerra, y concierto que se habia platicado con los moros y turcos por mano del Habaqui; matáronle veinte arcabuceros de escolta, y él tuvo manera como soltarse; y aunque herido, vino sin las cartas á Adra.

Ya don Juan trataba con calor la reduccion de los moros, y la ida de los turcos á Berbería: mas algunos de los ministros (ó que les pareciese hacer su parte, y prevenir las gracias á don Juan, ó que mas fácilmente se podia acabar, cuanto por mas partes se tratase con ellos) metiéronse á platicar de conciertos (dicen que algunos sobresanadamente) y dejaban de condenar la manera del trato que don Juan traía, holgando que se publicasen por concedidas las condiciones que los enemigos pedian, aunque exorbitantes. Por otra

parte en Granada cuanto á la guerra se procedia con toda seguridad en el gobierno del presidente; pero cuanto á la paz con licencia, en el tratamiento que se hacia á los moriscos reducidos, y que venian á reducirse; y poniendo algunos impedimentos, y mostrando zelos de don Alonso Venegas, enviaban moriscos á toda Castilla: sacaban los ministros muchos para galeras, denostaban á los que se iban á rendir, y por livianas causas los daban por cautivos, su ropa perdida; trataban del encierro como perjudicial, ayudábanse por vias indirectas del cabildo de la ciudad que estaba oprimido y sujeto á la voluntad de pocos, todo en ocasion de estorbo: no dando cuenta particular á don Juan para que él la diese al Rey, haciendo cabeza de sí mismos, escribiendo primero por su parte con palabras sobresanadas, tocaban á veces en su autoridad, ó fuese (segun el pueblo) para que las armas no les saliesen de las manos, ó ambiciones de su opinion, por excluir toda manera de medios, que no fuese sangre; ofendidos que pasase algo sin darles cuenta particular. Los

efectos manifiestos daban licencia para que fuesen juzgados diversamente, y todos en daño del negocio; y aun añadian que estando el Rey en Córdoba, no faltaba atrevimiento para escribir trocadamente, y hacer negociacion del estorbo, sospechando él alguna cosa: atrevimiento que suele acontecer á los que andan por las Indias, con los que desde España los gobiernan; por donde hay mas que maravillar de la disimulacion que los reyes tienen cuando siguen sus pretensiones, que pasan por los estorbos sin dar á entender que son ofendidos.

Tenia el duque avisos ansi por espías como por cartas tomadas, que los turcos se armaban para socorrer á Abenabó, por la parte de Castil de ferro, aunque pequeño, á propósito para desembarcar gente, y por el aparejo de la Rambla juntarse seguramente con los enemigos. Parecíale que si esto se hacia, deshaciéndose por horas de su gente, podia ser ofendido, ó á lo menos encerrado con poca reputacion nuestra, y mucha de ellos. Acordó combatir aquella plaza y los enemi-

gos, si viniesen á socorrerla; y trujo por mar de Almería piezas de batir, púsose sobre ella, repartió los cuarteles, vinieron las galeras en ayuda y para impedir el socorro de Argel, encomendó la batería al marqués de la Favara, que puso diligencia en asentarla. Llegóse y combatió por mar con las galeras, y por tierra con tanta priesa, que abrió portillo para batalla. Murieron dentro algunos con la artillería, y entre los principales Leandro á cuyo cargo estaba el castillo, sin otro daño nuestro mas del poco que sus piezas hicieron en una galera. Los soldados turcos, y moros que estaban á la defensa que eran cincuenta y dos, desconfiados del socorro de Berbería, sus armas en las manos y una muger consigo, salieron por la batería y nuestras centinelas, con la escuridad de la noche y confusion de la arma, guiándolos Mevaebal su capitan que dos dias antes habia entrado. Es fama (que de los nuestros procedió) que de ellos murieron doce, pero no se vieron en nuestro campo, y refieren los moros que todos llegaron al de Abenabó, algunos de ellos heridos. Desampa-

rado Castil de ferro envió por la mañana á don Juan de Mendoza y al marqués de la Favara y otros, que se apoderasen de él. Hallaron dentro algunos viejos, y berberíes, y turcos mercaderes, hasta veinte hombres, y diez y siete mugeres de moriscos que las tenian para embarcar, alguna ropa, veinte quintales de bizcocho, y la artillería que antes estaba en el castillo poca y ruin. Entendióse por uno de estos moros que estándole batiendo llegaron catorce galeras de turcos con socorro, y se tornaron oyendo el ruido de la artillería. Sonó la toma de Castil de ferro, tanto por el aparejo y la importancia del sitio, por haber sido perdido y recuperado, por ser en ocasion que los enemigos venian á darle socorro, cuanto por la calidad del hecho.

En el mismo tiempo envió don Juan á don Antonio de Luna con mil y quinientos infantes de la tierra, las compañías del duque de Sesa y Alcalá, y la caballería de los duques de Medina Sidonia y Arcos, para que asegurase la tierra de Velez-Málaga contra los que en Frixiliana se habian recogido. Sa-

lió de Antequera con esta gente, mas con poco trabajo, escaramuzando á veces, unas con ventaja suya, otras de los moros, comenzó un fuerte en Competa, legua y media de Frixiliana, lugar que fue donde antiguamente se juntaban de la comarca en una feria, y por esto le llamaban los romanos *Compita*, agora piedras y cimientos viejos, como quedaron muchos en el reino de Granada: otro hizo en el Saliar; y con haber enviado mil hombres á correr el rio de Chillar, y tornado con poca presa y pérdida igual, dejando en los fuertes cada dos compañías, volvió la gente á Antequera, y él á su casa con licencia. Recogióse el duque con su campo en Adra esperando en que pararia la plática que se traía con el Habaqui, donde fue proveído de Málaga por Pedro Verdugo bastantemente, y con algun regalo. Pasaban seguras las escoltas de su campo al de don Juan; pero los soldados gente libre y disoluta, á quien por entonces la falta de pagas y vitualla habia dado mas licencia, y quitado á los ministros el aparejo de castigarlos, estaban con

igual descontentamiento en la abundancia que en la hambre; huían como, y por donde, y siempre que podian; de tantas compañías quedaron solos mil y quinientos hombres, los mas de ellos particulares y caballeros que seguian al duque por amistad; con ellos mantenia y aseguraba mar y tierra. Tornó el Rey á Córdoba por Jaen y por Úbeda y Baeza, remitiendo la conclusion de las cortes para Madrid donde llegó.

No era negocio de menos importancia y peligro lo de la sierra de Ronda, porque estaba cubierto, y los ánimos de los moriscos con la misma indignacion que los de la Alpujarra, y rio de Almería y Almanzora: montaña áspera y difícil, de pasos estrechos, rotos en muchas partes, ó atajados con piedras mal puestas, y árboles cortados y atravesados, aparejos de gente prevenida. El consejo mas seguro pareció al Rey antes que se acabasen de declarar, asegurarse, sacándolos fuera de la tierra con sus familias como á los demás. Para esto mandó á don Juan que enviase á don Antonio de Luna con la gente que le pare-

ciese, y que por halagos y con palabras blan-
das sin hacerles fuerza ni agravio, ó darles
ocasion de tomar las armas, los pusiese en
tierra de Castilla adentro, enviando con ellos
guarda bastante. Recibida la órden de don
Juan partió don Antonio de Antequera á 20
de Mayo, llevando consigo dos mil y qui- 1570.
nientos infantes de guarda de aquella ciudad,
y cincuenta caballos. Era toda la gente que
don Antonio sacó de Ronda cuatro mil y
quinientos infantes, y ciento y diez caballos.
El dia que partió, envió á Pedro Bermudez,
á quien el Rey habia enviado á la guardia de
aquella ciudad, para que con quinientos in-
fantes en Xubrique, pueblo de importancia y
lugar á propósito, estuviese haciendo espaldas
á los que habian de sacar los moriscos: junta-
mente repartió las compañías por otros luga-
res de la tierra, dándoles órden que en una
hora todos á un tiempo comenzasen á sacar
los moros de sus casas. Partieron el sol levan-
tado á las ocho horas de la mañana. Mas los
moros, que estaban sospechosos y recatados,
como descubrieron nuestra gente, subiéronse

con sus armas á la montaña, desamparando casas, mugeres, hijos, y ganados: comenzaron á robar los soldados (como es costumbre) cargarse de ropa, hacer esclavos toda manera de gente, hiriendo, matando sin diferencia á quien daba alguna manera de estorbo. Vista por los moros la desórden, bajaban por la sierra, mataban los soldados, que codiciosos y embebidos con el robo desampararon la defensa de sí mismos y de sus banderas: iba esta desórden creciendo con la escuridad de la noche: mas Pedro Bermudez hombre usado en la guerra, dejando alguna gente en la iglesia de Xubrique á la guarda de las mugeres, niños y viejos, que allí tenia recogidos, escogió fuera del lugar sitio fuerte donde se recogiese: entraron los moros en el lugar, y combatiendo la iglesia sacaron los que en ella estaban encerrados, quemándola con los soldados sin que pudiesen ser socorridos: luego acometieron á Pedro Bermudez, que perdió cuarenta hombres en el combate, y hubo algunos heridos de una y otra parte, y con tanto se acogieron los enemigos á la sierra.

Vista por don Antonio la desórden, y lo poco que se habia hecho, retiró las banderas con hásta mil y docientas personas; pero con muchos esclavos y esclavas, ropa y ganado en poder de los soldados, sin ser parte para estorbarlo: recogióse á Ronda, donde, y en la comarca la gente públicamente vendia la presa, cómo si fuera ganada de enemigos. Deshízose todo aquel pequeño campo, como suelen los hombres que han hecho ganancia, y temen por ello castigo: pues enviando la gente que sacó de Antequera á sus aposentos, y cuasi las mil y docientas personas á Castilla sin hacer mas efecto, partió para Sevilla á dar al Rey cuenta del suceso. Cargaban á don Antonio los de Ronda y los moros juntamente: los de Ronda, que habiendo de amanecer sobre los lugares, habia sacado la gente á las ocho del dia, y que la habia dividido en muchas partes, que habia dado confusa la órden dejando libertad á los capitanes: los moros, que les habian quebratando la seguridad y palabra del Rey que tenian como por religion ó vínculo inviolable; que estando re-

sueltos de obedecer á los mandamientos de su señor natural, les habian por este acatamiento y sacrificio que hacian de sus casas, mugeres y hijos, y de sí mismos, robado y dejado por hacienda y libertad, las armas que tenian en las manos, y la aspereza y esterilidad de la montaña, donde por salvar las vidas se habian acogido, aparejados á dejarlo todo, si les restituían las mugeres y hijos, y viejos cautivos, y ropa que con mediana diligencia pudiese cobrarse. Habia tantos interesados, que por solo esto fueron tenidos por enemigos; no embargante que se hallase haberse movido provocados y en defension de sus vidas. Escusábase don Antonio con haber repartido la gente como convenia por tierra áspera y no conocida; poderse caminar mal de noche; que repartida la gente, á ciegas, deshilada, fácilmente pudiera ser salteada y oprimida de enemigos avisados, pláticos en los pasos, y cubiertos con la escuridad de la noche; la gente libre, mal mandada, peor disciplinada, que no conoce capitanes ni oficiales, que aun el sonido de la caja no enten-

dian; sin órden, sin señal de guerra, solamente atentos al regalo de sus casas, y al robo de las agenas: fueron admitidas las razones de don Antonio por ser caballero de verdad y de crédito, y dada toda la culpa á la desórden de la gente, confirmada ya con muchos sucesos en daño suyo.

Ido don Antonio, salió la gente de la comarca, cristianos viejos, á robar por los lugares, mugeres, niños, ganados; sobras de la de don Antonio que fue como he dicho creido, por tenerse buen crédito de su persona, y por no tenerse bueno por entonces de los soldados en comun. Mas los enemigos persuadidos de los que habian huido de la Alpujarra, y libres de todos los embarazos, despojados de lo que se suele querer bien y dar cuidado, comenzaron á hacer la guerra descubiertamente, recoger las mugeres, hijos, y vitualla que les habia quedado; fortificarse en sierra Bermeja y sierra de Istan; tomar la mar á las espaldas para recibir socorro de Berbería, y bajar hasta las puertas de Ronda; desasosegar la tierra, robar ganados, cautivar,

matar labradores, no como salteadores, sino como enemigos declarados. Estaba como tengo dicho á la sazon el rey don Felipe en Sevilla, suplicado por la ciudad, que viniese á recibir en ella servicio.

Sevilla es en nuestro tiempo de las célebres, ricas, y populosas ciudades del mundo: concurren á ella mercaderes de todo poniente, especialmente del nuevo mundo que llamamos Indias, con oro, plata, piedras, esmeraldas, poco menores que las que maravillaba la antigüedad en tiempo de los reyes de Egipto: pero en gran abundancia, cueros y azucar, y la yerba que sucede en lugar de púrpura, ó (por usar del vocablo arábigo y comun) carmesí; cochinilla la llaman los indios, donde ella se cria. Fue Sevilla la segunda escala que pobladores de España hicieron, cuando con el gran rey y capitan Baco (á quien llamaban Libero por otro nombre) vinieron á conquistar el mundo. La ocasion nos convida tratando de tan gran ciudad á declarar nuestra opinion, como en cosa tan dudosa por su antigüedad, acerca de la fundacion de

ella, y del nombre de toda España. Dese la autoridad á los escritores, y el crédito á las congeturas. Marco Varron, autor gravísimo, y diligente en buscar los principios de los pueblos dice (segun Plinio refiere) que en España vinieron los persas, iberos, y fenices, todas naciones de oriente, con Baco. Por este se entiende tambien haber sido hecha la empresa de la India, segun los escritos de Nono poeta griego, que compuso de los hechos de Baco, y llamó Dionysiaca, porque se llamaba, demás del nombre de Baco, y Libero, Dionysio. Dice tambien Salustio en sus historias haber él mismo pasado en Bervería, y dado principio á muchas naciones: con este Baco vinieron capitanes hombres señalados, y mugeres que celebraban su nombre, uno de los cuales se llamó Luso; y una de las mugeres Lyssa, que dice el mismo Marco Varron haber dado el nombre á la parte de Portugal, que antiguamente llamaban Lusitania. Tuvo Baco un lugarteniente que digeron Pan, hombre áspero y rústico, á quien la antigüedad honró por dios de los pastores,

ó quizá eran conformes en el nombre; pero por intervenir en las procesiones ó fiestas de Baco el Pan, se puede creer ser el mismo: este Pan, dice Varron, que dió nombre á toda España, y lo mismo Appiano Alexandrino en sus historias, en el libro que llaman Español, y en griego Iberice. *Panios* quiere decir cosa de Pan; y el *hi*, que tiene delante, dice el artículo, que juntado con el *panios*, dirá la tierra ó provincia de Pan (17): quedó á los españoles el vocablo griego, ni mas ni menos que los griegos lo pronuncian, ambiciosos de dar nombre en su lengua á las naciones hispánicas; y pronunciámoslo nosotros España: de aquí vino á decirse que Hispan, ó el Pan que los griegos llaman lugarteniente, fue sobrino de Hércules, y que dió el nombre á España. Lo cierto es que Baco dejó por aquella comarca lugares del nombre de los que le seguian; y que dos veces vino el que llamaron Hércules, ó fuesen dos Hércules en aquella parte de España. El nombre

(17) Sus dudas les quedan á los peritos en el griego, mas no es este el luger de disputarlas.

pudo venir á Sevilla de haber sido poblada, cuando la segunda vez Hércules, ó fuese Baco, ó fuese Hércules tebano vino en España; y si así fue, presupuesto que en la lengua griega *palin* quiere decir otra vez, y *hi*, la: el nombre de Hispalis querrá decir la de otra vez, porque los griegos son fáciles en acabar en la letra s. Demás del concurso de mercaderes y estrangeros, moran en Sevilla tantos señores y caballeros principales, como suele haber en un gran reino; entre ellos hay dos casas ambas venidas del reino de Leon, ambas de grande autoridad y grande nobleza, y en que unos, ó otros tiempos no faltaron grandes capitanes: una la casa de Guzman duques de Medina Sidonia, que en tiempo antiguo fue poblacion de los de Tiro, poco despues de poblada Cádiz, destruida por los griegos y gente de la tierra, y restaurada por los moros segun el nombre lo muestra; porque en su lengua *medina* quiere decir lo que en la nuestra, puebla; como si digésemos la Puebla de Sidonia: este linage moró gran tiempo en las montañas de Leon, y vinieron

con el rey don Alonso el VI. á la conquista de Toledo, y de allí con el rey don Fernando el III. á la de Sevilla, dejando un lugar de su nombre, de donde tomaron el nombre con otros treinta y ocho lugares de que entónces eran ya señores. El fundador de la casa fue el que, guardando á Tarifa, echó el cuchillo, con que degollaron á su hijo que tenia por hostaje, por no rendir él la tierra á los moros. La otra casa es de los Ponces de León, descendientes del conde Hernan Ponce que murió en el Portillo de Leon, cuando Almanzor rey de Córdoba la tomó: dicen traer su orígen de los romanos que poblaron á Leon, y su nombre de la misma ciudad; duques en otro tiempo de Cádiz hasta el que escaló á Alhama, y dió principio á la guerra de Granada, y despues que sus nietos fueron en tutorías despojados del estado por los reyes don Fernando y doña Isabel, se llamaron duques de Arcos, que los antiguos españoles decian Arcobrica, poblacion de las primeras de España, antes que viniesen los de Tiro á poblar Cádiz. Los señores de aquestas dos ca-

sas siempre fueron émulos en aquella ciudad, y aun cabezas á quien se arrimaban otras muchas de la Andalucía: de la de Medina era señor don Alonso de Guzman, mozo de grandes esperanzas; de la de Arcos don Luis Ponce de Leon, hombre que en la empresa de Durlan habia seguido sin sueldo las banderas del rey don Felipe, inclinado y atento á la arte de la guerra: á estos dos grandes encomendó el Rey el sosiego y pacificacion de la sierra de Ronda, por tener á ella vecinos sus estados. Grandes llaman en España los señores á quien el Rey manda cubrir la cabeza, sentar en actos y lugares públicos, y la Reyna se levanta del estrado á recibir á ellos y á sus mugeres, y les manda dar por honra cojin en que se sienten, ceremonias que van y vienen con los tiempos y voluntades de los príncipes; pero firmes en España en solas doce casas, (18) entre las cuales estas dos son

(18) Ojála nombrára los doce Grandes de España firmes como nombró solos estos dos; porque han crecido ya tanto los que dice haberse acrecentado con el favor y la riqueza, que apenas los distinguimos de aquellos originarios.

y fueron de grande autoridad. Despues que creció el favor y la riqueza, por merced de los reyes han acrecentádose muchas. Dió poder el Rey á estos dos príncipes, para que en su nombre concertasen y recogiesen los moriscos, y les volviesen las mugeres, hijos y muebles, y los enviasen por España la tierra adentro; pues no habian sido partícipes en la rebelion, y lo sucedido habia sido mas por culpa de ministros que por la suya. Tenia el duque de Arcos una parte de su estado en la serranía de Ronda, que hubo su casa por desigual recompensa de Cádiz, en tiempo de tutorías; parecióle por aprovechar llegarse á Casares lugar suyo, y dende mas cerca tratar con los moros: envió una lengua que fue y volvió no sin peligro; lo que trajo es, que á ellos les pesaba de lo acontecido; que por personas suyas vendrian á tratar con el duque, donde y como él mandase, y se reducirian y harian lo que se les ordenase con ciertas condiciones. Esto afirmaron en nombre de todos el Alarabique y el Ataifar, hombres de gran autoridad y por quien ellos se goberna-

ban: bajó el Alarabique y el Ataifar á una hermita fuera de Casares, y con ellos una persona en nombre de ca da pueblo de los levantados. Mas el duque, por escandalizarlos menos, y mostrar confianza, vino con pocos: osadía de que suelen suceder inconvenientes á las personas de tanta calidad. Hablóles, persuadióles con eficacia, y ellos respondieron lo mismo, dando firmados sus capítulos; y con decir que daria aviso al Rey, se partió de ellos; mas antes que la respuesta del Rey volviese, le vino mandamiento, que juntando la gente de las ciudades de la Andalucía vecinas á Ronda, estuviese á punto para hacer la guerra, en caso que los moros no se quisiesen reducir: mandó apercebir la gente de la Andalucía y de los señores de ella, de á pie y de á caballo, con vitualla para quince dias, que era lo que parecia que bastase para dar fin á esta guerra: en el entretanto que la gente se juntaba, le vino voluntad de ver y reconocer el fuerte de Calalui en sierra Bermeja (19), que

(19) Calaluz le llama Zurita pág. 5. lib. 4. cap. 32.

los moros llaman Gebalhamar, á donde en tiempos pasados se perdieron don Alonso de Aguilar, y el conde de Ureña; don Alonso señalado capitan, y ambos grandes príncipes entre los andaluces: el de Ureña abuelo suyo de parte de su madre; y don Alonso bisabuelo de su muger. Salió de Casares descubriendo y asegurando los pasos de la montaña; provision necesaria por la poca seguridad en acontecimientos de guerra, y poca certeza de la fortuna. Comenzaron á subir la sierra, donde se decia que los cuerpos habian quedado sin sepultura: triste y aborrecible vista y memoria: habia entre los que miraban nietos y descendientes de los muertos, ó personas que por oídas conocian ya los lugares desdichados. Lo primero dieron en la parte donde paró la vanguardia con su capitan por la escuridad de la noche, lugar harto estendido y sin mas fortificacion que la natural, entre el pie de la montaña y el alojamiento de los moros; blanqueaban calaveras de hombres y huesos de caballos amontonados, desparcidos, segun, como, y donde habian parado; pedazos de armas,

frenos, despojos de jaezes: vieron mas adelante el fuerte de los enemigos, cuyas señales parecian pocas, y bajas, y aportilladas: iban señalando los pláticos de la tierra donde habian caido oficiales, capitanes, y gente particular: referian como y donde se salvaron los que quedaron vivos, y entre ellos el conde de Ureña, y don Pedro de Aguilar hijo mayor de don Alonso: en que lugar y donde se retrajo don Alonso y se defendia entre dos peñas; la herida que el Ferí cabeza de los moros le dió primero en la cabeza y despues en el pecho, con que cayó; las palabras que le dijo andando á brazos: *yo soy don Alonso*; las que el Ferí le respondió cuando le heria: *tu eres don Alonso, mas yo soy el Ferí de Benastepar*, y que no fueron tan desdichadas las heridas que dió don Alonso, como las que recibió. Lloráronle amigos y enemigos, y en aquel punto renovaron los soldados el sentimiento; gente desagradecida, sino en las lágrimas. Mandó el general hacer memoria por los muertos, y rogaron los soldados que estaban presentes que reposasen en paz, in-

ciertos si rogaban por deudos ó por estraños: y esto les acrecentó la ira y el deseo de hallar gente contra quien tomar venganza.

Vista la importancia del lugar, si los enemigos le ocupasen, envió dende á poco el duque una bandera de infantería, que entrase en el fuerte y lo guardase. Vino en este tiempo resolucion del Rey que concedia á los moros cuasi todo lo que le pedian que tocaba al provecho de ellos, y comenzaron algunos á reducirse; pero con pocas armas, diciendo, que los que en su campo quedaban no se las dejaban traer. Habia entre los moros uno llamado el Melqui, hombre atrevido y escandaloso, imputado de heregía, y suelto de las cárceles de la inquisicion, ido y vuelto á Tituan: éste, ó que le parecia que perdia el crédito de hasta entonces, ó que fuese obligado al príncipe de Tituan, juntó el pueblo, que ya estaba resoluto á reducirse, disuadiéndole, y afirmando lo que con ellos trataba el Alarabique ser engaño y falsedad, haber recibido del duque nueve mil ducados, vendido por precio su tierra, su casta, y los hijos, muge-

res y personas de su ley: venidas las galeras á Gibraltar, la gente levantada, las cuerdas en las manos á punto, con que los principales habian de ser ahorcados: y el pueblo atado y puesto perpetuamente al remo, para sufrir hambre, frio, y azotes, y seguir forzados la voluntad de sus enemigos, sin esperanza de otra libertad sino la muerte. Tuvieron estas palabras y la persona tanta fuerza, que se persuadió el pueblo ignorante, y tomando las armas hicieron pedazos al Alarabique, y á otro compañero suyo berberí, que era de la misma opinion: con esto mudaron de propósito, y quedaron mas rebeldes que estaban: algunos que quisieran reducirse, estorbados por el Melqui con guardas, y espantados con amenazas, dejaron de hacello: los de Benahabiz, lugar de importancia en aquella montaña, enviaron por el perdon del Rey con propósito de reducirse; llevólo un moro llamado el Barcoqui, juntamente con carta del duque para Marbella, y los que guardaban el fuerte de Montemayor, que tuviesen cuenta con él y sus compañeros, acompañándolos hasta de-

jarlos en lugar seguro: mas la gente ó por codicia de algo (si lo llevaban) ó por estorbar la reduccion, con que cesaria la guerra, hiciéronlo tan al contrario, que mataron al Barcoqui: esta desórden mudó á los de Benahabiz, y confirmó la razon del Melqui de manera, que no fue parte el castigo que el duque hizo de ahorcar y echar en galeras los culpados, para estorbar el motin general. Apercebida la gente, vino el duque á Ronda, donde hizo su masa, y salió con cuatro mil infantes y ciento y cincuenta caballos, á ponerse algo mas camino que dos leguas de la sierra de Istan, donde los enemigos le esperaban fortificados; lugar asperísimo y dificultoso de subir, las espaldas á la mar; dejando en Ronda á Lope Zapata hijo de don Luis Ponce, para que en su nombre recogiese y encaminase los moros que viniesen á reducirse: vinieron pocos ó ningunos escandalizados del caso del Barcoqui, y espantados, porque en Ronda y en Marbella el pueblo habia rompido la salvaguardia del duque y fe del Rey, matando cuasi cien moros al salir de los lu-

gares. No le pareció al duque detenerse á hacer el castigo; pero envió por juez al Rey, que castigó los culpados como convenia; y él caminó á la Fuenfria, donde se encendió fuego en el campo, que puso en cuidado, ó fuese echado por los enemigos, ó por descuido de alguno: el autor y el fuego cesó por industria y diligencia del duque.

El dia siguiente con mil infantes y alguna caballería reconoció el fuerte de los enemigos desde la sierra de Arboto puesta en frente de él, juntamente con el alojamiento y lugar de la agua: y aunque se mostraron los enemigos algo mas abajo fuera de su fuerte, no fueron acometidos; ansi por ser cerca de la noche, como por esperar á Arévalo de Suazo con la gente de Málaga. Entre tanto puso su guardia en la sierra de Arboto con harta contradicion de los enemigos; porque juntamente acometieron el alojamiento del duque, y trabaron una escaramuza tan larga que duró tres horas, no muy apriesa, pero bien estendida: eran ochocientos hombres arcabuceros y ballesteros, y algunos con armas

enhastadas; mas visto que con dos banderas de arcabuceros les tomarian la cumbre, se retiraron á su fuerte con poco daño de los nuestros, y alguno de los suyos. Reforzóse la guardia de aquel sitio, por ser de importancia, con otras dos banderas; y era ya llegado Arévalo de Suazo con dos mil infantes de Málaga y cien caballos, con que se tomó resolucion de combatir los enemigos en su fuerte al otro dia: á la parte del norte que la subida era mas difícil, envió el duque á Pedro Bermudez con ciento y cincuenta infantes, que tomase las dos cumbres, que suben al fuerte, con dos banderas de arcabuceros, haciéndoles espaldas con el rostro á la mano derecha Pedro de Mendoza con otra tanta gente y la mesma órden, dejando entre sí y Pedro Bermudez una parte de la montaña que los moros habian quemado, porque las piedras que desde arriba se tirasen corriesen por mas descubierto, y con menos estorbo: Arévalo de Suazo con la gente de su cargo se seguia á la mano derecha, y con dos banderas de arcabucería delante: mas á mano derecha

de Arévalo de Suazo, Luis Ponce de Leon con seiscientos arcabuceros por un pinar, camino menos embarazado que los otros. El duque escogió para sí con el artillería y caballería y mil y quinientos infantes, el lugar entre Pedro de Mendoza y Arévalo de Suazo, como mas desembarazado, así mas descubierto: mandó á Pedro de Mendoza con mil infantes y algun número de gastadores, que fuese adelante aderezando los pasos para la caballería, y que todos al pasar se cubriesen con la falda de la montaña y quebrada hácia el arroyo, que á un tiempo comenzasen á subir igualmente y á pequeño paso, guardando el aliento para su tiempo: quedaba con esta órden la montaña cercada, sino por la parte de Istan, que no podia con la aspereza recibir gente. Víanse unos á otros, y todos se podian cuasi dar las manos: quedó resoluto combatir los enemigos otro dia á la mañana. Mas los moros viendo que Pedro de Mendoza estaba mas desviado, y en parte donde no podia con tanta diligencia ser socorrido, acometiéronle al caer de la tarde

con poca gente y desmandada, trabando una escaramuza de tiros perdidos. Pedro de Mendoza confiado de sí mismo, soldado de no mucho tiempo y no tanta experiencia, pudiendo guardar la órden y contentarse con estar quedo y sin peligro, saltó á la escaramuza con demasiado calor. Deshízose la gente por la montaña arriba sin órden, sin guardar unos á otros; y los moros unas veces retirándose, otras reparándose, parecian ir cerrando á los nuestros; visto el peligro, y no pudiéndolo ya estorbar Pedro de Mendoza (ó fuese recelo ó desconfianza de su poca autoridad con la gente, aunque la habia tenido para meterla delante) envió á avisar al duque, pero á tiempo que puesto que hubiese enviado á retirarla tres capitanes, fue necesitado á tomar lo alto para reconocer el lugar; el duque con los que con él se hallaban y los que pudo retirar, atravesó donde estaban los que subian, y valió tanto su autoridad, que la gente desmandada se detuvo, y los moros que ya habian comenzado á desemboscarse y se mostraban á los enemigos, vista la determinacion

del duque se recogieron á su fuerte, en ocasion de que estaba cerca la noche, y la gente de Pedro de Mendoza cansada y desordenada; y se temian de algun desastre, especialmente los que traían á la memoria el acontecimiento de don Alonso de Aguilar por los mismos términos.

Hallóse el duque tan adelante, que vistas las celadas descubiertas, y los moros puestos en órden de cargar á la gente que subia; y que era imposible retirallos todos, quisó aprovecharse de la desórden; y con la gente que traía consigo y la que habia recogido, todo á un tiempo acometió á los enemigos, y pegóse con el fuerte de manera, que fue de los primeros al entrar. Màs los moros que no osaron esperar el ímpetu de los nuestros, se descolgaron por lugares de la montaña, qué era luenga y continuada; y de allí se repartieron, unos á Rioverde, otros á la vuelta de Istan; otros á la de Monda, y otros á la de sierra Blanquilla; dejando de sus mugeres y hijos como cuatrocientas personas: embarazo de guerra, y gente inútil que les comian los

bastimentos, quedando mas ahorrados para hacer la guerra por aquellas montañas: todavía envió á seguir el alcance con poco fruto, por ser la noche y tierra tan cerrada, él pasó en el fuerte de los enemigos sin ropa, ni vitualla; y visto que todos se habian esparcido, y que la montaña quedaba desamparada, dejó el fuerte; y dando licencia á la gente de Málaga con órden de correr la tierra á una y otra parte, pasó con la resta de su campo á Istan, y envió cuatro compañías sin banderas: el efecto que hicieron las tres, fue quemar dos barcas grandes que tenian fabricadas para pasar á Tituan: la cuarta con su capitan Morillo, á quien el duque mandó que corriese Rioverde, no guardando la órden, dió en los enemigos no lejos de Monda, en un cerro que los de la tierra llaman Alborno, á vista de Istan; y seguido, y rota la gente se retiró: era el lugar tan cerca del campo, que se oyeron los golpes de arcabuces, y con sospecha de lo que podia ser, se ordenó al capitan Pedro de Mendoza socorriese y recogiese la gente. Mas llegando á vista de los enemigos con-

tentóse con solo recoger algunos que huían, y estuvo sin pasar adelante, ó fuese temiendo alguna emboscada (aunque el lugar era gran trecho descubierto) ó arrepentido de la demasiada diligencia del dia antes en la sierra de Istan: murió la mayor parte de la compañía y su capitan peleando. El mismo dia, los moros que andaban repartidos encontraron con el alcaide de Ronda, y capitan Ascanio, que con ciento y cincuenta soldados y otra gente habia salido sin órden y sabiduría del duque, como hombres que no estaban á su cargo, matáronlos con la mayor parte de la compañía: el mismo acometimiento hicieron contra un correo, que partió del campo para Granada con escolta de cien soldados, aunque con pérdida de algunos se recogió en Monda. Entendiendo pues el duque que por la sierra andaba cuantidad de moros, envió órden á Arévalo de Suazo que con la gente de Málaga tornase á Monda; y á don Sancho de Leiva general de las galeras de España que enviase ochocientos infantes de la gente que andaba á su cargo; y á Pedro Bermudez que

viniese con la de Ronda, y él con la què habia quedado se vino á esperarlos á Monda: de donde junta la gente partió ahorrado sin estorbos la vuelta de Hojen, y allí le encontró don Alonso de Leiva hijo de don Sancho con ochocientos soldados de Galera. Entendiase que los moros esperaban á una legua, y con este presupuesto ordenó el duque á Pedro Bermudez, que con mil arcabuceros de los de su cargo tomase la mano izquierda, y á don Alonso con la gente que habia tenido fuese derecho á Hojen por un monte que dicen el Negral; él con lo demás del campo siguió derecho el Corvachin, tierra de grande aspereza: con esta órden se llegó á un tiempo al lugar donde los enemigos habian estado, y de allí bajando hasta llegar á vista de la Fuengirola, sin hallar otra cosa sino rastros de gente, y sobras de comida (porque los moros recelándose que serian descubiertos se habian esparcido, como es su costumbre y estendido por todas las montañas) dió el duque licencia á don Alonso que tornase á embarcarse; y á Arévalo de Suazo á Málaga, corriendo

primero la tierra: él volvió á Monda y de allí á Marbella. Este lugar es el que los antiguos llaman Barbesola: mas el que agora llamamos Monda, pienso que fue poblado de los habitadores de Monda la vieja, tres leguas mas acá, donde parecen señas y muestras mas claras de haber sido la antigua Monda, siguiendo los moros que conquistaron á España su antigua costumbre, de pasar los moradores de unos lugares á otros con el nombre del lugar que dejaban: en Ronda y otras partes se ven estatuas, y letreros traídos de Monda la vieja; y en torno de ella, la campaña, atolladeros, y pantanos en el arroyo de que Hirtio hace memoria en sus historias.

Habia ya cumplido la gente de las ciudades y señores el tiempo que eran obligados á servir por el llamamiento, y las aguas hartado la tierra para sembrar: faltaba el provecho de la guerra, por la diligencia que los moros ponian en las guardas por todo, en alzar, y esconder la ropa, mugeres, y niños, en esparcirse pocos á pocos en las montañas, y gran parte de ellos pasar á Berbería, donde

con cualquier aparejo tenian la traviesa corta y mas segura, no podian ser seguidos con egército formado, y el que habia se iba poco á poco deshaciendo: pareció consejo de necesidad enviar la gente á sus casas, y el duque volver á Ronda, guarnecer los lugares de donde con mayor facilidad los enemigos pudiesen ser perseguidos y echados de la tierra, y andar tras de ellos en cuadrillas, sin dejarlos reformar en alguna parte; mas detuvo la gente de su estado ya diestros y egercitados, que servian á su costa, sin sueldo, ni raciones, dejó gente en Hojen, Istan, Monda, Tollox, Guaro, Cartagima, Xubrique, y en Ronda cabeza de toda la sierra. Habia ya el Rey avisado al duque como se determinaba á un tiempo sacar los moros de Granada á poblar Castilla, y que estuviese apercebido para cuando le llegase la órden de don Juan de Austria. Cuando esto pasaba, llegaron las cartas de don Juan en que decia como la salida de los moros de todo el reino seria el postrero dia de Octubre; encomendábale el secreto hasta el dia que el bando se publica-

se, apercebíale para la egecucion en tierra de Ronda; enviábale la patente en blanco para que el duque hinchiese la persona que le pareciese mas á propósito.

Echando el bando, mandó recoger en el castillo de Ronda los moros de paces con su ropa, hijos, y mugeres, y en la patente hinchió el nombre de Flores de Benavides corregidor de Gibraltar, ordenándole con seiscientos hombres de guarda llevar cuasi mil y docientas personas que serian los reducidos, hasta dejallos en Illora, para que juntos fuesen á Castilla con otros de la vega de Granada. Era ya entrado el mes de Noviembre, con el frio y las aguas en mayor cuantidad; los enemigos creyendo que por ir los rios mayores, y las avenidas en las montañas dificultar mas los pasos, ellos podian estenderse por la tierra, y nuestra gente ocupada en labrar la suya, se juntaban con dificultad: en todas partes y á todas horas desasosegaban la tierra de Ronda y Marbella, cautivando labradores, llevando ganados, y salteando caminos hasta cuasi las puertas de Ronda: acogianse en las

vertientes de Rioverde, á quien los antiguos llamaban Barbesola, del nombre de la ciudad que agora llamamos Marbella: y de allí en las cumbres y contorno de sierra Blanquilla. El duque por el menudear de los avisos, y por escusar los daños, que aunque no fuesen señalados eran continuos, por castigar los enemigos que habian en Rioverde y en la sierra del Alborno muerto nuestra gente: porque de la Alpujarra por una parte, y por otra con la vecindad de Berbería no se criase en aquella montaña nido; determinó rematar la empresa, combatir los enemigos, y desarraigallos ó acaballos del todo; salió de Ronda con mil y quinientos arcabuceros de la guardia de ella, y gente de señores, y mil de sus vasallos, y con la caballería que pudo juntar improvisamente: mas antes que llegase, entendió por avisos de espías, y algunos que se pasaron de los enemigos, que el número poco mas ó menos era de tres mil; los dos mil de ellos arcabuceros gobernados por el Melqui, hombre entre ellos diligente, animoso, y ofendido, ido y venido á Tituan; que tenian ata-

jados los pasos con grandes piedras, árboles atravesados; que estaban resolutos de morir defendiendo la sierra: ordenó á Pedro de Mendoza que con seiscientos arcabuceros caminase derecho á la boca de Rioverde, por el pie de la sierra; y á Lope Zapata, con otros seiscientos á Gaimon, á la parte de las viñas de Monda: iban estos dos capitanes el uno del otro media legua, y entre ambos iba el duque con el resto de la infantería y caballería; ordenó á Pedro Bermudez, y á Carlos de Villegas que estaba á la guarda de Istan, y Hojen, con dos compañías y cincuenta caballos, que se saliesen á un mismo tiempo y con docientos arcabuceros tomasen lo alto de la sierra, y las espaldas de los enemigos; que Arévalo de Suazo partiese de Málaga, y con mil y docientos soldados, y cincuenta caballos acudiese á la parte de Monda. Todos á un tiempo partieron á la noche para hallarse á la mañana con los enemigos; mas ellos avisados por un golpe de arcabuz que habian oido de entre la gente de Setenil, mudáronse del lugar, mejorándose á la parte de Pedro de

Mendoza que era el postrero, por tener la salida mas abierta: comenzó á subir el duque, y Pedro de Mendoza que estaba mas cerca á pelear con igualdad, y ellos á mejorarse. El duque aunque algo apartado, oyendo los golpes de arcabuz, y visto que se peleaba por aquella parte de Pedro de Mendoza, se mejoró; y por la ladera descubriendo la escaramuza, con la caballería y con lo que pudo de arcabucería, acometió los enemigos, llevando cerca de sí á su hijo, mozo cuasi de trece años don Luis Ponce de Leon, cosa usada en otra edad en aquella casa de los Ponces de Leon, criarse los muchachos peleando con los moros, y tener á sus padres por maestros: porfiaron algun tanto los enemigos; mas no pudiendo resistir, tomaron lo alto de la sierra, y de allí se repartieron á unas y otras partes. Murieron mas de cien hombres y entre ellos el Melquí su capitan; y si Pedro Bermudez, y Villegas salieran á la hora que se les ordenó, hiciérase mayor efecto. Habido este buen suceso, repartió el duque la gente que pudo por cuadrillas para seguir el

alcance; cautivaron á las mugeres, y niños, y ropa que les habia quedado; mataron en este seguimiento otros ochenta. Quedaron los moros tan escarmentados, que ni por engaño ni por fuerza los pudieron hallar juntos en parte de la montaña, y buscaron tambien la sierra que llaman de Daidin, y el mismo duque repartió el campo en cuadrillas, pero tampoco se hallaron personas juntas: con esto, él se tornó á Ronda, y aquella guerra quedó acabada, la tierra libre de los enemigos, parte muertos, y parte esparcidos, ó idos á Bertería.

He querido tratar tan particularmente de esta guerra de Ronda: lo uno porque fue varia en su manera, y hecha con gran sufrimiento del capitan general, y con gente concegil, sin la que los señores enviaron, y la mayor parte del mismo duque de Arcos: y aunque en ella no hubo grandes rencuentros, ni pueblos tomados por fuerza, no se trató con menos cuidado y determinacion, que las de otras partes de este reino; ni hubo menos desórdenes que corregir cuando el duque la

tomó á su cargo: guerra comenzada, y suspendida por falta de gente, de dineros, de vitualla, tornada á restaurar sin lo uno y sin lo otro: pero sola ella acabada del todo, y fuera de pretensiones, emulaciones, ó envidias. Lo otro por haberse en tiempos antiguos recogido en aquellas partes las fuerzas del mundo, y competido César, y los hijos de Pompeyo, cabezas de él, sobre cual quedaria con el señorío de todo, hasta que la fortuna determinó por César, dos leguas de donde está agora Ronda, y tres de la que llamamos Monda, en la gran batalla cerca de Monda la vieja, donde hoy dia, como tengo dicho, se ven impresas señales de despojos, de armas, y caballos; y ven los moradores encontrarse por el aire escuadrones; óyense voces como de personas que acometen: estantiguas llama el vulgo español á semejantes aparencias, ó fantasmas, que el vaho de la tierra cuando el sol sale ó se pone forma en el aire bajo, como se ven en el alto las nubes formadas en varias figuras y semejanzas.

Estaba don Juan en Granada con el du-

que (20), y el comendador mayor, acudiendo á lo que se ofrecia; y por dar remate á cosas, y fin de los enemigos que quedaban, ordenó que el comendador mayor con la gente que se pudo juntar, parte de la propia ciudad, y parte de los que se habian venido de su campo, y del campo del duque, que por todos serian siete mil personas, llevase delante, y ante todas las cosas bastimento y municion que bastase para dos meses, y que esto se guardase en Orgiba; y con esta prevencion partió el campo la vuelta de la Alpujarra. Llegados á Lanjaron, por mandado del general se dió un rebato falso, porque la gente no estuviese descuidada; otro dia llegaron á Orgiba, y en ella reposó el campo tres dias, tomando la órden que se habia de tener para hallar los enemigos, porque andaban esparcidos por la tierra. El cuarto dia salió la gente hechas dos mangas de á mil hombres cada una, con órden que la una de la otra fuese desviada cuatro leguas, guiando la una á la

(20) Este duque es necesariamente el de Sesa, porque el de Arcos no se vió con don Juan.

mano derecha y la otra á la siniestra, y el resto del campo por medio: de esta suerte corrieron la tierra hasta llegar á Pitres de Ferreira, y dejando allí presidio de quinientos hombres, pasaron adelante hasta Portugos, y allí dejaron cien hombres, y en Cadiar trecientos con el capitan Berrío. Aquí tuvo nuevas el comendador mayor que los moros se habian retirado al Cehel, costa de la mar, por ser tierra áspera y de muchos jarales: mandó á don Miguel de Moncada que con mil y docientos hombres corriese aquella tierra; halló parte de ellos, y matando siete moros, cautivó docientas personas entre moras y muchachos, y ropa y despojos: perdió solo un soldado que engañado de una mora le hizo entender que en una choza tenia mucha riqueza, y al entrar en ella le dió con una almarada por debajo del brazo, y lo mató. Volvió don Miguel con la cabalgada á Cadiar donde quedó el campo; de aquí envió el comendador mayor mil hombres á Uxixar de la Alpujarra, para que en ella hiciesen presidio, y dejando en él trecientos sol-

dados fuesen á Donduron, y dejasen allí una compañía de cien hombres con su capitan, y en Ayator otros ciento, y en Berja otros ciento, con órden que todos corriesen la tierra cada dia, dejando guarda en los presidios. Mandó á don Lope de Figueroa, que con mil y quinientos infantes y algunos caballos corriese el rio de Almería y toda aquella sierra, con el Bolodui y tierra de Guenexa, y que juntando consigo la gente que salia de Almería, corriese la tierra de Xeréz á Fiñana, y rio de Almanzora: volvieron sin hallar moro ni mora, y con esto el comendador mayor se volvió á Granada, dejando presidio en las Guajaras altas y bajas, y en Velez de Benaudalla, y en todos los presidios bastimento y municion para algunos dias.

Luego que llegó á Granada, proveyó don Juan otros capitanes de cuadrillas, que fueron Juan Carrillo Paniagua, Camacho, Reinaldos, y otros; y hecho esto, don Juan con el duque, y el comendador mayor se partió á Madrid; y de allí á la armada de la liga, dejando á don Pedro de Deza, presidente

de Granada, con título de capitan general, y en Almería por general de la infantería á don Francisco de Córdoba, descendiente de aquella cama de Leones del conde don Martin. Corrian la tierra á menudo las cuadrillas, metian en Granada moros y moras, y no habia semana que no hubiese cabalgada. Al entrar en la puerta de las Manos, hacian salva subiendo por el Zacatin arriba, hasta llegar á la chancillería; daban noticia al presidente para que viese lo que traían, y entregaban los moros en la cárcel, y de cada uno les daban veinte ducados, como está dicho: atenazeaban, y ahorcaban los capitanes y moros señalados, y los demás llevaban á galeras, que sirviesen al remo esclavos del Rey.

Entre estos trugeron un moro natural de Granada llamado Farax; este como supiese la voluntad de Gonzalo el Xeniz alcaide sobre los alcaides, y de sus sobrinos Alonso y Andrés el Xeniz, y otros muchos, que era de entregarse y reducirse, si se les concediese perdon, llamó á Francisco Barredo, dándole parte de la voluntad y propósito que muchos

moros tenian, y aun de matar á su rey si no se quisiese reducir con ellos; para lo cual convenia que procurase verse con Gonzalo el Xeniz que era uno de los que mas lo deseaban: sabido esto, Francisco Barredo se fue á las Alpujarras, y en llegando al presidio de Cadiar (21), sacó de una bóveda del castillo un moro que tenian preso, y le dió una carta para Gonzalo el Xeniz, en que le hacia saber la causa de su venida; que viese la órden que habia de tener para verse con él: recibida la carta respondió, que otro dia al amanecer, se viniese á un cerro media legua de Cadiar, y que adonde viese una cruz en lo alto le aguardase soltando la escopeta tres veces por contraseña: fue, y hecha la seña llegó el Xeniz, sus sobrinos, y otros moros, mostrando mucha alegría de velle: lo que trataron fue, que si le traia perdon del Rey para él, y los que se quisiesen reducir, que les entregaria á Abenabó su rey muerto ó vivo: con esto se despidió, prometiéndoles de hacer

(21) Zatábarile llama Mármol.

llo y ponello por obra, y avisallos de la voluntad del Rey: vino á Granada Francisco Barredo, dió cuenta al presidente de lo que habia pasado con Gonzalo el Xeniz, y lo que le habia prometido: dió el presidente aviso al Rey: que visto lo que prometia el Xeniz le concedió perdon á él, y á todos los que con él viniesen: vino la cédula real al presidente, que visto que no habia quien con veras lo pudiese hacer, hizo llamar á Barredo; y entregándole la cédula le pidió con las veras y recato que en tal negocio convenia lo hiciese.

Recibida la cédula, se partió, y llegó á Cadiar con el moro que antes habia llevado la carta: avisóle como tenia lo que pedia, que se viese con él en el sitio y lugar que antes se habian visto: llegado el Xeniz, y vista la cédula y perdon la besó, y puso sobre su cabeza: lo mismo hicieron los que con él venian: y despidiéndose de él, fueron á poner en egecucion lo concertado: Francisco Barredo se volvió al castillo de Verchul, porque allí le dijo el Xeniz que le aguardase; Gon-

zalo el Xeniz y los demás acordaron para hacello á su salvo, que seria bien que uno de ellos fuese á Abdalá Abenabó, y de su parte le dijese que la noche siguiente se viese con él en las cuevas de Verchul, porque tenia que platicar con él cosas que convenian á todos. Sabido por Abenabó, vino aquella noche á las cuevas solo con un moro de quien se fiaba mas que de ninguno; y antes que llegase á las cuevas despidió veinte tiradores que de ordinario le acompañaban, todo á fin de que no supiesen adonde tenia la noche: saludóle Gonzalo el Xeniz diciéndole: *Abdalá Abenabó, lo que te quiero decir es, que mires estas cuevas, que están llenas de gente desventurada, así de enfermos, como de viudas, y huérfanos; y ser las cosas llegadas á tales términos, que si todos no se daban á merced del Rey, serian muertos, y destruidos; y haciéndolo, quedarian libres de tan gran miseria.* Cuando Abenabó oyó las palábras del Xeniz, dió un grito que pareció se le habia arrancado el alma, y echando fuego por los ojos le dijo: *¡cómo Xeniz! ¿para esto me llama-*

bas? ¿Tal traicion me tenias guardada en tu pecho? No me hables mas, ni te vea yo; y diciendo esto, se fue para la boca de la cueva: mas un moro que se decia Cubayas, le asió los brazos por detrás, y uno de los sobrinos del Xeniz le dió con el mocho de la escopeta en la cabeza, y le aturdió; y el Xeniz le dió con una losa y le acabó de matar: tomaron el cuerpo, y envuelto en unos zarzos de cañas le echaron la cueva abajo, y esa noche le llevaron sobre un macho á Verchul, adonde hallaron á Francisco Barredo y á su hermano Andrés Barredo: allí le abrieron y sacaron las tripas, hinchiendo el cuerpo de paja. Hecho esto, Francisco Barredo requirió á los soldados del presidio y á su capitan, que le diese ayuda y favor para llevarle á Granada: visto el requerimiento le acompañaron, y en el camino encontraron con docientos y cincuenta moros de paz, que sabida la muerte de Abenabó, y el nuevo perdon que el Rey daba, llegaron á reducirse. Vinieron á Armilla lugar de la vega, y allí le pusieron caballero en un macho de albarda, y una ta-

bla en las espaldas, que sustentaba el cuerpo, que todos le viesen; los moros de paz iban delante, y los soldados y Francisco Barredo detrás. Llegados á Granada, al entrar de la plaza de Bibarrambla, hicieron salva; lo propio en llegando á la chancillería; allí á vista del presidente le cortaron la cabeza, y el cuerpo entregaron á los muchachos, que despues de habello arrastrado por la ciudad, lo quemaron: la cabeza pusieron encima de la puerta de la ciudad, la que dicen puerta del Rastro, colgada de una escarpia á la parte de dentro, y encima una jaula de palo, y un título en ella que decia: . . . .

ESTA ES LA CABEZA DEL
TRAIDOR DE ABENABÓ.
NADIE LA QUITE
SO PENA DE MUERTE.

Tal fin hizo este moro, á quien ellos tuvieron por rey despues de Aben Humeya: los moros que quedaban, unos se dieron de paz, y otros se pasaron á Berbería; y á los demás

las cuadrillas, y la frialdad de la sierra, y mal pasar los acabó; y feneció la guerra y levantamiento.

Quedó la tierra despoblada y destruida: vino gente de toda España á poblarla, y dábanles las haciendas de los moriscos con un pequeño tributo que pagan cada un año: á Francisco Barredo le hizo el Rey merced de seis mil ducados, y que estos se los diesen en bienes raíces de los moriscos, y una casa en la calle de la Águila, que era de un Mudejar echado del reino: despues pasó en Berbería algunas veces á rescatar cautivos, y en un convite le mataron.

Fin de la historia de D. Diego de Mendoza.

DISCURSO

DEL CONDE DE PORTALEGRE,

CON QUE SUPLIÓ LO QUE FALTABA EN LAS PRIMERAS EDICIONES AL FIN DEL LIBRO TERCERO DE ESTA HISTORIA.

Hemos llegado á un peligroso paso, donde don Diego deja la historia rota por desgracia, si no fue de industria, para ganar honra con la comparacion del que la pretendiese continuar. Porque sea quien fuere, lo añadido seria de estofa mucho menos fina: y aunque se hallarán (cuando esto se escribe) testigos vivos y de vista, por cuya relacion se pudierà proseguir cumplidamente lo que falta, será lo mas seguro hacer sumario de esta quiebra; y no suplemento; imitando antes á Floro con Livio, que á Hirtio con César: pues no le bastó ser tan docto, tan curioso, testigo de sus empresas, y camarada (como dicen los soldados) para que no se vea muy clara la ventaja que hace el estilo de los Comentarios al suyo. En el trozo que se corta se contiene

la segunda salida del señor don Juan en campaña, el sitio peligroso y porfiado de la villa de Galera, la expugnacion de aquella plaza, la muerte de Luis Quijada desgraciada y lastimosa, el suceso de Seron y de Tijola; cosas todas de gran consecuencia y consideracion, si don Diego las escribiera, haciendo á su modo anotomía de los afectos de los ministros, y de las obras de los soldados. Mas pues no se puede restaurar lo que se perdió (si algun dia no se descubre) contentémonos con saber que:

De Baza fue el señor don Juan á Guescar; de donde salió el marqués de los Velez á encontrarle, y tornó acompañándole con muestras de mucha cortesía y satisfaccion, hasta ponerle á la puerta de la posada donde habia de alojar. De allí tomó licencia sin apearse, admirándose los presentes, y con un trompeta delante y cinco ó seis gentiles hombres, se retiró (sin detenerse) á su casa, de donde no salió despues; porque, segun se decia, no se quiso acomodar á servir con cargo que no fuese supremo.

De Guescar fue don Juan á reconocer á Galera con Luis Quijada y el comendador mayor: reconocida, hizo venir el egército, sitióla por todas partes, y alojóse en el puesto de donde el marqués se habia levantado. El sitio de aquella villa la hace muy fuerte; porque está en una eminencia sin padrastros, y estrechándose va bajando hasta el rio, acabando en punta con la figura de una proa de galera, de que toma el nombre, dejando en lo alto la popa. Están las casas arrimadas á la montaña, y esta es su fortaleza, y la razon porque puede escusar la muralla; porque siendo casamuro, la bala que pasa las casas, sale y métese en la montaña, y así viene á ser lo mismo batir aquella tierra, que batir un monte. No se habia esto experimentado con la batería del marqués, porque no tenia sino cuatro lombardas antiguas del tiempo del rey don Fernando (como se dijo atrás) que con balas de piedra blanda, no hacian efecto ninguno. Por lo cual hizo don Juan venir algunas piezas gruesas de bronce de Cartagena, Sabiote y Cazorla. Atrincheóse con gran cuantidad de

sacas de lana; porque faltaba tierra, y sobraba lana de los lavaderos, que tenian en Guescar los ginoveses que la compran para llevar á Italia; no poniendo las sacas por costado sino de punta, por hacer mas ancha la trinchea: sucedió con todo alguna vez penetrar una bala de escopeta turquesca la saca, y matar al soldado que estaba detrás, con seguridad á su parecer. Batióse Galera con poco efecto, porque teniendo la muralla delgada, no hacian las balas ruina, sino agugeros, pasando de claro, los cuales servian despues á los enemigos de troneras. Diósele el asalto por dos partes, y fueron rebotados los nuestros con notable daño en la superior, por no se haber hecho buena batería; y en la mas baja, por la eminencia de los terrados, de donde los ofendian los moros con gran ventaja, como tambien lo hicieron en algunas salidas, que costaron mucha sangre nuestra y suya; y en una degollaron cuasi entera la compañía de catalanes que traía don Juan Buil. Con estos sucesos pareció que no se podia ganar la plaza por batería, y comenzóse á minar secretamente; pero

no se les pudo esconder á los enemigos la mina; la cual reconocieron, y la publicaban á voces de la muralla; visto esto, se ordenó que se hiciese otra juntamente, por consejo (segun dicen) del capitan Juan Despuche, con intento de hacer demostracion que se arremetia, moviéndose los escuadrones hasta ciertas señales que estában puestas; para que volando la primera, se engañasen los moros, creyendo que era pasado el peligro, y saliesen á la defensa. Sucedió ni mas ni menos, y dióse fuego á la segunda; la cual hizo tanta obra, que los voló hasta la plaza de Armas, sin dejar hombre vivo de cuantos estaban á la frente: subieron los nuestros con trabajo, pero sin peligro, y plantaron las banderas en lo mas alto, que fue la ocasion de desconfiarlos del todo, y de rendirse sin resistencia: degolláronlos, sin excepcion de sexo ni edad, por espacio de dos horas. Cansóse el señor don Juan, y mandó envainar la furia de los soldados, y que cesase la sangre. Murieron sobre esta fuerza veinte y cuatro capitanes, cosa no vista hasta entonces; despues dicen los

de Flándes, que compraron al mismo precio las villas de Harlen, y Mastrich, con que se confirma la opinion de los antiguos, que llaman á nuestra nacion pródiga de la vida, y anticipadora de la muerte.

De Galera caminó el campo á Caniles la vuelta de Seron. Pasó Luis Quijada con la vanguardia á reconocerle, y hallándole desamparado, porque la gente se subió á la montaña, se desmandaron algunos de los nuestros, y entraron sin órden á saquear la tierra; los moros los vieron, y bajaron de lo alto, dieron sobre ellos, y pusiéronlos en huida, tomándolos de sobresalto ocupados en el saco. Llegó Luis Quijada á recogerlos, y amparándolos, y metiéndolos en escuadron, fue herido desde arriba de un arcabuzazo en el hombro, de que murió en pocos dias. Era hijo de Gutierre Quijada, señor de Villa García, famoso justador al modo castellano antiguo; sirvió al emperador de page, subiendo por todos los grados de la casa de Borgoña hasta ser su mayordomo, y coronel de la infantería española, que ganó á Teruana, plaza muy

nombrada en Picardía; y solo este caballero escogió, cuando dejó sus reinos, para que le sirviese y acompañase en el monasterio de Yuste, haciendo el oficio de mayordomo mayor de pequeña casa, y de gran príncipe. Dejóle encargado secretamente á don Juan de Austria su hijo natural; crióle sin decirle que lo era, hasta el tiempo en que quiso el Rey su hermano que le descubriese, siendo entonces Luis Quijada caballerizo mayor del príncipe don Carlos, y despues del Consejo de Estado, y presidente de las Indias. La desgracia subió de punto por no dejar hijos. Sintió y lloró su muerte el señor don Juan, como de persona que le habia criado, y á quien tanto debia. Detúvose en aquel alojamiento algunos dias con muchas necesidades; los moros se recogieron en Tijola, y Purchena, y representáronse en este tiempo á nuestro campo tres ó cuatro veces con cuatro mil peones, y cuarenta ó cincuenta caballos, estendiendo las mangas hasta tiro de escopeta de los nuestros. Ordenóse, que so pena de la vida ninguno trabase escaramuza con ellos, y así tornaron

siempre sin hacer, ni recibir daño; y el campo se movió para ir sobre Tijola, y ellos se retiraron á Purchena, dejando á Tijola bien guarnecida de gente, y municionada. Sitióse á la redonda; mas la tierra es tan áspera, que hubo gran dificultad en subir la artillería donde pudiese hacer efecto: en fin se subió con grande industria, y se les quitaron las defensas con ella; habiase de batir mas de propósito el dia siguiente, pero los moros no lo esperaron, y saliéronse á las diez de aquella noche por diversas partes, habiendo hurtado el nombre al egército (cosa muy rara), y dándole todos á la primeras postas á un mismo tiempo, rompieron por los cuerpos de guardia, y salieron á la campaña. Perdiéronse tantos en esta salida, que los menos se salvaron. Por la mañana se siguió el alcance á los desmandados hasta Purchena, que se rindió sin resistencia, porque la gente estaba ya fuera, y no habia sino mugeres, pocos hombres, y alguna ropa. Algunos de los nuestros quedaron dentro, los mas pasaron siguiendo á los enemigos hasta el rio de Macael. Don Juan pasó de Tijola á

Purchena, y guarneciòla; de allí fue dejando presidios en Cantoria, Tavernas, Frexiliana y Almería, y llegó á Andarax: donde se juntaron el duque de Sesa y el comendador mayor. Venia el duque de hacer su jornada, que concurrió con la misma de Galera que se ha referido en este sumario; tornando á atar el hilo de la historia de don Diego en el libro siguiente.

VARIANTES ENTRE LA EDICION DE MONFORT de 1776 y la de Tribaldos de 1627.

La Edicion de 1776 *Pág.*	*lin.*	*dice*	*La Edicion de 1627.*
58.	6.	cosas	causas
66.	16.	del Andrónico	de él á Andrónico
96.	19.	Abra	Adra
99.	16.	esperaba	esperaban
132.	3.	lanzar	lanzarse
137.	12.	entrególes	entrególe
	18.	Diego	Pedro
141.	4.	reino	rio
148.	19.	acierto que el	concierto del
155.	9.	persona s	persona
160.	21.	tenian	ternian
165.	10.	pie armas	pie otras armas
186.	6.	pesar	pensar
189.	1.	habian	habia
228.	16.	rodeos	rodeo
235.	8.	se llamaba	le llamaba
241.	23 y 24.	Albuñuelas, ayudados con el sitio de la tierra barrancosa. Acometieron	Albuñuelas; ayudados con el sitio de la tierra barrancosa, acometieron
248.	10.	cauto	corto
257.	17.	desarrancarse	desrancharse
289.	13.	loco y pedian	loco, pedian

ERRATAS DE LA PRESENTE EDICION.

		dice.	*léase.*
56.	22.	esperanza ; los	esperanza los
103.	23.	por venir temian	porvenir ternian
124.	9.	darle	darles
	10.	mesa	masa
146.	4.	bandas	banderas
	23.	hacerles	hacerle
148.	18.	daba	debe
157.	8.	loallos	loallas
	19.	comunicaban	comunicaba
	21.	palabras	palabra
176.	20.	descanso	desacato
195.	20.	de su	de un
198.	17.	libertinos	liberinos
219.	19.	torné	tomé

